

Resumen

El *Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español* (CEILE) es un conjunto de seiscientos cinco ejemplos de estilo indirecto libre, extraídos de siete obras representativas de la narrativa española contemporánea. La disposición y organización del corpus responde a fines investigadores en el ámbito de la Lingüística, aunque su utilidad no es exclusiva del mismo, sino extensiva a estudios de diferente índole.

Palabras clave

Lingüística de corpus; Análisis del discurso; discurso narrativo; estilo indirecto libre; CEILE.

Abstract

The *Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español* (CEILE) is a set of six hundred and five examples of free indirect style, extracted from seven representative novels of contemporary Spanish. The disposition and organization of the corpus responds to researcher purposes in the field of Linguistics, although its usefulness is not exclusive to it, but extensive to studies of different nature.

Key words

Corpus Linguistics; Discourse análisis; narrative discourse; free indirect speech; CEILE.

FINANCIAMIENTO

Este trabajo ha recibido financiación (i) de la Consellería de Educación, Universidades e Formación Profesional (Xunta de Galicia) dentro del ámbito de los fondos estratégicos del ED431C2018/55- GRC Grupo de Referencia Competitivo, (ii) de la Xunta de Galicia (Centro singular de investigación de Galicia, acreditación 2019-2022) y (iii) de la Unión Europea (European Regional Development Fund - ERDF)- Ref. ED431G2019/06.

AGRADECIMIENTOS

El grupo SING agradece a CITI (*Centro de Investigación, Transferencia e Innovación*) de la Universidad de Vigo por alojar su infraestructura de TI.

Fecha de recepción: 12/05/2020 - Fecha de aceptación: 06/06/2020 – Fecha de publicación: 12/10/2020

DOI: <https://doi.org/10.37536/LINRED.2020.XVII.27>



1. Introducción

El *Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español* (CEILE) viene a llenar una laguna en los corpus lingüísticos existentes para el español, ninguno de los cuales recoge el estilo indirecto libre como construcción. Surge con una finalidad investigadora en el ámbito de la gramática y el análisis del discurso; aunque, por su contenido y la disposición del mismo, puede resultar útil, también, para estudios literarios sobre la cuestión. Además, constituye parte de la base documental sobre la que se crea la versión informatizada en base de datos Acces, presentada en Estévez-Rionegro (2017: 337-356) y registrada como *Corpus Informatizado de Estilo Indirecto Libre en Español*¹.

2. Descripción del corpus

El *Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español* (CEILE) está formado por seiscientos cinco ejemplos de estilo indirecto libre, extraídos de siete obras narrativas representativas de la literatura española contemporánea.

Los datos se disponen en cinco bloques, que responden a la siguiente organización: la primera columna recoge el número de identificador del ejemplo; la segunda columna, la clave que identifica cada obra narrativa; la tercera columna, la página de la edición manejada en la que se encuentra el ejemplo; la cuarta columna, el ejemplo; y la quinta y última, el verbo que actúa como señal demarcativa (en términos de Girón Alconchel) del acto comunicativo que supone la reproducción de un discurso verbal o mental (aunque no siempre lo hay y, en ese caso, la casilla correspondiente aparece en blanco).

Los elementos contextuales que señalan la introducción de un acto de habla en el discurso, como indica Girón Alconchel (1989 y 2002) cuando alude a señales demarcativas o Verdín Díaz (1970) cuando se refiere a los denominados “falsos introductores”, son señales que sirven para anunciar la introducción de un discurso reproducido y son necesarias para poder interpretarlo como tal en el conjunto del texto. Son contemplados en el diseño del corpus y registrados en su bloque correspondiente cuando se trata de formas verbales que anuncian el acto comunicativo que implica el estilo indirecto libre. Se destaca solo este tipo de señales y no otras porque su análisis podría revelar similitudes con otros modos de reproducción del discurso, como el estilo directo o el estilo indirecto, y sus variantes, donde, casi siempre, la expresión introductora del discurso referido es una forma verbal (Estévez-Rionegro, 2017).

Dadas las especiales características de los enunciados de estilo indirecto libre, en la mayoría de los casos (pero no en todos), es necesario incluir el contexto anterior y/o posterior para una correcta interpretación del texto. De este modo, cuando se incluye el contexto, este se destaca entre corchetes en rojo para diferenciarlo del enunciado o enunciados en estilo indirecto libre. Asimismo, se destaca, también en rojo, el verbo que actúa como señal demarcativa dentro del enunciado (si lo hay), para facilitar su búsqueda al lector.

¹ Número de asiento registral 03/2016/797 del Registro de la Propiedad Intelectual.

A continuación, se dispone el listado alfabético de claves con las indicaciones bibliográficas de la procedencia de los textos que conforman el *Corpus de Estilo Indirecto libre en Español* (CEILE):

[AIRES]	Grandes, Almudena (2002): <i>Los aires difíciles</i> , 7ª ed. Barcelona: Tusquets.
[CUERPO]	Mayoral, Marina (1998): <i>Recuerda, cuerpo</i> . Madrid: Alfaguara.
[FUENTES]	Mas, José (1993): <i>El lenguaje de las fuentes</i> , edición de 2003. Madrid: Cátedra.
[JINETE]	Muñoz Molina, Antonio (1991): <i>El jinete polaco</i> , edición de 1992. Barcelona: RBA Editores.
[MARCHA]	Chirbes, Rafael (1996): <i>La larga marcha</i> . Barcelona: Anagrama.
[MELOCOTONES]	Freire, Espido (1999): <i>Melocotones helados</i> . Barcelona: Planeta.
[NOCHE]	Puértolas, Soledad (1989): <i>Queda la noche</i> , edición de 2001. Barcelona: Bibliotex.

Referencias bibliográficas

- Estévez-Rionegro, N. (2017): *Las construcciones de estilo directo en español. Estudio de corpus*. Tesis doctoral. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Girón Alconchel, J. L. (1989): *Las formas del discurso referido en el "Cantar de Mio Cid"*, *Boletín de la Real Academia Española*, anejo XLIV.
- Girón Alconchel, J. L. (2002): *Discurso indirecto libre y autobiografía en la Vida del capitán Contreras*. En C. Saralegi y M. Casado (Eds.), *Pulchre, bene, recte. Estudios en homenaje al prof. Fernando González Ollé*. Barañáin: EUNSA Ediciones Universidad de Navarra. Págs. 625-638
- Verdín Díaz, G. (1970): *Introducción al estudio indirecto libre en español*, *Revista de Filología Española*, anejo CXV.

Noelia Estévez-Rionegro

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7828-5339>

Departamento de Lengua española. CINBIO: Biomedical Research Center.

Grupo de investigación SING: Sistemas Informáticos de Nueva Generación

Universidade de Vigo

noelia.estevez.rionegro@uvigo.es



Id.	CLAVE	PÁG.	EJEMPLO	SEÑAL
1.	[JINETE]	10	[Se incorporó para buscar un cigarrillo en la mesa de noche y sólo entonces se dio cuenta de lo tarde que era al ver la hora en el despertador, y calculó instintivamente la hora que sería en Mágina.] Ya habría amanecido, su padre estaría en el mercado ordenando la hortaliza húmeda y brillante sobre el mostrador de mármol, y tal vez se preguntaría de vez en cuando dónde estaba él, a cuál de esas ciudades a las que quería irse en la adolescencia lo habría llevado su oficio errabundo de intérprete.	Calcular
2.	[JINETE]	12	Quién es, se preguntó de nuevo, hacia dónde cabalga, desde cuándo, durante cuántos años y en cuántos lugares miró el comandante Galaz ese grabado oscuro del jinete con el gorro tártaro y el carcaj y el arco sujetos a la grupa, con la mano derecha casi vanidosamente apoyada en la cintura mientras la izquierda sostenía la brida del caballo, mirando no hacia el camino que apenas se distinguiría en la noche sino más allá de los ojos del espectador, desafiándolo a averiguar su misterio y su nombre.	Preguntarse
3.	[JINETE]	30	Más lejos todavía, más allá de su doble memoria personal, confabulada, insuficiente, todavía dispersa, en un tiempo al que difícilmente llega la imaginación y del que ni siquiera hay testimonio en el archivo de Ramiro Retratista, pero en el que anidan las raíces más antiguas del azar que tardaría un siglo, calculan , en engendrarlos y reunirlos, tan lejos que casi todas las voces que han transmitido lo que ahora saben o deducen hace mucho que se extinguieron, igual que las vidas de la mayor parte de los testigos y las víctimas y que la ciudad donde esperan encontrarse de nuevo, Mágina, que se llama igual que entonces pero que tal vez no reconocerían si pudieran verla tal como la vio el médico joven y recién llegado a quien secuestraron unos desconocidos en la medianoche de un martes de carnaval.	Calcular
4.	[JINETE]	32	[...] fumando pensativamente cigarrillos medicinales mientras miraba la puerta, el biombo, su título enmarcado en la pared, el suelo de ladrillo, las manchas de humedad, volviéndose de vez en cuando hacia el balcón para examinar sin melancolía, porque era muy poco aprensivo, el aspecto arcaico y desconsolador de la plaza de Toledo,] casas bajas y feas, como aplastadas o torcidas, soportales insalubres y umbríos, aquella torre oscura que prevalecía como un coloso decrepito sobre los tejados y aquella	Examinar

			fuelle que era más bien un abrevadero rodeado de barro y de estiércol.	
5.	[JINETE]	40	[Sin darse cuenta se arrellanaba en el confortable asiento de cuero e iba adquiriendo un cierto interés objetivo en lo que él mismo llamaría muchos años más tarde el desarrollo de los acontecimientos.] ¿Podía alguien seriamente reputarlo de conspirador?	
6.	[JINETE]	86	[Sólo entonces tuvo miedo de verdad, porque hasta esa madrugada nunca creyó que pudieran matarlo,] si él no ha hecho nada, se decía, al ver llorar a las otras mujeres, si él nunca se ha metido con nadie, ni ha robado ni matado, lo soltarían cuando se dieran cuenta de su error, no era posible que a un hombre lo encarcelasen por nada, nada más que por cumplidor y un poco charlatán, eso sí, la lengua lo perdía, al contrario de ella, que siempre prefirió callar, como su padre, que en los últimos años de su vida eligió el silencio como si se retirara a una casa de paredes inviolables de aire en la que vivía solo con su perro, hablándole en voz baja, abrumado no por la vejez sino por la vergüenza inextinguible y secreta de no haber conocido a sus padres y de llamarse Expósito Expósito [...]	Decirse
7.	[JINETE]	91	[...] eso le pasaba por haber vivido tan solo, le dijo con melancolía al comandante Galaz, por haberse dedicado más a mirar que a vivir y no haber tenido otra compañía que la de aquel sordomudo que era en gran parte un resucitado, pues lo habían dado por muerto cuando lo sacaron de entre los escombros de la casa recién bombardeada donde sucumbieron sus padres y abrió los ojos en el ataúd unos minutos antes de que lo cerraran, y desde entonces no volvió a decir una palabra ni dio muestras de escuchar nada, y vivió en el silencio como en una botella de formol, con un aire eterno de zangolotino cada vez más embobado, servicial, inquietante, apacible, mirando a Ramiro Retratista con ojos de búho, deambulando por el estudio y por el sótano donde estaban el laboratorio y el archivo con una expresión continua de asombro y pavor, como si viera en el aire las caras de los muertos de las fotografías.	Decir
8.	[JINETE]	96	[Pensó esa noche, comparando la fotografía nupcial y la que tomó por encargo del inspector Florencio Pérez, que las dos mujeres se parecían y que estaban unidas por un destino común.] La muerta de 1937, ¿no sería una reencarnación de la otra, no habría repetido casi setenta años después el entusiasmo y luego la expiación de un amor culpable, no se habría levantado sonámbula de la cama y caminado hacia el balcón al escuchar la voz seductora de la muerte, igual que la emparedada de la Casa de las Torres y la doncella de Schubert?	Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

9.	[JINETE]	98	[...] un hombre caminaba muy despacio y frotaba la tela de su abrigo contra la cal de las paredes y llevaba un bastón,) un ciego, sin duda, pero qué hacía un ciego a esas horas por las calles de Mágina, por qué estaba siguiéndolo a él.	
10.	[JINETE]	100	[No veía bien, se le juntaban las letras por culpa del schnapps, la luz de la linterna estaba debilitándose, muy pronto se apagaría del todo,) y entonces qué, no encontraría la salida, se perdería por los sótanos golpeándose como un ciego contra las esquinas, derrumbaría muebles viejos y armazones de carrozas, lo descubriría la temible guardesa y al cabo de unas horas estaría condenado a la vergüenza pública y tal vez a la cárcel, ya imaginaba la cara impasible y lúgubre del inspector Florencio Pérez, la ruina de su estudio, la mendicidad, el asilo de indigentes.	
11.	[JINETE]	122	[El inspector no lo oía,) prefería no oírlo para no sentirse radicalmente imbécil, [fumaba examinando las caras mal afeitadas y pálidas de hambre...]	Oír
12.	[JINETE]	126	[Juró que el secreto nunca saldría de sus labios, que él no tenía nada que ver con los siniestros chivatos de la perrera:] si de vez en cuando trabajaba para el inspector Florencio Pérez era porque no tenía más remedio, para ganarse la vida en esos tiempos en los que si a nadie le quedaban ganas de mirarse a la cara a quién iba a ocurrírsele el deseo de perpetuarla en una fotografía.	Jurar
13.	[JINETE]	129	[«Leyendas», dijo con desprecio, escupiendo la palabra con su pequeña lengua rosada, «novelas por entregas»:] un conde viejo y misántropo que vivía en la Casa de las Torres tan aislado como en un castillo medieval, casado con una mujer mucho más joven que él, asistido perpetuamente en sus devociones por un capellán que casi era también su ayuda de cámara, tal vez un pariente suyo de una rama empobrecida a quien él le costeó los estudios eclesiásticos.	Decir
14.	[JINETE]	131	[...mi bisabuelo Pedro se sentaba a tomar el sol en el escalón, con su perro echado entre las piernas, y los dos presenciaban en un silencio impasible los juegos de los niños y el paso de los hombres y de los animales, el desfile diario de la gente nómada y desconocida que no pertenecía a nuestras calles ni tampoco a Mágina y declamaba sus pregones con acentos extraños, los afiladores gallegos que hacían sonar sus flautas mientras llevaban del manillar una bicicleta que plantaban luego en el suelo en posición invertida para girar la piedra de asperón con el impulso de la rueda, los traperos que pedían a gritos alpargates viejos y pieles de conejo, los hojalateros cetrinos que parecían recién chamuscados en un horno, en las calderas de Pedro Botero, los temibles carboneros de cara negra y brillantes ojos de africanos, los manchegos con blusas negras y romanas al hombro que llevaban quesos en sus blancos sacos de lona, y que llamaban	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			siempre a casa de Bartolomé,] porque era el único en toda la plaza que tenía dinero para comprarles sus quesos grandes y rudos como panes, [los mendigos solitarios y huraños, los mendigos rezadores, los matrimonios viejos de mendigos que hacían sonar una escudilla de lata cantando al unísono las letanías de la Virgen del Pilar y la canción de Rocío,] ay mi Rocío, manojito de claveles, [los ciegos que recitaban romances de milagros y crímenes guiados por sus lazarillos,...]	
15.	[JINETE]	133	[Le preguntó a su madre, pero Leonor Expósito se encogió de hombros y le dijo que ella tampoco comprendía esas palabras, eran cosas de viejos:] no le gustaba hablar de la juventud de su padre, tal vez porque sabía muy poco de ella, pero sobre todo por la vergüenza de acordarse de que no tenía apellidos legítimos,...	Decir
16.	[JINETE]	140	[Pero estoy seguro de que ella nunca había pensado que un hombre pudiera elegirla:] el amor era algo que les ocurría a otras mujeres, a las primeras muchachas de la vecindad que encontraron novio y dejaron de salir para siempre con sus amigas, a las mujeres de las canciones y de las novelas de la radio cuyos nombres decía el locutor en los programas de discos dedicados, el día de San Valentín.	Pensar
17.	[JINETE]	140	[Por la noche, antes de acostarse, cuando ya estaban apagadas todas las luces de la casa y sólo se oía el rumor de los animales en la cuadra, se acercaba temblando al balcón de su dormitorio y entreabría cautelosamente un postigo para ver aquella silueta inmóvil en la plaza, su sombra diagonal bajo la luz de la bombilla de la esquina, la lumbre del cigarro. Había escuchado sus pasos cuando bajaba por la calle del Pozo, había sabido con una temerosa incredulidad que era él,] lo conocía de vista, era hijo de un hortelano y vivía cerca de allí, en la calle Chirinos, cerca y lejos a la vez, porque era más allá del Altozano, y esa plaza, tan grande y tan sombría de noche, tan batida por el viento durante los temporales, era como una tierra de nadie que separaba los dos barrios contiguos, el de San Lorenzo y el de la Fuente de las Risas, como si aún perdurara intacta la franja de la muralla medieval en la que hasta hace siglo y medio se abría la puerta gótica de la calle del Pozo. Se llamaba Francisco, lo conocía porque era amigo de su hermano mayor, mi tío Nicolás, algunos domingos los había visto juntos por la calle Nueva, iban siempre con otro un poco más pequeño que ellos, el primo Rafael, que fue el último de los tres en peinarse con el pelo hacia atrás y en usar pantalón largo.	
18.	[JINETE]	150	[Una emoción inaccesible en el fondo del tiempo y estremeciendo a la vez el instante mismo que ahora vive con ella:] eso quiere contarle, no recuerdos ni palabras sino unas pocas imágenes que ahora vuelven a él con un delicado poderío, sin mediación de su voluntad, sin que las traiga la nostalgia, a la que se ha vuelto inmune, emanadas de su ternura hacia Nadia, como resonancias	

			de nombres y prolongaciones de caricias en dirección al pasado, aunque tampoco le gusta esa palabra, le parece inexacta, probablemente mentirosa, no puede ser pasado lo que está viviendo ahora mismo en él, es el mismo presente que nota latir con una apaciguada suavidad en el pulso de Nadia, cuando la abraza por la espalda y toma entre las dos manos sus pechos [...]	
19.	[JINETE]	151	[...] y entonces recobra una sensación casi violenta y perdida, un olor que no se parece a ningún otro, el de los gusanos de seda, más vívido porque nunca hasta ahora mismo lo había recordado , y con él un relámpago de su infancia:] una vez su padre apareció en casa con una caja de zapatos que tenía varios agujeros en la tapa, uno de aquellos regalos que le hacía de vez en cuando sin motivo, y al tomarla en sus manos ella notó que no pesaba, la abrió y vio las hojas de morera y los pequeños gusanos blancos moviéndose despacio sobre sus nervaduras: le dio miedo al principio y casi un poco de asco, pero luego su padre le explicó que en España los niños criaban esos animales, compraban hojas de morera para ellos, se las cambiaban cuando empezaban a marchitarse o cuando los gusanos las habían mordido hasta dejar nada más que los nervios, y luego los veían tejer su capullo y esconderse en su interior y esperaban semanas a que de aquel copo amarillo de seda surgiera una mariposa muy gorda y torpe con las alas blancas que ponía racimos de diminutos huevos blancos de los que al año siguiente nacerían otros gusanos, al principio casi invisibles, como filamentos negros que se movían apenas, luego creciendo y engordando mientras devoraban las hojas verdes con sus infinitesimales dentelladas, volviéndose más lentos y pesados al fin, eligiendo un rincón de la caja, o el abrigo de una hoja seca, para tejer muy lentamente un capullo.	Recordar
20.	[JINETE]	164	[Pero él no venía, notaba relámpagos agudos de dolor en las ingles y una quietud no habitual en el vientre, si el niño ya no se le movía era porque estaba encajado, le había dicho su madre, oyó el toque de fajina en el cuartel y luego la sirena de las dos y media en la fundición y seguía sin verlo aparecer en las esquinas despobladas de la calle,] se le habría hecho tarde en el mercado, y tal vez se había ido directamente a la huerta de su padre, sin pararse a comer, algunas veces parecía no necesitar ni la comida ni el sueño, como si fueran debilidades que a un hombre no le valía la pena permitirse. Pero adónde podía ir si el viento y la lluvia batían en aquella tarde prematuramente oscurecida las calles de Mágina con una furia que le hacía acordarse de las tormentas que provocaban naufragios en el cine, si las ramas más altas de los árboles se volcaban sobre los tejados y los cristales de la ventana temblaban como si fueran a romperse en astillas.	
21.	[JINETE]	165	[...estaba de pie, junto a la ventana, con la cara apoyada en el cristal, vigilando la calle donde él no aparecía, y tuvo que aferrarse con las dos manos al filo de la mesa y que buscar casi a tientas una	

			silla sobre la que se derrumbó muy despacio su cuerpo cada vez más pesado.] No podía desmayarse ahora, si caía al suelo aplastaría al niño, si perdía el conocimiento estaría en una cama de hospital cuando se despertara y le dirían que su hijo había nacido muerto, por culpa suya, por la debilidad de sus miembros y su falta de coraje, [extendió las manos hasta tocar la moldura de los pies de la cama y logró incorporarse y llegar hasta ella, atravesada ahora de parte a parte por un dolor que le cortaba el aliento, incapaz de gritar [...]]	
22.	[JINETE]	201	[Por primera vez se sorprendió a sí misma calculando cuántos años tenía, no porque hasta entonces lo hubiera creído más joven, sino porque lo veía fuera de tiempo e invulnerable a sus injurias, con esa edad invariable y heroica que los niños atribuyen a sus padres.] Era un hombre alto, vertical, con el pelo gris y escaso en las sienes, con gafas de montura recia, y usaba todavía sombrero y pajarita y trajes oscuros que en el curso del viaje habían adquirido un punto de abandono. Desde la muerte de su mujer había empezado a beber de una manera discreta, pero también asidua y ostensible para ella, su hija, que a lo largo de la mayor parte de su vida había dedicado a él una atención pasional y exclusiva y advertía en su comportamiento, en su manera de mirar e incluso de mover las manos, turbulencias secretas de las que ni él mismo era consciente: veía en él el sentido y el peligro del mundo, la extensión del tiempo y el enigma de la simulación y el dolor, había crecido a su lado, la educaron sus palabras, le dieron un país irreal y un idioma arbitrario y un pasado al que eligió pertenecer aunque lo desconociera. En los Estados Unidos nadie lo habría tomado por norteamericano: pero en España el laconismo de sus gestos lo distinguía radicalmente de sus ex compatriotas, de manera que ni en un lado ni en otro era soluble su figura en las apariencias comunes de la multitud. Que ella recordara, no lo había sido ni en su propia casa, no parecía visiblemente vinculado a nada ni a nadie, ni siquiera a los objetos de su cuarto de trabajo, en el que por lo demás ni ella ni su madre tenían idea de a qué se dedicaba, cuál era el motivo de que le diera ese nombre.	
23.	[JINETE]	209	[...] de su brazo, apoyaba la mejilla en su hombro, rozándole la cara con la melena lisa y rojiza, y no necesitaba cruzar con él más que unas pocas palabras triviales en español para sentir que estaría a salvo de todo mientras siguiera formando parte de su alma. No le importaba saber tan poco sobre la vida que había tenido antes de llegar a América:] lo veía como una figura sin pasado, solitaria y erguida en el vacío del tiempo anterior al nacimiento de ella, aislada de su trabajo en la biblioteca de la universidad y hasta de la figura simétrica pero distante de su madre, con la que hablaba durante las comidas sin mirarla a los ojos, educado y ausente, con un pliegue casi imperceptible de disgusto en un ángulo de la boca. Le traía regalos, juguetes de latón pintado, cuentos de Calleja, álbumes de cromos con las	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			tintas gastadas, libros de fotografías en blanco y negro sobre un país que para ella fue hasta los dieciséis años tan íntimo e inaccesible, tan alejado de su experiencia diaria como las tierras por donde viajaban los héroes vagabundos cuyas aventuras le leía él para que se durmiera por las noches.	
24.	[JINETE]	211	[Eso había querido darle siempre:] lo que él no tenía, todo lo que perdió sin saber cuánto iba a importarle, a pesar suyo: la transparencia del aire de Madrid, los azules de la sierra de Mágina, un golpe de viento con olor a barbechos mojados entrando por la ventanilla levantada de un tren, el habla de las mujeres en los mercados y de los hombres en los bares, los ojos de la gente, las miradas francas y hasta crueles de los desconocidos en las calles, la ropa colgada en los balcones desde donde llegaba la música de un programa de radio, el sabor del pan y el brillo crudo del aceite, todas las cosas banales y necesarias que a él nunca iban a serle restituidas y que ella echaba de menos sin haberlas conocido siquiera.	
25.	[JINETE]	212	[Bajó tras ella del autocar, viéndola moverse con una gracia fatigada entre los otros viajeros,] más alta y más joven que ellos, intocada en su entusiasmo por el remordimiento o el dolor, con su pantalón vaquero muy ceñido y su pelo tan largo, los pómulos pecosos, el aire indudable de extranjera que le daban la forma del mentón y el tono de la piel, impaciente por recoger el equipaje y salir a la ciudad, atenta a él, enderezándole el lazo y limpiándole la ceniza de la chaqueta, haciéndole preguntas a las que él contestaba con una benevolencia que jamás había empleado en su trato con nadie. Pero sus ojos y su voz eran españoles, pensaba siempre con orgullo, el brillo de las pupilas y el acento de Madrid con que hablaba, heredado del suyo, y más ahora, cuando la excitaba tanto la inminencia de conocer la ciudad y le preguntaba cómo se sentía, si estaba cansado, si se acordaba de los paisajes que habían visto desde la ventanilla durante el viaje y de las calles por donde el autobús entró a la ciudad.	Ver
26.	[JINETE]	212	[Salieron a la calle tras él y el comandante Galaz se quedó unos instantes desorientado por la intensidad de la luz y por la extrañeza de encontrarse en una ciudad que había recordado durante treinta y seis años y que ahora no reconocía:] edificios altos, garajes, una avenida por la que discurría ruidosamente el tráfico. Era como haberse equivocado de ciudad, no tanto porque ésta no se pareciera a Mágina como por el hecho de que era exactamente igual a casi todas las que había atravesado el autobús desde que salieron de Madrid.	
27.	[JINETE]	226	[No es del instituto, seguro, ni tampoco extranjera, será una marmota, como dice Pavón Pacheco, que en los intermedios de las clases me muestra enigmáticos envoltorios de condones, me enseña palabras de tipo técnico, dice -nombres de posturas, de	Dar consejos

			vicios o de enfermedades venéreas- y me da consejos sobre las mujeres que debo elegir:] las marmotas tragan, las putas tienen buen corazón, enamorarse es una debilidad de maricones, todas las extranjeras vienen a España buscando lo mismo, lo malo es que casi ninguna llega a Mágina, se quedan todas en Mallorca o en la Costa Brava o en la Costa del Sol.	
28.	[JINETE]	231	Pero estaba seguro de que lo había despertado algo, no un sobresalto del sueño sino un accidente de la realidad, y al moverse quería, como un cazador, que se repitiera ese mismo sonido ahora que él estaba en guardia y podía descubrir su naturaleza y su origen. Porque al despertar había notado un impulso de su juventud, la energía alarmada y súbita de los amaneceres de cuartel, y después el sosiego que tanto le complacía cuando era un cadete y al abrir los ojos comprobaba que aún no era inminente el toque de diana. [Eso había soñado, pensó , que tocaban diana, que había vuelto al internado militar o a la academia y que si no saltaba rápidamente de la cama sería castigado.]	Pensar
29.	[JINETE]	231	[Encendió la luz de la mesa de noche, se puso las gafas y miró su reloj:] eran las siete en punto. [Y justo cuando el segundero alcanzaba la señal de las doce oyó un sonido muy lejano y muy débil que lo conmovió como si aún le durara el impudor de los sueños:] estaban tocando a diana en el cuartel de Mágina, y el viento del oeste le traía esas notas tan debilitadas como si sonaran al fondo de la distancia del tiempo. Había dormido con la ventana abierta, porque antes de acostarse bebió más de lo que su hija hubiera aceptado y no quería que oliera rastros de alcohol cuando entrara a buscarlo: aún no circulaban automóviles, y en el silencio de la madrugada los sonidos tenían una claridad nítida y estremecida, como los colores de un paisaje a la luz de un día limpio de noviembre.	Mirar /Oír
30.	[JINETE]	233	[El tubo de luz sobre el espejo del lavabo le daba a su piel una blancura excesiva y acentuaba las arrugas a los lados de la boca y las bolsas de los párpados. Le olía a alcohol el aliento: al expulsarlo el espejo se empañó y dejó de ver su cara.] La barbilla alta, las mandíbulas apretadas, la mirada al frente, enconada y vacía como un grito de mando. Ahora sería por lo menos general de división, y los domingos por la mañana, al terminar la misa, con su uniforme de gala y su fajín y la pechera brillante de condecoraciones, empujaría devotamente el coche de inválida de aquella mujer de pelo blanco y boca caída que ni siquiera lo había mirado al pasar junto a él.	
31.	[JINETE]	233	Su cabeza oscilaba como si ya no la sostuvieran los músculos del cuello, y tenía un rosario enredado en las manos. Qué alivio, en el cuartel de Mágina, despertarse en una cama donde estaba solo, en una habitación donde no había más que una mesa desnuda y una pequeña estantería y un grabado en la pared y a donde no entraba	Imaginar

			nadie más que él y su ordenanza, porque no tenía la costumbre, como otros oficiales, de invitar a los compañeros a beber y a jugar a las cartas y a hablar zafiamente de mujeres después del toque de silencio. Nadie sabía su secreto: carecía tan absolutamente de vocación militar como de cualquier otra vocación imaginable. Era como si desde que nació le hubiera faltado un órgano interno que los demás hombres poseían, pero cuya ausencia no era perceptible y podía hasta cierto punto ser disimulada con éxito. [En lugar de ese órgano, una especie de víscera que segregaba orgullo y coraje y honor, el comandante Galaz imaginaba desde la adolescencia que tenía una oquedad de aire, un espacio oculto y vacío, como un cofre sellado que no contiene nada.]	
32.	[JINETE]	234	[El jefe de la guarnición, el coronel Bilbao, que había sido compañero de su padre, lo animaba siempre a buscar una casa en Mágina:] no podía quedarse en ese cuarto del pabellón de oficiales que era más bien la celda de un monje; le convenía, para no estar tan solo, traerse pronto a su mujer y a su hijo, teniendo en cuenta además que ella estaba embarazada.	Animar
33.	[JINETE]	236	[Le dejó una nota en la mesa de noche:] volvería antes de las nueve.	
34.	[JINETE]	237	[En Ceuta, su mujer, cuando supo la noticia, compró dos benjamines de champán y rompió a llorar mientras brindaban, se atragantó y manchó su amplio vestido de embarazada.] En cuanto encontrase una vivienda adecuada mandaría a buscarla: quién sabe cómo sería esa ciudad perdida a donde iba destinado, Mágina, qué incomodidades deberían ella y el niño soportar si desde el principio se marchaban con él.	
35.	[JINETE]	260	[«Chamorro, no se me obedece, no se me tiene consideración, no se respetan mis canas. ¿No fui yo siempre abanderado de todos los avances de la criminología? ¿No he dedicado con abnegación ejemplar mi vida entera al servicio del Régimen? Pues ahora me apartan como a un retablo viejo» (y al decir lúgubrementemente esta última frase se dio cuenta con satisfacción fugaz de que le había salido un alejandrino:)] célebre o desconocido, uno era poeta desde que nacía, lo llevaba en la sangre).	
36.	[JINETE]	262	[Leyó de nuevo el primer apellido,] Galaz, escrito a bolígrafo sobre una línea de puntos, con mayúsculas, como una arrogante afirmación, [y comprobó que no podía tratarse de una coincidencia, porque el nombre y el segundo apellido eran los que él recordaba, y luego sus ojos se detuvieron en la firma y vio que no había cambiado mucho en los últimos treinta y siete años:] era igual a la que había al pie de la orden mecanografiada que decretaba la puesta en libertad del detenido Florencio Pérez, y que él había guardado siempre en un cajón de su mesa de noche como recuerdo de los tiempos en que estuvo a punto de ser fusilado. La	Leer /Ver

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			edad coincidía, y el lugar de nacimiento, Madrid, pero en el apartado de la profesión ponía bibliotecario, y su residencia actual era una ciudad de los Estados Unidos que se llamaba Jamaica, Queens: qué raro, él siempre pensó que Jamaica era un país del Caribe, pero cualquiera sabía, si el mapa del mundo no hacía más que cambiar, igual que todo, ahora los países variaban de nombre con la misma facilidad que los conjuntos de música moderna en los que cantaba su hijo menor, el que más disgustos le daba, el preferido en secreto, el hijo pródigo.	
37.	[JINETE]	263	[Miró una por una las figuras que cruzaban la plaza como si de un momento a otro fuera a aparecer en ella el comandante Galaz,] alto y viejo, vestido de paisano, pero reconocible, seguro, acompañado por una hija de dieciséis años, tan sereno y distante como cuando ocupaba el despacho donde estaba ahora mismo el subcomisario. Así que no era un muerto, como tantos otros, ni un fantasma cada vez menos recordado: estaba en Mágina, pasaría más de una vez bajo aquellos balcones, confundido entre la gente de los soportales, quizá se habría cruzado con él en la calle Nueva, aunque era imposible que lo recordara, el subcomisario Florencio Pérez le había hablado una sola vez, recién salido de la prisión, cuando su amigo Chamorro le dijo que tenía el deber de ir a darle las gracias. Pero como había estado, daba por supuesto que el comandante Galaz seguía en Mágina, en el hotel Consuelo, y era posible que ya se hubiera ido [...]	
38.	[JINETE]	263	[...] sacó la ficha y buscó en ella el día de salida, pero el espacio estaba en blanco:] tenía que llamar al Consuelo, pero era preciso que lo hiciera sin identificarse, quién sabe lo que pensarían de aquel huésped si la policía se interesaba por él.	
39.	[JINETE]	264	[Volvió a sentarse ante su mesa, se levantó para cerrar con llave la puerta, se arrepintió de hacerlo y la abrió otra vez,] no fueran a despachar con él los inspectores y pensaran cualquier cosa al encontrarla cerrada, qué apocamiento y qué nervios, parecía mentira, el jefe de la policía de Mágina atribulado por el miedo a sus inferiores, toda la vida así, había cosas que no se remediaban con la edad, que iban a peor, como la falta de carácter.	
40.	[JINETE]	264	[...] miró de nuevo el nombre y la firma y la fecha de llegada,] hacía casi dos meses, lo normal era que el comandante y su hija ya se hubieran marchado, y de cualquier modo eso a él qué le importaba, después de tanto tiempo: seguro que no había venido para conspirar, así que él no faltaba a su deber si no ordenaba que lo siguieran, y tampoco podría decir nadie que amparaba a un enemigo del Régimen si separaba aquella ficha de las otras y la hacía pedazos muy pequeños y los tiraba a su papelera.	Mirar
41.	[JINETE]	264	[Buscó en la guía el número del Consuelo, y cuando lo había marcado y estaba oyendo la señal sacó un pañuelo y se lo puso	

			delante de la boca, como los secuestradores en las películas, para que no pudieran reconocer su voz:] si alguien entraba entonces colgaría inmediatamente y diría que estaba resfriado: valiente espectáculo, a su edad, en su despacho, imitando a los forajidos del cine.	
42.	[JINETE]	265	[Sin duda estaba volviéndose irreparablemente viejo:] ya tenía nostalgia hasta de los peores meses de su juventud, de aquellos días turbulentos de persecuciones y amenazas en que las turbas se apostaban a la salida de misa para apedrear a los fieles, cuando estalló el Movimiento, cuando parecía seguro que la guarnición de Mágina se sumaría a él, cuando de pronto, en unas horas de una noche de insomnio, todo se desbarató y él tuvo que empezar a esconderse sin haber cometido otro delito que la valiente proclamación de su ideario y de su fe, como escribió luego en sus memorias, aquellas que tan en vano se empeñó en publicar después de su muerte el incansable Lorencito Quesada. Qué habría hecho durante tantos años aquel hombre, por qué caminos inimaginables del destierro había llegado a convertirse en bibliotecario y a vivir en los Estados Unidos: por qué volvía ahora, por qué había tardado tanto.	
43.	[JINETE]	267	[Pensaba que su amigo tenía rarezas de santo y austeridades de las que él no era capaz. Pero se había jurado que no le diría nada sobre su descubrimiento de aquella mañana:] cuando él sellaba sus labios ni el suplicio más atroz lograría que quebrantara el silencio: como los mártires cristianos en las mazmorras de Nerón, como los cautivos en las checas. Pero el anís, los borrachuelos, el brasero tan caliente bajo las faldillas, la hospitalidad de aquella casa, infaliblemente despertaban en él la tentación de sincerarse. [«No sé lo que me pasa, Chamorro», dijo, después de expulsar una bocanada que llenó de humo la habitación.]	Jurar(se)
44.	[JINETE]	268	No le diría nada: se lo había jurado a sí mismo, tenía tan sellados los labios como si lo obligara el secreto de confesión. [Miró el reloj:] ya eran las diez. A las diez y media como máximo tendría que estar de vuelta en su casa. Pero hacía frío y viento en la calle y en la mesa camilla del teniente Chamorro estaba uno en la gloria, con aquel brasero ardiente de candela, que cuando lo removían con la paleta envolvía la habitación entera en un calor tan dulce como el de las mantas, con aquellos borrachuelos tan en su punto y aquel anís que los empapaba en la boca y les ayudaba tan suavemente a deshacerse y a bajar al estómago. Pero si no se lo decía a su amigo Chamorro, que conoció al comandante Galaz, que sirvió a sus órdenes, que intercedió ante él para que soltaran de la cárcel a aquel joven policía devoto, pero inofensivo, atrapado por equivocación entre una gavilla de conspiradores falangistas ¿a quién más se lo podría decir? [Se puso tan serio que se le alargó un poco más la cara, miró en dirección a la cocina, donde fregaba platos la mujer de Chamorro, le hizo a éste una seña para que	

			cerrara la puerta, para que se acercara un poco más a él. «Chamorro, júrame que si te cuento una cosa no se la repetirás a nadie.» «Yo no juro, porque no creo en Dios.»]	
45.	[JINETE]	269	No podía creerlo: hasta su mejor amigo lo defraudaba, hasta un proscrito sabía tanto como el jefe de policía.	
46.	[JINETE]	272	[Sabía desde que fue a la escuela y empezó a jugar con otras niñas y a visitar sus casas que no era del todo idéntica a ellas, y sólo muy tardía y laboriosamente descubrió que la médula de la diferencia radicaba en su padre, y eso al mismo tiempo la desconcertaba y la hacía sentirse orgullosa de él:] su padre no tenía el pelo rubio y la cara colorada, no hablaba gangosamente a gritos, no tomaba de la mano a su madre ni recibía a las visitas con una sonrisa tan escandalosa como una carcajada. Su padre no tenía amistad con ningún hombre del vecindario, ni les servía bebidas en el jardín, ni se ponía pantalones cortos las tardes de verano para regar el césped o encender la barbacoa. Se parecía más bien a los abuelos de otras niñas, sobre todo a los que hablaban inglés con un acento extranjero muy fuerte, pero eso a ella le parecía un mérito y no una desventaja, tal vez porque entonces distinguía muy vagamente la juventud de la vejez, y en cualquier caso prefería esta última. Su padre no iba en coche al trabajo, sino caminando, ni siquiera sabía conducir, y esto también lo distinguía de los otros padres, y algunas veces, desde que ella tuvo ocho o nueve años, la llevó con él en tren a Manhattan, a apartamentos de escaleras sombrías, en casas de ladrillo rojo, donde había otros hombres que eran como él, no sólo porque hablaban español, sino porque se vestían de manera parecida y tenían expresiones semejantes en sus caras y ponían discos que ella se sabía de memoria porque los escuchaba en su casa. Aún ahora no puede oír algunos pasodobles, En el mundo, o Suspiros de España, sin que se le humedezcan los ojos y se le ponga un nudo en la garganta [...]	
47.	[JINETE]	275	[Pasa junto a la puerta del instituto, tal vez me ve cruzar ante ella y le suena mi cara, piensa que se le está haciendo tarde y que ya es hora de ir a casa para prepararle a su padre la cena: anochecerá pronto y ha empezado suavemente a llover. Choca con alguien, se vuelve para disculparse y lo hace en inglés,] es un hombre al que ha visto antes, pero ahora mismo no se acuerda, un hombre de unos treinta y tantos años, con chaqueta de pana, con corbata, con gafas, con una cartera negra de profesor.	Pensar
48.	[JINETE]	277	[Miraba a un lado y a otro, se inclinaba hacia ella bajando la voz, pero el bar estaba casi vacío, con poca luz:] ella tenía que contarle, tenía que presentarle a su padre, probablemente se sentirían solos en España, desorientados, aislados de la lucha que aquí seguía manteniéndose aunque muchos en el exilio creyeran que no, que todo el país estaba idiotizado por la televisión, los toros, el desarrollismo y la Iglesia: incluso sectores importantes de la	

			Iglesia, a él le constaba, se estaban alineando en posiciones democráticas, y hasta algunos militares, y empresarios no monopolistas, de modo que muy pronto iba a producirse un cambio irreversible en la correlación de fuerzas.	
49.	[JINETE]	281	[«Bueno», dijo, sonriendo, con un exceso anglosajón de formalidad, tendiéndole una mano en el espacio angosto del coche, como si hubiera salido a despedirlo al vestíbulo, ya sí tengo que irme».] ¿Habría sido más correcto invitarlo a entrar, al menos para darle la ocasión de agradecer el ofrecimiento y rechazarlo con una disculpa? [Pero sospechaba, dentro de su confusión, que si lo invitaba a entrar él aceptaría, y no podía imaginarse entonces el encuentro con su padre, el modo en que éste lo miraría de arriba abajo con un creciente desagrado por su desaliño y su locuacidad.]	Sospechar
50.	[JINETE]	282	[Le preguntó qué estaba leyendo: había notado que al aproximarse ella su padre volvía el libro boca abajo y lo deslizaba hacia el ángulo más apartado de la mesa. Como en broma] él retuvo su mano: no era algo que a ella pudiera interesarle.	Preguntar
51.	[JINETE]	291	[Hablaban sin levantar los ojos, gordo y tímido, hundido en el sofá, sin quitarse el abrigo que llevaba debajo del impermeable ni la bufanda bien doblada para que le protegiera la garganta y el pecho de cualquier peligro de enfriamiento, con las rodillas juntas y la cartera de plástico en el regazo. Se había resistido a entrar,] él no quería ser una molestia, tan sólo había venido para entregar aquellas fotos, [pero el comandante insistió, no por verdadero interés, sino por cortesía, y Ramiro Retratista volvió a disculparse al entrar en el vestíbulo y dio profusamente las gracias cuando el comandante le ayudó a desprenderse del impermeable,] era un honor para él ser recibido en aquella casa, pero no quería molestar, se sentaría nada más que un momento, [y lo hizo al principio en el borde del sofá, con la cartera entre los brazos, disponiéndose a abrirla,] no le parecía correcto aceptar una copa, pero negarse con insistencia era una falta de buena educación, [así que bebió un poco de coñac, con aire de continencia, apenas mojándose los labios, y poco a poco se fue hundiendo en el sofá y bebía a tragos más largos, aunque protestaba cuando el comandante se disponía a servirle un poco más,] no le sentaba bien la bebida, se le subía muy pronto a la cabeza y hablaba más de la cuenta, [pero empezó a encontrarse más a gusto, sin miedo ya a las corrientes de aire, con el calor del coñac en el estómago y arrebolándole la cara y el de la estufa eléctrica tan cerca de los pies.]	Hablar
52.	[JINETE]	292	[Miró primero la foto hecha en el estudio, se pasó una mano larga y pálida por el mentón, no se acordaba de cuándo se la hizo, aunque sí del motivo, su mujer le había pedido una foto con el uniforme nuevo, con la estrella de comandante en la gorra de plato y en la bocamanga, y él quizá se la envió después de	Mirar

			<p>escribirle una dedicatoria en el margen, y luego supo, por una carta de ella, que la había enmarcado y la había puesto sobre el piano vertical del salón, y que se la mostraba al niño para que no olvidase la cara de su padre y le diera besos como a una estampa religiosa.] Durante cuánto tiempo la habría conservado, qué habría hecho con ella cuando le dijeron que él había traicionado a los suyos y destruido su carrera, que estaba al otro lado, no sólo de las fronteras establecidas por la guerra sino también de las que trazaban implacablemente la decencia y el honor, la lealtad a la familia, a la religión y a la patria, a todas las palabras que él había obedecido sin fervor, pero con una entrega absoluta, con una dedicación sin fisuras, hasta aquella noche de julio en la que fue tomada la segunda fotografía, ya convertido, en ese mismo instante, en un desertor y un apóstata, en un renegado para el que no podría haber indulgencia o perdón.</p>	
53.	[JINETE]	305	[Ahora advierte que no se ha afeitado esta mañana y que los puños y el cuello de su camisa tienen un cerco oscuro:] no ha dormido, es posible que ni siquiera se haya acostado.	Advertir
54.	[JINETE]	314	[Un acto, dijo, apretando la mano de ella sobre su pecho descarnado y hundido, áspero de vello blanco, agitado por una lenta respiración laboriosa, la cara vuelta hacia su hija desde la cabecera de la cama que ella misma había elevado con una manivela, postrado, inaccesible, tranquilo en su casi agonía, diciéndole ahora lo que debió o quiso decirle hacía diecisiete años, lo que entonces prefirió callar no porque lo hubiera decidido sino porque de todas sus costumbres la más arraigada era el silencio:] también, a veces, las palabras son actos, decisiones brutales, gestos imposibles, y él podría cifrar la mayor parte de su vida no en lo que dijo o en lo que hizo sino en lo que calló y dejó de hacer. Ahora, tan a destiempo, tan demasiado tarde que hablar en voz alta era lo mismo que imaginar palabras o soñarlas, se abandonaba a una larga y borrosa declaración interrumpida a veces por la asfixia, confusa de delirio, como un manuscrito parcialmente ilegible por la dificultad de la caligrafía y las manchas que han desleído en algunas zonas la tinta, y todas sus vidas anteriores y cada uno de los hombres que había sido a lo largo de ellas confluían como corrientes de voces tributarias en su narración y en la figura ya póstuma con que se entregaría a la muerte. El descendiente ejemplar de una dinastía gloriosa de militares españoles, el joven oficial rápidamente ascendido a capitán en los últimos avatares de la guerra de África, el diplomado en la academia de Sandhurst, el yerno de un general con título nobiliario y esposo de la hija de militares más atractiva y distinguida de Ceuta, el austero comandante de treinta y dos años que apenas bebía y no fumaba nunca en público y consagraba sus horas fuera de servicio a la lectura de enciclopedias científicas en la biblioteca del cuartel, el renegado de los suyos, el héroe de los diarios republicanos de Mágina en los primeros meses de la guerra	Decir

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			<p>civil, el desterrado en Orán y luego en México y por fin en los Estados Unidos, el bibliotecario de una universidad modesta de Nueva York, el galanteador sin convicción de una compañera de trabajo ya un poco mustia, aunque diez años más joven que él, entristecida por un divorcio previo y una larga abstinencia sexual, católica, entregada confusamente una noche, embarazada, casi a los cuarenta, mordiendo el pañuelo con que se había secado las lágrimas en el café donde se lo confesó, donde habían bebido alguna copa al principio, por las tardes, al salir del trabajo, el esposo y padre ya tan maduro que su única hija americana parecía su nieta, el pulcro y todavía fuerte jubilado que alquiló durante menos de un año un chalet en las afueras de Mágina: su nombre invariable, el que le habían asignado cuando nació para otorgarle un destino, abarcaba una pluralidad de identidades casi del todo extrañas entre sí: [la vida de cualquier hombre, le dijo a Nadia, podía llegar a ser tan larga que cupieran en ella varias biografías enteras, y sin embargo ahora, en el final, sólo era un viejo desaseado y tendido en una cama de hospital que aspiraba desesperadamente el aire con la boca abierta y hablaba en voz baja y creía seguir hablando cuando perdía el hilo de sus palabras igual que un hombre perezoso y dormido cree en sueños que se ha levantado y sale a la calle y camina con lucidez y determinación hacia el trabajo.]</p>	
55.	[JINETE]	320	<p>[El general Galaz murió, como había vivido, temiendo lo peor y al mismo tiempo enaltecido de orgullo, unos días después de que su hijo alcanzara el grado de comandante, cuando ya le había dado un nieto varón que haría perdurar su apellido y faltaban unos pocos meses para que le diera otro, y ahora no importaba que fuera una niña: esa cosa creciendo en el vientre de ella, pensaba de vez en cuando el comandante Galaz en su retiro de Mágina, mientras mandaba una formación o leía en su cuarto tendido en la cama y con un cigarrillo entre los dedos, concediéndose una claudicación secreta a la pereza,] esa criatura innominada, sin sexo, sin rasgos humanos todavía, con membranas, con arborescencias de venas azules bajo el blando cráneo translúcido, con una forma indeterminada y acuosa de animal submarino, latiendo en la negrura y dilatándose en su concavidad, como un pulpo o un pez de grandes ojos idiotas, esa criatura extraña y temible que sin embargo había sido originada por él, en una sórdida noche conyugal de la que ni siquiera se acordaba, en un acto tan despojado de emoción o sentido como los acoplamientos ciegos de los animales inferiores, sangre de su sangre, decían con reverencia, sangre y vida que sin él no hubieran existido y de las que no podría renegar [...]</p>	Pensar
56.	[JINETE]	361	<p>[Él vino tarde, disculpándose, con la chaqueta bajo el brazo, con la cartera negra en la mano, abultada de libros y de hojas de examen,] ya habían empezado los finales y se pasaba noches en blanco corrigiendo, aunque él no creía en el sistema, lo encontraba</p>	Disculparse / Hablar

			rígido y sobre todo injusto, pero a ver quién cambiaba la rutina de los profesores, y la de los alumnos, desde luego, acostumbrados a copiar apuntes y a repetir de memoria nombres y fechas, el próximo lunes tenía examen con los del último curso y había decidido permitirles que consultaran libros y animarlos a que expresaran sus opiniones personales. [Movía las manos frente a Nadia, con ademanes rápidos de prestidigitador, echado hacia adelante, los codos apoyados en la mesa, como si estuviera en un aula. Pero no paró de hablar...]	
57.	[JINETE]	365	[Entonces sonó el timbre de la puerta y ella apartó las manos de la cara con un acceso indeseado de temor y alegría que desbarataba todos los propósitos de su dignidad.] Pero no era él, no podía serlo, él no llamaría al timbre de su propia casa.	
58.	[JINETE]	365	[Decidió esperar:] sin duda alguien llamaba por error.	Decidir
59.	[JINETE]	399	[Pero al menos un respiro, un cigarrillo tras la puerta cerrada, como en los retretes del colegio, aunque a lo mejor se activa uno de esos detectores de humo y se enciende una luz roja y suena una alarma, frágil serenidad, volutas azules y grises saliendo despacio de los labios, con un placer fortalecido por la prohibición, y de pronto los zapatos y los calcetines negros de alguien que respira muy fuerte en la cabina contigua, en un silencio ártico, vacío, un silencio de lavabo de aeropuerto y tal vez de manicomio,] qué miedo de repente a ese desconocido que corta un trozo de papel higiénico y se suena los mocos al otro lado de un tabique de plástico y murmura Mein Gott gimiendo igual que si se masturbara, a lo mejor es eso, a quién se le ocurre en un sitio como éste, pero él también percibirá la presencia de alguien que está a pocos centímetros y a quien no verá nunca y es posible que le dé el mismo miedo, un miedo de animal agazapado en la noche de la selva o de viajero con zapatos y calcetines negros encerrado en el lavabo aséptico y silencioso de un aeropuerto, claustrofobia, el agua del grifo en la cara desfigurada de cansancio, el jabón líquido y el agua en las manos, la cara en el espejo que se extiende a lo largo de toda la pared reflejando las cabinas cerradas, debajo de una de las cuales se ven unos pies, como en las películas, cuando hay un ladrón detrás de la cortina y el protagonista ve las puntas de sus zapatos. Qué cabeza, siempre con lo mismo, la bolsa de viaje, un poco más y se queda olvidada, horarios de vuelos y nombres de compañías y ciudades apareciendo y sucediéndose en los monitores, anuncios de perfumes franceses y de islas tropicales en las paredes del corredor infinito por donde discurren unos pocos viajeros inmóviles sobre la goma deslizante del suelo, cuidado con perderse, si se pierde uno en el aeropuerto de Chicago no lo encuentran en varias semanas, se vuelve loco buscando de nuevo el letrero iluminado de Baggage Claim y la flecha indicadora y el consulado de España tiene que enviar una expedición de rescate, qué respiro, la maleta intacta por fin, la	

			salida, nadie en la parada de los taxis, una hilera de descomunales taxis amarillos que tienen todo el aire de la comitiva de un entierro, y junto al primero de ellos una cara de piel oscura y brillante, un poco verdosa, de raza aceitunada, como decían antes las enciclopedias escolares, las razas humanas son cinco, blanca, negra, cobriza, amarilla y aceitunada, y unos ojos grandes, muy vivos, de mirada lenta y profunda, como la de una vaca, los primeros ojos indudablemente humanos desde no se sabe cuándo, el pelo negro, rizado, aceitoso, y un cigarrillo en los labios, lo cual es ya un prodigio, una exigencia de reconocimiento y gratitud, porque no sólo está fumando, sino que fuma con placer y pereza, sin ademanes furtivos ni miradas de soslayo, con un descaro tan extranjero como sus facciones, como la gran sonrisa blanca con que levanta la maleta y la guarda en el maletero que se cierra como la tapa de un sarcófago [...]	
60.	[JINETE]	340	[...] no entiende la dirección, hay que enseñarle la tarjeta donde viene apuntada y asiente con aire meditabundo y rascándose la nuca, sonríe por fin, seguro que no tiene ni idea pero se arma de valor y pone en marcha el taxi, se aleja del aeropuerto, enfila una llanura de puentes de hormigón y cruces de autopistas por las que circulan los coches con una inquietante lentitud que parece más bien un efecto óptico, así que esto es Chicago, en las paradas de los semáforos el taxista extiende sobre el volante las hojas de un periódico con titulares escritos en un alfabeto que se parece al hindú, pero seguramente es paquistaní, o bengalí,] cómo sonará ese idioma, cómo se nombrarán en él las cosas comunes o las extraordinarias, [junto al salpicadero hay una tarjeta de identificación en la que está su foto y un nombre muy largo y desde luego impronunciable,] y él habla inglés con la misma brusquedad dubitativa que usa al conducir, mira que si no ha entendido la dirección y se pierde y cae la noche antes de llegar a ese lugar del que no parece haber oído hablar nunca, Evanston, Illinois, un suburbio universitario de lujo a orillas del lago Michigan.	
61.	[JINETE]	401	[«Qué lejos de casa», dice, y mira en el retrovisor, acepta un cigarrillo como si aceptara un pésame, suelta golosamente el humo haciendo roscos y cuenta que él tenía un trabajo muy bueno en Alemania, en Stuttgart, pero que sus padres le concertaron el matrimonio con una prima suya que vivía en América y tuvo que venir a casarse y se quedó.] Cómo verán esos ojos el mundo, qué recuerdos tendrá del país donde nació y al que lo más seguro es que no vuelva, viajó desde Stuttgart a Chicago para casarse con su prima igual que un salmón cruza el océano para depositar sus huevos en el lecho de un río y ahora conduce un taxi y antes de hablar se queda pensando y se muerde los labios, tiene que traducir las palabras, algunas se le escapan en alemán, cómo será la casa a donde vuelve cuando termina el trabajo, después de trece o catorce horas al volante de un taxi por una llanura de	Decir

			<p>autopistas, suburbios de casas de ladrillo rojo entre el césped, ferreterías inmensas, hamburgueserías rodeadas de aparcamientos tan ilimitados como los maizales, como el cielo gris que se está oscureciendo aunque no se sabe si va a anochecer o si son las diez de la mañana, y mirar el reloj no sirve de gran cosa, el sentido del tiempo está como anestesiado por los cambios horarios, igual que los tímpanos por la presión del vuelo, las agujas marcan la hora de Nueva York pero en la conciencia y hasta en las costumbres del cuerpo permanece la hora de Europa...</p>	
62.	[JINETE]	403	<p>[Nadie en el ascensor, ni una voz ni un ruido, ni siquiera el de los pasos, en el pasillo alfombrado donde se vislumbra al final de una lejana perspectiva el letrero rojo de Exit.] ¿No es ése el nombre de una especie de club anglosajón de suicidas, o de una sociedad de fomento de la eutanasia? Félix se complacería en una precisión etimológica: exit, exitus, salida. Félix desharía ordenadamente la maleta, guardaría la ropa en el armario, encendería la televisión y se tendería tranquilamente en la cama con un volumen de Tácito o un manual de informática para lingüistas. Qué cabeza la suya, qué mérito, jamás dejaría la maleta y la bolsa en un rincón ni se apresuraría a marcar otra vez un número de teléfono de Nueva York sabiendo por experiencia que es inútil, que de nuevo se oirá la misma voz de mujer que repite no un nombre sino otro número de teléfono y la educada invitación a dejar un mensaje y el pitido tras el que se oye el roce de una cinta en blanco.</p>	
63.	[JINETE]	405	<p>Actividad, cuanto antes, nada de dejar la ropa arrugarse y proliferar en el desorden de la maleta y de la bolsa, nada de tenderse en la cama a mirar los anuncios y los concursos de la televisión y volver de cuando en cuando la cara hacia la mesa de noche para buscar un cigarrillo o detener la mano en el instante en que ya levantaba otra vez el teléfono, y sobre todo prohibición absoluta de hablar en voz alta, porque en la soledad y el silencio la propia voz acaba volviéndose tan extraña como la propia cara. Método, actividad, el libro y el walkman en la mesa de noche, el valium en el cajón, la petaca de Glennfiddich sobre la cómoda, un solo trago, no muy largo, para entrar en calor, la ropa en el armario, el traje colgado en la percha, la espuma de afeitar y las cuchillas desechables en la repisa del cuarto de baño, el cepillo, el peine, la pasta de dientes, orden sobre todo, la loción otra vez en la cara, la camisa limpia, el jersey de lana, el pelo húmedo y echado hacia atrás, la inspección minuciosa y dolorida del peine, qué asco, la decadencia, los primeros indicios, cabellos en el peine y sobre la loza del lavabo, la cortina opaca de la ducha, un recuerdo a traición, la cortina apartada y la rubia Allison entreabriendo los ojos bajo el chorro humeante del agua, los párpados manchados de rímel, la cara desconocida sin la melena alrededor, más despojada y más adulta, los pechos oscilando y los pezones encogidos y la frente más ancha, le dio un poco de vergüenza y cerró los muslos, la mano con la pastilla de jabón</p>	

			<p>cubrió instintivamente el pubis moreno, y ese gesto de pudor y casi desamparo la volvía más excitante, a las cinco o a las seis de la madrugada, en un hotel de Madrid tan acogedor como un aparcamiento subterráneo, no como éste, que parece más bien una residencia victoriana, con su colcha blanca y bordada, sus grabados bucólicos con vistas del Chicago de hace un siglo, su gran bañera con los grifos de cobre donde el aire gorgotea como los bronquios cancerosos de un caballero intachable, la ventana con marcos de madera agrietada contra la que ruge y silba el viento del lago, a cada minuto más feroz, un viento como la tramontana que retuerce los olivos salvajes del cabo de Creus y como el levante africano de la bahía de Cádiz.</p>	
64.	[JINETE]	409	<p>[Pero no importa que no esté, olvidar es todavía muy fácil, lo más fácil, seguramente eso le ha ocurrido a ella, hace dos meses pasó una noche en Madrid con un desconocido y a la mañana siguiente regresó a América y no ha vuelto a acordarse, o si se acuerda es con la convicción de que no lo verá nunca más, con la tranquilidad de que no va a correr el riesgo de un encuentro mediocre, pues fue una especie de rápido milagro y los milagros no se repiten, incluso puede que no sucedan y que hayan sido espejismos.] Pero entonces por qué la nota con el número de teléfono en la mesa de noche, por qué las últimas palabras, oídas ya desde la otra orilla del sueño: «No te pierdas», y aquella manera de decir adiós llevándose los dedos a los labios recién pintados de rojo, a las ocho de la mañana, cuando ya entraba la claridad en la habitación del hotel y aún no habían dormido. Mejor así tal vez, ni porvenir ni pasado, ni presentimientos ni recuerdos, no esas obsesivas genealogías de sí mismos que inventan los amantes, no la mutua vanidad de haberse poseído ni el rechazo fanático de las pasiones anteriores, la apatencia de dejar en blanco la memoria como se derriban las estatuas y se queman los templos de un culto abandonado para entregarse con furor de conversos a una nueva religión; gratitud nada más, soberanía íntima, la dosis de lucidez necesaria para darse cuenta de que es la ausencia inesperada de esa mujer lo que la vuelve tan imperiosamente deseable, pero no hasta el punto de extinguir el deseo hacia otras mujeres, la camarera irlandesa que pone en la barra el vaso con hielo picado y vierte en él una medida de whisky usando un cubilete de estaño, la bebedora solitaria y de ojos brillantes que se balancea un poco sobre el taburete y fuma Winston extralargo, mujeres desconocidas, instantáneamente deseadas, imaginadas luego en la habitación del hotel con una vehemencia en la que intervienen sobre todo la soledad y el alcohol, miradas en la calle cuando cruzan un semáforo, entrevistas con fugacidad tras el escaparate de una zapatería mientras apoyan en la alfombra un pie descalzo con las uñas pintadas, mujeres rubias y con gafas oscuras que pasan en los taxis, que viajan en el autobús con las piernas cruzadas, que esperan a alguien en el vestíbulo de un hotel, que aparecen sonriendo en un pasillo cualquiera del palacio de</p>	

			Congresos de Madrid y llevan una amplia gabardina verde y una etiqueta plastificada en la solapa donde la mirada siempre atenta lee un nombre, Allison.	
65.	[JINETE]	430	[Por un momento cree oler la colonia de Allison y casi se acuerda de su cara,] pero es imposible, ha sido como un espejismo del olfato, [y por primera vez cae en la cuenta de que será muy fácil no verla nunca más y siente odio hacia las caras extrañas que pasan junto a él.]	
66.	[JINETE]	430	[Allison, dice, Allison, Allison, como si de verdad estuviera enamorado de ella y repitiendo su nombre pudiera traerla hacia él desde el confín de Nueva York o de América en el que se haya escondido, pero lo extraño no es no poder encontrarla, sino haberla conocido y confabularse tan rápidamente con ella en contra del cálculo de posibilidades,] con la de gente que hay en el mundo, como decía el tío Pepe, si hasta da mareo pensar en el número de nombres ordenados por orden alfabético en la guía de teléfonos de Nueva York, millones de mujeres y hombres hablando en miles de idiomas y no hay manera de encontrar a un semejante cuando más falta hace, así que más vale agradecer la buena suerte de una noche y no ceder ni un minuto a la desesperación, volver a Europa, instalarse en Madrid, ahorrar para un piso e irse acostumbrando a la cercanía de los cuarenta años, qué asco de pronto, así que esto era la vida [...]	Decir
67.	[JINETE]	431	[Pero se muere de hambre, le tiemblan las piernas, de tanto frío como hace le duele la nariz,] menos mal que tuvo la precaución de comprarse el gorro de punto y las orejeras, ande yo caliente y riase la gente, le decía su madre al ponerle cuando se iba a la escuela en los días de invierno un pasamontañas que a él le daba rabia porque se veía cara de verdugo, [ha llegado a la esquina de la calle Sesenta y seis y continúa caminando hacia el norte con la tenacidad de una máquina,] pero debiera volverse, no vaya a hacerse tarde, su padre ya estaría temiendo perder el avión, y él también, uno se pasa parte de la vida queriendo no parecerse a su padre y un día descubre que ha heredado no lo mejor de él, sino sus manías más insoportables, media vuelta, otra caminata de casi dos horas, y luego el sandwich más grande que haya en la cafetería del hotel y una de esas cervezas tibias y oscuras, con la espuma blanca y muy densa, que son excelentes para emborracharlo un poco a uno y dejarlo dispuesto a dormirse en el avión.	
68.	[JINETE]	431	[Ya lo excita la seguridad de que va a marcharse, le dan antojos inaplazables que sólo sería capaz de confesarle a Félix, porque cualquier otro, incluso él mismo, lo reputaría de palurdo,] una tostada con aceite, un bocadillo de jamón, media de churros espolvoreados de azúcar, un café con leche, pero café con leche de verdad, bien cargado y quemando, no el aguachirle que beben éstos incluso en las comidas, un plato de arroz, con conejo	Confesar

			preparado por su madre, una orgía de colesterol, [casi se le saltan las lágrimas, de nostalgia, de frío, de un hambre tan furiosa como la que le entraba en la aceituna o en la huerta, y entonces ve frente a él en la esquina un edificio bajo que parece un palacete italiano y al darse cuenta de que es un museo piensa inmediatamente que dentro habrá calefacción, lavabos y posiblemente hasta cafetería, de modo que consulta el reloj, calcula que le queda tiempo, sube la escalinata y compra una entrada.]	
69.	[JINETE]	432	No parecía un museo, piensa contarle a Félix, todos los vigilantes tenían cara de complicidad y de guasa, sobre todo cuando veían a un extraño y se quedaban serios y firmes, como si estuvieran fingiendo que eran vigilantes y no pudieran aguantar las ganas de reír, había un salón con una mesa de despacho, una biblioteca y una chimenea de mármol, y sobre ella el retrato de cuerpo entero del dueño de la casa, un señor de barba blanca y traje con chaleco que me miraba desde lo alto como si le disgustara mi presencia, aunque pavoneándose delante de mí de su palacio y de su colección de pinturas.	
70.	[JINETE]	433	[...descubre no sin patriotismo y algo de sorpresa un Goya y un Velázquez, un severo autorretrato de Murillo,] la de lugares que habrán recorrido estos cuadros para llegar aquí, [le da mareo imaginárselo, tiene ganas de irse, se le va a hacer tarde y lo asusta un poco el silencio,] hasta la sombra se ha callado, es como si el silencio viniera hacia él desde el interior de los cuadros y fuera el espacio desde donde lo miran esas pupilas sosegadas de muertos, el espacio y el tiempo, el espacio intangible que rodea las figuras como el cristal de un acuario y el tiempo ajeno a las calles de Nueva York y a las agujas de su reloj de pulsera que se van acercando a la hora de la partida,...	Imaginar(se)
71.	[JINETE]	439	[Se encierra con alivio en la habitación, enciende un cigarrillo y lo apaga en seguida,] hay que marcharse cuanto antes, [mira por la ventana las plataformas del aparcamiento que ha sido su paisaje más familiar de Nueva York en los últimos días y escucha el runrún perpetuo semejante a un émbolo o a un latido hidráulico que no le dejaba dormir por las noches, ya tiene preparadas la maleta y la bolsa, cuenta el dinero, se asegura de que lleva el pasaporte y el billete de avión,] pero qué susto, ha tardado casi un minuto en encontrarlos, entre tantos bolsillos, [mira el teléfono, levanta el auricular y vuelve a dejarlo sin oír siquiera la señal, no hay tiempo, y aunque lo hubiera da lo mismo, lo único que quiere es marcharse de allí.]	
72.	[JINETE]	458	[Lo desconcertaron su pelo rojo y su español tan puro que le resultaba arcaico: pero más aún lo desconcertó su propia actitud hacia ella,] el desvanecimiento de ternura con que la miraba, atesorando detalles olvidados que se le convertían en signos del	

			amor, sus manos, su manera de encogerse de hombros con una actitud de ironía o modestia, de invitación y desamparo, apareciendo y aproximándose a él como sin reclamar con su presencia la primacía sobre el mundo, como eligiendo por gusto el margen de las cosas.	
73.	[JINETE]	466	Como si una parte de él no hubiese encontrado a Nadia se veía en un taxi cruzando bajo el cielo gris y la nieve los descampados industriales y las barriadas sórdidas de Queens, mirando con alarma el reloj y descubriendo a lo lejos las primeras terminales aisladas de las compañías aéreas, aproximándose con su maleta y su bolsa al mostrador de Iberia, casi desierto, como los pasillos y las escaleras mecánicas, porque era posible que empezara muy pronto una guerra y sólo unos pocos insensatos se atrevían a viajar en avión. Pero no iba a usar ese billete, no tenía prisa ni miedo a llegar tarde a ninguna parte, lo iba ganando una densa y apacible fatiga en la que no había ni un residuo de angustia, como en los tiempos en que no necesitaba cápsulas de valium para dormir, se abrazaba desnudo, bajo el edredón liviano y cálido, a la espalda y a las caderas de una mujer a quien apenas conocía, en una casa extraña donde había notado, desde que llegó, hacía menos de dos horas, un aire de provisionalidad que la volvía más hospitalaria, igual que a ella, Nadia, que era más suya y más desconocida y nueva que ninguna otra mujer con la que hubiera estado hasta entonces y sabía cosas que él nunca le contó a nadie, que ni siquiera recordaba.	Verse
74.	[JINETE]	467	[...] le dan ganas de acostarse calladamente junto a él pero teme despertarlo,] duerme abrazado a la almohada, encogido, duerme como ella no ha visto dormir a nadie, paladeando el sueño, con una placidez en la cara que lo hace parecer mucho más joven, [se sienta a su lado, en el filo de la cama, aspira el olor caliente de su respiración y de todo su cuerpo abandonado pero no se decide a besarlo,] la enternecen sus rudas botas en el suelo, sus dos pares de calcetines de lana, los pantalones del pijama que se quitó con tanta vergüenza, habla dormido, ha dicho una o dos palabras en español que ella no entiende, le gusta tanto mirarlo que se pone en guardia contra su propia ternura y su resolución, pero sintió lo mismo la primera noche, en Madrid, cuando caminaban hacia el ascensor y pensaba con alarma que tal vez él no se atrevería a invitarla, cuando entró en su habitación y se quitó las botas en la cama sabiendo que cualquier cosa que pudiera ocurrir ya era irreparable, lo deseaba tanto que se ofrecía sin defensa a la maravilla o a la decepción, a la probable miseria del azar, porque iba a acostarse con un desconocido y acallaba temerariamente no sólo la cobardía y el recelo, sino también el sordo chantaje de la experiencia y el dolor.	
75.	[JINETE]	491	[...] deja a Nadia dormida y sale al comedor para abrir de nuevo el baúl de Ramiro Retratista, busca, entre tantas caras de	

			<p>desconocidos, las fotos de sus abuelos y de sus padres, intenta agruparlas según un orden cronológico.] y es como subir de niño a las habitaciones prohibidas de la casa en la plaza de San Lorenzo y buscar en los cajones, debajo de la ropa doblada, en el fondo de los armarios, donde estaba el uniforme de la guardia de asalto y la caja de lata llena de billetes con el escudo almenado de la República, como mirar de nuevo las fotos de los bisabuelos con sus caras de difuntos etruscos y los uniformes y los trajes de novia, procurando que no sonaran sus pasos en las baldosas sueltas y que su abuela Leonor no sorprendiera su búsqueda, ajeno a la vida obligatoria del trabajo y de los juegos en la calle, inmune al peligro y fortalecido en la soledad, en una penumbra de habitaciones como salas de museo, con muebles que nunca fueron usados, con vajillas intactas tras los cristales de los aparadores, extraviado y feliz, abriendo armarios y levantando tapas de baúles que despedían el olor denso y tamizado del tiempo en el que aún no había él nacido, encontrando objetos enigmáticos, un almirez de bronce, una sombrilla de seda desgarrada, unos zapatos infantiles que tal vez fueron de su madre, una cartilla de racionamiento, una funda de cuero con forma de pistola, un frasco de colonia vacío. Desdoblando cartas escritas por su abuelo Manuel desde el campo de concentración y leyendo titulares sobre la muerte de Hitler o la guerra de Corea en las hojas de periódicos mordidas por la polilla que forraban el interior de los cajones, descubriendo con estupor en las fotografías la juventud de sus abuelos y la infancia de sus padres, viéndose a sí mismo tal como era a los tres o cuatro años, la cara redonda, las piernas muy delgadas, el flequillo recto sobre los ojos, una camiseta a rayas y un sombrero cordobés, sentado en lo alto de un caballo de cartón que parece enorme, con una débil sonrisa que tal vez al cabo de unos segundos se convertiría en llanto, porque le daba miedo el tamaño del caballo y lo creía de verdad [...]</p>	
76.	[JINETE]	499	[Abre los ojos, Nadia ha encendido la luz y se inclina sobre él, le pregunta qué estaba soñando, por qué movía tanto la cabeza como diciendo furiosamente que no, pero] él no se acuerda, aún tiene miedo y no sabe de qué.	Preguntar
77.	[AIRES]	23	[Ahora, cuando nada tenía remedio, Juan tenía la impresión de haberse precipitado en todas sus elecciones.] Quizás no habría sido necesario abandonar la ciudad. Quizás hubiera bastado con cambiar de coordenadas, otra casa, otro barrio, otro hospital, otro colegio. Quizás ni siquiera existían verdaderos motivos para tener miedo.	Tener la impresión
78.	[AIRES]	24	Podría haber encontrado una casa más barata, pero ni siquiera se lo planteó. Podría haber estudiado la oferta de otros pueblos de la bahía, pero no tenía mucho tiempo, ni muchas ganas, sobre todo después de comprobar que la recomendación de su nuevo jefe le había encaminado a un lugar que coincidía casi exactamente con	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			lo que había previsto prometer a Tamara cuando empezó a pensar en marcharse.	
79.	[AIRES]	85	[Alfonso, se dijo ya en el instante en el que la enfermera le anunció que tenía visita, y se lo repitió, sin margen de duda, mientras sus pies salvaban cada una de las baldosas que conducían hasta aquel pasillo.] Alfonso era capaz de cualquier barbaridad. Podía haberse quemado, podía haberse hecho daño al saltar desde un mueble, podía haberse caído o hasta haberse escapado de casa, cualquier cosa, [esa certeza le tranquilizaba y le angustiaba al mismo tiempo, tiene que haber sido Alfonso, se repitió por última vez mientras esperaba la confirmación de Damián [...]]	Decirse / Repetirse
80.	[AIRES]	87	[Se aferraba a cada cama del hospital, a cada ejercicio de recuperación, a cada lágrima furtiva, a cada sonrisa consciente, a cada jarrón con flores, como a la única palanca capaz de hacer saltar por los aires otras tantas imágenes de cuerpos sin piernas, sin brazos, sin ojos, sin cabeza, sin verdadero cuerpo, todos los despojos privados de vida cuya muerte había visto certificar o había tenido que certificar él mismo.] Nunca había estado sometido a una presión semejante, nunca se había sentido tan fuera de sí, nunca recodaba tanto miedo como entonces. Necesitaba gritar, maldecir al cielo, machacarse los nudillos contra el salpicadero, arañarse la cara, [pero se estaba quieto, y conducía con toda la prudencia que era capaz de simultanear con la máxima velocidad del coche, y con toda la fe que podía improvisar.]	Recodar
81.	[AIRES]	89	[No se puede dimitir del infierno, se dijo Juan Olmedo cuando todavía estaba a tiempo, porque el infierno nunca se para, el infierno tiene piernas, dos largas piernas que imprimen para siempre su huella tensa, articulada y lujosa, en las retinas de los condenados, y siempre corren más que el más veloz de los incautos a los que han atrapado alguna vez, no se puede escapar del infierno, dejarlo atrás, confundirlo, negarse a él, negarlo, negarse a uno mismo.] No se puede decir que no, porque el infierno no tiene oídos para escuchar esa palabra, y él lo sabía mejor que nadie porque llevaba media vida pronunciándola en vano.	
82.	[AIRES]	95	[Juan se acuclilló en el suelo, y trató de estudiar su cuerpo como lo habría hecho un forense, mientras comprobaba con el rabillo del ojo que el guardia había decidido ahorrarse una nueva sesión de aquel espectáculo.] Aquella mujer, unos treinta y cinco años, ciento setenta centímetros de estatura, sesenta y cinco kilos de peso, cabello y ojos oscuros, raza blanca mediterránea, había muerto efectivamente por causa del desgarro de la arteria femoral. Su muslo derecho presentaba un corte limpio. Y nada más. Su muslo izquierdo había permanecido al resto del cuerpo hasta unos diez centímetros por encima de la rodilla. Su muslo derecho. Su muslo izquierdo. Sus piernas del color de las tartas de	Comprobar

			yema tostada. Astillas de hueso triturado, pulpa de carne ensangrentada, tiras de piel arrancadas de dos ligas de metal. Sus muslos, sus rodillas ausentes. Sus rodillas. [Juan se llevó instintivamente dos dedos al cuello, pero no encontró de dónde tirar.]	
83.	[AIRES]	96	[Juan Olmedo abrió su propia boca y empezó a tragar el aire a bocanadas, mientras desviaba la mirada hacia los ojos de la mujer muerta.] La raya negra que no debería haber sobrepasado la línea interior de cada ojo, se había corrido para sombrear dos ojeras artificiales bajo los párpados inferiores. El rímel, seco, se había desprendido ya del borde de las pestañas, sembrando los pómulos de diminutas partículas negras. Charo se había vuelto a pintar cuidadosamente los labios, desentendiéndose del resto de su maquillaje, antes de salir de Madrid, como había hecho siempre justo después de vestirse, cada vez que abandonaba la casa de su cuñado para volver a la suya.	Desviar la mirada
84.	[AIRES]	98	[Juan les miró un momento, y se asombró una vez más de cuánto se parecían.] Damián era más bajo que él, más ancho y corpulento, tenía el pelo crespo, ondulado, y el cuello muy grueso. Siempre se había parecido a su madre.	Mirar
85.	[AIRES]	101	[No habían pasado más de tres semanas desde que se conocieron, pero en ese plazo había adelgazado mucho, demasiado incluso teniendo en cuenta su situación, siete kilos, calculó Juan, quizás ocho.] Tal vez no había vuelto a tomar una comida completa desde aquel día, y seguramente tampoco había vuelto a dormir ni seis horas seguidas, porque sus ojeras maceradas, inflamadas, violáceas, revelaban algo más que una noche de insomnio. La viuda del último amante de Charo no parecía ya una mujer triste, ni siquiera desolada, sino una enferma, un rostro demacrado de puro cansancio sobre un cuerpo apenas capaz de sostener sus propios huecos.	Calcular
86.	[AIRES]	112	[Primero fue el miedo, luego la prisa, antes y después las insignificantes incertidumbres de cada día, tan asfixiantes y livianas al mismo tiempo, tan incómodas y tan reconfortantes a la vez, poner las lámparas, colgar los cuadros, comprar cacerolas y sartenes, familiarizarse con el mercado, encontrar una asistenta, negociar con el jardinero, acoplar el horario del hospital con las jornadas de Tamara y de Alfonso, aprender que con un paquete de espaguetis y una lata de tomate frito pueden cenar tres personas sin abrir siquiera la puerta de una nevera vacía.] Ahora, todo eso estaba hecho. Los electrodomésticos funcionaban, la despensa estaba llena, en los armarios dormía una manta para cada cama, todas las matrículas estaban pagadas, todos los muebles colocados, el jamón de las emergencias recién instalado en un jamonero nuevo, las llaves de la casa en el llavero de Maribel, y hasta una ATS desempleada esperando junto al teléfono a que él	Pensar

			la llamara para hacer de canguro en sus noches de guardia. Ahora ya no le quedaba más que esperar el verdadero principio de la vida que habría querido vivir con Charo, para empezar a vivirla sin ella, y adoptar el gesto imperturbable de un buen jugador de póquer para encajar con sobriedad aquel grueso sarcasmo del destino. [A veces, Juan pensaba que hasta tenía gracia, aunque no encontrara ningún motivo para sonreír a su suerte.]	
87.	[AIRES]	116	[Mientras se mantuvo a una distancia tranquilizadora, apartado del enjambre de sonrisas golosas que revoloteaban alrededor de aquel prometedor y tardío grupo de clientes, Juan procuró mirarla con ojos de forense y llegó a conclusiones familiares.] un metro setente, sesenta y cinco kilos, cabello y ojos oscuros, raza blanca mediterránea, y un inquietante parecido con Maria Rosario Fernández, difunta. Llevaba el pelo más largo que Charo, y tenía los ojos más pequeños, los brazos más delgados, [pero él sintió un escalofrío cuando la vio venir de frente.]	Llegar a conclusiones
88.	[AIRES]	129??	[Sara se preguntó si una niña de diez años tendría capacidad para sacar conclusiones de una información semejante y se equivocó a medias al calcular que no.] A ella sí le había sorprendido que Maribel llevara a Andrés a un colegio privado, por muy cerca que le quedara de casa, sobre todo teniendo en cuenta que en el centro del pueblo había varios colegios públicos a los que el niño habría podido ir solo, en autobús.	Preguntarse
89.	[AIRES]	150	Lo malo de Maruchi era que siempre había sido una envidiosa de marca mayor. [Cuando empezó a darle largas con lo del pick-up, Sarita repasó una larga lista de agravios semejantes, que se remontaba a los primeros años de su infancia común de amigas íntimas.] Maruchi jamás había podido soportar que nadie quedara por encima de ella en nada, [y Sara, que lo sabía bien, estaba segura de que, por mucho que se lo prometiera un día, y al día siguiente, y al otro, nunca llegaría a prestarle de verdad su tocadiscos.] Afortunadamente, un amigo de Juan Mari tenía otro de la misma marca pero mejor, más nuevo, y ningún inconveniente en prestárselo, a cambio, eso sí, de ser invitado también a la fiesta. [Sarita aceptó encantada.] Si Maruchi quería guerra, la iba a tener y, de momento, la batalla de la lista de invitados estaba ya ganada. En su fiesta de cumpleaños se reunirían como mínimo veinte personas más que en la de su amiga, entre otras cosas porque la casa de los señores de Ochoa, con sus tres salones comunicados sin contar el comedor, la salita de la madrina y el despacho de don Antonio, era el doble de grande que la casa de los señores de Gutiérrez Ríos. Y luego estaba lo del vestido, por cierto. Maruchi llevaba en su guateque uno precioso, eso sí, pero que ya estaba estrenado. [Sarita lo sabía porque la habían invitado a la boda del hermano mayor de su amiga, y entonces se lo habían visto puesto.] En cambio, ella estaba cada vez más contenta con su vestido nuevo, con aquel color que la favorecía un montón y con	Repasar / Saber

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			aquel corte que le hacía un tipazo. Claro que, además, Sarita tenía un tipazo, mientras que la pobre Maruchi, guapa de cara sí era, pero por lo demás, tenía un culo como para forrar balones.	
90.	[AIRES]	159	[El embarazo siguió adelante a pesar del desaliento de la futura madre, que no se consolaba porque hacía cuentas , y más cuentas, y las deshacía para volver a hacerlas, y sólo hallaba dos soluciones, o volver a pasarlo tan mal como cuando crió a Socorrito, llevándose todos los días al trabajo para dejarla arrumbada en su capazo en un rincón de la cocina y oír la llorar sin poder atenderla, o sacar a su hija Sebas de la escuela con once años para dejarla en casa cuidando del recién nacido y hacer de ella, que quería ser peluquera, una desgraciada igual que su madre.] Ni siquiera serviría de nada poner a trabajar a su hijo mayor, porque un jornal de aprendiz no igualaría el sueldo que ella misma dejaría de ganar si se quedaba en casa, y tampoco podían volver, siendo ya siete, a la buhardilla donde casi no cabían cuando eran sólo cinco. [Había otra solución, pero ésa no se le ocurrió a Sebas, sino a doña Sara.]	Hacer cuentas / Ocurrise
91.	[AIRES]	185	[Se descubrió a sí mismo pensando que, al fin y al cabo, la chica vestida de rojo no era más que una mujer como las demás, y que en definitiva su dinero era suyo y podía gastárselo en lo que quisiera, y se prohibió a sí mismo volver a pensar durante un par de horas.] Ya no necesitaba argumentos, ni excusas, ni consideraciones morales de ninguna naturaleza.	Pensar
92.	[AIRES]	192	Aquella conversación le seguía escociendo el el oído, en la garganta, en la lengua, incapaz de desprenderse del gusto repentinamente amargo de las fresas que se habían congelado en su paladar mientras mantenía el auricular del teléfono pegado a su oreja durante unos segundos largos como años enteros. Demasiado bueno. [Media docena de sílabas que masticar con todos los dientes para no lograr jamás desmenuzarlas, someterlas, entenderlas del todo.] Demasiado bueno. [Nada ni nadie lo eran en este mundo, nada ni nadie, se repitió , nada era demasiado bueno, nadie, excepto él.]	Repetirse
93.	[AIRES]	194	[Juan recorrió el resto de su cuerpo con los ojos para dictaminar que, en general, estaba a la altura de aquellas dos piernas prodigiosas.] No era una mujer joven pero tampoco madura, tenía la cintura ligera, las caderas muy acentuadas y un torso delgado, de hombros estrechos, del que brotaban dos pechos redondos, embutidos en un body negro, calado, que les daba una apariencia confitada, golosa, casi comestible.	Dictaminar
94.	[AIRES]	194	Llevaba el pelo teñido de caoba y tenía los ojos oscuros, ojerosos, la nariz grande y algo más, un detalle que no conseguía capturar del todo, un incierto aire familiar que jugueteaba con él, escamoteándole su origen. No era posible que la conociera, [y sin	Tener la sensación

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			embargo Juan tenía la sensación de conocerla, o de conocer a alguien que se le pareciera mucho, hasta demasiado.]	
95.	[AIRES]	195	La había visto muchas veces, con la misma cara de cansada, las mismas ojeras, envuelta en una bata verde, grande y polvorienta de virutas de metal, manejando la máquina, la mano derecha en la palanca que mantenía las llaves en su sitio, los ojos pendientes de la sierra que iba limando el filo del duplicado. Había hablado con ella muchas veces, una mujer corriente, con la cara lavada y el pelo recogido en una coleta, que estaba casi siempre sola en la tienda, porque el cerrajero solía andar por ahí, abriendo cerraduras o instalándolas a domicilio.	
96.	[AIRES]	201	[Juan admiró a Damián lealmente, y de corazón, mientras tuvo cosas que aprender de él.] Todos le admiraban, sus padres, sus hermanas pequeñas, sus compañeros de colegio, los niños de la calle. Dami era flexible como un acróbata, sorprendente como un mago, rápido como un atleta, astuto como un adulto, colega como el mejor, imprevisible como sus trucos, desternillante como sus chistes, divertido como sus mejores ideas para hacer pasar en un suspiro cualquier lluviosa tarde de domingo. [Un chollo de hermano, pensaba Juan, que durante toda su infancia le quiso sin celos ni complejos, y sin sentir tampoco la necesidad de parecerse a él.] Los dos formaban un tándem, un equipo, una pareja descompensada pero eficaz, como si una columna salomónica doada y reluciente, ondulante e hipnótica, excesiva, seductora, desbordada de volutas y de pámpano, fuera incapaz de sostener una viga sin la ayuda de un contrafuerte de piedra, sólido, facizo, sencillo pero poderoso en su simplicidad.	Admirar / Pensar
97.	[AIRES]	206	[Intentaba comprender, comprenderse, averiguar qué le había impulsado a decir aquella estupidez, a lanzar un desafío tan brutal con labios tan serenos, a buscarse aquella bofetada y semejante baño de vergüenza.] Había sido cruel, habías sido infiel a lo que verdaderamente pensaba, a lo que creía, a lo que sentía, y ni siquiera sabía bien por qué. Su padre no debería haber aprovechado la ocasión de regañar a Damián para meterse también con él, no debería haberlo hecho porque él no se lo merecía, porque no había hecho otra cosa que trabajar como una máquina durante toda la mañana, sin escaquearse, sin protestar, sin despegar los labios siquiera. Le sacaba de quicio esa manía igualitaria de su padre, que siempre echaba las broncas a pares, esa peculiar manera de entender la justicia que le convertía en el más caprichoso y arbitrario de los jueces. [Pero esa explicación se le quedaba corta, porque no era la primera vez que sucedía, y porque sabía tan bien como Damián que los castigos comunes, por el hecho de ser comunes, eran más efímeros, más llevaderos que los individuales.] Su padre tenía un mal pronto, pero peor memoria. Si le aguantaba el primer tirón, la concordia volvía de puntillas a los diez minutos y allí, al rato, nunca había pasado nada.	Comprender(se) / Averiguar

98.	[AIRES]	207	[No estuvo orgulloso de sí mismo entonces y seguía avergonzándose al recordarlo ahora, y sin embargo,] aunque hubiera medido mal, aunque le hubiera salido todo mal, desde aquel día contaba con un apoyo íntimo, incondicional, del que había carecido antes, la certeza de saber que estaba haciendo lo que tenía que hacer, la conciencia de su voluntad, de su capacidad para escoger su propia vida, que le liberaría para siempre de la tentación de dolerse de su suerte, de achacar sus males al destino o a la deslumbrante sombra de Damián. Desde entonces, había aprendido a pressindir del apoyo de los demás. Desde entonces también, estaba solo.	Recordar
99.	[AIRES]	216	[De momento, eso fue todo. Hasta que la canción terminó, y ella se acuclilló junto al tocadiscos para ponerla de nuevo, mostrándole el impecable perfil de su rostro.] Tenía las pestañas tan espesas que parecían postizas, la nariz recta y pequeña, los labios grandes, levemente abultados, y una cualidad imprecisa que se relacionaba con cada uno de estos rasgos sin identificarse del todo con ninguno, y que hacía imposible renunciar a mirarla. [Cuando Juan descubrió que podría estar toda la vida mirándola, ella se levantó al ritmo de los primeros compases [...]]	Mirar
100.	[AIRES]	225	[La suavidad forzada, casi sedosa, de la tela de unos vaqueros muy gastados acogió su frente con dulzura cuando se recluyó en sí mismo antes de tiempo, obligándose a un silencio piadoso con su madre y con su propio ánimo.] No quería llorar, y tampoco quería decir la verdad, ni una sola palabra de la que pudiera arrepentirse después. Además, su madre no le entendería. [Maribel jamás podría entender lo que había significado para su hijo la llegada de Sara y de los Olmedo al pueblo, a su vida de jerselillos baratos y colegio gratis entre niños ricos.]	Reclirse en uno mismo
101.	[AIRES]	225	[La primera vez que aquel BMW gris metalizado, tan grande que no cabía bien por las callejuelas del centro, se detuvo ante la verja del patio y abrió las puertas sólo para él, Andrés miró hacia atrás antes de ocupar la plaza del copiloto y leyó una envidia súbita, un escándalo instantáneo e imprevisto, todo un triunfo, en la mirada turbia de algunos compañeros.] Allí estaba Alonso, el hijo de ese herrero que se había hecho de oro con la carpintería metálica de casi todas las urbanizaciones de los veraneantes, y medina, cuya familia cosechaba ahora viviendas unifamiliares en sus viejas tierras de cultivo, y Solís, que era muy bruto y suspendía siempre cuatro o cinco, pero tenía la vida asegurada gracias a la inmobiliaria de su padre, y Auxi, la prima de Medina, que en aquel instante dejó de presumir del precio del monovolumen que acababa de comprarse su madre. [Allí estaban todos, quietos, pacíficos, callado por una vez. Entonces, Andrés apostó consigo mismo a que las cosas iban a cambiar, y había cambiado.] En lo que llevaba de curso, no había tenido que empezar ninguna pelea para perderla después. Nadie había llamado a su madre marmota, nadie había insinuado que	Leer /Apostar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			saliera sola todas las noches, nadie le había preguntado dónde estaba su padre, nadie se había reído de su mochila vieja ni se había quejado de la comida de su abuela.	
102.	[AIRES]	226	[Él, que la conocía mejor que nadie en el colegio, suponía que era eso lo que les había hecho tan amigos, porque ella era la única persona con la que estaba a gusto sin sentir la necesidad de hacer nada.] A veces, iban al pueblo en bicicleta, por la tarde, después de clase, sólo para sentarse en el puerto a mirar los barcos, y podían estar allí más de una hora, los dos juntos, sabiendo que estaban juntos, sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra hasta que alguno descubriera en el reloj que era ya la hora de marcharse. [Andrés tenía la impresión de que su amiga guardaba algún secreto, pero nunca le preguntaba nada [...]]	Suponer
103.	[AIRES]	227	[La voz de su madre, que insistía en sonar como si no hubiese pasado nada, le obligó a levantar la cabeza para mirarla. Maribel, embutida en un vestido de punto de color morado, escotado, ceñido, con la falda larga y muy estrecha, abierta a un lado por una raja que llegaba hasta la mitad del muslo, dio una vuelta completa sobre sus tacones antes de sonreírle con una tierna cara de satisfacción.] Aquél era el tipo de vestido que a ella la gustaba, el tipo de vestido que hacía que la miraran por la calle, que la silbaran al pasar por delante de un edificio en construcción, que los tenderos salieran a la acera cuando la veían asomar por el escaparate, el tipo de vestido con el que a Andrés le daba vergüenza verla. [Por eso frunció los labios en un gesto de desagrado mientras se fijaba en las arrugas que su madre no lograba deshacer estirando la tela con las manos.]	Mirar
104.	[AIRES]	242	[Cada una de las preguntas que se le ocurrían tenía una respuesta inmediata, evidente.] La gente muere todos los días en accidentes domésticos, crueles de puro estúpidos, se asfixian con el hueso de una ciruela, se caen al intentar arreglar el tejado de su casa o se electrocutan colgando una lámpara, y sus muertes resultan tan triviales, tan brutalmente razonables, que ni siquiera merecen una nota en los periódicos.	Ocurrise
105.	[AIRES]	243	[Sara había supuesto desde el principio que la niña hablaba de un accidente de tráfico, y ella se lo confirmó más adelante con algunos datos sueltos que ahora parecía evidente que se referían solamente a la muerte de la madre, pero hasta para eso existía una explicación sencilla.] Si su padre había llegado tarde y borracho a su cumpleaños, si había discutido por eso con su hermano y se había caído por la escalera, el recuerdo del accidente sería para ella peor que una pesadilla. Quizás se sentiría incluso culpable de haberlo provocado y, hasta si no era así, la versión de que ambos padres habían muerto juntos, en el mismo accidente, siempre parecería más sencilla, más limpia que la verdad. Nadie hace demasiadas preguntas sobre los coches que se estrellan,	Suponer /Darse cuenta

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			<p>como si las personas que los usan a diario asumieran alegremente que el destino de cualquier coche es estrellarse antes o después. Tal vez había sido el propio Juan quien había aconsejado a su sobrina que se limitara a contar aquella mentira a medias, y Sara no sólo lo habría comprendido, sino que habría aprobado esa estrategia con energía. [Al llegar a este punto, se daba cuenta de que estaba atrapada en una historia verosímil que además tenía ingredientes de sobra para ser cierta y, sin embargo, algo la impulsaba a volver al principio, a repasar otra vez todos los datos, a preguntarse dónde estaba el error, mientras la figura de un hombre desconocido que cae rodando por una escalera se le hacía tan familiar como si pretendiera quedarse a vivir dentro de su cabeza.]</p>	
106.	[AIRES]	246	<p>[Con la mecanografía le ocurrió algo parecido, aunque la máquina representaba un elemento ajeno para alguien acostumbrado a trabajar solamente con una pluma y un papel.] De todos modos, aquel verano había aprendido cosas mucho más raras, que le exigieron dosis de concentración muy superiores. A calcular la cantidad de lejía necesaria para lavar la ropa blanca sin que la tela se debilite ni se ponga amarilla, por ejemplo. A planchar una americana a través de un paño húmedo. A determinar el punto exacto del tomate frito, en el momento en que la pulpa ha soltado ya todo el líquido pero el aceite todavía no ha empezado a aflorar a la superficie. A limpiar boquerones quitándoles la cabeza y la raspa sin que el lomo se parta por la mitad. A sacudir un felpudo con esa especie de gigantesco pay-pay de mimbre trenzado que su madre llamaba simplemente el cacharro ese de sacudir el felpudo. A blanquear las juntas de los azulejos viejos, mates y deshechos ya por las esquinas en un polvillo grisáceo que se confunde con la argamasa, repasando los contornos con un pincelito mojado en un líquido que huele mal y que después, una vez seco, hay que extender con un paño por toda la superficie para intentar devolver a la cerámica un poco del brillo que le han arrebatado los años, hasta que los brazos empiezan a doler tanto como si amenazaran con desprenderse del tronco ellos solos y caerse al suelo a la vez, inútiles y rotos, agotados, definitivamente muertos.</p>	
107.	[AIRES]	248	<p>[Sara fue hasta allí y se quedó de pie, a su lado, sin saber qué decir, por dónde empezar, cómo gritar esta vez que ningún tren, ya hubiera salido de Madrid, de Barcelona o del fondo de las calderas del infierno, le iba a pasar a ella por encima.] Nunca. Ninguno. Jamás.</p>	Gritar
108.	[AIRES]	264	<p>[Sólo esa acritud había logrado llevarla de la mano ante la presencia de su madrina manteniendo su orgullo a salvo en un refugio interior, tan oscuro, tan hondo, que allí no le hacían daño las mentiras, las promesas traidoras, las sonrisas hipócritas, los besos que pudieran llegar a ensuciar la pureza de sus labios homicidas.] La habían tirado a la vía, pero ningún tren iba a pasarle</p>	

			por encima. A ella no. Nunca. Ninguno. Jamás. Aunque tuviera que secarse por dentro, vivir en una alarma constante, soñar sueños miserables, tragarse el sapo diario de la conformidad y la humillación.	
109.	[AIRES]	285	[Sara decidió que aquello se tenía que acabar.] Las cosas estaban empezando a llegar demasiado lejos. Ella no era la madre de los niños, ni su abuela, para que la tuvieran todo el día de aquí para allá, como una especie de niñera motorizada y sin sueldo a la que zarandear sin piedad por pasillos y escaleras, de puesto en puesto, de tienda en tienda, de capricho en capricho.	Decidir
110.	[AIRES]	316	Al llegar a este punto, aterrado por su debilidad, se dejó caer sobre la cama. La realidad sucedía muy lejos del sótano de su instituto, y era sencilla. Charo no estaba atada a una silla, el pelo empapado de sudor, pegado a la cara, los ojos grandes de miedo y de asombro revelando al fin que comprendía. Él no caminaba ahora hacia ella, no rodeaba la silla andando despacio, no se situaba a su espalda para dejarle sentir su polla en la nuca, ni cubría sus pechos con las manos, ni le pellizcaba los pezones, ni le hablaba al oído, si lo que te gusta es esto, también sé hacerlo... Él estaba solo, en su cuarto, tirado en la cama, rechazado, humillado, despreciado por la única chica de la que había estado enamorado en su vida, y ella estaría ahora por ahí, follando con su hermano en cualquier sitio. Era demasiado horroroso, demasiado injusto, demasiado dañino como para aceptarlo, aunque fuera verdad. [Por eso regresó a Villaverde y se masturbó despacio, con delicadeza, intentando alargar hasta lo improbable aquel paréntesis que le mantenía ausente de un dolor que no llegó a ceder del todo.]	
111.	[AIRES]	351	Él no tenía ganas de comer. Hubiera preferido seguir en la cama hasta que los dos sintieran la necesidad de levantarse, pero no se atrevió a pedírselo porque en aquel momento se hizo evidente que, al fin y al cabo, ella era su asistente, y podía interpretar sus peticiones como si fueran órdenes.	
112.	[AIRES]	363	[Mientras valoraba la potencia de aquella masa compacta, ni un gramo de grasa, las curvas de los pectorales dibujándose con una nitidez casi ofensiva para comprometer la integridad del oscuro envoltorio que parecía a punto de reventar por las costuras, se dijo que veinte años antes habría rechazado aquel espectáculo como la típica e indeseable exhibición hormonal que efectivamente era.] Pero ahora tenía veinte años más, y algunas tonterías menos dentro de la cabeza.	Decirse
113.	[AIRES]	365	[Hacía mucho tiempo que Sara no era tan consciente de su edad,] hacía mucho tiempo que aquel dato no le disgustaba tanto. Estaba acostumbrada a vivir sola, y no había tenido muchas oportunidades de cambiar esa costumbre, había tenido solamente una, en realidad, y ella misma la había desbaratado. No necesitaba	Ser consciente

			compañía, un hombre en su vida, calor en invierno, el cobijo de otro cuerpo en las noches de tormenta, ilusiones torcidas, fantasías borrachas, purpurina barata, el terciopelo ralo, desmochado, de un decorado de guardarropa sentimental. Ella no era así, no era de esas, nunca había podido permitírselo. Había renunciado a todo para no necesitar a nadie, ése era su camino, su objetivo, su proyecto, el sueño de un fusil, la vida que soñaba.	
114.	[AIRES]	366	[Ésa era una situación a la que no estaba acostumbrada.] Ella, que tenía tan pocas cosas que nunca había aprendido a despedirse de nada para siempre, solía comportarse como una razonadora meticulosa, paciente, porque tenía confianza en su capacidad para llegar a conclusiones exactas, cifras redondas que encajaban sin molestar en la columna a la que las había asignado previamente. Si esta vez los números chirriaban, si la desafiaban con decimales imposibles, si se columpiaban burlones sobre la raya final en lugar de estarse quietos y en su sitio, no se debía al enunciado del problema, un cálculo sencillo, sino a la sombra feroz, perseverante, de aquellos trenes lentos y difíciles que habían acabado pasándole por encima sin ruido de bocinas ni estrépito humeante de metales. O tal vez había pasado simplemente la vida, su vida, todos los años que había necesitado para aprender a manejar las piezas en un tablero donde otros habían empezado a jugar por ella, el tiempo preciso para trazar una línea en el suelo y empezar otra vez, abrir una partida nueva jugando siempre con blancas. Eso era lo que había querido hacer y eso era lo que había hecho, y ahora, sin embargo, no encontraba una fórmula eficaz para resolver una variable tan ridícula, un contratiempo tan insignificante, aquel tardío, inesperado fleco del azar.	
115.	[AIRES]	373	Muchas veces, a lo largo de su vida, se había esforzado por encontrar un sitio, por encajar entre otras piezas, por borrar su memoria de niña dividida con la certeza de un futuro nuevo y único, pero nunca había funcionado. Su vida entera se resumía en una lista de intentos, de fracasos. Por eso se había volcado en lo que parecía la oportunidad definitiva, un proyecto, un plan, una recompensa que equilibrara para siempre la balanza de su memoria partida, de su infancia prestada, de la brutal severidad de su desconfianza. Y había triunfado al fin, lo había logrado, [y sin embargo, mientras volvía a casa del brazo de Juan Olmedo, comprendió que no había hecho ahora nada distinto a lo que había hecho siempre, aunque no hubiera llegado a darse cuenta.] Sus conversaciones con Andrés, con Tamara, la alegre, instintiva facilidad con la que se dejaba explotar por ambos, la naturalidad con la que había integrado los caprichos de Alfonso en el conjunto de esas obligaciones que nadie la había obligado a asumir, la terquedad con la que había convencido a Maribel de que tenía que comprarse un piso, e incluso el propósito de descubrir alguna vez la clave del pasado de su vecino, las razones de su misterioso traslado, quizás no hubieran tenido tanto que ver con el	Comprender

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			aburrimento, esa insoportable pasividad de todos los relojes, como con el reflejo automático, tan antiguo, tan sólido, tan íntimo que ya no era capaz de disgregarlo de los restantes ingredientes de sí misma, de formar parte de algo, de cualquier cosa, de sentir que tenía una casa que no era solamente el edificio donde vivía.	
116.	[AIRES]	377	[Mientras se vestía, y procuraba tener en cuenta que aquella noche seguramente se desnudaría dos veces, y la primera delante de él, se daba cuenta de que después de tanto esfuerzo, tantos años, tantos férreos propósitos, tantos kilómetros de un camino sin salida, iba a acabar igual que la señorita Sevilla, en los brazos del jefe de su jefe, aunque Vicente González de Sandoval fuera más joven, más rico y más elegante que el dueño de aquella academia donde ella se había jurado a sí misma un millón de veces no representar jamás las escenas del guión que estaba repasando aquella tarde.] Él era rojo, claro, y ella una mujer libre, independiente. Eso era verdad, pero también lo era que su madrina, o cualquiera de sus amigas, silenciosas y altivas sufridoras del eterno juego del gato y el ratón, se desternillarían de la risa si la escucharan plantear el conflicto en esos términos.	
117.	[AIRES]	379	[Por eso le sorprendió tanto que la atacara de aquella manera una noche en la que por fin accedió a subir a su pensión, para que veas dónde vivo, le dijo, sólo para eso.] Podría haber chillado, podría haber pedido socorro, despertar a los demás huéspedes y hasta pegarle, darle patadas, mordiscos, seguramente habría podido con él, era más fuerte, pero le daba pena, tenía la piel fría y erizada como la de un pollo, y un mechón suelto de pelo negro en un pecho muy frágil, los hombros muy estrechos, y quería casarse con ella, y estaba muy nervioso, y acabó enseguida, y todo fue un desastre.	Sorprender
118.	[AIRES]	381	[Con el tiempo comprendería que aquel episodio, por más que nunca lograra desnudarlo de su decisivo envoltorio de extrañeza, había nacido de sí misma, de su propia confusión, sus propias dudas, como ninguna acción que hubiera emprendido conscientemente antes.] El encargo de su cuñada, aquel engorro, un viaje tan pesado en tardes sofocantes para regar una docena escasa de macetas, le había regalado la oportunidad rarísima y preciosa de deslizarse en una de sus vidas posibles, la vida que le habría pertenecido si no hubiera sido desde siempre una niña aparte. El vecino de Pablo, con el pelo negro, rizado, los ojos claros, y esa mandíbula cuadrada, tan familiar, que compensaba de sobra el discreto grosor de sus labios, era mucho más que un hombre guapo que la miraba por la ventana. Desde el otro lado del patio, aquel desconocido se parecía a Arcadio Gómez Gómez más que sus hijos, y no al hombre oscuro, al anciano cansado, prematuro, que abrazaba sin palabras a una niña desorientada y sola cada domingo por la mañana, sino al Arcadio joven y fuerte de las fotografías, al Arcadio armado y feroz, de cuerpo poderoso y	Comprender

			brazos bronceados, a quien ella quería más, en quien mejor se reconocía. Y la casa de su hermano, el suelo de terrazo, las puertas huecas, las ventanas de aluminio, el pasillo diminuto y todas esas espantosas figuritas de cerámica que imitaban toscamente los perfiles y las poses de los pastores de porcelana de Sajonia, podría haber sido su casa si ella hubiera podido escoger a un obrero de la ITT, si hubiera podido vivir desde el principio la vida que le correspondía, si hubiera podido aspirar a una sola clase de felicidad.	
119.	[AIRES]	387	[Nunca se arrepintió sin embargo de no haber vuelto después a buscarlo. Cuando sentía la tentación de hacerlo, de responder con los ojos a las miradas de inteligencia que recibía algún domingo al mes, desde el otro lado de la mesa, intentaba mirar a través de Pablo,] seguirle hasta su piso pequeño y barato de las afueras, prolongar sus estallidos de cólera contenida, masticable, en las broncas que se harían más genuinas, más estruendosas, más feroces, en la muda presencia de esas macetas que su cuñada no compraba en ninguna tienda, cintas y geranios, amores de hombre y plantas del dinero que se iban multiplicando de brote en brote, de esqueje en esqueje, para cambiar de mano en la escalera, en el mercado, en el vestuario de la fábrica de cerveza donde ella iba a limpiar por las mañanas, regalos sin precio, gestos espontáneos de cortesía elemental en un mundo a duras penas decoroso, un paisaje de figuras cansadas, hombres muy jóvenes que ya dejaban de parecerlo, mujeres muy jóvenes pero muy avejentadas, y muchos niños, niños que chillaban, y corrían, y lloraban, y hacían ruido, y pedían cosas sin parar, niños que a lo mejor no eran tantos, pero que lo parecían al acostarse en unas literas que no dejaban espacio suficiente para abrir del todo la puerta de un dormitorio demasiado pequeño, al otro lado de los tabiques finísimos, bajo la lámpara que bailaba con sus pisotones en las amontonadas tardes de sábados de invierno, aburridos y lluviosos. Así vivía Pablo, y así viviría su vecino, eligiendo entre el cansancio y la desilusión, una resignada monotonía o la tentación de arañar un poco de placer, un destello de alegría en cualquier parte, a cualquier precio. [Sara lo sabía , Socorro se lo había contado muchas veces [...]]	Saber
120.	[AIRES]	391	[...] las incertidumbres, siempre he querido tener un novio como él, pensó cuando Vicente la besó en la boca delante de todos, con un ansia que crispaba los delicados dedos de su mano derecha mientras sujetaban su cabeza como si ella se les pudiera escapar, como si temieran que quisiera de verdad escaparse, siempre he querido tener un novio como él, cuando la sacó del restaurante casi en volandas, sus piernas, sus brazos, sus labios enredados en una confusión que comprometía el equilibrio de sus pasos, siempre he querido tener un novio como él, cuando se abalanzó sobre ella en el coche y sus manos se dedicaron a explorarla por encima de la ropa sin esbozar siquiera el ademán de girar la llave	Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			olvidada en su sitio, al lado del volante, siempre he querido tener un novio como él, cuando sus movimientos cesaron de repente, y la miró a los ojos, y le dijo que se moría de ganas, pero que no podía llevarla a ningún sitio más acogedor, más discreto, más agradable que un hotel cualquiera.] Siempre había querido tener un novio como él, siempre, desde siempre. Era una verdad profunda, la más brutal y la más humillante, la más pura, la más incontrovertible de cuantas poseía.	
121.	[AIRES]	393	No era verdad. Aunque su abuela estuviera efectivamente podrida de dinero, ni aquel apartamento, ni ningún otro piso del edificio, le pertenecían a ella ni a nadie de su familia. Aquella era otra parte clásica de una historia clásica. Él había mirado los anuncios por palabras del periódico, había llamado a una agencia inmobiliaria, lo había visto, le había gustado, había dejado una señal, y durante años, sin que Sara lo supiera, seguiría pagando el alquiler mediante una transferencia automática desde una cuenta corriente en la que su mujer no tenía firma. Nunca había sentido la necesidad de hacer algo así por ninguna de las mujeres con las que se había liado desde que se casó con María Belén, y ése era el modo en el que su historia era verdad, pero había buscado sólo entre los apartamentos amueblados, para no gastar más dinero del imprescindible, por si las cosas se torcían, por si Sara, de repente, le dejaba de apetecer, como le habían dejado de apetecer las otras.	
122.	[AIRES]	395	[Entonces, Sara se separó de él, se recostó contra el cabecero de la cama, tomó aire, fijó la vista en el techo, y se lo contó todo.] Era la primera vez que le contaba su historia a alguien, y sería la última vez que lo haría. [Creyó que no sabría por dónde empezar y empezó por el principio, por el miedo de una niña que se llamaba Sebastiana el primer día que fue a trabajar a una gran casa de la calle Velázquez con doce años recién cumplidos.]	Crear
123.	[AIRES]	406	[Concluyó entonces, con una naturalidad instintiva, pasmosa, que ella no era, no podía ser esa mujer grisácea que llora por las noches mientras mece la humilde cuna de sus pecados, ni la soltera con buena pinta y un modesto guardarropa que masajea sin descanso, y sin quejarse, los pies del marido de otra algunos viernes al mes.] Ella no era así, no podía serlo. Jamás se había enfrentado a una verdad tan sencilla, tan evidente, tan absoluta. Ella no era así. No podía ser así. Nunca iba a ser así.	Concluir
124.	[AIRES]	407	Era muy injusto. [Sabía que era muy injusto, pero nadie se había tomado jamás la molestia de ser justo con ella.]	Saber
125.	[AIRES]	407	[Aquella mañana ya lo tenía todo planeado, llevaba semanas haciendo números, emborronando folios con columnas y columnas de cifras que encajaban, que cuadraban, que se alineaban con una docilidad cómplice y risueña bajo la estricta	Planear

			línea del resultado.] Tenía mucho dinero ahorrado porque hacía años que no se gastaba una peseta en sí misma, y un piso nuevo, en la zona de la Vaguada, que había ido amueblando durante los dos últimos años por un vago instinto previsor, mientras esperaba a que sus padres se decidieran a mudarse. Ellos no querían irse a vivir tan lejos, pero no les iba a quedar más remedio que hacerlo porque su hija era ahora la cabeza de familia y dentro de unos pocos meses lo iba a ser mucho más.	
126.	[AIRES]	408	Aquello era muy fácil, parecía toda una hazaña y sin embargo era muy fácil, lo único que había que hacer era esperar, eso era lo que habían hecho las demás, su madre, sus hermanas, sus cuñadas, las mujeres de los hombres de su vida, sólo esperar, amueblar un cuarto, comprar una cuna, y arrullos, y toquillas, y un coche de paseo, y media docena de faldones de primera puesta, era tan fácil, le preocupaba más otro futuro, las vacunas, los cólicos, la varicela, la elasticidad real de sus ahorros y volver a encontrar un buen trabajo, o el primer suspenso en matemáticas, una zeta de sangre en la rodilla, una pregunta quizás aún más cruel, más dolorosa, siempre implacablemente repetida. Quizás, entonces, ella pudiera contestar, tal vez supiera entonces dónde estaba su padre, tal vez no, pero cualquier cosa sería siempre mejor que tener dos madres, ella lo sabía, y había vivido por encima de todo para llegar a saberlo. [Cuando lo recordaba , aquello volvía a parecerle fácil porque era muy fácil, porque lo único que había que hacer era esperar, esperar y cuidar de sí misma, y seguir esperando, nada más.]	Recordar / Parecer
127.	[AIRES]	421	Tampoco había sabido nunca qué era lo que hacía ella exactamente, qué era lo que buscaba por las noches, por los bares, por los cuerpos de los hombres, sin encontrarlo jamás. Y sin embargo ahora, cuando estaba más que convencido, casi seguro, de que ella representaba escenas parecidas a las de las películas con el tío de Tamara, resultaba que, por fin, tenía una madre igual que las de los demás, una madre que ya no se molestaba en maquillarse, ni en ponerse esos vestidos ceñidos que a él le disgustaban tanto, para ir de paseo, o a la compra, una madre con la que sentarse en el sofá a ver la televisión todas las noches de la semana, una madre que no se daba golpes con los muebles ni maldecía espesamente su suerte a cada rato, una madre que andaba derecha por la calle y miraba por encima del hombro a los que se atrevían a soltarle un piropo, una madre que ahorraba para comprarse un piso, una madre que había encontrado algo que él no conocía, que no comprendía, que no estaba ni siquiera seguro de que fuera a gustarle de verdad si algún día lo descubría, pero que había permitido, pese a todo, que él se sintiera al fin tranquilo, y hasta, de alguna extraña manera, orgulloso de ella.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

128.	[AIRES]	424	El padre de Andrés era un hombre muy guapo. El hombre más guapo que había visto en su vida. [Eso, y que su amigo había tenido mala suerte, fue lo que pensó Tamara cuando lo conoció.]	Pensar
129.	[AIRES]	425	Tenía el pelo rubio y de un color muy especial, que era dorado y sin embargo oscuro, aunque a veces, cuando movía la cabeza, se envolvía en un reflejo amarillo, brillante. Era un pelo muy raro, tan bonito, tan perfecto que parecía artificial, y lo mismo pasaba con el resto de su cara. [Tamara se dio cuenta de que sus ojos castaños y alargados, grandes y profundos, sombreados por unas pestañas que no serían más largas, ni más espesas, ni más negras si estuvieran maquilladas, podrían ser los ojos de una mujer, y lo mismo ocurría con su nariz, pequeña y recta, y con sus labios gruesos, como dibujados con uno de esos lápices pastosos y finísimos que tanto le gustaban a su madre.] Y sin embargo, y a pesar de la dulzura, de la delicadeza aislada, solitaria, de cada uno de aquellos rasgos, tenía cara de hombre, la cabeza grande, las mandíbulas cuadradas, la barbilla ancha de los hombres, y una piel morena y lisa, sin granos, sin arrugas, sin imperfecciones, que sería muy suave para quien la tocara. No era alto, pero tampoco demasiado bajo, y los vaqueros le sentaban igual de bien que a los modelos de los anuncios de la televisión. Llevaba una camisa blanca con la mitad de los botones abiertos que dejaba ver una medalla de oro de El Rocío y un bronceado misterioso, tan dorado y tan oscuro a la vez como su pelo, y botas de piel de serpiente terminadas en punta. [Tamara se dijo que aquél era el hombre más guapo que había visto en su vida, y no encontró a nadie con quien compararle.]	Darse cuenta / Decirse
130.	[AIRES]	431	Papá trabajaba mucho, muchísimo, eso era lo que decía mamá y eso era lo que decía él también. Por eso estaba tanto tiempo fuera de casa, comiendo y cenando en restaurantes hasta los fines de semana. Pero siempre volvía con algo para ella en los bolsillos, los regalos más caros y los más baratos, y se sentaba en el borde de su cama para contarle los chistes que la harían triunfar en el colegio, para imitar el sonido de un banjo con la boca, o para enseñarle a fabricar una figura con palillos entrelazados que saltaba por los aires ella sola, unos segundos después de que la hubiera terminado. Papá era como un niño grande, una especie de colega protector y generoso, y la solución de todos los problemas. Si la princesa no quiere comerse la verdura, que no se la coma, si no quiere ir al colegio, que no vaya, si no quiere vestirse, que no se vista. [Tamara sonreía al recordarlo.] Trae, que te lo arreglo en un momento... Y eso hacía. En un momento. Y luego la levantaba en vilo, y la besaba deprisa antes de marcharse, pero sólo después de haber arreglado el juguete. Ése era su padre, y era el mejor, hasta que todo se estropeó.	
131.	[AIRES]	433	[No sabía por qué, pero lo sabía. Él nunca había hablado con ella de ese tema, pero pensaba que, al final, cuando todo se estropeó,	Saber

			su padre se había mostrado en realidad como había sido siempre, y no al contrario.] Ella nunca le había escuchado decir eso, pero sabía que lo pensaba, y que no tenía razón.	
132.	[AIRES]	441	[–Charo, con una mano entre las manos de su marido, que la miraba con la boca, más que abierta, repleta de una estúpida sonrisa de siervo incondicional, intervino oportunamente a favor de su suegra–. Eres el único que no la ha tenido en brazos todavía.] No tendría que haberla cogido, no tendría que haber consentido que su madre la depositara entre sus brazos con la insensata despreocupación de la ignorancia, no tendría que haberse levantado al anticipar aquel movimiento, no tendría que haberla apretado contra sí, y entonces no habría advertido nunca su levedad, la insignificante magnitud de su peso, de su volumen, el poderoso reclamo de su olor, la portentosa perfección de sus rasgos. No tendría que haberla cogido, no tan pronto, no todavía, pero se encontró con ella entre los brazos y dio la espalda a los demás para mirarla.	
133.	[AIRES]	442	Al principio no había sido así. Al principio, Charo desembarcó en su vida como la reina de un castillo de fuegos artificiales, una fábrica de serpentinas de colores, un calendario sin días laborables, un fulgor sólido, circular, que valía por todo, y más que todo, y lo absorbía todo, y lo justificaba todo.	
134.	[AIRES]	443	Tendría que haber sabido, tendría que haberla temido, la conocía casi tan bien como a su hermano, llevaba toda la vida conociéndola. Tendría que haber recordado el sabor de la rabia, la lógica de la traición, el veneno tenaz de los hilos telefónicos, pero no pudo.	
135.	[AIRES]	445	[No era de fiar, había pensado , porque no lograba creer en la sinceridad de sus afirmaciones y no existía nada que deseara más, que necesitara más que creer en ellas.] No era de fiar porque no se dejaba comprender, porque hurtaba la mitad de lo que daba, porque gestionaba sus secretos, sus silencios, con un ánimo frío y especulador, como si fueran los intereses de una cuenta bancaria. Iba y venía de su casa, de su vida, de sus noches libres y sus mañanas salientes de guardia, y dejaba en el aire invisibles partículas de un espíritu confuso, que se alimentaba a medias de un rencor inconcreto, universal, y de la arrogancia insoportable de las víctimas. Porque, a pesar de que no disponía de ningún argumento que sustentara, ni siquiera lateralmente, su posición de reivindicadora sistemática frente al mundo, Charo siempre guardaba una queja en la recámara. Nada de lo que tenía, de lo que le sucedía, estaba jamás a la altura de lo que se creía con derecho a merecer.	Pensar
136.	[AIRES]	448	[Él no confiaba en que la naturaleza de aquella soledad le compensara por la brutal extinción de su sueño, pero la certeza de	Confiar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			que había hecho lo único correcto imprimió una cierta armonía en su vida durante algún tiempo.] A lo largo de los dos últimos años, había conseguido que todos sus cálculos, todos sus planes y proyectos, consideraran la figura de Damián desde el ángulo más conveniente de los posibles. El más lejano. Juan, que había pensado en todo, no pensaba en su hermano. El marido de Charo era un estorbo, un fleco, un inconveniente molesto pero residual, un cretino que no se la merecía. Aquel hombre, a quien él había querido, a quien había pertenecido tanto, se había ido desvaneciendo como un muñeco de nieve en la soleada primavera de su impaciencia. Entonces le pareció justo. Él la había visto primero, la había amado primero, había sufrido más, seguía sufriendo, y uno de los dos tenía que quedarse fuera. Le tocaba a Damián pero sería él, otra vez él, él siempre, él todavía.	
137.	[AIRES]	449	[Llevaba más de tres meses sin verla a solas y viéndola entre los demás, cien días sin tocarla, sin besarla, sin oír su voz sabiendo que nadie más que él la escuchaba, un centenar de mañanas, un centenar de noches circulares e idénticas, enganchadas a la exasperante lentitud de la desesperanza. Las verdades absolutas no prosperan en el yermo jardín de los desesperados.] Las verdades absolutas no sacian el hambre, no calman la sed, no concilian el sueño quebradizo y breve de los condenados. La verdad es siempre relativa en la agonía nocturna y solitaria de los moribundos. El Dios de los adolescentes se lleva consigo sus verdades y su absoluto cuando los abandona a su suerte. Y ella lo sabía.	Saber
138.	[AIRES]	452	Él la quería. Tramposa, mentirosa, confundida y hasta ruin, como era a veces, la quería, y la quería para él, y la quería para siempre. Su amor le bastaba, le consolaba, le alimentaba y le absolvía de sus errores, de su ansiedad, pero le daba miedo. Le aterraba pensar en el tiempo, pero también en los límites.	
139.	[AIRES]	455	[–Pero bueno... ¿y ahora qué te pasa? –Charo resopló con impaciencia cuando se dio cuenta–. ¿Tú estás tonto o qué?] Juan Olmedo lloraba, porque era todo tan feo, tan sucio, tan injusto, que la conciencia de su amor por aquella mujer sólo podía empeorarlo, empeorarlo a él, hacerle más mezquino, más pequeño, más infeliz, y empeorarla a ella, que en el momento más difícil había vuelto a ser quien no comprendía. Él nunca había querido vivir así, en una zozobra perpetua, en el naufragio irreparable de sus propios deseos, de sus propias acciones, él la quería, quería ser feliz, ser feliz con ella, y todo lo que había conseguido cabía de repente dentro de su coche, un ojo abierto que le miraba y aquella situación infame, vergonzosa, a eso le había llevado tanto amor, una ambición tan alta, la variedad más triste de la locura.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

140.	[AIRES]	457	[Juan Olmedo no podía comprender que su cuñada le hubiera elegido como padre para su hija sólo porque en el momento en el que se le ocurrió quedarse embarazada, él le cayera más simpático que su marido.] Era algo demasiado salvaje, demasiado insensato, demasiado feroz hasta para una víctima vocacional, una ilusa princesa destronada, la déspota caprichosa y miope que nunca había pagado precio alguno por situarse a sí misma encima de todo, y por encima de todos los demás.	
141.	[AIRES]	458	[Se absolvía a sí mismo pensando que a él no le quedaba nada por decir y que ella lo sabía, que sabía de sobra que él estaba allí, esperándola, siempre, hasta cuando ella quisiera.] Eso se lo había dicho con palabras y sin ellas, tantas veces que ya había perdido la cuenta, y había perdido también la cuenta de las veces que ella no había querido responderle, embozándose en un silencio ambiguo, que no significaba nada porque insinuaba demasiadas cosas a la vez.	Pensar
142.	[AIRES]	459	[Al principio, mientras Charo se confirmaba como una dosis inagotable de felicidad portátil, le fue escrupulosamente fiel.] Parecía ridículo, pero lo cierto era que se sentía incapaz de desear a ninguna otra. Las mujeres que le rodeaban, las que trabajaban a su lado, las que se encontraba por la calle, se convirtieron en imágenes planas, inertes, más o menos agradables pero desprovistas siempre hasta de la menor sombra de realidad. No había dejado de mirarlas, pero ya no las codiciaba ni siquiera con la imaginación. No las necesitaba.	
143.	[AIRES]	460	[A partir de ese momento, y aunque ella le llamó luego muchas veces y él no quiso volver a quedar, Juan Olmedo fue recuperando una cierta neutralidad sin preguntas ni explicaciones.] No buscaba a las mujeres, pero se dejaba encontrar cuando alguna le gustaba. Llegaría un momento en el que ya no sería ni siquiera capaz de reconocerse en el sujeto de aquel privilegiado equilibrio, una época furiosa de frenéticos descartes sucesivos, una fiebre terminal y desquiciada que le empujaría de nombre en nombre, de boca en boca, de cuerpo en cuerpo, en la búsqueda imposible de un antídoto, un veneno capaz de curarle o de destrozarle del todo, de arrancarle por algún medio de las garras de la desesperación, que era su único amo y su consuelo.	
144.	[AIRES]	468	Y sin embargo, la quería. La seguía queriendo. Ferviente, incondicional, desesperadamente, tal y como la despreciaba, la quería, y la quería para él, y la quería para siempre, todavía. Sin comprenderlo, sin controlarlo, sin poder creérselo, la quería, pero estaba muy cansado, agotado, arruinado, exhausto, incapaz ya de dar un paso más, de tender otra vez una mano hacia ella.	
145.	[AIRES]	473	[Juan Olmedo le miró sin sospechar que el objeto de su observación llevaba ya un rato observándole.] El hombre que le	Mirar / Pensar

			devolvía una mirada tan directa como la que recibía de él tendría poco más de treinta años, el pelo rubio oscuro, un cuerpo mediano, ni delgado ni musculoso, y ese tipo de cara de muñeco grande, cejas muy dibujadas, ojos redondos, nariz pequeña, labios carnosos, que es tan frecuente entre los modelos publicitarios. [Se había hecho demasiado mayor para seguir cargando airoosamente con esa cara de seductor adolescente, pensó Juan, mientras calculaba que debía de ser más bajo que Maribel y que, en consecuencia, su cabeza no debía llegar mucho más allá del nivel de sus propios hombros.]	
146.	[AIRES]	479	[Juan acertó a acusar de alguna forma sutilísima, inefable, la satisfacción con la que ella había acogido una noticia que él le había dado sin pensarlo mucho, sin concederle una importancia que tal vez, después de todo, sí tenía.] No era la primera vez que Maribel le sorprendía con una inteligencia peculiar, que se elevaba muy por encima de su nivel general de comprensión de las cosas cuando ocurría algo que pudiera llegar a afectar directamente a su relación con ella.	Acertar
147.	[AIRES]	491	Junio fue bueno. [Julio, mucho mejor de lo que Sara se había atrevido a esperar y que la mayor parte de los meses que recordaba .]	Recordar
148.	[AIRES]	507	[Aquel proyecto injusto y egoísta que, una vez deshecho, se complacía casi malignamente en condenar con una dureza que quizás ni siquiera merecía, encerraba mucho más que una accidental promesa de maternidad.] Ésa había sido su ocasión para romper el cerco, y se había malogrado por sí sola, como si no existiera en el mundo ninguna baraja en la que sus cartas no estuvieran marcadas desde antes de su nacimiento. El guión de su vida nunca fue tan escueto, tan obvio, tan certero. Sara Gómez Morales, vida prestada, hija de más, madre de nadie, nada del todo, no llegaría a ser ninguna otra cosa durante el resto de su vida.	
149.	[AIRES]	510	Ella siempre se había parecido más a su padre. Tenía el mismo carácter, el mismo orgullo terco e inservible, la misma ira fermentando dentro, entre los pliegues de un estómago torturado, harto, insensible ya, incapaz de albergar tanta rabia con cada dosis del aire que respiraba. Había heredado las palabras y los silencios, la voluntad, la determinación de Arcadio, y con ellas, el derecho a sufrir más, y a no contarlo. [Le habría ido mejor con el carácter de su madre, pensaba a veces, más flexible, más blando, más austero también en el fondo, por debajo de las apariencias.] Sebastiana se adaptaba mejor a los golpes, pero también a las caricias del destino. En ella, el odio era una exigencia del amor. En su marido, el amor había sido siempre una manifestación del odio. Y sin embargo, los dos se habían querido igual, y se habían querido hasta el final.	Pensar

150.	[AIRES]	513	[En otoño de 1982, su madrina se había ofrecido a hablar con Vicente en su nombre para obligarle a asumir de alguna forma la paternidad del hijo que esperaba, insinuando que aquella gestión entre iguales sería más eficaz que cualquiera que pudiera emprender por su cuenta la propia Sara. Ella la había mandado literalmente a la mierda antes de colgar.] Fin del trayecto.	
151.	[AIRES]	519	Nadie le había hecho nunca tanto daño como la mujer indefensa, arruinada y sola que acababa de pulverizar la indeseable tranquilidad de su vida. Pero estaba harta de trabajar, harta de levantarse a las siete y cuarto de la mañana para comer a las cuatro de la tarde, harta de fichar a las tres de la tarde para cenar a las once y media de la noche, harta de los atascos de las mañanas y de los atascos de las noches, harta de los cursillos de fin de semana, harta del tamaño de su sueldo, harta de cocinar los domingos para llenar el congelador de envases de plástico de usar y tirar, harta de tener que pedir un crédito cada vez que se le rompía un electrodoméstico o se le paraba el coche, harta de tener siempre sueño, harta de estar siempre cansada, harta de tener que escoger entre comer y dormir, entre dormir y divertirse, harta de estar harta. Envolverse en la piel inmaculada y tierna de los hijos pródigos para volver a la casa de la calle Velázquez no era firmar la paz, sino claudicar, entregar las armas, hincar la rodilla, tragarse el sapo más verde y más viscoso, abrazar una afrenta, besar en los labios a la humillación definitiva. Pero lo que dejaba atrás ya no eran sueños, batallas, proyectos, diminutas semillas de trigo que algún día brotarían como el milagro más conmovedor ante su cabaña de náufraga triunfal, superviviente. Atrás dejaba un piso pequeño, un empleo incómodo y no muy bien pagado, una vida gris, un horizonte plano y sin matices. Un orgullo que no daba de comer, la pólvora mojada de un arsenal de juguete y una terraza llena de cintas, de geranios, de amores de hombre y plantas del dinero que formaban parte de una cadena infinita de regalos sin precio, gestos de mínima cortesía en un mundo a duras penas decoroso. Vivía mejor de lo que habían vivido nunca sus padres, mejor que sus hermanos, pero en la misma mitad del universo, en el terreno de los placeres mínimos y trabajosos, en el lado más feo de la realidad.	
152.	[AIRES]	520	Ya no creía en los milagros, en las hazañas, en los símbolos, sólo en la modesta suerte que había logrado arañar con el borde de las uñas mientras caía hasta el fondo, al despeñarse una y otra vez, después de cada intento. Porque lo había intentado. Tenaz, incansable, desesperadamente. Lo había intentado y podía contar sus conquistas con los dedos de una mano. Un título oficial de inglés. Un montón de diplomas enmarcados. Un pequeño tesoro de objetos bonitos, a menudo caros, a veces carísimos, envueltos siempre en el recuerdo preciso, insoportablemente intenso en las mañanas frías, en las noches de lluvia, de las caricias que los habían hecho desembarcar entre sus manos. Una espectacular	Creer

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			colección de fotos tomadas en algunos de los lugares más hermosos del planeta, el puente de Brooklyn con Manhattan al fondo, las pirámides de Gizeh, tres columnas del templo de Poseidón en el atardecer de cabo Sounion, fachadas de hojalata pintadas de colores contra la turbia inmensidad del Río de la Plata, los viejos palacios del Káiser en la Unter del Linden, el Malecón de La Habana. Ése era su botín y estaba caducado, tan inservible como un yogur pasado de fecha.	
153.	[AIRES]	521	[Había visto miedo en sus ojos y estaba segura de que, si aceptaba su oferta, ese miedo le otorgaría una clase de poder que quizás nunca nadie había tenido sobre ella, un poder que Sara tampoco había probado jamás.] Bastaría con estar, con no marcharse, con acompañarla al médico, con llevarla al teatro una vez a la semana, para reconquistar el tiempo y el espacio, una libertad aceptable y toda la pereza del mundo.	Estar segura
154.	[AIRES]	521	[Tal vez fuera ese detalle, pero ella no creía haber tomado aún una decisión firme del todo cuando una mañana, fresca ya, de esas vacaciones que se agotaban, se tropezó en las últimas páginas del periódico con una fotografía recuadrada y extraña.] Una mujer joven, que seguramente no había cumplido aún los treinta años, posaba para el fotógrafo con un manojo de plumas blancas entre las manos. Llevaba un vestido del mismo color, muy exagerado pero muy elegante, corto por delante, largo por detrás, y un moño altísimo, adornado con otras plumas, largas, lánguidas, sofisticadas y estilosas. Si se la hubiera encontrado en una revista o en el suplemento de los domingos, la habría tomado por una modelo y habría pasado de largo, pero estaba en el periódico, entre el presidente del Gobierno y Vicente González de Sandoval, flanqueado a su vez por el ministro de Hacienda. [Sara leyó el pie de foto y torció los labios en una mueca que se congeló antes de llegar a sonrisa.]	
155.	[AIRES]	522	[Estaba segura de que jamás dejaría a su mujer, y ahora resultaba que se había casado con otra.] Pero no con una chica cualquiera, sino con una modelo de portada que tenía una ese doble en el primer fragmento de su primer apellido. Sara Gómez Morales tenía apellidos simples, cortos, vulgares, con ninguna ese doble por ninguna parte. Porque en español los apellidos suelen terminar con zeta y las eses siempre se escriben de una en una. Esa letra no existe, la ese doble no existe, en español no, hace siglos que no existe.	Estar segura
156.	[AIRES]	541	Llevaba consigo doce millones de pesetas que no existían, que no tenían sentido fuera de los estrictos límites de su inexistencia, doce millones que nadie había visto, que nadie afirmaría jamás haberle entregado, doce millones que sus antiguos propietarios nunca habían tenido y de los que, si ella quería, nadie tendría noticia jamás. Doce millones de pesetas que no existían. Seis	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			millones de pesetas existiendo solamente en el peso que sentía en cada mano. En cada una de sus dos manos, de sus propias manos siempre vacías de niña perdida que nunca hallaría una casa propia a la que volver. Doce millones de pesetas caminando con ella, avanzando por la acera sin hacer ruido, sin manifestarse, sin rechistar, enjoyando los costados de su cuerpo con la escueta discreción de la auténtica elegancia.	
157.	[AIRES]	542	[Sara Gómez Morales caminaba por la calle pisando fuerte, una energía desconocida en la planta de los pies, un incendio placentero en la palma de las manos, una secreta intuición del llanto en el borde de los ojos, caminaba y seguía andando, y dio una vuelta a la manzana, y luego otra, y otra más, y la cabeza se le disparó, enloqueció en una impecable secuencia de cálculos exactos,] doce millones de pesetas, cuánto tiempo tardaría en reunirlos una contable del Pryca de El Pinar, doce millones de pesetas, cuántos años tendría que tardar doña Sara Villamarín Ruiz en morirse para que su ahijada llegara a ahorrar una cifra semejante, doce millones de pesetas, cuántas cosas bonitas, a menudo caras, a veces carísimas, se podrían comprar con ese dinero, doce millones de pesetas, [su cabeza se había disparado pero ella apenas le prestaba atención.]	Enloquecer
158.	[AIRES]	553	[Sara la había acompañado a ver el piso piloto y le había parecido casi perfecto. Al día siguiente volvieron a verlo todos juntos,] un salón comedor grande, en forma de ele, dos dormitorios amplios, una cocina cómoda y bien amueblada, un cuarto de baño completo y otro aseo más pequeño, junto a un tendedero donde había espacio suficiente para instalar una despensa	Parecer / Ver
159.	[AIRES]	569	Pero los fines de semana él no podía controlar la vida de Maribel, sus movimientos, sus horarios. El resto del tiempo sí, y por eso empezó a verla de vez en cuando, siempre a la una de la tarde, a las dos, a las tres, y sus apariciones esporádicas, fugaces, se fueron haciendo más consistentes a medida que la primavera avanzaba, mientras hablaba con sus pacientes, mientras leía sus historias, mientras los examinaba, la veía, limpiando, andando, cocinando, comiendo, abriendo las ventanas y cerrándolas después, la veía, y podía contar los poros abiertos, empapados en sudor, de su piel de manzana recién lavada, y hasta sus costillas cuando se arqueaba en un quiebro de fiera lujosa y malcriada, y escuchaba su voz, esa forma tan peculiar de pedirle las cosas por favor, y sobre ella, la voz de lo evidente. Tienes un teléfono encima de la mesa, te sabes el número de tu casa de memoria, llámala, te va a decir que sí. Eso también lo sabía, que iba a decirle que sí, a todo, a lo que fuera, a lo que él quisiera. [Lo había pensado muchas veces. Demasiadas veces.]	Pensar
160.	[AIRES]	570	Él no quería ser el novio de Maribel, quería más. Quería seguir follándose en secreto, con las ventanas cerradas y las persianas	

			<p>bajadas, en un país con reglas y sin nombre, en el exilio escueto y privado de su propio dormitorio, en el fondo de un arca sellada que navegaba a solas por una inmensa nada que fuera de allí seguía resultando ser el mundo. Pero quería más. No tenía bastante, quería más, y sabía que aquello era bueno porque era poco, pero quería más, y sabía que no podía tenerlo todo, que era imposible, pero quería más. Por eso estaba enganchado, se había enganchado sin darse cuenta a aquella mujer misteriosamente vulgar, más misteriosa cuanto más vulgar, que al quitarse la ropa para él se desnudaba a la vez de una piel completa, de su nombre y de su memoria, de lo que sabía y de todo aquello que ella también habría preferido no tener que aprender nunca. Estaba enganchado, se había hecho adicto a una Maribel que no existía en realidad, porque le necesitaba a él para nacer, nueva, radiante, de la armadura vana y sin brillo que la mantenía oculta a los ojos de los demás, que la preservaba intacta para él porque no era más que una parte de él, la mejor, la que no podría salvarle pero sí hacerle olvidar a ratos lo que sabía. Estaba enganchado, [y por eso, convencido de que lo mejor era aguantar, sujetarse.]</p>	
161.	[AIRES]	589	<p>[Los enemigos del Canario decían que le gustaba que le pegaran, que lo iba buscando, y que por eso se peleaba solamente con tipos peores que él, más fuertes, más peligrosos, más violentos.] Era verdad que solía cobrar, que se llevaba unas palizas tremendas y después estaba un par de días fuera de la circulación para reaparecer con las cejas rotas y apestando a Betadine, pero a Juan le gustaba más la otra versión, la de los amigos, la de los leales, la de los cronistas del mito oficial del héroe de barrio que nunca abusaba de los débiles, que nunca había maltratado a nadie sobre quien llevara ventaja, que se limitaba a zanjar los insultos, los desafíos del incauto de turno, levantándole por las solapas y soltándole, a lo sumo, un par de bofetadas y la amenaza de siempre, no te cruces conmigo, chaval, procura no volver a cruzarte conmigo.</p>	Decir
162.	[AIRES]	594	<p>[La carta no había llegado a hacerse pública, sin embargo. A Juan no le extrañó.] Ningún médico mínimamente consciente firmaría jamás un documento como aquél. Así que el doctor Miguel, tres o cuatro años después de aquello, seguiría trabajando en una clínica, tal vez incluso en la misma de entonces. Y desde luego, muy bien podía ser él uno de esos partidarios de operar al pobre Alfonso que había mencionado su hermano.</p>	Extrañar
163.	[AIRES]	596	<p>[Cada vez que le veía con un bollo en la mano, una fracción de segundo antes de ver sólo su mano, vacía, y un relieve de esfuerzo en su garganta, Juan Olmedo, a quien le gustaba tanto comer, pensaba que la relación que Damián había establecido con la vida consistía básicamente en eso, en tragar sin masticar, en renunciar al gusto de las cosas, a sus contrastes, a sus matices.] A la sal, a la dificultad, a la sugerencia del punto ácido, o amargo, que subyace</p>	Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			bajo la corteza de los únicos sabores interesantes. Tal vez por eso, por esa debilidad intrínseca que se alimentaba a sí misma en cada exceso, Damián no había sido capaz ni de gobernar a Charo, agrídulce y salada al mismo tiempo, amarga y ácida, y más dulce después si hacía falta, cuando aún estaba viva, ni de sobreponerse al insulto supremo de su muerte.	
164.	[AIRES]	600	Allí podrían haberse cruzado por última vez, aquella noche, si Juan hubiera hecho lo que tenía que hacer, marcharse a su casa, largarse deprisa, corregir al fin, mejor si para siempre, la errónea dirección de sus recuerdos. Pero tenía sed. Había bebido demasiado y aún tenía sed. Quizás nada hubiera sido nunca verdad. Quizás Charo le contaba a Damián todo lo que hacía con él, lo que le decía y lo que él le contestaba, lo que ella preguntaba, lo que él le prometía. Quizás se habrían reído los dos juntos, en la cama, muchas veces, siempre después de que Charo hubiera recompensado el enésimo perdón conyugal como sabía. [¿Y qué, Juanito?, se dijo, ¿y qué más da todo eso ahora?] Y sin embargo algo daba, porque no le daba igual.	Decirse
165.	[AIRES]	607	[Mientras Damián se inclinaba sobre la mesita del descansillo, Juan Olmedo repitió para sí mismo que la raya era lo de menos.] Lo de más era la debilidad de Damián, esa manía suya de hablar sin parar, de cruzarse con él, de sobrar en un mundo que sería mucho mejor si nunca hubiera vivido allí. Lo de más era Damián, y siempre había sido Damián, y entonces seguía siendo Damián, mientras hablaba de una mujer a quien Juan no conocía y que sin embargo tenía que ser la Charo verdadera, la auténtica, la que era de Damián y no era suya.	Repetir
166.	[AIRES]	610	[Había sido en un descampado, le dijo, cerca de los cuarteles, el otro era muy pequeño, menor de edad, casi un niño, había sido una violación, como quien dice...] Nada de eso era cierto, nada excepto que el Canario tenía una polla en la boca. Eso sí era verdad, y era tan fuerte que el lunes, en el instituto, no se habló de otra cosa, aunque todos se hubieran enterado ya de que su amante era mayor que él, y estaba casado y todo.	Decir
167.	[AIRES]	615	Un cuerpo cubierto con una manta gruesa, parda, en el arcén del kilómetro 11 de la antigua carretera de Galapagar y el hueco de sus piernas, la ausencia de sus muslos del color de las tartas de yema tostada. La versión de Damián, esa versión odiosa y posible que había mencionado de pasada, sin emoción, con desprecio. Y el Canario. [Al bajar el vigesimoséptimo escalón, al llegar al suelo, Juan Olmedo se acordó del Canario, que era el único hermano que él había querido tener, y volvió a verle llorar con un solo ojo mientras le decía que tenía razón, que él era más fuerte que Damián, que era el más fuerte de los dos. Luego se arrodilló junto al cuerpo de su hermano, y estudió su cabeza a distancia, sin	Acordarse

			tocarle.] El mundo sería un lugar mucho mejor para vivir si Damián hubiera muerto.	
168.	[AIRES]	623	Los jueces no pueden aceptar los testimonios de los retrasados mentales, y no los aceptan. [Nicanor sabía todo esto tan bien como él, y que no había caso, y por eso no había hecho ninguna gestión oficial, más allá de las visitas, de los susurros y las amenazas.]	Saber
169.	[AIRES]	639	[Sara pensaba en sí misma, en Maribel, en las cosas que son como son, y son porque sí, y no tienen remedio.] Los trenes siempre alcanzan a la liebre, le pasan por encima con un golpe seco, silencioso, una eficacia que rompe sólo por dentro, y siguen su camino pitando en cada estación, porque ése es su carácter, su naturaleza. La condición de los trenes. La condición de la liebre. E Isabelita Sevilla, con su suerte mediana, y un amor más desagradable que imposible, y una diadema de plástico del mismo color que el bolso, y media docena de zapatos en el armario, se estaría muriendo de risa en el punto más alto del horizonte.	Pensar
170.	[AIRES]	644	[Sara no estaba segura de que aquella dureza formara siempre parte del carácter de Aguirre, de que siguiera estando presente en su manera de relacionarse con los demás cuando se liberara de la faja cruel de su uniforme, pero si no era así, su mirada, su acento, sus gestos, resultarían aún más intolerables.] Aquella mujer no sabía medir, no había aprendido a mezclar en las proporciones adecuadas los ingredientes esenciales del papel que pretendía representar, y así, su autoridad sugería solamente hostilidad, su inexperiencia se disfrazaba de superioridad, y su conciencia de lo que era justo y de lo que no lo era desembocaba en un incomprensible desprecio que colocaba a la víctima en el sorprendente lugar de la acusada.	Estar segura
171.	[AIRES]	649	[No podía olvidar que nada excepto el azar los había unido, pero tampoco que antes parecía haberlos seleccionado para tripular aquella nave terráquea y vulgar, dos casas enfrentadas al borde del mar, muy lejos del pasado.] Todos ellos compartían una condición común. Todos eran supervivientes, habían sobrevivido a una herida mortal, al filo de una navaja, a una muerte, a una pérdida, a una amenaza, a la implacable desventura de su propio nacimiento. Todos tenían un secreto, y cada secreto privado alimentaba el caudal del secreto común, el origen de esa fuerza que los unía, que extraían por igual de su unidad, y a la que ninguno podría renunciar sin perderse para siempre, solo y aterrorizado en campo enemigo.	(No) poder olvidar
172.	[AIRES]	660	[Eso no lo había planeado de antemano.] Al fin y al cabo, durante toda su vida había sido una trabajadora excelente, honrada, concienzuda, responsable, una condición que saltó repentinamente sobre ella para que sus antiguos escrúpulos de	Planear

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			asalariada, la seguridad que la acompañaba cuando pisaba el terreno de las cosas que sabía hacer con brillantez, afloraran por sorpresa, dándole un margen tan estrecho que apenas le consintió intuir hasta qué punto podían llegar a encajar esta vez con sus propios y ocultos intereses.	
173.	[AIRES]	664	A ella le regaló un coche nuevo y carísimo, su primer BMW, pero no dinero. [Ya contaba con eso.] Por mucho que la quisiera, por mucho que la necesitara o la prefiriera a Amparo y a sus hermanos, ella nunca heredaría el mantón, sino los flecos. Los hijos del servicio se prohíjan, pero no se adoptan, porque la sangre es roja y la ley es la ley.	Contar (con)
174.	[AIRES]	671	La última vez que le vio era casi un adolescente, un muchacho greñudo y sucio, perpetuamente enfurruñado, indignado con el mundo, que andaba arrastrando los pies y se cagaba en Dios en una de cada dos frases, y en el estampado de sus camisetas. Ahora llevaba el pelo corto, los zapatos muy limpios, y una corbata deliberadamente chillona que se aliaba con una americana de ante y unos vaqueros nuevos para reducir su aspecto a la condición de un inconformismo simbólico.	
175.	[AIRES]	675	[A pesar de que, acatando una regla no escrita y sin embargo básica en su trabajo, Rafa cultivaba una afición por el riesgo que a Sara en un principio le pareció excesiva, lo cierto era que la fortuna de los Villamarín nunca había estado tan bien gestionada como entonces.] Era muy bueno, mejor que bueno, y actuaba con una seguridad asombrosa en relación con su edad, [pero ella nunca encontró nada sospechoso en su forma de trabajar, ni siquiera después de que sus primeras gestiones arrojaran beneficios tan espectaculares como para persuadirla de vigilarle de cerca.]	Parecer / Encontrar sospechoso
176.	[AIRES]	676	[No añadió nada más, y Sara no le dio importancia a sus palabras.] Rafa acababa de cumplir treinta años y era un soltero vocacional, bastante guapo y muy coqueto, menos seductor quizás que Vicente cuando ella le conoció, pero incomparablemente más frívolo. [Sara se había dado cuenta de que sonreía a las camareras, a las cajeras, a todas las chicas con las que se cruzaba por la calle, y suponía que las clientas no tenían por qué ser una excepción.]	Dar importancia / Darse cuenta
177.	[AIRES]	678	[Jamás pudo decir , sin embargo, que fuera un amante sin personalidad. Ni que su deseo se agotara en el reflejo de aquel amor difícil y ajeno del que los dos sabían que había nacido.] Rafa no buscaba en Sara ninguna clase de amor, ni lo ofrecía, y ella encontró en él algo mucho más simple, menos costoso, un placer cuyo precio siempre podía pagar. Los dos salían ganando con el trato, [pero Sara ganaba más, y lo sabía .]	Decir / Saber

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

178.	[AIRES]	679	[No era sólo el placer físico, primario, de rozar otro cuerpo, el cuerpo de un hombre joven y elástico, risueño y codicioso, debajo de las sábanas. Era también lo que ese cuerpo significaba, una determinada clase de paz, una tormenta en un vaso de agua, un punto de equilibrio inverosímil.] Rafa nunca llegó a estremecerla, a partirla por la mitad, a hacer un agujero redondo y perdurable a través de su cintura, a colonizar su pensamiento, su voluntad, su imaginación. Nunca llegó a poseerla, ni a formar parte de esas pocas cosas que ella llevaba consigo para siempre. Y sin embargo estaba ahí, y estaba bien, la mimaba y la hacía reír, la divertía, la contagiaba de su edad, de su fuerza, de su capacidad de reír y de olvidar deprisa. Y nunca se cansaba de follar, nunca abandonaba antes de que ella hiciera ondear la bandera blanca de las treguas. Sara jamás había tenido una relación tan fácil, tan sencilla, tan elemental, con ningún hombre.	
179.	[AIRES]	680	[Sara pensaba en Rafa, recordaba detalles de su rostro, de su cuerpo, el tono de su voz al excitarse, su forma de moverse, de moverla consigo sobre la cama, hasta que lograba recuperar imágenes de otro rostro, de otro cuerpo, un hombre imaginario que dejaba de serlo cuando su memoria accedía a tomar el control para llevarla en volandas hasta unos brazos que eran todos los brazos.] Había tenido tan pocas cosas en su vida que nunca había aprendido a despedirse de ninguna para siempre, y ahora, hasta en la cúspide de su riqueza, parecía condenada a seguir llevando a cuestas su pobreza.	
180.	[AIRES]	681	[Entonces Sara se incorporó sobre el codo y le miró.] Nunca le había hablado así, y tampoco antes había necesitado su firma para operar. Por otro lado, la expresión de su rostro desmentía la euforia de sus palabras. Parecía más que preocupado, incómodo, miedoso, como un niño pequeño en el trance de confesar un destrozo que desbordara los márgenes de una simple travesura. [Sara se dio cuenta de repente de lo joven que era.]	Mirar / Darse cuenta
181.	[AIRES]	683	[Él no quiso contestar. Ella acabó de vestirse, se puso los zapatos, fue a la cocina, se sirvió una copa, se la bebió de un trago, rellenó el vaso, encendió un cigarrillo,] todo era igual, siempre igual, todo, desde el principio, cada episodio de su vida estaba escrito, cada decisión suya había sido ya tomada por otros, tendría que estar contenta, satisfecha, por una vez el tren que respiraba en su nuca no pretendía arrollarla, sino montarla encima, hacerla correr más, ir más deprisa, y sin embargo se sentía perdida, derrotada, manejada por el único hombre al que había amado, por el que lo habría dado todo, por el que habría hecho cualquier cosa. Vicente había vuelto a entrar en su vida por la puerta de atrás para robarle la venganza, su venganza, esa pasión pura, inmaculada, que se había deshecho en un charco de agua sucia, como la nieve pisoteada sobre las aceras de las ciudades. Tendría que estar contenta, sentirse segura, amparada por la sombra todopoderosa	

			del único hombre que la había amado, que se comportaba como si siguiera amándola todavía, sabía que él sólo vería las cosas de esa manera, que estaría convencido de haber hecho lo mejor que podía hacer por ella, que se complacería en su magnanimidad, en su nobleza, en la aristocrática humildad de quien hace el bien ocultamente, sin proclamarlo, sin extraer ventajas siquiera simbólicas de su superioridad, sin tomarse la molestia de informar a su beneficiaria, esa insignificante criatura cuya curiosidad sólo podría malograr la meticulosa previsión de su fortuna, de que había decidido convertirse en su benefactor, celebrar una fabulosa fiesta de cumpleaños en su honor, prestarle un collar de perlas, forrar con seda amarilla un par de zapatos nuevos. Pero Sara ya no quería padres adoptivos, otros apellidos, un dormitorio nuevo con el suelo perfectamente nivelado y muebles de su tamaño. Habían vencido ya todos los plazos. Ella había vivido sola su historia, y había planeado sola su final, ese final feliz que su vida iba a compartir con las de los protagonistas de todos los cuentos que no le gustaba escuchar cuando era pequeña. Nunca había deseado otro personaje, otro narrador, otra voz serena y generosa que se hubiera alimentado una vez de los besos de los príncipes y las princesas que jamás visitaron el borde de su cama de niña sola, las manos vacías y ninguna casa a la que volver.	
182.	[AIRES]	688	Entonces le estrechó con más fuerza, se aferró a él como un naufrago abraza a su tabla, pegó su cara a la suya, intentó respirarle, absorberle, adherirse a él. Quizás nunca le había querido tanto.	
183.	[AIRES]	692	Aquella niebla no se disipaba nunca. Se levantaba con ella por las mañanas y se esponjaba entre sus sienes por la noche, para gobernar sus sueños. Era la niebla quien convocaba a su madre ante el espejo del cuarto de baño, donde la peinaba durante horas enteras, besándola y bromeando igual que antes, y quien la asesinaba todos los días a las ocho menos cuarto, cuando la muchacha entraba en su habitación para despertarla. [No la podía ver, pero sabía que era niebla, y que era blanca y sucia, viscosa y húmeda, repugnante y suya, porque había crecido sola dentro de su cabeza.]	Saber
184.	[AIRES]	696	No se puede no querer a un padre. [Tamara lo sabía .] Aunque sea horrible, aunque haga cosas horribles, aunque diga cosas horribles que se deslizan como un soplo de hielo en los oídos, es imposible dejar de quererlo. Aunque un día se caiga por una escalera, y desaparezca, y una niebla blanca y sucia, viscosa y húmeda, desborde la cabeza de una niña de diez años para inundar con su repugnante presencia la garganta, el estómago, el vientre, los huesos de sus brazos y sus piernas, hasta convertirla en una piedra, en una planta, en una imagen paralizada y hueca de sí misma. Aunque el dolor que produce esa pérdida brutal transporte la semilla de un alivio instantáneo y más odioso todavía, la	Saber

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			promesa de una vida sin gritos, una vida sin miedo, una vida sin el cuchillo helado de una duda eterna sobre la arista finísima que separa la verdad de la mentira, no se puede no querer a un padre, dejar de quererle, dejar de sufrir por él, de sufrir con él, [Tamara lo sabía.]	
185.	[AIRES]	697	[Antes de que todo aquello ocurriera, Tamara ya le tenía mucho cariño a Maribel.] Siempre le había caído bien, porque era una madre que hacía cosas de madre, y decía y advertía y se asustaba y se comportaba y sonreía y besaba como una madre, y estaba ahí, con la comida puesta y la nevera llena y las tiritas a mano y un truco en la memoria para solucionar casi cualquier cosa como no sabía hacerlo Sara, como no sabía hacerlo Juan, y porque cuando estaban juntos, que era casi siempre, no discriminaba entre Andrés y ella.	
186.	[AIRES]	698	Y cuando volvió, no era el de antes ni el de después, sino un Andrés distinto, que no decía ni hacía cosas que no dijeran o hicieran los otros niños, pero que siempre parecía estar aparte, solo por dentro, como si cualquier cosa le diera lo mismo que cualquier otra, y se levantara, y comiera, y caminara, y descansara, y todos sus actos fueran recuerdos de una lección antigua y bien aprendida, instrucciones que recitaba sin entenderlas, apenas para complacer a los demás, nunca por sí mismo. Era la niebla, blanca y sucia, húmeda y viscosa, repugnante y suya. [Tamara lo sabía, la reconocía y la detestaba, pero, igual que había ocurrido mientras habitaba en ella, no encontraba la forma de disiparla, de desalojarla, de obligarla a abandonar la cabeza de su amigo.]	
187.	[AIRES]	700	[Tamara le vio cruzar la plaza y se preguntó dónde habría dejado la bicicleta.] El polígono estaba demasiado lejos de su casa como para que hubiera llegado hasta allí andando, sobre todo ahora, que tenía una bici nueva y estupenda, aquella "mountain bike" ultraligera de aluminio plateado con la que había aparecido una tarde de julio y que representaba exactamente lo que él más deseaba en el mundo.	Preguntar(se)
188.	[AIRES]	701	[En ese momento, creyó entenderlo todo.] Se la habían robado, sólo podía ser eso, que se la habían robado y a él le daba vergüenza reconocerlo.	Creer
189.	[AIRES]	703	[Entonces levantó la vista, y al encontrar en los ojos de su tío un reflejo de su propia alarma, cruzó los dedos y se lo contó todo.] Aquello era importante, era muy importante para ella. La niebla es blanca y sucia, húmeda y viscosa, no distingue entre la costa y el interior, atonta a los adultos, nubla los cielos y marchita deprisa las vidas que son nuevas.	
190.	[AIRES]	723	[Juan llevaba toda la vida mirándole, estudiándole, intentando adivinar lo que pensaba, lo que sentía, lo que deseaba o temía, y	

			nunca había logrado establecer una pauta sistemática de su comportamiento. Los especialistas que le trataban le habían advertido que nunca lo lograría. Las reacciones de Alfonso sólo eran previsibles en procesos rudimentarios, básicos, de estímulo y recompensa, pero cuando se hallaba en una situación que desbordaba los márgenes de ese esquema, cuando se enfrentaba a un acontecimiento nuevo y desconocido para él, del que ignoraba si le depararía un premio o un castigo, se dejaba llevar por los impulsos más aleatorios, y pocas veces eran lógicos.] El hospital estaba muy cerca, la ambulancia no podía tardar mucho.	
191.	[AIRES]	727	[Paca le acostó en un sofá, le tapó con una manta, y sin embargo, la voz de Tamara le despertó, porque quería verla, darle un beso antes de que se fuera.] Aquél fue su primer error.	
192.	[AIRES]	734	En aquel momento tendrían que haberse despedido, y la vida de cada uno de ellos habría seguido su propio camino, divergiendo progresivamente hasta perderse de vista por completo, como correspondía a su mutua voluntad de desconocerse. En aquel momento tendría que haber comenzado aquel proceso, pero Alfonso, que solía ser tan dócil, tan obediente, y que había pagado tantas veces el precio de una bronca descomunal por el privilegio de tumbarse encima de la cama de Damián para ver la tele, no estaba en el piso de arriba cuando Juan acompañó a Nicanor hasta la puerta.	
193.	[AIRES]	736	[Mientras su organismo recuperaba poco a poco las pautas de su funcionamiento normal, y la sangre volvía a ponerse en movimiento, Juan Olmedo intentó pensar deprisa, y lo consiguió antes de lo que esperaba.] Habría una autopsia, por supuesto que iba a haber una autopsia, pero él ya sabía qué resultados iba a arrojar. Él no había empujado a su hermano. El organismo de Damián contenía una cantidad de sustancias tóxicas que bastaría para justificar la pérdida espontánea de equilibrio de un hombre mucho más corpulento que él. O hasta de dos. Por eso se había caído por la escalera, se había caído él solo, y su cadáver conservaría la memoria del accidente, hematomas de diversa importancia y cortes en la piel que permitirían al forense reconstruir con exactitud la trayectoria, la aceleración, las fases de la caída, hasta el instante en que su cráneo reventó contra el canto de un escalón. Es difícil sobrevivir a un golpe así.	Pensar
194.	[AIRES]	740	El mundo no era un lugar mejor sin Damián. Él no había empujado a su hermano. Damián se había caído solo por la escalera, había caído rodando, primero en diagonal, luego boca abajo, girando sobre sí mismo y al final boca arriba, y por eso se había roto el cráneo contra un escalón, el hueso había hecho clac, él lo había oído, conocía muy bien el sonido que hacen los huesos al romperse, tanto estudiar había servido para algo, la base del cráneo estaba inflamada, surcada por finos regueros de sangre,	

			indicios suficientes de una hemorragia interna, él había estudiado mucho, se había pasado la vida estudiando, y era muy inteligente, el más inteligente de su casa, el más inteligente de los tres, por eso había medido la fuerza de su mano derecha al asestar el golpe, y lo había hecho tan bien, tan meticulosamente, que ninguno de los dos forenses consideró siquiera la posibilidad teórica de la sospecha, se había limitado a romper del todo un hueso que ya estaba roto, que se había roto solo, que había decidido la muerte de su hermano al romperse. El mundo no era un lugar mejor sin Damián.	
195.	[AIRES]	741	El mundo no era un lugar mejor sin Damián. Él no había matado a su hermano. No lo había empujado por la escalera, no había provocado su caída, no le había roto el cráneo cuando todavía estaba entero. Nunca lo habría hecho. [Creía que nunca lo habría hecho.] Se había dejado llevar por un impulso absurdo, estúpido, casi infantil, cuando Damián ya estaba muerto. Tenía que estar muerto, pero él no había querido comprobar si vivía aún. Habría sido muy fácil, tan fácil como alargar una mano hacia su muñeca, pero no lo había hecho. Nunca sabría si aún estaba vivo cuando estrelló su cabeza contra el escalón. Lo único que sabía es que es difícil sobrevivir a un golpe así. Y que, si de verdad le hubiera matado, tampoco habría servido para nada. El mundo no era un lugar mejor sin Damián.	Crear
196.	[AIRES]	746	[Ésa era la mujer que quería recordar, y ésa era la mujer que recordaría,] un misterio blando y tibio, sin revés, sin espinas, sin aristas, sólo calor, y tristeza, y una confusión inmensa, el lugar de los besos y de los insultos, de las heridas y el arrepentimiento. Se quedaba con ella, una vez más, con sus miedos que no entendía, con las palabras que no decía, con las mentiras que se creía, con lo mejor, con su risa, y con sus ojos, y con sus muslos del color de las tartas de yema tostada, con su brillante pasado de princesa de barrio, con su pálido futuro de recuerdo antiguo, y con el amor que había inspirado en él, ese amor sin el que habría sido un hombre distinto del hombre que era, ese amor que había dado forma y nombre a todas las ideas, a todas las personas, a todos los objetos que cabían en su memoria, ese amor que le había elevado y le había arrastrado en los momentos más altos, en los más bajos de su vida.	Recordar
197.	[AIRES]	766	[Él no era capaz de mantener indefinidamente aquella situación, lo había sabido desde el principio, desde que aceptó un caramelo envenenado, ese pacto que acabaría haciéndose invivible, asfixiándole por dentro de puro fácil, de puro cómodo.] Nadie puede edificar su casa en el rigor de una paradoja.	Saber
198.	[AIRES]	778	[Tal vez sea deformación profesional, pensó, como la que imprimía a su forma de andar la cadencia expresa, excesiva, que lograba al cargar el peso de su cuerpo alternativamente sobre las dos	Pensar / Comprender

			<p>piernas, para crear una ilusión de balanceo que envolvía su figura maciza, pesada, en un aire de siniestra premonición, o la rapidez con la que su voz había viajado desde el acento nítido y claro de la buena educación hasta la chulería siseante de la impaciencia, esas palabras que había pronunciado como si su sonido le diera asco, y la sonrisita torcida a la que recurría para subrayarlas.] Era un hombre tosco, y llevaba las uñas muy largas. Demasiado largas. [Sara no había tenido tiempo para fijarse en nada más, y sin embargo no necesitaba más detalles para comprender que pudiera inspirar terror en una persona tan débil como Alfonso Olmedo.]</p>	
199.	[MARCHA]	20	<p>[Volvió a pensarlo años más tarde, durante la guerra, cuando lo enviaron durante unos meses a la primera línea del frente de Aragón como soldado nacional. También entonces su padre consiguió, por medio de un amigo, pasarlo al poco tiempo a un puesto más seguro, en intendencia.] La casa, la pequeña viña que había al pie del monte, los animales de la cuadra, necesitaban su regreso. Una casa no podía sostenerse sobre un yerno, sobre un cuñado, sobre familiares recién adquiridos que mirarían con voracidad aquello que el cielo, el azar o -aún peor- el frío cálculo les había dejado caer entre las manos.</p>	Pensar
200.	[MARCHA]	20	<p>[Todo eso giraba en la cabeza de Manuel mientras miraba al padre, sentado a su lado tantos años después, y veía entre el laberinto de las arrugas que rodeaban sus ojos aquellos otros ojos que lo habían mirado en la estación condenándolo irremisiblemente a volver, y pensaba que el padre soportaba la vigilia en la madrugada como un propietario que se niega a abandonar los derechos sobre su propiedad.] Era una decisión que podía leerse no sólo en el brillo de los ojos, sino también en la fuerza de los pliegues que se marcaban a ambos lados de la boca, en la mano ancha, en el modo con que cogía el pitillo con las yemas de dos dedos. Rasgos y gestos formaban una unidad que podía definirse con la sola palabra propietario: de la casa y los muebles, de los animales y los campos, de todo cuanto se movía en una geografía que era rigurosamente suya, que, como la semilla que había dado vida a sus hijos, había salido de dentro de él y se había derramado hasta un límite preciso que aparecía marcado en escrituras y partidas de nacimiento y también en algo difuso. que era como un envoltorio que lo abarcaba todo, que estaba alrededor y por encima de todo, que era más que. todo a pesar de que no fuera nada, sino un modo de entender y mirar, de mover la mano para levantar la pata de una vaca que se había herido, de hacer girar el brazo frente a sí, señalando lindes y accidentes orográficos, de sentarse sobre la banqueta a gozar del calor que desprendía la leña en el ámbito de piedra de su sólida chimenea. [La entrada de Eloísa en busca de una nueva cacerola de agua caliente interrumpió los pensamientos de Manuel.]</p>	Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

201.	[MARCHA]	26	[Fue aquella noche la que más echó de menos a su hermano. Animado por las copas, llegó a pasar bajo los balcones de la casa en que vivía, y había estado a punto de llamarlo para invitarlo a beber con él. No se había atrevido.] Tal vez, el nacimiento del niño hubiera sido una buena razón para unirlos después de dos años sin hablarse.	
202.	[MARCHA]	27	[Era el único lugar en el que solía ver a Antonio y a veces pensaba que, si cada vez acudía a los partidos con menos ilusión, era precisamente por eso, porque el verlo allí, a lo lejos, moviéndose con aquella seguridad recién adquirida, le quemaba la sangre y lo llevaba a beber esas noches más de la cuenta y a regresar a casa con un mal humor que dejaba caer sobre su mujer y su hija.] Qué culpa tenían ellas de sus dificultades. Desde que acabó la guerra, había tenido que conformarse con continuar como peón de Vías y Obras, viendo cómo ascendían rápidamente los que llegaban de fuera avalados por recomendaciones que siempre destacaban su conducta patriótica en el bando nacional, o los que, habiendo trabajado con él antes de la guerra, habían actuado en el ferrocarril como colaboracionistas: los de La quinta columna, que era como se llamó durante la guerra a quienes boicoteaban el servicio, trabajaban con desgana traidora y hasta cometían pequeños atentados en el material del ferrocarril. Él nunca se había destacado en política. Había militado, como casi todo el mundo, en la UGT; había servido en el ejército de la República, en Teruel, y en Gandesa, porque Bovra había caído del lado republicano y también porque esas eran sus ideas como trabajador, como proletario, que se decía en aquellos años; había ayudado a su hermano -que había sido militante de las Juventudes Socialistas Unificadas y por ello encerrado y condenado a muerte- durante los tres años que permaneció en la cárcel de Alcoy. Y eso era lo que pagaba ahora en el trabajo. Sobre todo, lo último. Porque su hermano había empezado a relacionarse enseguida con quienes lo habían delatado y mantenido encerrado, y él se había distanciado, y esa actitud de distanciamiento le había procurado un aura reciente de rojo. Tenía huevos que quien había sido rojo militante, y acudido a mítines, y exhibido banderas y colaborado en la requisición de bienes de burgueses y colaboracionistas, e incluso arrojado un bidón de gasolina en la fachada de la iglesia, prendiendo un fuego que había tiznado de hollín las imágenes de piedra del portal, hoy fuera uno de los animadores de la población, apoyándose en la amistad de Eduardo. Alemany, el propietario de la fábrica de harinas y de la exportadora de frutas.	Pensar
203.	[MARCHA]	33	[Se imaginaba su nombre en un cartel: "El Ángel de Tejares", o simplemente: "Ángel del Moral. Campeón de los pesos medios de Castilla". O "Campeón de España". Y que la voz de Matías Prats o de algún locutor famoso pronunciaba con admiración ese nombre mientras retransmitía un combate triunfal desde el Campo del Gas de Madrid, o quizá desde alguna ciudad extranjera.] Él, en Fuentes	Imaginar

			de San Esteban, el pueblo del que se vino a Salamanca al final de la guerra, se llamaba Pedro Moral a secas, y había sido durante su estancia en el ejército nacional cuando había aprendido la importancia de poner un "del" antes del apellido. Aquellos jóvenes y limpiísimos tenientes, que procedían de grandes familias, y que habían abandonado sus estudios universitarios, para luchar por la patria, nunca se llamaban Castillo a secas, ni Gutiérrez Montes, sino Del Castillo, o Gutiérrez de los Montes. Teniente Gutiérrez de los Montes. [Por eso, cuando, ya en Salamanca, vestido con la camisa azul, y con una medalla colgada del bolsillo izquierdo (el lado del corazón), pintó aquel cartel que iba a poner cada mañana encima del sillón de trabajo, no escribió, como hubiera sido lógico, "Pedro Moral. Limpiabotas", sino "Pedro del Moral. Higiene y abrillantado del calzado".]	
204.	[MARCHA]	34	[A pesar de que la guerra le había enseñado la capacidad de hacer el mal que tienen los hombres, incluso los mejores, pensaba que la posguerra iba a ser hermosa, y de ellos, de quienes habían servido a la bandera española contra las hordas de la república. Así se lo prometían los altos mandos que visitaban las trincheras y les hablaban después de haberlos puesto en formación ("Vencedores de las hordas sin fe del comunismo internacional"), o los que pronunciaban discursos por la radio, cuyas voces se escuchaban a todas horas en las cantinas.] José Luis del Moral era un nombre hermoso para su hijo, como tenía que ser hermosa. Esa España que él había pensado que estaba a punto de llegar. Era un nombre de comerciante, de ganadero, de abogado, de atleta, de obispo, de médico, de licenciado en letras.	Pensar
205.	[MARCHA]	37	[Por la noche, se despertaba cuando lo oía llorar y observaba que nada más que con la sombra de su dedo pulgar cubría la mejilla del niño.] Eso le daba miedo. Tanta fragilidad. Era como si, en mitad de una batalla, le hubiesen mandado transportar un jarro de vidrio muy frágil a través de las trincheras, entre las explosiones. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar en su recorrido? ¿En qué momento estallaría el jarro en mil pedazos? ¿Le alcanzaría la explosión también a él?	Observar
206.	[MARCHA]	38	[Con el segundo vaso de vino que bebía pensaba que ahora tenía dos fuerzas que lo empujaban. Y le parecía curioso que esas dos fuerzas fueran tan distintas.] Una fuerza se la daba Ángel, cuando volvía recién lavado de los entrenamientos, o cuando le traía el sobre con el dinero que le daban cada semana en el taller de coches en el que había empezado a trabajar como aprendiz. La fuerza de Ángel estaba en sus brazos, cada vez más sólidos, en su cuello, cada vez más ancho, en sus piernas toscas y velludas. Ángel era una fuerza fuerte, en la que uno podía apoyarse, que podría levantarlo a uno o tumbarlo -a veces habían discutido y había visto cómo cerraba los puños de rabia, cómo contenía esa fuerza, guardándose de no aplicarla con su padre más que en sus aspectos	Pensar /Parecer

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			positivos-, pero luego estaba también la otra fuerza, la que le transmitía José Luis, y que era la fuerza de la fragilidad, la que sacaba de él una energía inaudita que lo llevaba a proteger aquel cuerpo que fue estirándose poco a poco, que se arrastró a cuatro patas primero y luego se puso sobre dos pies, y empezó a caminar con torpeza y después a correr, y que, sin embargo, seguía siendo frágil: los hombros estrechos, el pecho hundido, los ojos pequeños y huidizos, las piernas como dos cañas que se pudieran quebrar. Y toda esa fragilidad era como un cubo que se le iba metiendo dentro al cabo de una larga sogá y que sacaba fuerza del pozo que él era, de su interior sombrío.	
207.	[MARCHA]	39	[Al principio, había ido casi a diario al cementerio a visitar la tumba de su mujer. Ahora hacía ya tiempo que no iba.] Para qué. Los muertos ni ven ni oyen ni entienden. Y a los vivos les duele lo que ven allí. Bueno, no lo que ven, sino lo que saben que está allí cuando deberla estar en otro lugar. Asunción, en otro lugar: cosiendo en las tardes soleadas a la puerta de la casa, inclinada sobre el puchero en la cocina, arreglándote la pechera de la camisa antes de salir de paseo un día en que él ha abandonado el puesto de limpiabotas, tumbada a su lado, con la luz de la luna entrando por la ventana y derramándose por encima del camión que deja ver los pechos blancos. Dios. Qué coño de Dios. [A Pedro lo persigue el recuerdo de la blancura y suavidad de ella.]	Perseguir el recuerdo
208.	[MARCHA]	39	[Mira esas pantorrillas desde la banqueta en la que permanece sentado a un palmo del suelo con una toba entre los labios. A veces, le ha parecido reconocerla.] Aquella carne. [Pero nunca ha podido confirmarlo.] Medias oscuras envolviendo el fulgor blanco de la carne, zapatos de tacón sobre los que setensan los músculos que, con el pie desnudo, se reblandecen como una invitación.	Mirar
209.	[MARCHA]	39	[A veces piensa que, a pesar de que en el mundo hay millones de personas, cada carne es distinta, tiene un color, un tacto, un olor que no se parece a ningún otro, y que no puede copiarse.] Él ha perdido los muslos entreabiertos de Asunción. Y los ha perdido como otros perdieron un miembro en el frente, que incluso mucho tiempo después de cortado y enterrado dicen que sigue doliendo.	Pensar
210.	[MARCHA]	47	[Ahora hay momentos en los que lamenta esas cualidades, porque le gustaría tener una habitación hermética que, cuando se encendiera una bombilla, no dejara escapar ni una brizna de luz que pudiese alertar a nadie, y en la que encerrase alguna noche a leer esos libros que le dan la razón a solas, cuando le hablan en términos idénticos a los que él emplea en la rigurosa intimidad de sus pensamientos solitarios.] España, en esos libros, es un eterno país nocturno e intransigente, cainita, en donde siempre la mitad ocupa por la fuerza el todo y lo pone a su servicio, un miserable país que grita "¡Vivan las caenas!", y saca bajo palio a los tiranos; y usa el nombre de Dios como una pistola con la que disparar sobre	Lamentar

			el prójimo, y en el que un esperpento sangriento llamado Millán Astray apunta su arma contra Unamuno al grito de "Muera la inteligencia", y donde los obispos bendicen los paredones desportillados por los impactos de las balas y manchados de sangre. Después de la larga guerra y de la terrible noche que la ha seguido, no queda nada que demuestre síntomas de vida en España. Pensadores, científicos y poetas han muerto fusilados o han tenido que marcharse. Aquí no ha quedado más que la basura: energúmenos sudorosos que dan patadas a un balón; olor de sangre y estiércol y gritos de bárbaros en un redondel donde se tortura a un toro; tonadilleras que apestan a sobaco cuando levantan los brazos para tocar las castañuelas; y curas que chupan la sangre de la ignorancia y el miedo que han impuesto después de tantos años de muerte, con el solo objeto de engordar; matones que trabajan en grupo, que se imponen en grupo, que pegan y matan en grupo.	
211.	[MARCHA]	49	[A la segunda hija, que apenas hacía seis meses que había nacido, la llamó Helena.] Hubiera preferido, sin duda, un varón. Alguien capaz de defender su casa el día de mañana, cuando él faltara; un muchacho sano y fuerte que se empapara de sus ideas, de esas ideas que la guerra, la cárcel y los sufrimientos habían asustado hasta conseguir que se escondieran en un refugio secreto y que sólo salieran, como las alimañas, en la soledad de la noche, a oscuras, mientras miraba desde detrás de la persiana entornada la calle vacía. Hubiera querido un hijo para que, cuando cambiaran los tiempos, y la ideas volvieran a salir de sus madrigueras, acabara poniéndose de su parte, defendiéndolas también él, el hijo, desde cualquier trinchera: el arte, la ciencia, la política; las trincheras que algún día tendrían que volver a abrirse en el país, cuando Europa entendiera, por fin, que no podía seguir soportando una tiranía salvaje en un continente civilizado.	
212.	[MARCHA]	50	[Estaba convencido de que en el país se necesitaba una energía viril que arrasara con tanta basura como los vencedores habían traído.] Pero ¿de dónde podía extraerse esa energía, si todo lo bueno y justo y noble había sido asesinado o expulsado al exilio? ¿Quién podría levantar la voz en aquel cementerio por el que circulaban los hombres como silenciosos cadáveres? Dámaso había publicado un libro en el que se decía que Madrid era una ciudad de un millón de cadáveres. Y tenía razón, por más que no se hubiera destacado por sus ideas de izquierdas.	Estar convencido
213.	[MARCHA]	51	[Por eso, se le ocurrió el nombre de Helena.] La mujer que enfrentó a aqueos y troyanos, la que destruyó una ciudad y tantas vidas, porque su belleza era una venganza de los dioses, una justiciera maldición por un delito cometido de antemano. ["Si es mujer, al menos que sirva a la venganza" pensó.] Él había tenido valientes compañeras durante la República, mujeres que, como la Montseny, Victoria Kent, Lina Odena o La Pasionaria, habían sido	Ocurrirse / Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			verdaderas revolucionarias. Como Maidame Curie en Francia. Mujeres políticas, científicas, grandes profesionales, cerebros masculinos en cuerpos de mujer. Claro que eran otros tiempos, otras circunstancias muy ajenas a las que vivía la España actual, con todo aquel mujerío empujándose para ver las procesiones, arremolinándose a la puerta de las iglesias, cubiertas cada mañana con el velo y, los días de fiesta, con la peineta y la mantilla. Beatas e ignorantes.	
214.	[MARCHA]	53	Él sabía contagiarle a cuanto pasaba por su mano un toque de clase y, así, tenían más calidad los cigarrillos que Luis ofrecía que los que metía bajo las narices de quienes salían del cine toda aquella legión de monos malvestidos y malhablados, y, mira por dónde, eran exactamente los mismos. Claro que hay gente que se sobresalta cuando lo ve acercarse a ellos bien vestido, porque lo toman por policía, o por empleado de alguna tienda a la que no le han pagado los plazos, pero, puestos a elegir la clientela, más vale elegir la buena.	
215.	[MARCHA]	57	[Desde el día que se llevó la cartera del empresario, que estaba más vacía de lo que el aspecto y conversación del propietario le dieron a entender, Coronado no había vuelto por Las Palmeras y hasta paseaba con desconfianza por la Gran Vía, aunque el tipo, cuando se conocieron, estaba ya tan bebido y fuera de sí, que no creía que fuese capaz de reconocerlo nunca, por más que se lo encontrara de cara.] Madrid era una ciudad que se tragaba a la gente, un animal grande y voraz.	Creer
216.	[MARCHA]	58-59	[Hacía un calor pesado, de bochorno, y a Gloria le hubiera gustado encontrar un taxi que la llevara al centro, a las tiendas de la Gran Vía, con sus escaparates lujosos y su permanente animación,] pero iba a ser muy difícil que un taxi libre pasara por aquella zona residencial y un tanto desolada a esas horas de la tarde, precisamente cuando la gente debía de estar arremolinándose a la puerta de la plaza de las Ventas para la corrida de toros. Un par de taxis que la habían adelantado en su recorrido mostraban ese tipo de ocupantes. Hombres con sombrero flexible y cigarro, mujeres con sombrero cordobés, pamelas, o mantilla, y trajes veraniegos, estampados con flores, llenos de alegría y color, parecidos a los que ella misma elegía en el ropero cuando acudía a alguna corrida. La de esta tarde tenía un final incierto, porque las nubes estaban ocupando ya todos los resquicios libres del cielo y hasta los lejanos brillos de los edificios se habían apagado, dejando la ciudad sumergida en una charca plomiza. La corrida. Qué le importaba a ella aquella tarde que la corrida se suspendiera, que el viento revoliera las cabelleras negras de las mujeres, que los goterones de lluvia empaparan los trajes recién planchados. Ella sólo quería caminar, pero el calor la agobiaba, acortaba su paso, se bebía el vigor de sus piernas. Dos manchas oscurecían el hilo de la blusa bajo las axilas, y el pelo que le caía por la cara estaba también	

			<p>húmedo, pegajoso, y ahora ya no notaba los cabellos separados unos de otros, cosquilleándole la frente y las mejillas de un modo agradable, sino apelmazados en gruesos mechones que subían y bajaban con brusquedad. Moverse, caminar deprisa, o coger un taxi y abrir del todo la ventanilla y sentir que la velocidad produce un viento que no llega a ser fresco, pero que consuela de ese bochorno agotador que ha decidido apoderarse de la ciudad y ahogarla entre sus manos de metal. Caminar durante horas, o distraerse mirando escaparates. Entrar en el cine no. La oscuridad iba a devolverle los pensamientos que deseaba expulsar, y el hecho de estar allí, aprisionada en la butaca, cercada por todos aquellos desconocidos, y sola, iba a producirle angustia. Necesitaba calle, aire libre, movimiento.</p>	
217.	[MARCHA]	60	<p>[...]y esta vez nada de eso le interesaba: ni cómo habían distribuido los parterres, ni cómo estaban combinados los colores de pensamientos y alhelíes, ni la belleza de las rosas derramándose por encima de la tapia e inclinándose hacia la acera.] Nada de todo eso valía hoy un duro. A lo mejor, mañana sí; a lo mejor, mañana, cuando se pusiera a pensar más despacio en la enormidad que se les había venido encima por culpa del imbécil de Roberto, se pondría una rosa en un vaso de agua, sobre la consola de la habitación, y la olería y escribiría en su diario unas frases, y miraría con melancolía la cortina y la cristalera y el césped del jardín, pensando que pronto tendría que perder aquel paisaje para siempre. Y sentiría el bálsamo de la resignación. A lo mejor era así. Pero ahora se trataba de la guerra. Necesitaba acción. Mover las piernas, notar que el corazón bombeaba la sangre.</p>	
218.	[MARCHA]	61	<p>[Se sentía desvalida, ridícula.] Como mujer, había tenido que salir corriendo de casa, dar un portazo y continuar una tonta carrera que quemara una energía que tendría que estar aplicando en otras actividades: en abofetear a Roberto, en darle de puñetazos, en partirle la cara y los huesos y que se quedara ensangrentado tendido sobre el suelo, en pegarle dos tiros y dejarlo también ensangrentado y tendido en el suelo, pero ya definitivamente inmóvil, incapacitado para volver a sonreír nunca más con aquellos dientes que parecían de porcelana, por debajo de aquel bigote que parecía de charol y de aquel pelo engominado y de toda aquella parafernalia -incluida la flor en el ojal- que le ayudaba a componer su estampa de imbécil, de inútil, de medio maricón.</p>	Sentirse
219.	[MARCHA]	63	<p>[Por primera vez, Gloria tuvo la impresión de que no conocía a su hermano.] Bajo el hombre que ella siempre había visto indolentemente sentado en la tumbona del estudio, frágil hasta en los movimientos que hacía para trinchar la carne y separar las láminas del pescado, vivía un ser activo y ávido que no paraba de calcular.</p>	Tener la impresión

220.	[MARCHA]	69	[A Gloria le extrañaba; cuando paseaba con Roberto por la Concha y se apoyaba en la barandilla a mirar el mar, que nadie le pidiera cuentas a aquel hombre joven, cuidadosamente vestido de falangista, con las botas relucientes y el pelo engominado, y que saludaba a unos y otros con satisfecha sonrisa de sabe Dios qué deber cumplido.] Pero San Sebastián era una ciudad de emboscados, de cobardes y desertores, de gente que hablaba de la Patria, aunque prefiriera callar el modo en que la había defendido durante los dos últimos años. Roberto era sólo uno más entre todos ellos.	Pensar
221.	[MARCHA]	69	[Pensaba que España era un país de hombres, en el que a las mujeres no les quedaba más que esperar, y que sin embargo, se tragaba ávido la sangre de los hombres de verdad.] Roberto y Mariló Muñiz en San Sebastián. ¿Cómo llegó a San Sebastián Mariló Muñiz? ¿De dónde venía? ¿En qué madriguera había pasado el miedo aquella muñeca de muslos bronceados y bien torneados, que levantaba la pierna con gracia cada vez que daba un golpe a la pelota de tenis? ¿En qué misteriosos pesebresse habían alimentado las alimañas durante aquellos dos largos años de hambre?	Pensar
222.	[MARCHA]	71	[En unas cuantas ocasiones, Gloria se había encontrado con Ramón, el ayudante de confianza de Roberto durante tanto tiempo -el que lo había acompañado en su viaje a Burdeos-, y lo había descubierto entregado a esa actividad frenética que impregnaba la ciudad.] Siempre estaba rodeado por gente que "pesaba" o "tenía mano" en la nueva situación: hablaban de proyectos y dinero. Bien vestido, y perfumado con colonias caras, sus modales seguían siendo toscos, pero su conversación denotaba una seguridad de hombre de mundo, muy alejada de aquel joven emisor de monosílabos que había frecuentado la casa del Viso mientras estuvo al servicio de la familia. De entrada, y ya desde la primera vez, le habló de tú, Gloria, sin más, y nada de señorita Gloria, que es como la había llamado siempre.	Descubrir
223.	[MARCHA]	72-73	[Esa mezcla de contrarios le pareció a Gloria un combinado perfecto para excitar a una mujer como ella, para electrizar, por qué no, a cualquier mujer.] Dominar y ser dominada a un tiempo, temer y ser temida, y emprender una lucha que se prometía larga, antes de que hubiese vencedores o vencidos, un tú a tú que aventuraba derrotas y victorias sólo parciales. La nueva posición de Ramón debía de haberle dado acceso a unas cuantas pobres chicas, prostitutas de ocasión, mujeres en busca de un favor, de un poco de dinero, de una recomendación, o quizá nada más que de un poco de olvido. En esas noches de San Sebastián y del Madrid recién liberado, en las que hablaba de dinero y de negocios, habría tratado, qué duda cabe, a más de una profesional; quizá, aquel cuerpo ancho, que formó antes el trabajo que la urbanidad y el dinero, también habría podido acceder a cuerpos más civilizados,	

			<p>mujeres de buena sociedad que buscaban un momento de pasión que sus distraídos esposos apenas encontraban tiempo y energías para brindarles. Pero sentir que una mujer de verdad se interesaba por él, se dejaba seducir lentamente por él; poniéndole una prueba tras otra, una dificultad tras otra, diciéndole al tiempo sí y no, y dejándolo avanzar con precaución, como a través de una selva peligrosa en la que uno puede acceder al tesoro o perderse para siempre, eso no debía de haberlo experimentado aún Ramón (¿cuál era su apellido? ¿Giner? Sí, Ramón Giner).</p>	
224.	[MARCHA]	76	<p>Tierras canas a mano derecha, y más allá, las manchas de barro en las que se secan las plantas de los melones que ya no sostienen ningún fruto desde hace un par de meses -sólo los pedazos de cáscara convertidos en cuero de los que se comieron en su día los sisonos-; y a mano izquierda, las encinas levantando sus manchas oscuras sobre la tierra -tampoco de ese lado queda yerba-, aunque pronto, en cuanto caiga la primera lluvia, esas tierras de encinares, ligeramente más oscuras, serán las primeras en empezar a reverdecer. [José Pulido lo sabe desde hace muchos años: sabe que, en Montalto la vida empieza al pie de las encinas después del primer chaparrón.]</p>	Saber
225.	[MARCHA]	77	<p>[A José Pulido le gustarla tener un mulo para cargar los sacos, pero sólo se tiene a sí mismo:] él es su propio mulo; su espalda, el lomo de mulo que arrastra los sacos de una a otra colina (hay que buscarlos lejos, las fincas que lindan con las casas del pueblo, la de los Beleta, la de la señorita Loli, están demasiado vigiladas). Los primeros días del otoño son los peores, porque ya se han acabado las pocas verduras de las modestas huertas y los árboles que crecen junto al charco han dejado de producir sus frutos, y también las higueras, y no queda nada que hacer en todo el día, más que mirar al cielo desde algún lugar protegido del sol y esperar el primer chubasco que traerá de nuevo los espárragos y devolverá la corriente al río, y con ella los peces, y los caracoles y las ranas, esperar desde las siestas largas, que son una trampa porque traen hijos indeseados, qué va a hacer un hombre en casa metido, y pedir que llegue pronto el agua, que engorden pronto las olivas, que se endulcen las bellotas, porque crece la cuenta en la tienda de Andrea y ocupa ya varias páginas de signos ininteligibles, y que causan una ansiedad suplementaria, porque ni José ni su mujer saben leer y no tienen ni idea de cuántos sacos de bellotas, cuántos manojos de espárragos, cuántas peonadas en la oliva, o en la uva, o cuántas ranas y peces harán falta para ir tachando todos esos dibujos que ya llenan en el cuaderno de Andrea varias hojas.</p>	
226.	[MARCHA]	81	<p>[Rosa, la había visto muchos domingos cuando todavía no era novia de Manuel, caminando deprisa hacia el pueblo, siempre cuidadosamente peinada, dejando a su paso un leve perfume de colonia de hierbas. La veía en la panadería y en misa, y también se</p>	

			cruzaba con ella por el camino.] Tiraba de las vacas, cavaba la huerta, llevaba la cántara con la leche encima de la cabeza, y esos oficios parecían, por separado, superiores a ella, pero ella los abarcaba todos, como si temiera más a un soldado que a un ejército entero.	
227.	[MARCHA]	81	[Los meses que precedieron a la boda, Rosa había llegado a temerla.] Erguida y silenciosa, los ojos azules acerados, echando cuentas ante el mostrador de mármol de la panadería, sus manos delgadas sosteniendo la azada. [Pensaba en toda aquella energía dirigida en su contra y se estremecía y también que aquella mujer era como un guante vuelto del revés; que vivía hacia dentro; que aquellos ojos y también su mente estaban siempre ocupados en algo que los demás no podían ver.]	Temer / Pensar
228.	[MARCHA]	82	["Pero yo tengo que traer el ajuar", dijo Rosa, y ella le contestó que todo aquello era suyo. "Esa ropa es la de tu madre y la tuya", volvió a poner peros Rosa. Y Eloísa le respondió tajante: "Es la ropa de la casa, y tú eres a partir de ahora de la casa."] Lo que había que hacer era coser algunas preclas para ella, para Rosa, las que necesitara, y las que tuviera capricho de hacerse, y eso, si le parecía bien a ella, podían coserlo entre las dos.	
229.	[MARCHA]	83	[Rosa lo había pensado muchas veces.] Eloísa no apabullaba, no presionaba, no había comunicado a nadie, jamás, el secreto mediante el que cada pieza de la maquinaria encontraba su lugar. Ella conseguía que todo se desarrollara con la misma naturalidad con la que el agua se encauzaba en el cercano torrente, y nadie se extrañaba de que el torrente creciera cuando llovía más de la cuenta, como nadie se podía extrañar de que Eloísa dedicase más esfuerzos cuando la tarea parecía exigirlo. No era fuerte, pero era incansable. Era igual que su orden, estaba hecha de un material indefinido, ni carne, ni hueso, que se doblaba a medida que lo exigiera la función. Brillaban la madera del suelo, el espejo del pasillo, los muebles del comedor, la tabla de la cocina que les servía para comer a diario, y no había una mota de polvo en los cristales de las ventanas, pero nadie tenía nada que agradecerle a Eloísa. Aquella casa era así.	Pensar
230.	[MARCHA]	87	[La verdad es que siempre había pensado que el tío Carmelo, que había muerto en un episodio, volvería para interpretar otro.] El día menos pensado regresaría de improviso y entre tanto él se encargaba de sustituirlo -por algo llevaba su nombre-, del mismo modo que, cuando el maestro don Pedro se ponía enfermo, venía a sustituirlo don Joaquín, un maestro más joven que vivía en Cerdeira, el pueblo que había más abajo, en la carretera de Lugo, y por el que habían pasado una vez que acompañó a su madre y su tía a comprar telas. Algún día volvería el tío Carmelo y entonces tendrían las aventuras a medias, como Roberto Alcázar y Pedrín,	Pensar

			como Batman y Robin, como Pantera Negra y el pequeño Pantera Negra.	
231.	[MARCHA]	91	Sin duda, lo peor era la inactividad. Pasarse las horas en el despachito de la consulta con un libro entre las manos, notando cómo evolucionaba el grado de cocción de la comida por el modo en que crecían o se matizaban y volvían más complejos los aromas que invadían la casa entera y que procedían de la cocina. Adivinar el menú del día por el olor, mientras permanecía allí quieto, ante el escritorio, y de vez en cuando avanzar por el pasillo vestido con la bata blanca y comerse un pedazo de pan con un poco de bacalao salado y unas gotas de aceite y abrir el grifo y ponerse un vaso de agua y beber. [Esas mañanas de espera convencían a don Vicente Tabarca de que había canjeado la supervivencia por -así lo decía él- una resignada «muerte civil».]	Convencer
232.	[MARCHA]	91	[“Vivir para dejar de ser uno mismo”, le decía a su mujer algunas veces cuando estaban en la cama y, al oír la respirar a su lado, sentía que hay vidas que son peor que la muerte.] “Vivir a cambio de dejar de ser uno mismo”: ése era el trato que los supervivientes habían hecho con el vencedor, pero no sólo él, sino la mitad de un país. O sea, que vivir se había convertido sólo en una aprudencia. No había habido conmutación de la pena de una muerte sino cambio de una muerte por otra muerte.	Sentir
233.	[MARCHA]	92	[El sol se metía por la ventana del consultorio, cuya cortina permanecía descorrida ante la ausencia de pacientes, y él se adormecía leyendo una novela de Baroja o un tratado de patología que había pedido en préstamo en la cercana biblioteca, y entonces le dolía con un dolor punzante saber que él mismo había pasado a ser sólo un cadáver que ni siquiera podía señalar con el índice su foco de dolor, porque ya ni sentía ni padecía.] Alejandro Muñoz Tabarca no le había salvado la vida, sino que había canjeado una rápida muerte causada por descarga de fusil, por otra, lenta, desolada muerte por ignominia. Morir poco a poco y en la nada, ser nada más que un amargo fantasma, para quien todo ha concluido: los paseos entre las camas de hospital, las enfermeras que le acercan la toalla para que se seque las manos y le ayudan a calzarse los guantes, los instrumentos, los cuadernos en los que se anotan los incidentes de cada intervención, la vuelta en automóvil a casa, la tertulia en el café Lyon, los congresos de especialistas en Barcelona, París o Lisboa. Ahora lee, pasea por el pasillo de la casa, como un fantasma pasearía por un panteón o por el abandonado castillo en que vivió y, de tarde en tarde, receta un emético, una caja de aspirinas, un jarabe para la tos, unos días de reposo, o unas horas de cama.	Saber
234.	[MARCHA]	95	[Viendo aquellos cadáveres andantes que se movían envueltos en harapos encontraba la imagen de sí mismo, que por suerte ningún espejo le devolvía.] En nada debía de distinguirse a simple vista de	Ver

			ellos. También él estaba sucio, sin afeitarse, olía mal. Y quién podría distinguir entre la multitud al que un día había sido un prometedor médico, un brillante ingeniero, un profesor de francés o de Filosofía. Ahora, como él mismo, ya eran todos cadáveres, mendigos de una caridad que tendrían tiempo de aprender que no iba a llegarles. Unos decían que los falangistas habían empezado a ocupar los barrios occidentales de la ciudad, mientras que otros aseguraban que iban a entrar desde la Albufereta, o desde el sur, que venían de Elche: como si tuviera alguna importancia el lugar desde el que metiera sus uñas la muerte en el corazón de la ciudad. Qué más daba. Aves de rapiña del norte, o del sur, o del este. Probablemente entraran por los tres puntos. Y seguramente serían, además de falangistas, moros, y requetés, y cristianos de la CEDA y quizá hasta italianos y alemanes emboscados. Aves de rapiña sedientas de sangre, de aquella sangre que había empezado a caer sobre los muelles del puerto, de la que seguiría corriendo en sótanos, tapias, charcas, vertederos.	
235.	[MARCHA]	96	[Miraba el mar, y pensaba que ya no volvería a verlo.] Ante el paredón de fusilamiento, con los ojos vendados, ¿se acordaría de aquella línea horizontal a la que se había acostumbrado durante los últimos meses de la guerra en los que permaneció destinado en Valencia? En aquel tiempo que ahora le parecía lejano, subía en sus ratos libres la azotea del hospital y veía los tejados de la ciudad, las torres y, más allá, el verdor de la huerta y el azul del mar. ¿De qué se acordaría, si conseguía sobrevivir?	Pensar
236.	[MARCHA]	97	[Ahora, años después, lo sabía con certeza:] sobre los muertos caía, en el recuerdo, un manto de dignidad, y, sin embargo, sobre quienes habían conseguido sobrevivir se había derrumbado la miseria de una suerte mezquina. Sobre él, sobre él mismo, ahora, condenado a recetar aspirinas, a recibir los rayos del sol detrás del escritorio, a leer una novela en la mañana que no rompe su silencio más que por las canciones de las radios que llegan a través del patio de luces.	Saber
237.	[MARCHA]	98	Ese pensamiento de la indignidad era casi peor que el miedo; o no, era lo mismo que el miedo, componente de ese calidoscopio del miedo, que era también la degradación de cuanto uno había querido ser, había empezado a ser y ya ni lo era ni iba a serlo jamás. Miedo a no ser. Su mujer lo dejaba con las niñas cuando ella se marchaba a entregar los pedidos en el taller de muñecas de Blasco de Garay, y Vicente se quedaba allí, y ella volvía y sacaba del monedero los billetes doblados y sucios, las pesetas arrugadas que ganaba y distribuía cuidadosamente: esto para la panadería, esto para la lechería, esto para el recibo de la luz, y todo estaba medido y no valía ni siquiera esa medida, porque entre los dos -la costura de ella, la consulta de él- no llegaban a cubrir lo más elemental, no había para tinta, no había para papel, no había para encargar un nuevo bloc de recetas, ni para imprimir unas tarjetas	

			<p>con su nombre, ni para otra bata (había que lavar la que llevaba por las noches y ponerla al calor de la cocina a que se secase para poder volver a usarla al día siguiente). ¿A usarla? Simplemente, a ponérsela con la esperanza de que llegara un paciente: mujeres tristes, con migrañas, con inflamaciones de ganglios, niños que lo que tenían sobre todo era hambre, desnutrición, malformaciones y carencias fruto de la desnutrición, y él ponía el fonendo sobre aquellos pechos frágiles y escuchaba respirar el hambre que se transmitía a través de los cables, que se comunicaba de cuerpo a cuerpo -del ajeno al suyo, y viceversa- a través de los cables, porque él también veía mover sus alas a aquel fantasma que amenazaba a su mujer, a sus hijas, a él mismo. Convertidos no en héroes, sino en mendigos.</p>	
238.	[MARCHA]	101	<p>[La verdad es que Pedro no les pegaba a los hijos. Alguna bofetada se le escapaba cuando bebía, y también es cierto que, aunque se la daba a ellos, en realidad se la pegaba a sí mismo, y, sobre todo, a su mujer.] Sí, esas bofetadas siempre habían ido dirigidas a Asunción, porque lo había abandonado, y a sí mismo, por haberla traído a morir aquí, y quizá porque también él se había abandonado, también había venido aquí y se había muerto y había dejado solo, perdido y solo, a aquel hombre que cuidaba la huertecita en Fuentes de San Esteban, que saltaba las lindes de piedra para buscar setas y liebres y perdices, que salía de buena mañana a la plaza esperando a que vinieran a buscarlo para echar un jornal, y por el que se peleaban los capataces para que fuera en su cuadrilla a segar. El imbécil que tiraba los cepillos al aire y que se aprendía los chistes de memoria para contárselos a los clientes, riéndose aunque ni a él le hicieran la más mínima gracia, el que se ponía de pie y daba un sonoro taconazo extendiendo el brazo a la voz de «salud, camarada», había dejado de lado al muchacho serio que era capaz de hacerse diez kilómetros con un saco de trigo al hombro con tal de ganarse una peseta. Ahora les bailaba los cepillos a los ganaderos para que le tiraran unas perras de más («la voluntad, don Manuel, lo que usted vea») en el bote, a los catedráticos de la universidad, a los tenderos, a los estudiantes. ¿Dónde se había quedado aquel muchacho? ¿Dónde había caído? ¿En Belchite? ¿En las montañas de Santander, mientras entraban en una casa tan pobre como la que, por entonces, él tenía en Fuentes de San Esteban, para sacar a empujones a aquellas tres mujeres asustadas, y el sargento se dirigía a él, «tú, Pedro», y le daba una maquinilla y le decía que las esquilara, «pela a esas putas rojas», y él no era capaz de decir que no, a pesar de que la más joven era nada más que una niña, y la mayor, una anciana [...]</p>	Pensar /Mirar
239.	[MARCHA]	123	<p>En vez de abandonar la casa, arreglarla, Resultaba estimulante. [Gloria se despertaba temprano y, en cuanto terminaba de desayunar, se sentaba ante el tocador de su habitación envuelta en una bata y se inclinaba sobre sus cuadernos y escribía listas con nombres de gente a la que había que imitar a la boda, y también</p>	Escribir

			detalles imprescindibles para los días que se avecinaban; pero, sobre todo, escribía lo que a ella le parecía aún más importante, y no por más inmediato, sino porque iba a marcar lo que viniera después del ajetreo.]	
240.	[MARCHA]	124	[Después de muchas cábalas se había decidido por una decoración, que mezclara distintos estilos.] Su mobiliario sería moderno, pero sin prescindir de lo clásico.	Decidirse
241.	[MARCHA]	125	Lo moderno cubriría los espacios más públicos e intrascendentes: el salón que pensaba dedicar a recibir, los arriates y el cenador junto a la piscina, el porche que se abría al jardín y que recorría uno de los laterales de la casa. Se mantenía la gravedad en los saloncitos más íntimos y en los despachos, cuya decoración había modificado a su gusto y completado con antigüedades que adquiriría en la tienda. de su amigo Suso Martín: una tabla románica, una arqueta taraceada de artesanía mozárabe, un busto romano procedente de Sagunto, algunas ánforas traídas también del Mediterráneo, y cuya superficie rugosa y cubierta de viejas conchas fascinaba a Gloria y le parecía una lección acerca de cómo el tiempo acumula y cambia las formas sin destruirlas, casi una parábola de lo que ella quena que fuera la vivienda entera, como un espejo de su propia; vida. Para el dormitorio había elegido algo a medio camino entre lo nuevo y lo viejo: una cama art decó de líneas diáfanas, y un tocador y un armario hechos en palo de rosa, leves, luminosos, femeninos, que en aquel espacio tenían la misión de suavizar el vigor de Ramón, de ceñir su cuerpo robusto con una faja de delicadeza. Pero no era fácil tomar decisiones. Había que tener muchas cosas en cuenta. Nada hubiera sido peor que el que la decoración sonara a falso, a catálogo de tienda de muebles. [Deseaba que no fuera monótona, pero al mismo tiempo que tampoco nadie, al verla, pudiese pensar que era la casa de unos nuevos ricos, ni (eso sería todavía peor) que detectase una decrepitud salvada po la energía del dinero reciente.] No, quería para su casa -como para sí misma- la idea de una historia larga, felizmente aceptada, con meandros, sí, pero sin quebras ni fracturas.	Desear
242.	[MARCHA]	127	No, a ella que le dieran San Sebastián, o la Costa Brava, o Mallorca, o Santander, y que la dejaran de caballerizas y pergaminos; a Ramón le gustaban los vascos, los catalanes y los valencianos (él procedía de allí, de Valencia), con su laboriosidad.	
243.	[MARCHA]	135	[También los guardias civiles imponían temor en el pueblo, él lo notaba.] Era un temor que se convertía en respeto, porque los vecinos jamás pasaban aliado de ellos sin llevarse la mano a la boina y acortar el paso y decir "buenos días tengan ustedes", o "buenas tardes tengan ustedes". [Carmelo sabía que la palabra usted los niños, debían usarla con los mayores, pero los mayores	Notar / Saber

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			sólo la usaban ante el cura, el maestro, el notario que venía de Mondoñedo, o ante el indiano de la casa de la plaza.]	
244.	[MARCHA]	137	El mayor se llamaba Gregario, porque nació ese día, el de San Gregario, cuando son las fiestas de La Atalaya, y porque, además, José no creía que el nombre que él mismo llevaba diera mucho de sí: de momento, su vida había sido levantar sacos de bellotas y llevarlos a cuestras como un burro de carga, subiendo las pendientes de los encinares, metiéndose en el río hasta el cuello, que en invierno demasiadas noches la corriente venía crecida, y había peligro de resbalar y que las aguas se llevasen el saco, o se lo llevaran a uno detrás del saco, lo cual era aún peor, pero, claro, cualquiera se atrevía a pasar por el puente, que era el lugar que elegía para vigilar la guardia civil, donde se escondía la pareja para pillar a los desgraciados que venían de Fregenal y de Oliva, o de Rosal, con café portugués, o con harina, y que se movían -igual que tanta otra gente- de noche, como las alimañas. [A veces, José lo pensaba: de día la dehesa estaba muerta, sólo los animales pasando en silencio, bajo el cielo azul y el sol, pero por la noche cobraba vida, y uno se cruzaba con sombras, oía siseos, arrastrar de pies entre las hierbas.]	Pensar
245.	[MARCHA]	140	No es que Gregario no fuera a saber trabajar. Sabía. [Pero a José le parecía de repente tan pequeño.] Y el camión se los estaba llevando tan lejos.	Parecer
246.	[MARCHA]	140	[José pensaba en las llanuras húmedas a las que se dirigían, en las tercianas; en toda aquella gente que llegaba allí quién sabe de dónde y que se juntaba en la isla del arroz; en los mosquitos que zumbaban durante toda la noche en el interior de los barracones llevando dentro de ellos la enfermedad; pensaba que, a lo mejor, cuando volvieran a Montalto, dentro de un mes, también Gregario temblaría periódicamente bajo las mantas que no protegían de ese frío que la enfermedad sacaba de dentro de uno como de un pozo que estuviera guardado y escondido en las personas.] A lo mejor la muerte era eso: que el pozo de agua que todos llevaban dentro y que él había sentido llenarse y gotearle durante las fiebres, se desbordaba, y helaba entero el cuerpo de los hombres.	Pensar
247.	[MARCHA]	145	[Él, desde la calle, veía moverse sigilosamente la cortina y sabía que lo esperaba, que se humedecía las yemas de los dedos con saliva y se arreglaba el pelo antes de abrirle la puerta.] Ahora, las mujeres del barrio chino le ayudaban a subir los escalones del umbral de las casas de citas. Cada vez que él llegaba, el acto de empujar la silla se convertía en motivo suplementario de animación.	Saber
248.	[MARCHA]	148	La primera vez fue a una mujer que trabajaba para el mismo taller que la suya, en la calle Blasco de Garay. Se llamaba Elvira Rejón. Era morena, morena de pelo y con los ojos muy negros, pero con	Recordar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			la piel tersa, blanquísima. [Muchas noches en vela la había recordado después desnudándose ante él y tendiéndose en la camilla que había detrás del biombo de su despachito, y abriendo los muslos asustada.]	
249.	[MARCHA]	150	[Las noches enteras con Ramón le trajeron el recuerdo de las que vivió con Ángel Santamarina en el norte.] Se despertaba a media noche con la rodilla de él apoyada en su cuerpo, y sentía su fuerza y su calor. Al principio le habían parecido extraños sus besos: sus labios tenían otra densidad, eran más carnosos y blandos; y su aliento desprendía otro olor. También le había extrañado la forma que tenía él de cogerla por la cintura y levantarla acercándose, y la urgencia con que penetraba en ella, y el gemido con que concluía su abrazo; sin embargo, con el paso del tiempo, todo aquello se le fue haciendo imprescindible, como se le había hecho imprescindible el nuevo aspecto y la animación que había adquirido la casa. [Se entristecía pensando que pudiera ocurrir algo que viniese a romper aquel equilibrio.]	Traer el recuerdo / Pensar
250.	[MARCHA]	151	Le hubiera gustado que él la viera más lejana, un poco ausente, pendiente de cosas del exterior; y al principio había intentado huir del cerco en el que la envolvía aquel hombre, su marido (le gustaba decir "mi marido"), pero eran escasos los compromisos y distracciones que una mujer podía buscarse por su cuenta, y siempre los mismos: a ella le interesaban poco, aunque fingiera, las reliniones de caridad, las cofradías, las asociaciones religiosas, las obras benéficas. No le bastaban, aunque esas actividades estuvieran a veces embellecidas por algún concierto, por algún estreno de cine o de teatro a beneficio de algo. No eran soportes suficientes para mantenerla verosímelmente ocupada. Como no lo eran las tardes que pasaba de compras con las Núñez del Arco, con la de Beleta, las ñoñerías en torno a una taza de chocolate Ya una ración detortitascon nata en el Nacional o en Los Vieneses.	
251.	[MARCHA]	153	[En otros momentos pensaba que lo que le dolía era descubrir que no conocía a aquél hombre, a pesar de que hacía ya casi tres años que se había casado.] En qué se parecían y en qué se diferenciaban el Ramón que vivía en el corazón de ella y el que conducía automóviles, dirigía proyectos o se acodaba en las barras de los bares discutiendo con sus socios bajo los tubos de neón. En la intimidad de la casa, él la trataba con delicadeza y pasión. Y eso, precisamente eso, era lo que ahora le dolía con un dolor que no quería reconocer. Que él pudiera guardar esa delicadeza y pasión para otras, abrazar a una mujer que no era ella, y cogerla por la cintura y levantarla acercándose, y besarla con aquellos labios que ella buscaba después en la oscuridad.	Pensar
252.	[MARCHA]	157	[Los pobres sólo son hombres entre ellos, sólo entre ellos tienen palabra y dignidad, pensaba , y se veía a sí mismo como Panaderino, y se miraba las manos y suponía que acabarían	Pensar / Verse / Suponer

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			hinchándose como las de aquel hombre y que llevarían en el dedo corazón un enorme sello con una piedra roja, como la que llevaba aquel otro grueso dedo corazón.] Panaderino. Las manos del hombre eran suaves y blancas, mientras que las suyas estaban llenas de nudosidades y rasguños.	
253.	[MARCHA]	162	[Desde la cocina llegaba el olor de la comida, y también los ruidos que hacían las niñas jugueteando.] Luisa no estaba. Habían elegido para la intervención precisamente esa mañana en que su mujer tenía que pasarse unas horas en el taller de costura.	
254.	[MARCHA]	163	[Pero, cuando el ascensor emprendió su viaje, pensó que quizá no le había insistido lo suficiente para que no dejara de coger un taxi allí mismo, a la puerta, y lamentó no haberla acompañado hasta la calle, no fuera a ser que se sintiera de repente mal.] Podía ocurrir algo (un desvanecimiento, una hemorragia), cualquier incidente que los comprometiera a ambos.	Pensar
255.	[MARCHA]	164	[Las ramas yertas de los árboles y los arbustos cubiertos con aquel algodón formaban un decorado que le daba la primera lección práctica de un invierno que él sólo había visto en el cine y en las ilustraciones de los libros,] porque el invierno en su tierra era todo verdor de árboles de hoja perenne, de naranjos, penachos de palmeras, algarrobos y pinos.	
256.	[MARCHA]	180	[Sentía que uno de sus deseos se había cumplido, aunque la satisfacción por su cumplimiento no fuera tan intensa y gratificante como había imaginado cuando vivía en Salamanca, y a lo mejor algo tenía que ver en esa decepción el hecho de que la rigurosa vida colegial impusiera un sentimiento de fragilidad que amenazaba continuamente el deseado instante del cine, ya que cualquier falta lo ponía en peligro hasta el último momento, y los motivos de sanción en una cotidianidad reglamentada casi hasta el infinito por una compleja casuística eran muy numerosos.] Uno podía ser sancionado por mirar en dirección a la ventana mientras un profesor procedía a anotar algo en la pizarra, por volver la cabeza durante el rezo del rosario en la capilla, por llevar las botas sucias, por no hacer bien la cama, o llegar tarde a filas, o dejar mal cerrado el cajón de la mesilla.	Sentir
257.	[MARCHA]	181	[Pero, además de la incertidumbre que rodeaba el cine colegial, había otras diferencias entre las proyecciones del orfanato y las que José Luis había presenciado con anterioridad en Salamanca.] La pantalla del salón de actos del colegio era mucho más pequeña que la del cine Alamedilla de Salamanca, y en el colegio no se abrían las cortinas rojas y luego las transparentes al principio de cada proyección, ni había luces de neón alrededor del escenario, ni tampoco en las molduras del techo. En el techo, ni siquiera había molduras, sólo un par de viejas lámparas que iluminaban mortecinamente las caras de los alumnos durante los entreactos, y	Presenciar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			el local no olía a ambientador, sino a lana húmeda y a orín y sudor de niños, lo que conseguía que la proyección tuviera algo de juego infantil en el interior de una descomunal caja de zapatos.	
258.	[MARCHA]	181	[José Luis se había adaptado a la disciplina del internado con una mezcla de perplejidad y temor.] El primer día había visto la larga fila de mesas con sus manteles y el servicio, compuesto por varios platos colocados delante de cada silla en el comedor, y con el cubierto completo, incluida una cucharilla pequeña para el postre (en su casa el tenedor no se usaba más que para sacar de la sartén los pedazos de carne que luego solían introducirse en el pan, y sólo se ponía encima de la mesa un cuchillo que usaban indistintamente su padre y él, o los tres, mientras había vivido con ellos Ángel).	
259.	[MARCHA]	183	[Muchas noches, cuando apagaban las luces del dormitorio y sólo se quedaba encendido un piloto, que envolvía la oscuridad en un celofán rojizo, pensaba en su padre.] ¿Quién iría a comprarle el tabaco cuando se le acabara el paquete? ¿Quién le dejaría la cena preparada para cuando llegara por la noche? ¿Quién barrería el suelo y le llevaría la jofaina con el agua templada para que se afeitase?	Pensar
260.	[MARCHA]	184	Había otras novedades que lo sorprendían: que los llamaran de usted (sí, también a él le llamaban de usted), y que los llamaran no por su nombre, sino por el apellido y, en otras ocasiones, por un número que se le adjudicaba a cada alumno el primer día y que aparecía marcado en todo cuanto usaba, en calcetines, camisetas y camisas, y también en los libros que le correspondían a cada cual; en los vasos y cucharillas con los que tomaban la leche en polvo de la mañana, en los trajes, en la ropa de cama.	
261.	[MARCHA]	184	[Del mismo modo le pareció una novedad la forma en que se aplicaban los castigos.] Su padre a él le había pegado algunas veces, pero eran golpes que procedían de un enfado, de una irritación, y que llegaban precedidos por gritos y amenazas. Aquí, sin embargo, un monitor pronunciaba tu apellido o tu número, tú avanzabas por el pasillo central del aula hasta la tarima, y allí, fríamente, sin mediar palabra, recibías un golpe de correa en las piernas, un reglazo sobre los dedos previamente apretados en forma de embudo, una bofetada que te dejaba la cara ardiendo durante el resto de la mañana, y volvías a sentarte ante el pupitre desde donde tenías la obligación de seguir pendiente de las anotaciones que el profesor hacía en la pizarra, como si nada hubiera ocurrido, y procurando que no se te saltaran las lágrimas.	Parecer
262.	[MARCHA]	190	[Ver una película arrellanada en la butaca del cine y con el brazo izquierdo de él pasando por el espacio que queda entre el respaldo de la butaca y tu cuello, y con su mano jugando con tu pelo.] Gloria ha vivido su gran primavera en verano. Ha florecido. Sus tíos son	Contar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			<p>estupendos, abiertos. Su tía es pintora. Y ella ha asistido, pocos días antes de que empezara el curso, a la inauguración de una exposición con unos cuadros rarísimos, con colores como de neón, reflectantes: verdes cegadores, rojos intensos, azules fosforescentes que parecen extraídos de la piel de alguno de esos peces tropicales que se ven en los documentales del cine. Su tío tiene una cuadra de caballos. Y ella ha estado en las carreras, con un sombrero ancho, de paja, sobre cuyo resplandeciente color dorado destaca el trazo de una cinta de seda negra; con un vestido de rayas blancas y azules, de escote cuadrado, con un tirante blanco y otro azul, un vestido de esos que no desmerecerían -si se los pusiera- a Audrey Hepburn, su actriz favorita, la princesa elegante que también, como Gloria, pasó unas inolvidables vacaciones en Roma, nada menos que con Gregory Peck, el hombre más guapo del mundo. Además, por si fuera poco, Gloria ha visto ese verano, en Roma, Desayuno con diamantes, y aquella tarde también estaba a su lado Roberto (los dedos de él jugando con el pelo de ella), y podría recordar su olor, el olor de la colonia de Roberto aquella tarde, Aqua di Mare, se llamaba el perfume, y Audrey Hepburn era como lo que ella querría ser un día, atrevida, rebelde, divertida, excéntrica (qué palabra tan bonita para aplicársela a una mujer: "Ella es así, muy excéntrica") y llena de amor y soledad, qué hermosa secuencia, los tres bajo la lluvia, Georges Peppard, el gato y ella, mojados de lluvia los tres, reencontrándose a las puertas de la soledad, cuando ya se creían perdidos. [Todo eso, así, en cascada, se lo contaba Gloria a Helena Tabarca, y le enseñaba el sobre que acababa de recibir de Roberto, y que olía a esa Aqua di Mare que se ponía él porque había estado entre sus manos, y, seguramente ("lo hace siempre"), hasta lo habría besado antes de echarlo a un buzón ("a un buzón de Roma, ¿te das cuenta? Este sobre ha tocado a Roberto y ha tocado Roma, te dejo besarlo a ti también, no por él, ¿eh?, sino por Roma, y olerlo, huélelo, ¿no notas el perfume?" "Sí que se nota, un poco sí que se nota")]</p>	
263.	[MARCHA]	192	<p>Tenía que permanecer atenta para que no vieran esos sobres sus padres, no sólo porque Roberto no tenía ningún reparo en usar un lenguaje muy sincero, atrevido, sino también porque sus padres no eran tan abiertos como sus tíos, que estaban habituados a vivir en el extranjero, y que habían hecho durante todo el verano la vista gorda, sus padres no, sus padres, en cuanto se olieron la más mínima, y sobre todo después de que don Ramón leyó el diario que ella guardaba en su cuarto, pusieron el grito en el cielo, principalmente su padre ("¿Es que una chica no puede tener un secreto en esta casa?", había sollozado Gloria el día en que el padre se presentó en el comedor agitando el diario), que delante de ella ha tenido discusiones a gritos con la madre.</p>	
264.	[MARCHA]	192	<p>[La madre se marchó del comedor dando un portazo después de haberle llamado bestia a su marido, y Gloria se quedó de pie</p>	Saber

			delante de él, con la cabeza gacha, en silencio, lloriqueando, aunque también es verdad que sin saber si reír o llorar, porque cuando ve al padre enfurecido, le entra una irresistible risa nerviosa.] Y eso que su padre la asusta. No es que le haya pegado nunca, que no lo ha hecho, pero impone respeto, tan grueso, descamisado, o solemne, con el traje oscuro y el puro que lo impregna de ese olor que parece que quiere decir fuerza, autoridad. Su madre se nota que no aguanta esa fuerza ni esa autoridad. Seguro que también a ella le gustaría que el padre tuviera otra delicadeza, que se pudiera hablar con él de ciertos temas, que se pudiera comentar una película, o escuchar una canción que lo emocionara también a él. La verdad es que los hombres son sensibles de jóvenes y pierden esa sensibilidad cuando se casan (¿le ocurrirá igual a Roberto?, se inquieta Gloria): aunque su padre, algunas veces, parece que tenga guardada cierta juventud.	
265.	[MARCHA]	194	Nada más que eso, todo lo contrario de doña Sole, que no paraba. Se pasaba el día recorriendo las cuadras, contando los animales, preguntando por las crias de guarras y ovejas. Como para que a alguien se le ocurriera cogerse una y llevársela a casa para la caldereta. Qué ojo, qué manera de vigilar. Pero si hasta cuando, por la razón que fuese, se moría un animal, quería ver el cadáver, y siempre preguntando por el zaino, por el manchado, por el que se enganchó la pata en la alambrada y cojeaba un poco. Conocía cada becerro, cada oveja, cada guarrino, y cada manía de cada peón. Sabía cuáles eran los guarros que cojeaban y también de qué pata cojeaba cada hombre que trabajaba para ella, qué vicio tenía, en qué se entretenía más de la cuenta, y qué trabajo hacía con gusto, y cuál no le gustaba demasiado hacer.	
266.	[MARCHA]	198	[Esa sensación de pasividad la hizo languidecer, como si se le hubiera roto la columna que la mantenía en pie en la trinchera cotidiana. En resumen, que concluida decepcionantemente la excitación inicial, y metida en la monotonía de los días de su casa del norte, doña Sole no dudaba en preferir, por más afirmaciones en contra que hiciese, la agitación de su finca extremeña:] el ruidoso ajetreo de los peones y el hedor de los corrales los días en que acudían los esquiladores, o los capadores, o cuando se procedía a hacer las matanzas, o cuando llegaban las camionetas de Mantequerías Alba desde Madrid y Barcelona a recoger los jamones, lomos y chacinas que preparaban en la propia finca con destino a esas tiendas con las que la familia mantenía una relación desde muchos años antes.	
267.	[MARCHA]	201	[Y, al escuchar esas palabras, sintió tristeza por no haber entrado antes en aquel sitio, por no haber mirado el espejo ni haberse mirado reflejado en el espejo, ni haber escuchado aquellas canciones, ni el ruido de las botellas y las copas.] Cómo había podido vivir sin aspirar el humo de tabaco que llenaba todo el aire,	Sentir

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			que a cada momento era más denso e iba hundiendo en niebla la imagen de sí que miraba en el espejo.	
268.	[MARCHA]	203	[Desde esa madrugada tuvo la sensación de que encontraba en el bar la fuerza que en su casa le había sido negada.] El anís, el vino, la copa de aguardiente, el espejo con su color lechoso, turbio, y el rumor de las voces, y el ruido seco de las fichas del dominó al golpear en los veladores de mármol. La fuerza que compartía con otros. Dentro hacía calor, mientras que fuera la lluvia resbalaba en los cristales de las ventanas. Dentro olía a calor húmedo, como el que se desprendía del cuarto de plancha del cortijo, y también a sudor y a tabaco.	Tener la sensación
269.	[MARCHA]	208	[Durante todo el trayecto, caminaba un par de metros por delante de él, avergonzado de que los otros chicos se dieran cuenta de que su padre no lo dejaba ir solo.] Sus nuevos compañeros de colegio eran muchachos de la capital que, cuando llegaba la hora del recreo, o la de la salida, se movían con habilidad entre los coches, los burlaban, zigzagueando) entre ellos, cruzaban arriesgadamente la calle San Bernardo, por la que los vehículos circulaban a notable (velocidad, y conocían al dedillo no sólo la geografía y el trazado de las calles, sino también las tiendas que había en cada una de ellas, y sus especialidades, y los bares, e incluso a buena parte de los propietarios, de los que, con frecuencia, sabían sus nombres y sus manías, y a quienes bautizaban con apodos y gastaban pesadas bromas.	
270.	[MARCHA]	210	Luis Coronado Rejón era un muchacho delgado y algo más alto que él, que no es que pareciese mayor que Carmelo, sino que era indudablemente mayor, a pesar de que tenía prácticamente la misma edad que él. Luis Coronado conocía la ciudad como la palma de la mano. Sabía cómo llegar al mismo sitio por varios caminos, y también qué lenguaje tenía que utilizar con cada persona. Conocía no sólo las palabras que había que usar, sino también el tono en que tenía que pronunciarlas, la velocidad a la que debían ser desgranadas y con qué melodía. Esa capacidad de Luis era una de las que más fascinaba a Carmelo, porque él hablaba con acento gallego y los demás alumnos del Divino Maestro a veces lo imitaban, burlándose de su cantarina entonación. En clase se marcaba una clara diferencia que enaltecía a quienes eran de Madrid, y hablaban arrastrando las palabras, como con una especie de cansancio sabio y desvergonzado, y que condenaba a un claro lugar inferior, como torpes, a quienes habían nacido fuera y cantaban al hablar (era el caso de Carmelo), o ceceaban, o ahuecaban la voz y convertían la boca en una gruta en la que la nariz parecía la bóveda en la que resonaran como un eco las palabras (así, de esa manera extraña hablaba un muchacho que era de Reus). Luis Coronado vestía una chaqueta gris y una corbata azul marino, con el nudo muy pequeño (y el diminuto nudo constituía un rasgo de elegancia y atrevimiento suplementarios), y	

			llamaba la atención de Carmelo cada vez que se cruzaban con una mujer espectacular [...]	
271.	[MARCHA]	216	[Aquel telefonazo constituyó para Carmelo una sorpresa que no hizo más que crecer cuando llegó a la dirección que Luis le había dado por teléfono y se encontró en el interior de un destartado portal en la calle de Cervantes, y subió los cuatro pisos de escalones, que eran al principio de granito y en el último tramo de crujiente madera, y luego llamó al timbre de una puerta por la que apenas podía pasar sin agacharse él, que no era demasiado alto, y le abrió una mujer delgada, envuelta en un chal, que le dijo que era la madre de Luis.] Casi no había muebles en la habitación que servía de recibidor, comedor y sala de estar, y en la que cuatro puertas indicaban la situación de la cocina y de las mezquinas habitaciones. 'Luis lo esperaba en el interior de una de ellas, incorporado a medias en una cama con cabezal de hierro.	Constituir una sorpresa
272.	[MARCHA]	229	[Él avanzaba con las manos cogidas a la espalda, tal y como mandaba el reglamento, y con la cabeza baja y, sin embargo, sabía que don Manuel esperaba la oportunidad para agredirlo. "Te tiene manía", le decía Amador, "no le hagas caso."] Pero era preciso hacérselo, porque Don Manuel -sus ojos punzantes- estaba en todas partes: en cualquier rincón de la capilla, en un recodo del pasillo, sobre la tarima que dominaba las mesas del comedor, en una alejada ventana del segundo piso que daba al patio, detrás de una de las porterías de fútbol.	
273.	[MARCHA]	231	No quería que el jefe de estudios lo viera llorar, y por eso había hablado, porque, en realidad, él no sentía ninguna necesidad de explicarle lo que se sabía y lo que no se sabía, y lo único que quería decirle era que pensaba que se había portado con corrección, que se había esforzado en todo; que excepto en urbanidad y religión (que nadie le había enseñado nunca) sacaba las mejores notas, y que, por eso, no imaginaba que alguien hubiera ido anotando todas aquellas cosas en un papel. No, no se imaginaba que el jefe de estudios supiera tanto acerca de él. Por eso había hablado. Había hablado precisamente para evitar acordarse de la palabra betún que el jefe de estudios había acabado pronunciando. No quería que volviera a formarse en su cabeza esa palabra, porque sabía que entonces le pasaría una cosa rara que no sabría explicarle a nadie, porque, si hasta un instante antes de que el jefe de estudios la pronunciase, toda su existencia en el internado había sido como una ducha, que le gustaba recibir, y que lo limpiaba con agua tibia de esa palabra, y que le acariciaba la piel y le abría los pulmones, desde el mismo momento en que el jefe de estudios la había pronunciado, empezó a sentir deseos de embadurnarse con ella de la cabeza a los pies. Como si su cariño fuera el betún, su traje, su uniforme, las blasfemias de su padre la noche que volvía bebido a casa y no era capaz de quitarse los pantalones con las perneras prendidas por los imperdibles a la	

			altura de los muslos y lo llamaba a él para que le ayudase; o cuando silbaba por la mañana afeitándose en la silla de ruedas ante el espejito y mojaba la brocha en el agua caliente que José Luis le traía en una pequeña palangana blanca y con el borde rojo.	
274.	[MARCHA]	239	[Se sentó allí, ante una mesa, esperando a que pasara el día.] Y, aunque en el invierno los días son más cortos, ése se le hizo interminable. Se había sentado ante la mesa, había dejado la bolsa, la maleta, el saco, y había pedido un café con unas gotas de aguardiente, y luego, a medida que había ido avanzando la mañana, había pedido otras copas, y el bar, que cuando entró estaba frío, recién fregado, y que mostraba los objetos sin el envoltorio dulcificante del humo, y que tenía un desagradable olor a tabaco del día anterior, vino agrio y lejía, empezó a envolver de nuevo sus pensamientos, que no eran exactamente pensamientos, sino más bien obsesiones, imágenes que le venían a la cabeza y que no se podía quitar, palabras sueltas que se le repetían en el cerebro, y que eran siempre las mismas, no más de media docena, y frases cortas que se apretaban detrás de los ojos cada vez más, como si fueran cabos sueltos que se anudaran con fuerza. No. Tenía miedo, ni rabia, y tenía las dos cosas, y pena, pero no sólo él, también por los clientes que entraban y pedían su café, su copa, y se iban a trabajar un día más. Estaban en silencio, o charlaban un poco, con la voz ronca. Por la mañana, las conversaciones eran más cortas, las palabras más tajantes, los chistes tenían menos gracia. Los hombres entraban, se estaban allí un rato y enseguida se iban. Había algunos que se quedaban un poco más y miraban cada vez que se abría la puerta. Estaban esperando algo, a alguien -una camioneta, el coche de línea, a un compañero de trabajo-, y él no esperaba nada, ni a nadie, y entonces qué hacía allí. Sí, sí que esperaba. Esperaba varias cosas a la vez, cosas que se iban produciendo poco a poco, que llegaban sigilosamente, pero que percibía: esperaba que la estufa se pusiera a calentar el bar, que el suelo recién fregado se secase y empezara a llenarse de colillas, que el humo de los cigarrillos poblara la niebla del local y alejara un poco más los anaqueles con las botellas.	
275.	[MARCHA]	241	[El humo fue apoderándose del local a medida que iba pasando el día, y las mesas se llenaron de jugadores de dominó, y la flojedad se apoderó de él, que se apoyaba contra la mesa porque le costaba trabajo mantenerse erguido.] Estaba borracho y ese día sí que tenía. Razón doña Sole, porque estaba bebiendo por la mañana y la borrachera era el consuelo de los que vagaban sin rumbo en tierra ajena; su pequeño cielo, el bar, el algodón de humo y de las voces, el golpe de las fichas de dominó sobre los veladores de mármol. [Estaba sentado con los brazos cruzados encima de la mesa, y la cabeza entre los brazos, y sospechaba que esperaba a Julián.]	Sospechar

276.	[MARCHA]	244	<p>[Elvira lo escuchaba por detrás de la puerta desde que él llegaba al descansillo del tercer piso. Escuchaba los crujidos de los escalones de madera (a partir del tercer piso, los escalones dejaban de ser de granito) y también el fuelle de aquellos pulmones enfermos ascendiendo con lentitud.] Desde el momento en que él entraba en casa, aquel sonido extenuante ya no la abandonaba: lo oía desde la cocina, por detrás del rumor de música y voces del televisor, mientras fregaba los cacharros en la cocina; lo oía desde su butaca en la salita de estar, y también cada vez que se detenía el ruido del motor eléctrico de la máquina de coser en la que ella trabajaba. Lo oía, sobre todo, por las noches; por las noches lo oía junto a su cuerpo tendido en la cama, y aquella respiración fatigada era una ola que la golpeaba monótonamente, y que con frecuencia la desvelaba. Pero él no dejaba de fumar, pese a que tenía que encontrarse cada vez con más dificultades para llevar a cabo su trabajo de cobrador a domicilio para Almacenes San Mateo y para cuatro o cinco tiendas pequeñas a las que servía aprovechando el trayecto que le marcaban los grandes almacenes. Su trabajo le exigía subir a diario cientos de escalones, y llegaba cada tarde a casa con los pies destrozados y pidiéndole a Elvira que le preparase la palangana con agua caliente. Se arrellanaba en el sillón, se quitaba zapatos y calcetines, echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos y metía los pies en el agua, con un suspiro de alivio que a ella la llevaba a echar cuentas de todos aquellos escalones y de las caminatas y de los trayectos de pie en el metro. Estaba muy delgado, comía poco y fumaba a todas horas, y se tomaba, sorbiéndolos despacio y sin importarle que se le fueran quedando fríos, grandes vasos de café. La casa había cambiado mucho desde que Luis había dejado la venta ambulante, y su cuñada Lolita y ella, en vez de hacer vestidos para muñecas, cosían para las vecinas. Ropa de diario, pero también trajes de fiesta y vestidos de novia. Ahora no vivían mal, habían comprado la nevera, el televisor, habían cambiado los colchones y somieres, y, además, Jesús, el hijo mayor, había sacado las oposiciones para policía armada, y aunque apenas paraba en casa, les entregaba una buena parte del sueldo. Ni siquiera Luisito se entretenía demasiado allí y no hacía los deberes en su cuarto, porque prefería la biblioteca universitaria, donde decía que encontraba más tranquilidad y silencio para trabajar. [Elvira sospechaba que no estaba en la biblioteca todo el tiempo que decía, porque, cuando volvía a casa por la noche, la ropa -igual que al padre- le olía a tabaco y el aliento a alcohol, y ella le reñía, aunque sin demasiada fe ni demasiados resultados, porque el olor de humo no se le quitaba nunca de encima.]</p>	Escuchar / Sospechar
277.	[MARCHA]	249	<p>[Carmelo le había prestado <i>El miedo a la libertad</i> y lo hizo como si la lectura de aquel libro fuera a ser la primera derrota que ella sufriría ante sus asaltos. Esperaba su respuesta favorable a la lectura de ese libro] (¿a quién podía no gustarle ese libro?), [para poder ofrecerle a continuación el otro libro de Fromm que estaba</p>	

			por entonces de moda y cuyo título, <i>El arte de amar</i> , ya lo indicaba todo, y cuyas palabras habían fascinado a Carmelo, que estaba convencido de que compartir las convicciones de un libro así por fuerza tendría que unirlos con un lazo muy fuerte. Además, antes de pasárselo a ella, había subrayado muchos párrafos con la intención de que Gloria se fijara en lo que decían.]	
278.	[MARCHA]	251	[No podía entender por qué no bastaba el amor de uno para unir a dos.] La gran madeja de la injusticia que envolvía lo pequeño y lo grande: los sentimientos de los hombres, las aspiraciones de las sociedades y los pueblos.	Entender
279.	[MARCHA]	255	Del Moral era frágil. [Raúl lo había observado ininidad de veces, inmóvil en el patio, mientras los otros niños corrían detrás de un balón o se perseguían entre ellos.] Del Moral apenas participaba en los juegos. Se quedaba quieto, buscando el refugio que proporcionaban las arcadas del porche. [Raúl lo veía,] con una piel descolorida bajo cuya transparencia discurrían las diminutas venas que le subían desde la mejilla y cruzaban la frente, con las manos siempre enrojecidas por el frío sosteniendo un libro, y con unas botas que seguramente serían de su número, pero que parecía que le quedaban grandes, porque de ellas surgían unas piernas frágiles y llenas de sabañones que no se sabía cómo conseguían levantarlas.	Observar / Ver
280.	[MARCHA]	257	[Lo oía toser por las noches -dormía tres o cuatro camas más allá de la suya- y parecía que su fragilidad, siempre en el límite de lo enfermizo, se correspondía con un secreto que guardaba.] No había nada que los uniera, nada que pudiesen compartir, porque sus gustos y aficiones eran diferentes, y mientras que Del Moral se pasaba el tiempo libre enfrascado en los libros que sacaba de la biblioteca y apuntando cosas en pequeños cuadernos que extraía de los bolsillos, él no se quedaba ni un minuto quieto en el patio, siempre jugando al fútbol, al balonmano, apostando con los mayores a ver quién saltaba más lejos, o más alto, o lanzaba a más distancia una piedra.	
281.	[MARCHA]	271	[Miraba el tablero de las damas y veía la cómoda de la habitación, el espejo brillando con luz de luna y la luna brillando a través de la ventana, y las sombras, las sombras de las fotografías colgadas de la pared, las estampas.] Una en la que se veía un puente de un solo ojo saltando sobre un río bordeado de otoñales árboles: sin duda, una hoja de calendario; otra con San José y su vara de nardos; y las fotografías de la familia: el padre de Julián vestido de soldado junto a una palmera enana; su madre, con la cabeza cubierta con un velo. [Todo eso lo veía Gregorio escrito en el tablero de las damas y, por encima, pasaban las manos de Julián.]	Mirar / Ver
282.	[MARCHA]	273	[Luisa Montalbán decía: "una es leche y otra café", cuando quería explicarle a alguien lo diferentes que eran sus hijas.] Y no es que	Decir

			una hubiese salido a su marido y otra a ella, no, porque es verdad que Helena le había salido más al padre, por lo reconcentrada, pero Alicia no se parecía para nada a la madre, aunque había algunos rasgos en los que sí coincidían la madre y la hija mayor: las dos eran abiertas, extrovertidas, se reían a carcajadas y no parecía asustarles nada, aunque Luisa tenía una naturalidad en la risa de la que carecía su hija Alicia, que era sarcástica, socarrona, y a todo le sacaba punta. Estudiaba tanto o más que Helena, había terminado cuarto de Políticas con matrícula prácticamente en todas las asignaturas, y, sin embargo, se reía cuando veía a la hermana con la cabeza metida debajo del flexo, el pelo cayéndole a ambos lados de la cara y tocando con las puntas la superficie de la mesa.	
283.	[MARCHA]	274	[Don Vicente le ordenaba que se callara. Y Alicia lo achacaba a que su hermana era la predilecta de su padre,] lo cual ni era verdad ni dejaba de serlo, porque su padre hubiese querido que Helena fuese como Alicia, que tuviera esa capacidad para ir al grano de lo conveniente y útil, que apuntara con seguridad hacia objetivos nítidos, pero al mismo tiempo estaba orgulloso de que no lo fuera. Le parecía descubrir en ella restos de la ambición y la rebeldía que él tuvo en su juventud. Y, sin embargo, había empezado a asustarse un poco. Era como si la lógica de libertad de pensamiento de su hija la condenara a acabar llegando a lugares que a él lo atemorizaban.	
284.	[MARCHA]	278	[Pensó que parte de las cenizas de aquellas frases que parecían destinadas a incendiar el mundo era él mismo, agachado, revolviendo los libros y papeles que había dejado caer al suelo, él, que los cogía entre los brazos para llevarlos a la cocina, queriendo salvar a su hija de la inconsciencia que se disfrazaba de conciencia, y que no podía hacerle más que daño, que ya estaba empezando a infectar a la muchacha que él había cuidado con tanto esmero, tan generosa, tan fuerte y sapa, tan inteligente.] Él no la había salvado y alimentado y vestido y educado para que fuese el segundo capítulo de su derrota. No, no lo había hecho para eso, para que su inocencia y su salud y su belleza se marchitaran en los pasillos de las comisarías, en los informes de desafección al régimen, en las colas frente a las ventanillas que expedían impresos de antecedentes penales. Lo había hecho para que mantuviera entero cuanto se quebró en él, y de todos aquellos libros y papeles no podía salir más que alguien tan frágil como él, tan amenazado como él, que había perdido su oportunidad en aquel consultorio domiciliario y que ahora seguía arrastrándose como generalista en una clínica privada que pagaba mal, y, para salvar a su hija, tenía la impresión de que él ejercía como cirujano por una vez en su vida desde que se acabó la guerra, y sajaba para extirpar el tumor cuando rompió en mil pedazos aquellos papeles.	Pensar
285.	[MARCHA]	279	[Había vuelto a la habitación de su hija y registraba entre las hojas de los libros que había en las estanterías, por si entre las hojas se	

			hubiera quedado algún otro documento comprometedor.] Aquella muchacha no sabía que uno solo de aquellos papeles bastaba para llevar a un hombre a la cárcel, para quebrar una vida.	
286.	[MARCHA]	282	[A pesar de que en sus cartas Raúl nunca le había propuesto trasladarse con él al piso en el que vivía con algunos amigos, José Luis daba por supuesto que, una vez en Madrid, se lo propondría de inmediato y se irían a vivir juntos. Sin embargo, no fue así.] Debía haberlo imaginado cuando, unas semanas antes de emprender el viaje, le escribió una carta comunicándole la fecha en que pensaba llegar, y pidiéndole que le ayudara a encontrar una habitación barata, y Raúl le respondió pasados varios días, diciéndole que le había conseguido una pensión en la calle Espoz y Mina, en la que vivía el primo de uno de sus compañeros de piso.	
287.	[MARCHA]	282	[Lo recibió con un fuerte abrazo y le cogió las maletas, negándose a que José Luis llevara peso alguno. "Ahora estás en mi pueblo", bromeó Raúl.] Había cambiado durante aquel tiempo. Los rasgos de su cara y su cuerpo se habían ensanchado y la fuerza adolescente que desprendían todos sus movimientos era ahora más compacta; exhibía la fuerza de un hombre hecho y derecho, que hablaba con voz grave y que encendió un cigarrillo cubriendo la cerilla con su mano poderosa delante del tazón de café con leche a que lo invitó en un bar del Paseo de la Florida que había junto a la boca del metro.	
288.	[MARCHA]	290	[Él notaba el olor a goma quemada de aquella ciudad tantas veces imaginada y que no se parecía en nada a los destellos que la televisión le había enseñado.] Las calles mal asfaltadas, las casas grises y los barrizales y charcos y aquel paisaje que se fue achatando a medida que el autobús se alejaba de la estación en dirección al barrio lejano y pobre en el que ellos vivían.	
289.	[MARCHA]	294	[Caía sobre el hombro de Gregorio su mano gruesa, al tiempo que veía ante sus ojos la otra mano sosteniendo la caña de cerveza y sólo con verla notaba cómo volvía a apoderarse de él la ansiedad indefinida. Imaginaba que aquella mano corría en otros lugares durante la noche.] El traje de su tío perdía la rigidez a medida que pasaba el tiempo junto a la barra y el nudo de la corbata se le aflojaba y el timbre de la voz se le volvía vacilante, alternativamente ronco o agudo, a medida que iban bebiendo más vasos de cerveza. Se lamentaba de su suerte. La mezquina casa, el salón en el que sólo se podía permanecer con los cuerpos de los cuatro empotrados bajo la mesa, la cocinita y la ducha separadas por una mampara, las habitaciones cerradas con paredes tan delgadas que parecían de papel, las goteras y humedades los días de lluvia asfixiaban a Martín. Las veladas que pasaban los cuatro juntos, con las cabezas levantadas hacia el televisor de escasas pulgadas que había sido instalado más arriba de lo conveniente para que no usurpase espacio al cuarto también lo ahogaban a él.	Imaginar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

290.	[MARCHA]	295	[Sobre esa atmósfera asfixiante llovían además las palabras de desánimo de sus tíos transmitiéndole una estrechez indeseada y contagiándole una desolación insoportable.] ¿Dónde estaba lá riqueza que le habían prometido?	
291.	[MARCHA]	304	[Cuando llegó a la puerta del museo, ya daba por supuesto] - ¿quién sabe por qué?- [que no iban a entrar en el edificio y presentía cuanto ocurrió a continuación, o sea, que él la cogería por la cintura ayudándola a subir por una estrecha y mal iluminada escalera y que llamaría al timbre de una puerta que abrió una mujer de pelo blanco que le puso entre las manos una toalla.] Sí, había presentido que Roberto la iría desnudando poco apoco entre besos y que ella se abriría y lo recibiría dentro como si eso fuera lo único que se podía hacer ante un hombre como él en una mañana como aquella.	Presentir
292.	[MARCHA]	305	["No quieres nada conmigo", le dijo Antonio, y Helena le pasó la mano por la cara y, con lágrimas en los ojos, le repitió que sí, que lo quería mucho,] y era verdad, lo quería, pero -como también se encargó de decirle aquella noche- lo quería "de otra manera".	Decir
293.	[MARCHA]	306	Aquel Roberto que que había regresado a Madrid era, sin duda el que había mantenido una apasionada correspondencia con ella durante meses, el hombre cuyas cartas había esperado con impaciencia, el que la había enamorado durante un inolvidable verano romano y, sin embargo, no era exactamente el mismo que ella recordaba, o el que se había construido en su cabeza. Si en vez de una persona se tratara de una máquina, Gloria hubiera dicho que tenía una pieza de más, o a lo mejor de menos.	
294.	[MARCHA]	307	[Y, sin embargo, algo inesperado le ocurrió cuando vio acercarse a Roberto caminando por el largo pasillo del aeropuerto con una bolsa azul en la mano izquierda y cuando él la estrechó contra su cuerpo y la besó brevemente en la boca.] No es que no le pareciese guapo. Nada de eso. Era aún más guapo que lo que ella recordaba, con aquellos ojos verdosos y rasgados que le daban un toque como de Alain Delon. Pero su beso le resultó frío, insípido. Exactamente como si procediera de un actor, guapo, sí, pero que no está ahí para que te enamores de verdad, sino para verlo en una pantalla, y quererlo de lejos, porque al fin y al cabo no es real. Así le ocurrió a ella con Roberto. Que, vuelto a ver tanto tiempo después, no le pareció real.	Ver
295.	[MARCHA]	312	[Y entonces se esforzaba en buscar qué papel ocupaban en el espacio de la atracción y repulsión físicas la bondad o la inteligencia del otro, e incluso la razón propia, y le parecía que no lo encontraba;] debía de ser un papel tan delgado como el de fumar y tan transparente como el celofán. Entonces, ¿qué era la solidaridad que ella reclamaba en las reuniones del sindicato, en las tertulias con los compañeros de la facultad? ¿Por qué las	Parecer / Decidir

			palabras de los poetas sólo conmovían en soledad y cuando una las ponía en ciertas bocas perdían su fascinación? ¿Acaso no valían por ellas mismas? [A veces decidía que no se conocía, y en otras ocasiones pensaba que las parcelas de sí misma que iba descubriendo no le gustaban en absoluto.]	
296.	[MARCHA]	317	[Después, cuando empezó a descubrir que Antonio carecía del necesario vigor intelectual y que para er estudiante de agrónomos la inteligencia no era un motor que llevase a la acción, sino que sentía curiosidad por libros y películas sólo como alguien siente curiosidad por una camisa expuesta en un escaparate porque piensa que su color entona con el de su piel, o con el de su cabello, llegó a extender sus sospechas hasta la propia Helena y pensaba por entonces que a lo mejor también en ella era indudablemente mayor el peso de la carne que el del espíritu y hasta le pareció excesivamente explícito aquel cuerpo que tanto le atraía.] No soportaba verla al lado de Antonio, silencioso, incapaz de participar en ninguna de las animadas polémicas de El Laurel, limitándose a poner sus manos encima de ella, y ella consintiéndolo, con una entrega que le parecía cercana a la humillación.	Pensar
297.	[MARCHA]	318	[Cuando Helena y Antonio se separaron definitivamente y él avanzó en el tablero de los sentimientos de ella y jugó peones, alfiles, caballos y torres, y consiguió cercar a la reina, y la hizo suya, y se la llevó por las tardes al piso de Ventura de la Vega y compartió con ella teorías y leyó poemas para ella y escucharon programas y manifiestos juntos, Helena acabó confesándole que nunca, nunca se había acostado con Antonio Manchón, y eso le dejó a Ignacio un sabor agridulce, que le disgustó en vez de complacerlo, porque,] de no ser así, de no ser el vigor de él lo que la había mantenido prisionera durante tantos meses, ¿qué era lo que buscaba aquella mujer? Había cosas de ella que no entendía. Se negaba a dejar su casa, a pesar de que le contaba que las discusiones con su padre seguían subiendo de tono, y que ya no podía ni llevarse un panfleto a su habitación porque el padre la amenazaba y se los destruía. Y, sin embargo, al mismo tiempo que parecía a veces demasiado fácil de someter, en otras .ocasiones mostraba una hechizadora fuerza de voluntad. Helena era la más activa de la facultad, la que más horas pasaba redactando e imprimiendo panfletos, la que presidía más asambleas y reuniones, la que participaba en más pegadas de carteles, la que primero había aprendido a fabricar cócteles molotov con un amigo de Ignacio que había venido de París y les había traído un folleto en el que se daban minuciosas instrucciones sobre cómo hacerlo.	
298.	[MARCHA]	322	[Cuando Rosa abrió la puerta, se la encontró con el bolso colgado del hombro y una bandejita en la mano izquierda que contenía un bizcocho que ella misma había hecho y que se comieron sentados a la mesa de la cocina, acompañándolo del café con leche que	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			servió Rosa.] Se notaba que Eloísa estrenaba prácticamente toda la ropa que llevaba puesta: el abrigo de confección casera, la falda azul marino con un pliegue lateral, el jersey de pico, la camisa malva y los zapatos. El bolso no. El bolso estaba sobado en los bordes y tenía un brillo marchito.	
299.	[MARCHA]	323	[Y le habló como si eso ya se hubiera quedado atrás, sin querer imaginar que, poco tiempo después, tendría que acabar pidiéndoles ayuda.] Tenía razón al no querer que Mamuel se enterase de todo aquello, y no sólo por Martín, sino por ella misma. A su hermano le hubiera costado perdonarla.	Hablar
300.	[MARCHA]	324	[Aunque el paso de los años había amarilleado la fotografía, a él le pareció que, sobre aquel cartón, sus caras -tanto la suya como la de Rosa- tenían los vivos colores de la juventud perdida.] Nada era igual.	Parecer
301.	[MARCHA]	330	[Gregorio reconocía en muchos de aquellos hombres un acento que se parecía al suyo.] Era gente que, como él, procedía del sur, de Badajoz, de Cáceres, de Córdoba, de Jaén, de Ciudad Real. Como él mismo, aquellos hombres no deseaban volver nunca más a su pueblo y, al mismo tiempo, lo añoraban. ¿Por qué todo en la vida era querer escaparse y quedarse al mismo tiempo? ¿Por qué todo era mirar siempre hacia el pasado o hacia el futuro? ¿Por qué nunca valía nada lo que uno tenía entre las manos?	Reconocer
302.	[MARCHA]	332	[Miró de lejos la casita en que había vivido con ellos] y que ahora debía de ocupar otra familia, porque Martín y Eloísa se habían trasladado a las cercanías del cine París. Ya no necesitaba nada de allí.	Mirar
303.	[MARCHA]	338	Él sabía de sobra las instrucciones. Y era verdad que las había incumplido, aunque sin que ese incumplimiento tuviera en la soledad de aquel bar la menor trascendencia. El olvido de los nombres propios de los camaradas era una de las primeras normas de seguridad para no hablar en un interrogatorio de la policía por mucho que te pegaran. [Pero lo cierto es que Carmelo pensó con cierto fastidio que estaba condenado a no librarse de Luis y que, a su vez, Luis iba a pasarse la vida pidiéndole que ocultara partes de su existencia (la buhardilla de la calle Cervantes su familia su hermano guardia y, ahora, su nombre de pila), aunque inmediatamente recapacitó y reconoció que esta vez su antiguo amigo tenía toda la razón.]	Pensar
304.	[MARCHA]	344	[Carmelo se daba cuenta de que a José Luis le temblaban las manos, se le agitaba la respiración y hasta le caían gotas de sudor por la frente cada vez que avanzaba por el pasillo de la facultad a pegar un cartel protegido por un grupo de estudiantes alertados de antemano, que le servían de parapeto en caso de que apareciera la patrulla de la policía.] ¿Qué era para él la actividad	Darse cuenta

			política si no creía en el futuro, y hasta parecía despreciar los meandros de la inteligencia?	
305.	[MARCHA]	345	[Así que Carmelo no conseguía librarse de la contradicción que lo torturaba constantemente: su simpatía por las actividades e ideas generosas del grupo le parecía que contrastaba con la presencia en él de Luis Coronado, en forma de riguroso camarada Carlos, que le molestaba y que, en cierto modo, volvía a hacerlo sentirse inferior.] No entendía cómo una idea que a él le parecía que debía llegar envuelta en el aceite dulcificador de la piedad, porque recogía las aspiraciones de los desheredados, podía encontrar su expresión en el orgullo con que se expresaba Coronado, que parecía hablar desde un altivo mirador invertido de clase cuando criticaba el "subjetivismo" de José Luis del Moral y el "esteticismo" de Antonio (ése era el nombre de guerra de Mendieta) y que a Carmelo le parecía que repetía el tono con el que unos años antes le recriminaba su ingenuidad de pueblerino recién llegado a Madrid. Pero es probable que todas aquellas disquisiciones en las que se enredaba él solo no fueran más que miedos y vacilaciones pequeñoburguesas.	Parecer
306.	[MARCHA]	357	[Fue en ese instante, aunque sólo de pensamiento, cuando traicionó a Raúl, al decidir que si su hermano le pedía una dirección, le daría la de la calle del Olivar, que era la única que conocía en la que no comprometía a nadie.] Pero eso lo obligaba a llamar por teléfono y a explicárselo a Raúl, lo obligaba a volver a hablar con él, y a sufrir nuevamente.	Decidir
307.	[MARCHA]	358	[José Luis se había sentado ahora en la cama al lado de su hermano y le miraba los pies envueltos en gastados calcetines de un dudoso color blanco.] Hasta los pies eran fuertes en él, y también ellos parecían mostrar el cansancio del uso, de la acción, igual que los calcetines, igual que la piel que asomaba blanquecina prolongando el cuello en el escote de la camiseta. [José Luis miraba aquel pedazo del cuerpo de su hermano, la parte superior de su pecho, y pensaba en acción y en saber, en el cansancio de saber y actuar.]	Mirar /Pensar
308.	[MARCHA]	368	[Carmelo había pensado, al verlo, que aquel miembro era un termómetro que medía periódicamente el calor de ella, un explorador que visitaba los paisajes que ella guardaba dentro, que recorría sus pliegues, que se estremecía con sus latidos, que detenía en sus recovecos y playas interiores, y se bañaba en el mar de sus líquidos.] No, las mujeres no querían que alguien les contara historias. Su tía Eloísa lo engañaba piadosamente, porque tampoco ella había buscado un narrador en el guardia Martín; las mujeres querían bruscos artesanos que las amasaran con sus manos, las abrieran, cerraran, penetraran, hollaran, y él no sabía más que hablar de justicia y solidaridad y eso no era nada, absolutamente nada.	Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

309.	[MARCHA]	371	[Recordó el escalofrío que había notado las primeras veces que pisó la casa del Viso.] Cruzar la puerta metálica que Gloria abría con sus manos delgadas y largas, atravesar el jardín a su lado, pasar entre los rosales, notar el olor de hierba húmeda y de flores empezando a marchitarse en los primeros días de septiembre, un olor de campo guardado en el centro de la ciudad como en un joyero, eso le imponía respeto. Había sentido el escalofrío del perro que huele la desgracia desde lejos.	Recordar
310.	[MARCHA]	373	[Por su parte, Gregorio asentía con la cabeza, muy serio, como dándole la razón, y la verdad es que ni se la daba ni se la quitaba, porque estaba pendiente sobre todo de esconder sus manos.] ¿O es que acaso no se había dado él cuenta de la cara que había puesto doña Gloria la primera vez que se habían saludado y él le había tendido la mano y ella la había estrechado, notándola llena de rugosidades y callos?	
311.	[MARCHA]	375	[Gregorio pensaba, dándole vueltas a la inquietud que no comunicaba a nadie, que la falta de ese piñón debía de ser algo hereditario, la enfermedad hereditaria que lo delataba, como las tercianas delataban a quienes habían ido a la isla a segar el arroz, porque no era la forma de vestir, puesto que Ignacio llevaba unos pantalones de pana sucios y rotos y, en cambio, él iba limpio y se planchaba su propia ropa con cuidado, y la trenca de Ignacio daba pena verla, mientras que sus jerséis estaban siempre recién lavados, y olían a detergente, y tenía cuidado de limpiarse los zapatos cada mañana antes de salir de casa, cosa que no hacía ninguno de los demás, y se peinaba el pelo que llevaba muy corto y con la raya bien marcada.] No, era otra cosa imperceptible que seguramente tenía algo que ver con lo que, a veces, en privado, se encargaba de recordarle Coronado cuando se vestía con la personalidad del camarada Carlos, y le decía: «Es el origen de clase. Por más que ellos se esfuerzan, nunca serán auténticos proletarios. Son burgueses. Simples compañeros de viaje.»	Pensar
312.	[MARCHA]	381	[Y, a continuación, recuperada la lógica, se puso a contarle una historia que al principio a Gloria Seseña le pareció confusa, y que luego la aterró, porque, entre otras cosas, le daba la razón a su marido cuando le decía que era una inconsciente y la amenazaba con un cúmulo de desdichas que esa inconsciencia haría caer sobre ella y sobre su hija.] ¿Qué hacía en su casa aquel tipo del que Sole le hablaba?	Parecer
313.	[MARCHA]	381	[Calculaba si había notado algo anormal, y también si había echado en falta algo.] No. No recordaba que hubiese ocurrido nada raro, ni había echado en falta nada en particular. Pero claro, ella era despistada, un desastre. Demasiado confiada. Porque, por ejemplo, ahora la película de sus sospechas que le pasaba por la mente acababa de detenerse en algo que ocurrió un par de meses antes, sí, en efecto, se había parado en la tarde en que ella detectó	Calcular

			la desaparición de un joyerito que siempre había estado en el estudio de su hija y en el que se guardaba desde hacía una eternidad el crucifijo de primera comunión de la niña, los pendienteitos de brillantes y el anillo. Claro que sí. Eso era,	
314.	[MARCHA]	382	[Estaba convencida de que, con el tiempo, acabaría descubriendo que habían desaparecido piezas valiosas o queridas.] ¿Cuáles? Aquel tipo en su casa, amigo de su hija. Se entretenía en la angustia que le transmitía la posible desaparición de objetos materiales, porque era un espigón que detenía el mar de unos nos interrogantes más dolorosos que iban ocupándola con la misma ineluctabilidad con que la marea alta ocupa zonas de la playa. ¿Qué hacía su hija metiendo en casa a gente como la que estaba describiéndoles Sole en su narración? ¿En quñe nuevo personaje se había convertido su hija sin que ella lo advirtiera? La verdad es que, últimamente, no le contaba demasiadas cosas. Hablaban poco.	Estar convencida
315.	[MARCHA]	382	De Ignacio Mendieta sabía que pertenecía a una excelente familia. Es más ahora tenía que darle la razón a la madre del muchacho, que siempre la había hecho reír con sus melindres y aprensiones de beata. Últimamente, la madre de Ignacio la había llamado en varias ocasiones y, cuando habían coincidido en algún sitio, había aprovechado para expresarle la inquietud que le producían los chicos «en unos tiempos de tanta confusión» (ésas habían sido sus palabras exactas). Claro que la Mendieta era una mujer enfermiza, anticuada, que parecía que no hubiera acabado de salir nunca de su pazo de Galicia, aunque ahora Gloria Seseña pensaba si no tendría razón. Porque, en cambio de los padres de Helena, que había sido compañera de su hija en el Bertrand, no tenía buenas referencias. Y luego estaban los otros dos individuos: el tal Luis, con sus corbatas pasadas de moda, que le recordaban a las que usaban los gitanos con los que trataba su amigo Suso Martín cuando iba a ver piezas antiguas en el Rastro y ella lo acompañaba. Y aquel otro tipo de rasgos vulgares, piel curtida y manos rugosas del que ahora Sole le contaba tal cúmulo de miserias, que daban ganas de salir corriendo. ¿Qué estaba pasando en la universidad? Y aún peor, ¿qué había ocurrido en su propia casa? [Sintió un nuevo escalofrío.] Durante meses había tenido ante sus narices unas estridentes señales de alarma a las que no había hecho caso y quizás ahora se viese obligada a pagar un elevado precio por su despreocupación. Su marido se lo decía muchas veces, refiriéndose a ella y a su hija: "Esas cosas que os gustan no son modernas. Son basura". Claro que Ramón lo decía refiriéndose a los cuadros abstractos que a ella y a su hija tanto les gustaban y que estaban más que reconocidos por todas partes en el extranjero. No. Ahí él no tenía razón. Había cosas modernas que no eran porquerías, aunque no era el momento de discutir eso.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

316.	[MARCHA]	390	[Tendido sobre el podio de cemento que hacía las veces de cama, aceptó que seguramente tendrían que pasar años antes de que su voz sonara mezclada con las que emitía allí arriba aquella gente que bromeaba, reía y se encaminaba a sus casas o a tomarse una copa en alguna cafetería cercana. Las risas y voces que el eco hacía sonar dentro de la celda con una viveza que las volvía casi tangibles estaban, sin embargo, alejadas de él por una distancia que, como la de las estrellas, se medía en años.] Seguramente tendrían que pasar años antes de que su voz se mezclara de nuevo con ellas.	Aceptar
317.	[NOCHE]	18	[Hermanos y hermanas de Gisela, ¿cuántos habrá? El caso era que ella ya había hecho sus planes, y para eso me llamaba, no para discutirlos, sino para comunicármelos .] Quería decírmelo a mí antes que a nadie. Habrá alquilado una casa cerca de la clínica en la que el chico iba a ser internado -supuse que a sus expensas-, y se estaba preparando para poder ayudarle y hablar con él, porque lo iría a visitar diariamente; estaba asistiendo a un cursillo para familiares de drogadictos. Drogodependientes, creo que dijo.	Comunicar
318.	[NOCHE]	22	[Explicó bastante bien nuestras necesidades.] Queríamos una chica que se hiciera cargo de todo: la casa, la compra, la cocina y la ropa. Los señores eran ya mayores. [Yo no le había dicho cuáles eran exactamente nuestras necesidades y deduje que Gisela la había llamado.]	Explicar
319.	[NOCHE]	22	[La chica vino al día siguiente. Dijo que sabía cocinar y que podía ocuparse de todo.] Su novio estaba cumpliendo el servicio militar y ella no tenía nada que hacer. Además, quería ahorrar. [Nos sonrió y se puso a trabajar.]	Decir
320.	[NOCHE]	31	[Sacó de su enorme bolso unas tarjetas y las fue repartiendo entre los comensales, mientras ampliaba un poco aquellos datos sucintos.] Hacía mucho que no vivía en Alemania. Después de su estancia en España, había vuelto a Bonn, donde había nacido, y allí se había quedado hasta que murió su padre. Entonces decidió venir a Oriente. Vivía en Katmandú desde hacía un par de años. Se dedicaba a realizar estudios sociales, estudios comparativos. Estaba en Delhi de paso. Se dirigía a Calcuta, a un congreso. Pero siempre que tenía que pasar por Delhi, se quedaba unos días en ese hotel, para descansar y ver a algunos conocidos. Se alojaba allí porque no había ningún problema con la comida ni con el agua. La jarra de agua que dejaban diariamente en las habitaciones se podía beber con toda tranquilidad.	Ampliar datos
321.	[NOCHE]	32	[Me fue contando su vida por el pasillo.] Había venido a Delhi a reunirse con su socio, un inglés. Se dedicaban a la producción de películas. Tal vez yo no lo sabía, pero el cine era la primera industria de la India. Su socio y él vivían en Londres, pero iban frecuente- mente a la India a rodar las películas, cuatro veces al	Contar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			año por lo menos. Ahora el inglés estaba en Calcuta. Había ido a echar un vistazo a unos escenarios. No sabía cuándo iba a llegar. A lo mejor mañana. A lo mejor pasado mañana. A él no le importaba esperar. Le gustaba la vida de los hoteles. Siempre puedes conocer gente nueva.	
322.	[NOCHE]	37	[Me senté en una de las camas y traté de escucharle, porque, como todas las personas que había conocido aquel día, explicó qué era lo que hacía allí.] Era comerciante y se dedicaba a las antigüedades. Su padre, viudo, tenía una tienda en Calcuta y él venía a Delhi cada cierto tiempo para visitar a algunos clientes interesados en piezas valiosas. Tenía una carpeta con fotografías. Allí estaba, sobre la mesa. La podíamos ver, si queríamos. [Se levantó y nos acercó una carpeta muy gastada, llena de fotografías de viejos baúles y muebles llenos de cajones.]	Explicar
323.	[NOCHE]	46	[Me contó que un tío suyo había muerto en la India, en Bombay, y que siempre había querido visitar la India para tratar de comprender por qué aquel hombre culto, rico y cínico había abandonado su país, su familia y todas las comodidades para ir a vivir en un agujero infecto, una casa de vecindad en el corazón de Bombay. Y había muerto en ese agujero infecto, enfermo y depauperado.] Debía de estar bastante desesperado para hacer una cosa así, o había hecho un descubrimiento importante. Lo curioso era que nunca había demostrado el menor interés por la humanidad; no era un hombre con preocupaciones religiosas o sociales. Al menos, por lo que sabía él.	Contar
324.	[NOCHE]	48	[Estaba interesada en el retrato y nos pidió que posáramos para ella.] Nuestras caras eran muy interesantes.	Pedir
325.	[NOCHE]	48	[Cuando volví, me encontré con un mensaje de Ishwar.] James Wastley había llegado. Me esperaban, los dos, en el bar, a las ocho.	Encontrar un mensaje
326.	[NOCHE]	57	[Ésa era la colcha color crema de mi cama, y mi armario esperaba acoger mi ropa en sus estantes y sus perchas, sobre la mesilla quedarían los libros, los billetes ya aprovechados, las guías y los folletos inútiles que algún día tiraría a la basura; y la otra mesa, y la superficie de la cómoda y desde luego la colcha de la cama, se irían cubriendo, en cuanto me decidiese a deshacer la maleta, de regalos y objetos difíciles de clasificar .] ¿Dónde guardar las pulseras para Raquel, la caja-costurero de mi madre, la máquina de fotos de mi padre, el bolso de Juana? [Buscar un sitio para todo eso me deprimía [...]]	Clasificar
327.	[NOCHE]	68	[Mientras esperábamos a que llegaran las hamburguesas, me hizo una breve exposición de su situación familiar.] Estaba casado desde hacía veinticuatro años, y se iba a separar. Los dos estaban de acuerdo, Cecilia, su mujer, y él. Tenían tres hijos, dos chicos y	Hacer una exposición

			una chica de veintitrés, veintidós y veinte años respectivamente. La chica era la pequeña. Los tres estaban estudiando y eran buenos estudiantes. Cecilia era abogada y era ella quien había tomado la decisión de separarse.	
328.	[NOCHE]	71	[Abrí el sobre y leí las líneas que la señora Holdein había escrito en una tarjeta, anunciándome su paso por Madrid y, como yo había temido, pidiéndome que le concediera un breve rato de mi tiempo, porque tenía algo que darme.] ¿No recordaba las fotos que me había sacado en la piscina? Pues habían salido muy bien, ya lo vería. Me llamaría por teléfono y me las llevaría adonde yo quisiera, porque además tenía otra cosa para mí.	Leer
329.	[NOCHE]	73	[La señora Holdein nos habló después de su visita a El Saúco, donde había pasado unos días con su antigua pupila, en un encuentro emotivo que había removido todos sus recuerdos de juventud.] Se había decidido a hacer al fin aquel viaje tantas veces soñado porque había tenido que ir a Johannesburgo, donde había asistido a un congreso contra el apartheid promovido por fundaciones privadas dedicadas a estudios sociales.	Hablar
330.	[NOCHE]	84	[En cierto modo, se adelantó a los acontecimientos, porque el tío Jorge, cuando volvió a llamar, confesó que no tenía fuerzas, que no podía más.] Félix, el hijo de Sofía, había llegado. Efectivamente, estaba muy débil. Pero lo peor era lo de Sofía. Seguía recluida en su cuarto y, lo que es más, a oscuras. Ni comía ni hablaba ni quería recibir al médico. [El tío Jorge estaba desesperado y mi madre nos preguntó, a mi padre, a Raquel y a mí, si no creíamos que debía ir ella a ayudarle.]	Confesar
331.	[NOCHE]	86	[No quiso cenar, sólo bebió agua. Quiso ayudar a recoger los platos de la cena, pero mi madre no se lo consintió .] Él venía a descansar, a reponerse. Por eso lo mandábamos al campo, eso le iba a sentar estupendamente.	Consentir
332.	[NOCHE]	93	[Me mostró la puerta que daba al cuarto de baño y me preguntó si necesitaba algo más.] Podía ayudarme a deshacer el equipaje. [Yo sólo tenía una bolsa de viaje. Le di las gracias y se despidió.]	Preguntar
333.	[NOCHE]	99	[Cuando al fin pude hablar con él me comunicó una noticia dramática.] Un coche había atropellado a Ángela en medio de la calle. Ángela, la funcionaria que, de vuelta de un congreso en Sri Lanka, había decidido pasar unos días en Delhi, donde la habíamos conocido aquel verano. Había muerto. Pero debía haber algo extraño en aquella muerte, algo más extraño que la muerte misma, porque la policía había abierto una investigación. A Mario ya le habían interrogado. Seguramente, de un momento a otro, me llamarían a mí. Debían de haber encontrado nuestras direcciones anotadas en alguna parte. [Recordé que Ángela había	Comunicar

			sacado una agenda en el restaurante del hotel y que nos había pedido nuestros teléfonos.]	
334.	[NOCHE]	101	[El tío Jorge volvió a expresarme su gratitud.] No sólo le había ayudado a resolver un problema difícil, sino que gracias a mí, estaba de nuevo allí, con su hermana, como en los viejos tiempos.	Expresar
335.	[NOCHE]	136	[Tal vez James pensaba que la señora Holdein, si estaba en peligro, se pondría en contacto con Alejandro.] ¿Qué buscaban? ¿Por qué tenía que estar yo en medio de aquel juego que no controlaba, que no sabía a qué respondía ni las consecuencias que podía tener?	
336.	[NOCHE]	139	[Hablé con Alejandro al día siguiente, y muchos días más durante el mes de agosto. Me describía la situación en Nuestro Retiro.] La tía Carolina estaba agonizando, pero su fuerte corazón se resistía a morir. La madre de Alejandro no se apartaba de la cabecera de la cama. Araceli se quedaba a dormir. El administrador estaba más pálido y silencioso que nunca. En el salón de abajo, había todos los días una congregación de amigos, seguidores fieles de los últimos instantes de la señora de la casa.	Describir
337.	[NOCHE]	154	[Se planteaba seriamente su separación de Alfonso.] No tenía un trabajo, se había desconectado de toda posibilidad profesional, tampoco era rica. Al psiquiatra esas cosas no le importaban. Se había separado de su mujer y estaba dispuesto a casarse con Raquel.	
338.	[FUENTES]	110	[No era infrecuente que la noche le sorprendiera en aquel lugar. Levantaba los ojos y contemplaba el cielo cuajado de estrellas.] ¿Qué hubo allí, en lo alto, antes de la creación del mundo; quién era él; por qué habría sobrevivido y los que amó? [Pensó en su pueblo, en ese destino terreno que siempre se le había negado.] Este pueblo no tenía nada que ver con los sacerdotes o los escribas, los que guardaban o interpretaban la Ley, sino con aquellos a los que Moisés había conducido por el desierto y para los que el Éxodo no terminaría nunca [(y vio en la arena infinita a todos sus muertos y a Puh entre ellos sentada sobre un asno).] ¡Qué grande era el mundo! ¡Qué interminables los caminos! Se habían formado gotas de rocío. Miríadas de grillos chirriaban su canto, que tenía que ver con Puh. Como si la estuvieran llamando desde cada hierba desde cada piedrecita que había en el suelo. ¿Por qué se acordaba ahora de Puh? La había conocido junto a una fuente como aquella, cogiendo agua. Él se había inclinado con el jarro, y a Puh al verle se le escapó la risa. "Te has reído como Sara", le dijo José. Y aquella misma noche se acercó a su poblado y le entregó la cadenilla de oro con el colgante del sol.	Contemplar / Pensar
339.	[FUENTES]	111	[En el silencio de la noche oyó el murmullo de la fuente. Era como si contara una historia sin fin, una historia que se confundía con	Oír

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			aquella que resonaba en su propia memoria.] ¿Pero quién comprendía el lenguaje de las fuentes? No le importaba que fuera así, y no poder comprender ese lenguaje. No le importaban las preguntas ni los pensamientos de los hombres, y hacía tiempo que solo encontraba consuelo lejos de su compañía. Envidiaba al árbol, y envidiaba a los pájaros que volaban a su alrededor lanzando chillidos.	
340.	[FUENTES]	111	[Esa noche soñó con María.] Era muy joven, casi una niña, y corría hacia él cubriéndose en la oscuridad con un pañuelo. Los murciélagos revoloteaban a su alrededor y todo su temor procedía de que había oído contar que bastaba con que uno de ellos se enredara en el pelo de una chica para que, en el plazo máximo de un año, ésta tuviera que morir. Tenía el rostro encendido por la excitación y, aunque tendía los brazos en su sueño para protegerla, María pasaba velozmente de largo sin reparar en él. [Fue como si una espada atravesara su pecho, y se despertó sintiendo esa exacta impresión de dolor.]	Soñar
341.	[FUENTES]	113	[Se acordaba de sus visitas a Cocheba, cuando acudía a casa de Joaquín para pagar su mohar.] Ése había sido el pacto. [Jacob permaneció catorce años al servicio de su suegro, para "pagar" a Raquel, y él tuvo que arreglar el tejado de la casa del suyo y rehacer su granero para poder casarse con María.]	Acordarse
342.	[FUENTES]	114	Y ahora el mismo Schachor le seguía por el camino. Apenas había cambiado, y nada revelaba en su aspecto que años antes él mismo lo hubiera enterrado con sus propias manos en el patio lejano de su casa de Emaús. [Trató de recordar los años que habían. Transcurrido desde entonces, pero desistió.]	Recordar
343.	[FUENTES]	114	[Miró a un lado y a otro, retrocedió sobre sus pasos, pero todo fue inútil.] Schachor había desaparecido sin dejar rastro alguno, como si su materia fuera la del humo de las hogueras.	Mirar
344.	[FUENTES]	114	[José se sentó a la sombra de uno de los árboles. Tenía las piernas llenas de llagas, y le picaban por el cansancio y el polvo.] ¿Qué le estaba pasando? La presencia de Schachor no había sido menos real que aquel tronco en el que se apoyaba o los pájaros que acababa de sorprender en el instante de emprender el vuelo.	
345.	[FUENTES]	115	[No se trataba de una figura de su pensamiento, y pensó en Gratus, el pequeño y hermoso homosexual que había servido a Herodes, y que este finalmente mandaría empalar.] Gratus le acomodaba la cama y le daba cada noche el beso de despedida, y había sido su favorito hasta que empezó a exhibirse con aquel extraño animal. Siempre le llevaba en los brazos envuelto en las telas más hermosas, como si exigiera los mismos cuidados que un recién nacido, y cuando le preguntaban -¿cuál es su origen, existen	Pensar

			otros como él?- se limitaba a retirar levemente las telas y a mostrar en silencio aquello que poseía.	
346.	[FUENTES]	116	[Oyó el canto agónico de la lechuza y unos pjsos nús adelante el sonido del agua.] No podía concretar de dónde procedía, pues en como si se desplazarJ sin cauce, cambiando a cada instante de dirección, como una esclavilla que oyera en plena noche la voz de su nuevo amo v se tirara de la cama sin saber a dónde acudir.	Oír
347.	[FUENTES]	117	[El buey hizo ademán de levantarse, pero José, tumbándose sobre su cuello, empezó a acariciarlo.] Tenía que ser misericordioso. Andaba perdido, y los espíritus de los muertos le habían salido al paso en el bosque. Uno de ellos había llegado a alcanzarle. [José le hablaba como si realmente pudieran entenderse, como si aún quedara en ellos un resto de esa antigua naturaleza que hizo que todas las criaturas pudieran hablar entre sí y compartir sus cavilaciones.]	Hablar
348.	[FUENTES]	117	[Lo primero que vio José al abrir de nuevo los ojos fue la cabeza del buey.] Tenía el hocico muy cerca de su rostro y el hálito de su boca era cálido y oloroso, como el vaho de los guisos en la cocina.	Ver
349.	[FUENTES]	118	[Se le acercó aún más y abrazó su cuello.] Quería parecerse a él, que llegaran a confundirles. Seguirlo cada mañana, tomar el alimento del suelo y beber el agua donde él lo hiciera.	
350.	[FUENTES]	119	Alguien había estado allí durante su ausencia. Había ordenado las herramientas, y concluido el trabajo que tenía entre manos [(aunque se fijó en que las ensambladuras las había hecho a la manera egipcia, utilizando clavos pequeños)]. [Fue reparando en la serie de mínimos cambios que habían tenido lugar.] Los suelos barridos, las sucesivas estancias aireadas y limpias, el orden intachable de los objetos: las esteras, el arcón, la jarra y los utensilios en la cocina. Esa mañana no había hallado al levantarse de la cama ni un solo mendrugo de pan, y a su regreso tenía esperándole comida suficiente como para alimentar a tres personas.	Fijarse / Reparar
351.	[FUENTES]	119	[Vio los restos junto al pequeño horno del pan, las tortas de trigo, el melón, el queso y la mantequilla.] ¿Quién había estado allí? ¿Por qué se había tomado aquel absurdo trabajo de limpiar y ordenar su casa?	Ver
352.	[FUENTES]	120	[En ese instante vio recortarse la figura del extranjero en el término de la calle.] Su andar era cadencioso y llevaba el cántaro sujeto por el asa. No parecía pesarle y su expresión era concentrada y ausente.	Ver
353.	[FUENTES]	121	[Sólo entonces reparó en lo ridículo de su postura.] Se sentía avergonzado por su comportamiento y empezó a temer que	Reparar / Tomar una decisión

			alguien hubiera podido verle. ¿Y si le había visto el extranjero? ¿Cómo justificaría su actitud? [No se decidía a entrar, y estuvo merodeando por las calles un largo rato antes de tomar esa decisión.] ¿No se trataba de su casa? De corresponder a alguien explicar su conducta ¿no era el desconocido quien debía hacerlo?	
354.	[FUENTES]	121	[José ya había visto otras veces una mirada así y supo al momento que se trataba de un ángel. Su vista se nubló y pensó que iba a desmayarse, pero logro sobreponerse. Hacía tiempo, decenas de años, que no había vuelto a tener contacto con ninguno, y había llegado a pensar con alivio que nunca volvería a verlos.] Todas las desdichas de su vida habían ido asociadas a esas visitas inesperadas, llenas de impetuosas urgencias, y a las revelaciones de que decían ser portadores. [Y pensó en las terribles dificultades de los primeros meses de su vida en común con María, siempre alterada por aquellas reiteradas visitas; [...]]	Pensar
355.	[FUENTES]	121	No, no era la primera vez que su mirada se cruzaba con la de alguno, ni la primera que experimentaba al hacerlo aquel sentimiento en que se mezclaban en partes iguales la fascinación y el rechazo. Sólo que ahora ya sabía con claridad que no quería tener ningún trato con ellos. Aquellos encuentros siempre habían tenido lugar a la sombra de su relación con María, y fueron los únicos responsables de que se abriera entre ellos aquel fondo de perturbación. Pero aun esto les habría perdonado. Podía olvidar aquel trastorno, sus maneras impositivas, hechas siempre de sombrías advertencias, su pretensión de ser portadores de extraños mensajes que no cabía desatender, pero nunca su pasividad en aquella noche terrible cuya memoria aún se alzaba en su pensamiento como el mugido de las vacas y de los terneros.	
356.	[FUENTES]	122	[José le contempló durante unos instantes y abandonó el taller.] ¿Qué quería de él? ¿Cuál era esta vez la misión que debía desempeñar?	Contemplar
357.	[FUENTES]	124	[...] cuando volvió a ver , su figura, pegueña como aquellos arbustos, avanzaba por el sendero dejando atrás los campos de hortalizas.] Se dirigía a una cabaña a la orilla del río, una cabaña hecha de arcilla y ramas entretrejidas que producía una impresión de terrible abandono. Nunca le había hablado de aquel sitio, ni de que tuviera conocidos al margen de sus vecinos, [y asistió turbado al instante en que María cruzo el umbral de la puerta y desapareció en su interior.] ¿Quién la esperaba, y por qué en ese lugar' ¡Era ése el cammo que tomaba todos los días? ¿Acaso vivía allí el hortelano que le fiaba sus productos para que ella los llevara a vender al mercado?	Ver / Asistir
358.	[FUENTES]	124	[Tuvo al verlo una idea descabellada.] ¿Y si alguno viniera volando hasta él? ¡Si al ofrecerles sus manos llegaran a confundirlas con una parte de aquella paja y también se posaran en ellas? ¡Ah,	Tener una idea

			poder entonces mostrar a María aquellas manos amigas de los pájaros, de todos los animales! ¡Que le bastara con tenerlas para que al instante una paloma torcaz descendiera a buscar en elbs su alimento, acariciar un cabrito para que éste se quedara inmóvil contra su pecho!	
359.	[FUENTES]	125	[Vio a María esperándole con todo dispuesto, la palangana con hierbas aromáticas, las toallas y los ungüentos, y tomándole dulcemente las manos para lavárselas.] ¡Llenándose las a cada instante de besos, porque en ellas aún se conservaba algo de esa vieja cualidad que habían tenido todas las criaturas en la colina de la que había hablado el profeta Isaías! Era su sueño preferido desde que era un niño, e, incluso en sus ratos libres y con la excusa de estar haciendo juguetes para los niños, había tallado en madera alguna de estas escenas. El lobo vivía junto al cordero, el león comía paja junto al buey, y el niño de pecho jugaba en su cunita con víboras y alacranes que jamás le causaban daño. ¡Cuánto le habría gustado haber podrido encontrar el camino hacia un mundo así, y estar en él con María y el niño después de la terrible noche! Un mundo donde todas las puertas estuvieran abiertas, donde el trabajo no estuviera al servicio del propio provecho, y en que niños, ancianos y enfermos se sustentaran con bienes comunes. También donde hombres y mujeres no se guardaran desconfianza mutua, y donde pudieran aprovecharse dulcemente unos de otros sin que nadie fuera vencido.	Ver
360.	[FUENTES]	125	[Nada parecía vivir en aquel recinto, cuya negrura era la de los pozos, la de las cámaras mortuorias, y de pronto temió por María.] ¿Qué hacía allí dentro? ¿Por qué tardaba tanto tiempo en salir?	Temer
361.	[FUENTES]	125	[Pensaba en lo que había sido la vida a su lado desde que se habían conocido, y en lo insustituible que había llegado a resultarle su compañía.] Sin embargo, ¡qué extraña podía llegar a ser! De pronto parecía ausente, como abrumada por el peso de deberes desconocidos que reclamaban toda su atención (llegaba a olvidarse de comer, y se pasaba largas noches en vela, con los ojos inmensamente abiertos y las pupilas ensanchadas hasta ocupar por entero su iris, como las pupilas de los gatos).	Pensar
362.	[FUENTES]	126	¡Pero qué distinto era el comportamiento de María durante el resto de los momentos! Era muy habladora y alegre, y a pesar de su defecto ninguna de las tareas que se veía obligada a desempeñar le ofrecían la menor dificultad (cosía, y hasta bordaba, a las mil maravillas, y para la cocina tenía un don especial; [y recordó su plato preferido: pichones de paloma asados, rellenos de hierbas aromáticas, guarnecidos con lechuga de Cos].) Siempre estaba dispuesta a reír y a gastar bromas, y muy a menudo llegaban por esta razón a jugar como dos críos.	Recordar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

363.	[FUENTES]	127	[Entonces se escuchaba un ruido extraño, semejante a un chasquido. Se dio cuenta de que ese ruido le acompañaba desde hacía años, y de que su vida desde su encuentro con los ángeles no era diferente a la de aquellos árboles desarraigados.] Una vida siempre en precario, que se veía obligada para subsistir a refugiarse en restos perdidos de raíces secundarias, a proliferar como éstas en las más imprevistas direcciones. Una vida desarraigada, rota, hecha de materiales sueltos, en la que nada podía darse por supuesto, y para la que cualquier acción cotidiana podía implicar inesperadamente un esfuerzo titánico (y a la que denominaba por tanto una imperiosa necesidad de reposo).	Darse cuenta
364.	[FUENTES]	128	[Vio salir a María.] Llevaba el cesto lleno de hortalizas y caminaba de espaldas, con la mirada fija en el hueco de la puerta.	Ver
365.	[FUENTES]	129	[Había llegado a pensar durante esos últimos meses que su estancia en Egipto no sólo les había permitido escapar del largo brazo de Herodes sino de aquel ejército celeste que no había dejado de acosarles, y ahora sabía que no era así.] Aquellos seres seguían espiando cada uno de sus movimientos y María volvía a tener tratos con ellos. [Un miedo espantoso le dominó.]	Saber
366.	[FUENTES]	130	[Las muchachas se reían sin parar y él las observaba en secreto.] ¡Qué hermosa era esa risa! Parecía brotar de sus movimientos, de su animada gesticulación. Hacerlo de la forma más espontánea y sencilla, como una cualidad más de su belleza, del lugar mismo al que pertenecían. No, el ángel no podría seguirle hasta allí, porque el mundo del que procedía era irreconciliable con éste, que era un mundo en el que las cosas se diferenciaban y eran, y en el que todo resultaba sencillo y exacto, como debía de serlo en el paraíso.	Observar
367.	[FUENTES]	132	[Se sentía confuso y necesitaba tiempo para pensar .] ¿Quién le enviaba y con qué propósito? ¿Por qué había limpiado su casa y cocinado para él?	Pensar
368.	[FUENTES]	133	[Se dio cuenta de que había perdido el control de esa función corporal y de que se había orinado (probablemente mientras hablaba). Este descubrimiento le proporcionó una inesperada ventaja, y no pudo dejar de incluir al contestarle cierto tono irónico.] ¿Cómo podía aceptar que fuera su esclavo? ¿cómo un simple y torpe mortal podía tener sujeto por la más terrible de las leyes -la de la obediencia- a un enviado de lo Alto?	Darse cuenta
369.	[FUENTES]	134	[Les esperaba el cielo estrellado, y cumplían con esa necesidad fisiológica sobrecogidos por aquella muada múltiple, inquisidora, que transformaba su presencia en el patio en un hecho injustificable.] ¿Quiénes eran ellos, qué hacían allí inmóviles bajo la cúpula de la noche? [Ninguna de esas preguntas tenía contestación , o al menos ellos no la conocían. Terminaban de orinar sin apenas atreverse a levantar la cabeza y cuando	Tener contestación

			regresaban a la casa lo hacían enfermos por primera vez de pesadumbre y de melancolía (una melancolía de la que sólo los besos y el calor de su madre cuando pasaba por el cuarto a arroparles lograba defenderles y consolarles).] ¿Dónde estaban ahora su madre y sus hermanos? ¿Dónde María y Puah?. ¿Quién podía ofrecerle ese consuelo?	
370.	[FUENTES]	135	[Soñó que estaba con ella.] Eran mellizos y aún no habían nacido. Vivían en un medio acuático por el que se desplazaban con una rapidez y una ligereza admirables. Todo el día estaban moviéndose. Iban incesantemente de un lado para otro, siempre con la mayor felicidad. Jugaban a perseguirse, a desplazarse con súbitos impulsos, como coletazos. El lecho estaba cubierto de grandes piedras blancas, pulidas y luminosas como huevos; y el agua era transparente y cálida.	Soñar
371.	[FUENTES]	136	[Recordó la primera vez que la vio.] Era aún una niña y corría con otros amigos por el camino. Se había fijado en su bracito, que llevaba al aire sin aparentar vergüenza o malestar alguno, y había visto cómo Joaquín la llamaba y reprendía por ello.	Recordar
372.	[FUENTES]	137	[Le daba entonces su dedo y ella lo succionaba ávidamente, frotando su boquita contra la palma de su mano, como hacían los cochinitos cuando agarraban el pezón de su madre.] Si el agua de los ríos, a fuerza de pasar y pasar, llegaba a redondear las piedras que había en su cauce, ¿cómo aquel caudal de incesante alegría no iba a poder con las asperezas del corazón de un viejo?	
373.	[FUENTES]	141	[Se tumbó de espaldas y permaneció durante unos minutos con los ojos cerrados, dejándose llevar por esa agradable sensación de flotar.] Era como si la vida no se identificara con nada, como si estuviera tumbado sobre una barca y la corriente le fuera arrastrando. [De pronto sintió pavor.] ¿Por qué Joaquín le había elegido para casarse con su hija? ¿Debía aceptar su propuesta?	Sentir pavor
374.	[FUENTES]	141	[No quería pensar.] Quería olvidarse de la visita de Joaquín, de aquella imagen de María escuchando sin pestañear el relato de los últimos días de Moisés.	Pensar
375.	[FUENTES]	142	El sol estaba aún en lo alto del cielo y el calor era intenso. Todas las cosas, hasta la hierba y las hojas de las vides, permanecían inmóviles, como si el tiempo hubiera dejado de correr. Los árboles parecían flotar, los pájaros habían desaparecido. [Divisó en la distancia la figura de un hombre sobre su asno.]	Divisar
376.	[FUENTES]	142	[Pensó en Joaquín.] No podía demorar por más tiempo su salida de Jerusalén, si quería llegar a Cocheba antes de que anocheciera. Dentro de unas horas, tres a lo sumo, pasaría por delante de su casa y, al no ver la señal convenida, continuaría sin detenerse.	Pensar

377.	[FUENTES]	143	¡Eso iba a hacer! Pondría aquella señal en la ventana y dentro de unos días se presentaría en casa de Joaquín para cumplir con su parte del trato. ¡Claro que podía hacerla feliz! Con más garantías incluso que si fuera un muchacho de su misma edad, pues era sabido que muchos matrimonios fracasaban por planearse demasiado temprano, cuando ninguno de los contrayentes podía saber lo que quería. El sí lo sabía. Dominaba un oficio y era querido por todos. Nada le faltaría a su esposa. Haría una silla para su asno, decorada con borlas verdes, y bajaría cada mes al mercado de Jerusalén, donde podría comprarle uno de esos mantos de tela de oro ribeteados de rojo que hacían las delicias de todas las muchachas de Judea. Le compraría un juego de joyas egipcias para echar suertes y adivinar.	
378.	[FUENTES]	144	[Entró en la casa en un estado de incontenible euforia.] ¿No había amado Abraham a su esclava Agar cuando ya era un anciano? ¿No habían decidido los consejeros del rey David que el calor de una muchacha podía prolongarle la vida? ¡Qué había importado en esos casos la diferencia de edad! [Aún más,] ¿no había sido para ambos la mejor mensajera de la dicha?	
379.	[FUENTES]	144	[Pero al día siguiente la propuesta de Joaquín volvió a parecerle absurda.] ¿Cómo había sido tan insensato como para creerla real? No, no lo era. Era el desvarío de un anciano y lo único prudente era apartarla de sí antes de que las dulzuras que prometía trastornaran fatalmente su corazón, como decían que el consumo reiterado de ciertas sustancias llegaba a trastornar, privándole de voluntad, el corazón de los sacerdotes babilónicos.	Parecer
380.	[FUENTES]	145	[No llegaban noticias de Joaquín, y tan pronto aceptaba con naturalidad que era mejor así y que más le valía olvidarse de todo, como se veía asaltado por un sinfín de preguntas que hacían renacer de nuevo las esperanzas de siempre.] ¿Y si Joaquín no había visto la señal? ¿Si algo le había retenido en Jerusalén y no había podido regresar a la hora que tenía prevista? ¿Si también él estaba aguardando alguna noticia que le liberara de sus dudas?	Asaltar preguntas
381.	[FUENTES]	148	[Se acercaron procurando no despertarle y Esther levantó su túnica tirando delicadamente de su bajo, como si estuviera descubriendo un panal.] ¡Qué terrible era aquella verdad! Los bandidos no se habían limitado a torturarlo, sino que habían seccionado de raíz aquella parte de su cuerpo de forma que tenía un vientre tan liso como ellas mismas. Era eso lo que le había hecho sangrar de aquella manera, y lo que los hombres habían querido ocultarles cubriéndole primero con sus cuerpos, y respondiéndoles después escueta y abruptamente, como dándoles a entender que no les concernía, cuando les preguntaban por su estado durante el tiempo que luchó con la muerte. ¡Pero claro que les concernía! Y de tal forma que cuando abandonaron el patio tras su descubrimiento las tres se echaron desesperadas a llorar.	

			¡Cómo podían haber hecho algo así! ¡Cómo podían existir seres con un corazón tan duro! ¡Qué sería de él!, ¡cómo podría vivir a partir de entonces!	
382.	[FUENTES]	148	[Hicieron un pacto.] Lo hablarían con las otras, pero haciéndoles prometer que no revelarían el secreto. Nadie más en el pueblo debía saberlo, y sobre todo tenían que evitar como fuera que él llegara a sospechar que conocían la verdad. ¡Con qué cuidados le trataban entonces! ¡Qué esfuerzos tenían que hacer para no dejarse llevar por la pena y echarse a llorar allí mismo, en su compañía, maldiciendo la crueldad de los bandidos!	Hacer un pacto
383.	[FUENTES]	149	[Ellas, por su parte, sólo parecían vivir para esperar el momento de ir a su encuentro.] ¡Qué felices eran cuando ya libres de todo cuidado podían correr todos juntos en dirección al río!	
384.	[FUENTES]	149	Soñar no para entenderle (¿pues cómo le habrían podido entender si ni siquiera conocían su lengua?), sino para tenerle más cerca y poder ocuparse de él.	
385.	[FUENTES]	149	[No había en esos instantes nadie en el mundo que fuera más feliz, y por eso no podían referirse a la noche del robo, la noche en que los bandidos habían pasado por el pueblo llevándose todo lo que había caído a su alcance sin dejar de sentir una íntima alegría, aunque ellas y sus familias hubieran sido las afectadas.] ¿Porque qué podía importarles el vino, los corderos que se habían llevado como botín, si a cambio le habían encontrado a él? Era como si hubieran robado un cántaro de plata y en su lugar hubieran dejado uno de oro infinitamente más precioso.	
386.	[FUENTES]	150	[Quién era de verdad, que habra hecho para merecer un castigo tan atroz, y por qué finalmente había decidido matarse eran preguntas que se habían quedado sin responder, como tantas otras que luego se irían añadiendo a sus vidas.] ¿Pero qué importaba no contestarlas? Lo importante no era conocer o no las respuestas, sino que hubiera existido ese tiempo, y que entre todos los pueblos del mundo aquellos bandidos hubieran elegido precisamente el suyo para abandonarle y que así ellas hubieran descubierto por primera vez lo que era el amor.	
387.	[FUENTES]	151	[Al llegar a la puerta se detuvo y volvió a sonreírle. Esta vez un buen rato, con picardía, como si le estuviera diciendo que claro que sabía por qué estaba allí, trabajando en el establo, y que aquella historia que le había contado trataba precisamente de eso.] ¿Pero quién entendía a las mujeres? Les prestaban oído todas las criaturas de la tierra, pero a sus verdaderos propósitos nadie tenía acceso hasta que ellas decidían lo contrario.	
388.	[FUENTES]	151	[Muchas veces María le salía a esperar al camino. José iba montado en su asno y al subir la pequeña colina la veía haciéndole	Ver

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			señas, mientras Schachor dormitaba a sus pies.] Estaba tan hermosa y resplandeciente que el corazón parecía a punto de ir a saltar fuera de su pecho.	
389.	[FUENTES]	152	[Pero no hubo días tampoco más terribles, más llenos de incertidumbre.] ¿Y si Joaquín cambiaba de parecer? ¡Si era la propia María la que finalmente recapacitaba para decirle que no! [Estas ideas no le dejaban vivir.]	
390.	[FUENTES]	155	[El calor era intenso y María llevaba túnicas ligeras. A menudo, al sentarse, al cambiar de postura, la tela se ceñía a su cuerpo, y José tenía que apartar los ojos para ocultar su turbación, pues era como si la viera desnuda.] ¡Cuánto habría deseado tomarla entonces en sus brazos, alcanzar bajo el hermoso vestido sus pechos inmóviles, infinitamente dóciles, como dos frutos dulcísimos escondidos entre los juncos!	Ver
391.	[FUENTES]	155	[Soñaba que empezaba a acariciarla, y que ella consentía gustosa.] ¡Ah, cuando su mano alcanzaba el interior de sus muslos, la piel ardiendo por la excitación y al fin, en su centro, la vulvita olorosa, hinchada como el corazón de los frutos, como las encías de los recentales, como la entrada de los hormigueros!. [Luego, cuando se aproximaba a la casa, se avergonzaba de sus pensamientos.]	Soñar
392.	[FUENTES]	155	[Pensaba -tal había sido su intensidad- que a ella le bastaría con mirarle para conocerlos al instante, y que terminaría por prohibirle que la visitara.] ¡Quién sabe si de verdad los conocía! En todo caso no les daba importancia.	Pensar
393.	[FUENTES]	156	[Luego se puso las manos en el vientre y, sin levantar los ojos del suelo, le dijo que iba a tener un hijo.] Estaba en el cuarto mes y el niño empezaba a agitarse en su seno. Un ángel se le había aparecido para anunciárselo, y ese mismo mes los pechos empezaron a hinchársele y tuvo su primera falta. No sabía quién era ese niño, de dónde venía, ni por qué los ángeles, que desde entonces no cesaban de merodear por la casa, la habían elegido a ella. Pero no le había sido infiel y ningún hombre tenía que ver con su estado.	Decir
394.	[FUENTES]	157	[Pensaba en la muerte de Ana y de Joaquín, y en la excesiva libertad con que María había empezado a moverse por el pueblo. En todos aquellos muchachos que la seguían a todas partes, muchas veces hasta el interior mismo de su casa. En Ananías, que siempre estaba bromeando y que se comportaba con la desvergüenza de los árabes; en Gedeón, que era carpintero como él y que tallaba figurillas de madera sin importarle el segundo de los mandamientos; en Jothan, que sabía leer y escribir.] ¿Cómo podía condenarla? Ellos eran hermosos y jóvenes, y se movían a su alrededor con la ligereza y la velocidad de las golondrinas; él estaba a las puertas de la vejez, y sus movimientos eran graves como los	Pensar

			de los bueyes, como los de los osos cuando se aproxima el invierno.	
395.	[FUENTES]	158	[Luego le habló de María.] El hijo que iba a tener no era obra de ningún hombre, por lo que debía apartar las ideas que angustiaban su corazón. Tenía que ir a su encuentro, ayudarla en aquella tarea.	Hablar
396.	[FUENTES]	158	[Ya no pensaba en él, ni en el riesgo cierto a que sin duda había estado expuesto durante la noche, sino en María, y en que acaso también ella pudiera haber recibido una visita como ésa y que reinara en su casa la desolación.] ¡Cómo latía el corazón en su pecho! Como los golpes de los martillos en las canteras, como las patas de los caballos en los hipódromos.	Pensar
397.	[FUENTES]	159	Ya no quería saber, hacer preguntas -quiénes eran aquellos seres, si la visitaban a ella también, qué relación tenía con ellos el niño que llevaba en su vientre-, sólo que aún estuviera con vida. Volver a verla, a escuchar su voz contándole atropelladamente, con todo tipo de exclamaciones, los mil sucesos que habrían tenido lugar en el pueblo durante su ausencia. Volver a estar a su lado, y que ya nunca tuvieran que separarse.	
398.	[FUENTES]	159	Ella era como la lluvia que caía del cielo haciendo germinar las semillas, como un árbol lleno de frutos. [Dijo esto conteniendo con dificultad la emoción que sentía al haberla recuperado, sin atreverse a levantar los ojos para mirarla, como el muchacho que por primera vez se arrodilla ante su amiga para declararle su amor.]	Decir
399.	[FUENTES]	161	[Ni siquiera sabía cómo eran.] ¿Eran siempre los mismos?, ¿su figura se confundía con la de los hombres?	Saber
400.	[FUENTES]	162	[Estos fenómenos intensificaban su inquietud.] ¿Cuál era su sentido? ¿Por qué la aparición de los ángeles era indisoluble de aquellos oscuros presagios? Y lo que aún era más importante, ¿quiénes eran de verdad, y qué relación tenían con María y el niño que iba a tener? [A menudo se sorprendía pensando en ese niño con odio, como en un intruso que había venido a interponerse entre ellos.]	Pensar
401.	[FUENTES]	163	[Se dio cuenta de que los fenómenos alucinatorios que experimentaba desde hacía unas horas -el sabor dulce del pan, el encuentro con Schachor en el camino, las voces que le habían llamado al cruzar el bosgucillo de encinas- tenían que ver con el reinicio de unas visitas cuyo efecto inmediato siempre había sido ese trastorno de los sentidos; pero también de que esas visitas nunca eran fortuitas, y escondían una clara intencionalidad.] ¿Qué perseguían esta vez? ¿Estaba investido Abdenago de alguna misión? De ser así, ¿por qué mantenía ese largo y doloroso silencio, en vez de revelársela sin más demora?	Darse cuenta

402.	[FUENTES]	163	[Acababa de amanecer y una luz blanca que sólo parecía existir en el pensamiento bañaba las cosas.] Todo estaba ordenado, dispuesto para que alguien empezara el trabajo: las tablas, el taladro y el yunque, las sierras y los compases de bronce. No tenía por qué ser él. Cualquiera podía ocupar su lugar y reiniciar la tarea donde la había suspendido el día anterior. Nada de aquello le pertenecía.	Existir en el pensamiento
403.	[FUENTES]	166	[José pudo verle con nitidez.] Su estatura era la de un niño de diez años, [y sus facciones, aunque suaves, le parecieron terribles.] Tenía los labios pintados, las cejas muy negras, y sus ojos grandes, alucinados, se proyectaban fuera de las órbitas como los ojos inmóviles de los peces.	Ver / Parecer
404.	[FUENTES]	166	Gratus se detuvo, se volvió hacia donde había venido la voz y, en medio de un impresionante silencio, extendió lentamente los brazos. [Fue todo lo que José llegó a ver .]	Ver
405.	[FUENTES]	168	[Había sido terrible -le dijo -, pero ya se sentía bien.] Gratus había pasado justo a su lado y ella, al verle con aquel animal, había pensado en su niño y se había visto a sí misma llevándole detrás y abrazándole de aquella manera, como si fueran iguales los dos. Y por eso le había entrado aquella llantina.] ¿Qué había querido decirle? ¿Se refería a algo que él no podía comprender, relacionado con aquella misión? ¿Tal vez a esos temores acerca de una posible deformidad de los hijos que siempre asaltaban a las mujeres cuando se aproximaba la hora de parir (temores que en su caso, y por el misterio que había acompañado su concepción, eran más ineludibles si cabe)?	Decir
406.	[FUENTES]	168	[Muchas veces, mientras el niño crecía, José había pensado sin encontrar respuesta en aquella enigmática asociación.] Su hijo nunca había tenido que ver con aquel grotesco animal. Fue siempre un niño fuerte, que creció sin apenas necesitar cuidados, y que en nada se había distinguido de los otros niños. Es cierto que de vez en cuando se quedaba como oyendo voces en el silencio, o que de pronto se volvía hacia ellos con una expresión extraña, como si no los reconociera.] ¿Pero no sucedía eso con todos los niños? ¿No parecían en tantos momentos dueños de otra existencia, ocupados en tareas ocultas que nada tenían que ver con las que reclamaba su vida ordinaria? Aún más, ¿no se daba un sentimiento así en relación a todo lo que se amaba, incluyendo los animales y las cosas (los pájaros, las alocadas cabras, el curso de los ríos y las flores humildes)?	Pensar
407.	[FUENTES]	168	[José levantó entonces sus ojos, que tenía fijos en sus manos, y contempló su taller. Era como si hubiera dejado de pertenecerle y sintió una punzada de tristeza. Salió al patio.] ¡Cuántas veces había experimentado en ese mismo lugar, y frente a cualquier hecho insignificante, un pájaro que se posaba a sus pies, un montón de	Contemplar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			leña que la casualidad había dispuesto de una forma que de pronto le maravillaba el dibujo de una rama sobre el cielo limpio y azul, un sentimiento semejante, el de que tenía que detenerse, quedarse sin hacer nada, esperando infinitamente!	
408.	[FUENTES]	169	[Una tarde la encontró llorando, con el niño estrechamente abrazado contra su pecho, y ella le refirió enseguida lo que le acababan de contar.] Gratus había muerto. También el extraño animal, brutalmente asesinados los dos por el rey Herodes.	Referir
409.	[FUENTES]	170	[Cuando oyeron los gritos y vieron el resplandor de los fuegos ya estaban fuera del alcance de los soldados.] ¿Qué estaba sucediendo? ¿Quién gritaba de aquella forma?	
410.	[FUENTES]	171	[Pensaba en los ángeles, y en lo fácil que habría sido para ellos conseguir que ninguno de los niños muriera.] Bastaba con que le hubieran revelado la causa por la que tenían que huir. Habría dado la voz de alarma, y habrían podido escapar todos juntos, como un rebaño guiado por la luna.	Pensar
411.	[FUENTES]	171	¿Por qué le habían ocultado las intenciones de Herodes dejando que la matanza de los niños tuviera lugar? ¿Qué precio desconocido tendrían que pagar ellos por salvarse? [José miró a su alrededor.] Nadie parecía acordarse de esos hechos terribles. No, ése no era su verdadero pueblo. Su verdadero pueblo tenía que ser capaz de hacerse cargo de esos niñitos muertos, reconocerse en esa vida desfigurada, como había hecho Gratus con el animal al que Herodes había mandado matar, como hicieron Ana y Esther con el muchacho mutilado por los bandidos.	Mirar
412.	[FUENTES]	173	[A menudo, y mientras simulaba estar ocupado en otras actividades, espiaba a Abdenago.] Sus movimientos se habían hecho más desenvueltos y decididos, y había algo en sus ojos y en sus ademanes que le indicaban que era su prisionero.	Espiar
413.	[FUENTES]	174	[Era como si se hubiera cansado de esperar, como si aquel sufrimiento, relacionado con sus esfuerzos para asumir la figura y los hábitos del hombre, le hubiera hecho tomar la decisión de precipitar el desenlace de su misión. Y José supo de pronto que ese desenlace tenía que ver con su fin.] ¿No había sido siempre de aquella forma? ¿No eran siempre los mensajeros los enviados de la muerte?	Saber
414.	[FUENTES]	174	[Nunca pensó en escapar.] ¿Adónde se habría dirigido? ¿Esperando qué milagro?	Pensar
415.	[FUENTES]	174	[Pensó que aunque aquellas lentes, las que había visto en la isla de Faros, estuvieran allí mismo, junto al manantial, ni siquiera habría hecho el esfuerzo de subir la cuesta para mirar a través de ellas.] Además estaba Abdenago. José era su prisionero y en esos últimos	Pensar

			días su control sobre él no había hecho sino acrecentarse. No era sólo que mandara sobre sus actos, sino que ese poder alcanzaba también a sus pensamientos, sumiéndole en un estado de creciente confusión, de forma que muchas veces no sabía si lo que acababa de vivir pertenecía al mundo de sus ensueños o al de la realidad. Se despertaba en plena noche sin saber dónde estaba, ni si tenía que levantarse. Vagaba por el campo, muchas veces a pleno sol, sin consciencia de lo que hacía, y era incapaz de recordar el nombre de las cosas y de los animales más comunes, circunstancia que le producía una viva desesperación. Se olvidaba. Hasta de su propio nombre, y cuando salía de ese marasmo sólo era para descubrirse invariablemente junto a su enemigo. Abdenago le miraba entonces con una luz roja de triunfo en los ojos, y le ofrecía al instante un vasito más de aquel extraño vino, que era un vino dulce, de sabor aromático, que dejaba luego una cierta amargura en la boca, que él no dudaba en beber. ¿Qué podía importarle que le indujera casi al instante un sueño profundo, sin memoria, que ese sueño pudiera llegar a prolongarse interminablemente? Quería morir, dormirse y no despertar ya nunca.	
416.	[FUENTES]	175	[La voz venía de la calle, a través de la ventana, pero cuando salió en su busca ya había desaparecido.] Unos niños jugaban junto al pozo, bajo el sol de oro. No eran del pueblo y, mientras los mayores daban de beber a los animales, ellos se perseguían gritando. Habían jugado con el agua y sus cuerpos húmedos brillaban llenos de luz.	
417.	[FUENTES]	176	[Abdenago llevaba ese olor en el propio cuerpo, como una señal de su inequívoca vinculación con la muerte, y Jose se dio cuenta de que también él estaba muerto.] ¿No lo estaban todos en aquel lugar? Habían nacido muertos, hacía tiempo que nacían de padres que ya no vivían y, lo que aun era peor, esto les tranquilizaba.	Darse cuenta
418.	[FUENTES]	176	[Se dio cuenta de que estaba perdido.] Nadie vendría en su ayuda, porque haa tiempo que vivía entre extraños, y aunque alguno de ellos, llevado por un movimiento de compasión, hubiera querido hacerlo no habría sabido cómo.	Darse cuenta
419.	[FUENTES]	177	[Pensaba en el búho, en sus ojos inmensos y quietos como el agua de los lagos.] ¡Cuánto le hubiera gustado tener de nuevo la oportunidad de salvarlo, poder dar vueltas atrás al tiempo sucesivo y, liberándolo de sus ataduras, devolverlo al aire infinito!	Pensar
420.	[FUENTES]	179	[Su dependencia de Abdenago augmentó por esta razón. También la sospecha de su participación en aquel accidente.] ¿No había sentido como si alguien le ordenara esa acción, la de levantar el martillo y descargarlo contra su propia mano? ¿No venía a ratificar el inexplicable error el dominio completo, que Abdenago había	Aumentar la sospecha

			alcanzado gracias a sus poderes hipnóticos sobre sus acciones y sus pensamientos?	
421.	[FUENTES]	181	[A los niños les veía en la fuente.] Subían acompañando a sus madres y se quedaban jugando por los alrededores.	Ver
422.	[FUENTES]	184	[¡Qué podía importarle -se decía- que se rieran de él, que le tomaran por loco haciéndole objeto de sus burlas!] ¿No estaban locos los niños, los velocísimos monos, las mujeres desnudas? ¿No lo había estado Gratus al acoger a aquel animal, Esther y Ana cuando habían amado al muchacho árabe el propio Joaquín al ofrecerle la mano de su hija y aceptar por mero pago de su mohar el arreglo de su establo? ¿Ellos mismos no habían sido también dos locos durante el tiempo que duró su felicidad?	Decirse
423.	[FUENTES]	185	¡Cómo la espiaba entonces con el rabillo del ojo, cómo observaba cada uno de sus movimientos, cada uno de sus gestos! [Se hizo un maestro de la simulación y, aunque aparentaba no preocuparse de ella más que los otros hombres podían hacerlo de sus esposas, le bastaba con escuchar su voz, o el roce de su túnica al deambular por la casa, para experimentar al instante un violento y dulce trastorno.]	
424.	[FUENTES]	185	¿Pero había sido así de verdad, como se contaba en el Génesis? ¿No habría llegado a existir también entonces, como siempre que unos y otras estaban juntos, el juego eterno de las canchales y de las promesas de amor? ¿No habría conseguido Raquel la ayuda de las otras mujeres, siempre tan dadas a esas mediaciones entre los amantes, para que sus encuentros pudieran llevarse a efecto a espaldas de su propio padre? ¿No era siempre así? ¿No eran ellas capaces de hallar el pozo del milagro aun en el más desolado de los desiertos?	
425.	[FUENTES]	185-186	¡Ah, cómo se entretenía José imaginando las mil formas de aquel comercio escondido! ¡A Raquel mandando disponer el barro allí mismo en el patio, y a Jacob mirándola desde la higuera, a donde había subido momentos antes con su consentimiento! ¡El instante en que ella se desprendía de su túnica y le ofrecía sus pechos al descubierto, que eran del color dorado de las parvas de trigo, de la miel dulce de las colmenas, de la arena tostada de las playas! ¡Cómo se demoraba en aquella sola y pura imagen! ¡En Raquel, que siempre imaginaba con el rostro de María, detenida ante el agua, que se extendía ante ella confundándose con la túnica que se acababa de quitar, y en su cuerpo brillante y oscuro cborreando el aceite del sol! [Un día se lo dijo: «Somos como Raquel y Jacob cuando estaban en casa de Labán».]	
426.	[FUENTES]	186	[Luego, la vio llorar.] Estaba en la casa y apretaba al niño contra su pecho, mientras canturreaba una canción infantil. Tenía los ojos cerrados, pero las lágrimas se escurrían entre sus pestañas	Ver

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			dejando un rastro de desolación, como si sobre una flor acabaran de echar agua hirviendo.	
427.	[FUENTES]	188	[También desconfiaba de María, sobre cuya implicación en aquellos sucesos no dejaba de preguntarse.] ¿Qué papel había desempeñado? ¿Por qué le seguía negando la realidad de las visitas de los ángeles? Le había mentido acerca de la causa de sus lesiones, que había atribuido a una caída del asno, pero ¿no bastaba con mirarla para comprender al instante que lo sabía todo? ¿Cómo no iba a conocer la verdad, si se veía casi diariamente con sus agresores? Aún más, ¿no lo confirmaba así el que luego ocultara tales encuentros? ¿No podía suceder, incluso, que hubiera sido ella la instigadora de aquel castigo?	Desconfiar
428.	[FUENTES]	190	¡Cuánto le había hecho sufrir! Él le daba todo lo que le pedía, respondiendo vehemente a cada uno de sus caprichos, y ella ni siquiera se había preguntado si era feliz a su lado. [No podía comprender cómo se había portado así, cómo había llegado a olvidar sus deberes de esposa y abusado de su bondad.]	Comprender
429.	[FUENTES]	193	[El animal avanzó hacia él y pudo verlo con claridad.] Era muy hermoso, parecido a un cordero, pero con una cabeza sensiblemente superior, y unas patas a la vez más pequeñas y robustas. Su rostro, además, tenía una vaga expresión humana, y sus ojos recordaban los de los niños.	Ver
430.	[FUENTES]	195	[Una noche, sin embargo, llegó a verles .] El ángel llevaba a María sobre su espalda, y ella descansaba plácidamente con los brazos colgando por encima de sus hombros. Tema una estatura enorme, que superaba en dos palmos la de un hombre común y, a pesar de su forma humana y de que caminaba visiblemente erguido, había ciertos elementos que cuestionaban esa filiación tranquilizadora. Su cabeza rapada, las extrañas prominencias que deformaban su espalda, sus manos (que pudo ver con nitidez cuando las alzó hacia la luna), palmeadas como las de los anfibios. Sus movimientos eran también extraños, desacompañados, como si convivieran en él varios cuerpos distintos y cada uno trata de imponer a los otros su propia forma de moverse. ¿Cómo era posible que a la mañana siguiente nada en María, ni la más mínima alteración en su rostro, reflejara la oscura relación; que no se aprestara a rehuirlo, ni pareciera quedar contaminada de alguna forma por la proximidad terrible del ángel? ¿Recordaba la carrera a sus espaldas, el salto prodigioso sobre las penas, su ascenso súbito a las ramas superiores de una morera, donde estuvo comiendo sus hojas hasta hartarse? ¿Qué sucedía durante aquellos encuentros? ¿Por qué el dominio que ejercían sobre María era tan absoluto? ¿Qué loca intensidad llegaba a alcanzarse en ellos para conducirla a un estado de tal postración y cansancio, hasta el punto de que muchas veces la hallaba profundamente dormida en el suelo y se veía forzado a conducirla a casa cargándola en sus propios brazos?	Ver

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

431.	[FUENTES]	195	[Se dio cuenta de que no eran diferentes de María.] Se reunían para cantar y reír, y llevaban vestidos ligeros sobre los que sus brazos desnudos destacaban como lianas hechas con flores. Dos de ellas empezaron a tocar sus panderos, y las otras bailaron siguiendo el ritmo. Sus sandalias no parecían tocar el suelo. Flotaban como golondrinas, y los colores de sus vestidos brillaban alegremente, sin que la larga marcha por el desierto, las constantes penalidades a que sin duda se habían visto expuestas, pareciera haberlas afectado.	Darse cuenta
432.	[FUENTES]	196	Y, sin embargo, ¡qué ajenas resultaban en tantos momentos a aquel juego en la noche! [Bastaba con fijarse en sus rostros.] Por momentos perdían aquella expresión despreocupada, y se volvían taciturnos y graves, como si estuvieran tratando de recordar quiénes eran de verdad, qué hacían allí, en aquel rincón olvidado del mundo.	Fijarse
433.	[FUENTES]	196	[Luego la vio levantarse.] Era casi una niña y permaneció unos segundos con la mirada perdida en la oscuridad, como si estuviera esperando una señal, la llamita de una lámpara que desde la lejanía orientara sus pasos.	Ver
434.	[FUENTES]	196	[José se dio cuenta de que le recordaba a alguien y observó cada uno de sus movimientos con una dolorosa intensidad.] Sus pasos concentrados y lentos, la gravedad de su rostro, su ensimismada actitud. Era como si también ella viviera, como lo había hecho María, escoltada por un ángel, como si hubiera vivido así desde que era una niña. Aún más, parecía estar unida a él y llevar a espaldas de todos una vida de casada de la que no pudiera hablar a nadie ni revelar detalle alguno.	Darse cuenta / Observar
435.	[FUENTES]	197	[Su corazón le dio un vuelco en el pecho cuando oyó hablar en hebreo.] Eran judíos y, tras cambiar con ellos las primeras palabras, le invitaron a quedarse.	Oír
436.	[FUENTES]	201	[Volvió a pensar en Puah, en la noche pasada junto a la hoguera y en sus ojos llenos de lágrimas al escuchar la historia del niño Muni. También en la enseñanza de esa historia.] Siempre había que pagar por el dolor que se había causado. Él había abandonado a Puah y años después fue María la que le pagó con la misma moneda, dejándole solo para siempre.	Pensar
437.	[FUENTES]	202	No protestó cuando la vio dirigirse a Jerusalén para integrarse en los círculos secretos de los seguidores de su hijo (con los que nunca había podido simpatizar), ni lo hacía ahora que su vida tocaba a su fin. ¿No sucedía siempre así, con todos los hombres? Moisés no había llegado a conocer la tierra prometida, y el no podía esperar que su vida se rigiera por una ley distinta.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

438.	[CUERPO]	39	Don Juan no era negro, desde luego, aunque sí bastante moreno. Jugaba al fútbol con los seminaristas a pleno sol, sin sotana, en mangas de camisa. Desde el desván de casa de las de Lourido, subiéndose en una silla y sacando la cabeza por la claraboya se veía el patio del Seminario, y cualquiera podía comprobar que jugaba con la camisa remangada y abierta y, a pesar de la distancia, que tenía un vello espeso y negro en los brazos y en el pecho. [Por eso estaba moreno, y porque paseaba por el campo sin la canal, a pelo, decía Elvira, y no llevaba tonsura, ni era calvo como casi todos los canónigos [...]]	Decir
439.	[CUERPO]	50	[Don Germán vino a las doce y media, pero antes que él llegó Elvira con la noticia:] Don Juan se marchaba. El señor obispo lo mandaba a una parroquia de la montaña, aquello se veía venir, pero lo de anoche ya había colmado el vaso. Había estado en casa de Carlota desde las siete hasta las nueve, ellos dos solos. Se había oído tocar el piano un ratito y después nada, y así hasta las nueve. A primera hora de la mañana el señor obispo lo había mandado llamar y don Juan no había asistido a los oficios litúrgicos. Estaba en su casa haciendo el equipaje.	Llegar una noticia
440.	[CUERPO]	76	[Doña Sofi se recostó de nuevo, con la cabeza cubierta por la seda.] Lo del pañuelo era un buen detalle. Había mejorado mucho aquella chica, a pesar de que no había tenido tiempo para ocuparse de ella. Lo malo de coger muchachas jóvenes y agraciadas era que en cuanto las pulías un poco se dejaban engatusar por el primer gañán que les proponía casarse, y ya unas esclavas para el resto de sus días, pariendo niños y malviviendo.	
441.	[CUERPO]	76	[Doña Sofi quería chicas para dormir en casa,] y en cuanto a fomentar una separación, de eso, ni hablar. Y no porque creyese en la indisolubilidad del sacramento, ni monsergas por el estilo, que los curas bien que se salían cuando les convenía, sino por discreción. Ésa había sido su norma de conducta a lo largo de toda su vida: la discreción. Nunca había dado que hablar, ni había tenido problemas con nadie, excepto con aquella víbora que se había agazapado en su regazo, fingiéndose paloma...	
442.	[CUERPO]	77	[Doña Sofi se quitó el pañuelo de la cabeza y volvió a abanicarse.] Se sofocaba, se sofocaba, y no era la menopausia; hacía tiempo que los sofocos y los sudores habían desaparecido. Eran la indignación y la vergüenza. De pronto, otra vez la vergüenza, aquella desazón de los primeros años, aquel desasosiego. ¿Qué había hecho mal? ¿No le había dado todo cuanto le había pedido? ¿No había accedido, incluso, a inyectarla? Y aquella malnacida pensaba que estaba cobrándole el favor. La impaciencia por conseguir su dosis de veneno le había hecho soltar el que llevaba dentro. Por ella estaba arriesgando su buen nombre y su reputación, que se enterase de una vez, y aquella desgraciada, aquella piltrafa humana habla soltado entonces lo de "doña Safo"	

			y que todo el pueblo lo sabía, y que dejase de magrearla, y ponme de una puta vez esa puta inyección, así había dicho, y tortillera de mierda, una boca de infierno. Y cuando ella, con justa indignación, pisoteó la caja entera de inyecciones, se le había echado encima como una pantera, y menos mal que Carmiña estaba arriba y había oído sus gritos de auxilio, porque la trastienda estaba cerrada, con el cerrojo echado como siempre que ponía inyecciones, para mayor tranquilidad, sólo por eso, y doña Sofi creyó morir estrangulada. Pero Carmiña era fuerte y consiguió sujetar a aquella fiera, tirarla al suelo y sentarse sobre ella, mientras doña Sofi le ponía a toda prisa, sin masaje ni nada, una buena dosis de calmante, y después al hospital y que su familia se hiciese cargo de ella: Carmiña era testigo de que había intentado matarla cuando se negó a darle droga.	
443.	[CUERPO]	78	Era una buena chica Carmiña; un poco basta, como todas al comienzo, pero más lista que otras. Se había espabilado más aprisa y había aprendido casi sola, porque la verdad es que no le había dedicado mucho tiempo. Toda su atención y su cariño lo había acaparado aquella viciosa, aquella ingrata, aquella farsante... Carmiña se había portado muy bien. Le había dicho a todo el mundo que, desde que Almudena estaba allí, varias veces había faltado dinero de la caja de la farmacia, y hasta del monedero de la compra, que doña Sofi era demasiado buena, porque ya se notaba que Alriudena era una drogadicta, pero como era hija de una prima carnal, estaba intentando ayudarla. [Y a doña Sofi poco a poco se le había ido pasando el susto, pero quedaban los recuerdos y aquellos sofocos que no la dejaban descansar en paz.]	
444.	[CUERPO]	79	Así no tendría que darle conversación. Carmiña era hábil y ponía en todo su mejor voluntad, pero las chicas, pobrecillas, no tenían cultura, no se podía hablar con ellas, sólo comentar los chismorreos del pueblo y a doña Sofi no le gustaban las murmuraciones. Almudena era otra cosa.	
445.	[CUERPO]	80	[Carmiña se sentó en la banquetta y colocó sobre su regazo los pies de la señora. Doña Sofi cerró el cuaderno y lo apoyó sobre su pecho.] ¡Si pudiera arrancar la última página! ¡Una canción! ¡Ni siquiera de un poeta conocido; Almudena había leído poco, pero recitaba bien, eso sí, tenía una bonita voz y tocaba la guitarra. Había sido actriz y camarera y sabe Dios cuántas cosas más hasta que recaló en su casa. Un desecho, debía de haberse negado cuando su prima la llamó por teléfono: un sitio tranquilo, alejarla del ambiente en el que ha vivido. A los hijos que los aguanten los padres, que para eso los han traído al mundo. A punto había estado de echar por tierra toda una vida regida por la prudencia y la discreción... ¿Y qué era aquello de que todo el mundo la llamaba doña Safo?	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

446.	[CUERPO]	81	[Doña Sofi se sobresaltó.] ¿No estaba faltándole al respeto? ¿Acaso Carmiña pretendía chantajeada por lo sucedido? [Se incorporó para observarla, pero Carmiña parecía concentrada en la tarea del masaje y cuando notó los músculos tensos, dijo, tal como le había visto hacer a ella: Relájese, relájese.]	Sobresaltarse
447.	[CUERPO]	81	[Doña Sofi se dejó caer otra vez hacia atrás con el cuaderno apretado contra su pecho.] Le gustaba la sinceridad cuando no era brutal ni grosera. Almudena era una falsa. Nunca hasta aquel día había manifestado ningún rechazo, pero tampoco le había dado ocasión de explicarle lo que ella entendía por amor. Salía del baño desnuda, como si aquello fuese lo más natural, y paseaba por toda la casa su cuerpo de espingarda, un saco de huesos que gracias a sus cuidados se había ido rellenando. Había provocado sus confidencias y había escuchado con aparente interés sus deseos de encontrar una secretaria, una amiga más bien, que la acompañase; alguien con quien hablar de libros, de poesía, de música. Doña Sofi era una mujer culta, licenciada en Farmacia por cuestiones de familia, porque alguien se había de hacer cargo del negocio al morir el abuelo, pero su gusto eran las humanidades: la Historia, la Literatura, el Arte...	
448.	[CUERPO]	82-83	Una chica lista esta Carmiña y muy habilidosa, le había bastado con mirar cuando ella atendía a las clientes. Porque doña Sofi no se limitaba a vender la pomada o el ungüento como hacía el boticario. Toda la eficacia del producto consistía en saber aplicarlo, y no era igual una ciática que una tortícolis. Doña Sofi tendía a la paciente en la camilla y le explicaba sin prisas lo que debía hacer. Por eso todos la estimaban y la querían. Lástima no haber encontrado la compañía adecuada: tenía dinero, buena salud y buen carácter. La vida guardaba aún placeres que le gustaría compartir. Tiempo atrás eran sobre todo los viajes, medio mundo había recorrido: Lourdes, Fátima, Roma, hasta los Santos Lugares había visitado, siempre acompañada. Pero cada vez más le gustaban los placeres sencillos, la alegría de las cosas pequeñas, el sosiego. [Doña Sofi recitó para sí: «Ya, dulce amigo, huyo y me retiro / de cuanto simple amé rompí los lazos. / Ven y verás al alto fin que aspiro, / antes que el tiempo muera en nuestros brazos»...]	
449.	[CUERPO]	83	[Le había propuesto a Almudena pasar el verano en la casa de la playa, darían paseos en la barca y harían excursiones a lugares cercanos.] Pero a Almudena sólo le interesaba tener a mano su ración de veneno, eso era lo que había buscado en ella, lo único que quería de ella, ¡qué fracaso! Y siempre igual. [Doña Sofi se preguntaba por qué otras sí y ella no.] Margarita Yourcenar había vivido toda la vida con una amiga, y sin ir tan lejos, allí en el pueblo, las dos viejas de Lourido. No es que fuese seguro, esas cosas nunca se saben con seguridad, pero...	Preguntarse

450.	[CUERPO]	84	[Doña Sofi sintió un calor súbito que le subía desde el pecho y se abanicó con fuerza.] ¡Don Manolito! El sacerdote relegado a funciones de sacristán, a quien no se permitía confesar, ni intervenir en nada donde hubiese niños o jóvenes. ¡Aquél era justamente su temor! ¡Aquella mancha social, aquel estigma! Pero ella jamás había dado que hablar, nunca la menor queja de nadie, ni el menor escándalo, hasta el día en que aquella víbora se había puesto a gritar llamándola tortillera. Pero eso sólo Carmiña lo había oído. Quizá de ahí venían estas confianzas.	
451.	[CUERPO]	84	[Doña Sofi se dejó caer hacia atrás, abanicándose.] Así de simple. Como quien dice: me gustan los higos. O: no me gustan los plátanos. Tampoco Almudena parecía darle importancia, hasta aquel día en que la falta de droga le hizo soltar lo que de verdad pensaba, lo que todos pensaban del asunto aunque disimulasen su rechazo. Sin embargo, a veces, había tenido la impresión de que, si se actuaba con prudencia, es decir, sin escándalo, a la gente no le importaban los gustos de una mujer. Lo de don Manolito era distinto, porque era cura y con niños, pero siendo entre mujeres, ¿a quién le importaba lo que las mujeres hacían? En cuanto a Carmiña...	
452.	[CUERPO]	87	[Cuando recobró el aliento y la capacidad de pensar, una idea molesta, como un gusano en una manzana reluciente, le roía a doña Sofi su placentero reposo.] ¿Y si Carmiña sólo buscaba su dinero? Eran chicas sin cultura, sin ideales. Que no creyese que se iba a dejar embelecar. De algo había de servirle su experiencia.	Pensar
453.	[CUERPO]	87	En efecto, don Evaristo, el indiano, era más rico. Las fincas de doña Sofi eran más grandes, pero él tenía terrenos por la zona de la Marina y aquello valía lo que pidiese. ¿Pero qué tenía que ver don Evaristo en aquel asunto?	
454.	[CUERPO]	93	[Aquello es cosa del guardaplayas, piensa.] Le encanta mandar y disponer y tener a todo el mundo en dos palmos de agua, pegaditos a la orilla. Cumplidor, sí, pero demasiado mandón y poco respetuoso, impropio, piensa Ena que diría su madre. Cada vez dice más cosas como su madre. Pero el guardaplayas no parece darse cuenta de eso, ni de que tiene hijos de su edad y que resulta impropio tanto Ena para aquí y Ena para allá y cualquier día tendré que salir a salvarte, a sacarte en brazos. Y no es sólo el tuteo sino cómo mira y cómo se planta en la arena con las piernas abiertas y la pelvis adelantada. Y también es rubio.	Pensar
455.	[CUERPO]	94	El mar parece en calma, pero con el mar nunca se sabe, eso lo ha aprendido de su padre, y ella sale a nadar más tranquila cuando Xío está en su puesto, los amigos me llaman Xío, con aquel aire de sabérselas todas, y ella sin pensarlo, a mí Ena, cuando lo lógico sería que la llamase doña Magdalena, como el cajero del Banco o el dependiente de la droguería que serán de su misma edad, pero	

			no, Ena a secas y que un día te me ahogas, te me, qué confianzas, qué encanto de tío había dicho Elvira y qué paquete, Elvira siempre con lo mismo, ¡pero si salta a la vista, mujer...! En eso tenía razón, era aquella forma de plantarse en la arena con la pelvis por delante y el bañador tipo tanga, qué descaro, y qué presunción, yo nadaba desde mi casa al cabo, ida y vuelta diez millas, antes de que tú vinieras, o quizá usted viniera, no, mejor tú vinieras al mundo, y en la pandilla me llamaban Tiburón por la forma de nadar, por el estilo y por la forma de moverme en el agua. Eso le tenía que haber dicho entonces a aquel jovencito presumido y desvergonzado, y no bajar la cabeza y sonreír como una boba, como siempre...	
456.	[CUERPO]	96	El páter, por una vez, se había escandalizado, y había dicho: ¡déjame a Santa Teresa fuera de este asunto!, y Kostka, cómo pudo contarle Elvira lo del dardo de oro, qué vergüenza, Kostka la miraba desde entonces de otra forma. Elvira había hecho mal contándose, porque ni siquiera había servido para que se casase y dejase de hacer aquella vida de bohemio, y para colmo la miraba como si fuese a él y no a Luis a quien le había puesto los cuernos. Por culpa de Elvira ya no podía hablar con Kostka del ángel, y le hubiera gustado hacerlo porque Kostka era inteligente y sensible, tenía talento y, aunque Luis dijese que sólo era un artista local, puede que en realidad fuese como Van Gogh, que, hasta después de muerto, nada. [Le hubiera gustado saber qué pensaba él [...]]	
457.	[CUERPO]	97	Desde la primera noche le había dado miedo aquella especie de animal que de entre la maraña de pelo crespo del pubis levantaba de pronto una cabeza pelada, rojiza, sin ojos y con una pequeña boca húmeda. Le recordaba a las lampreas, una lamprea que se colaba en su cuerpo y le daba escalofríos. Durante mucho tiempo había creído que aquellos escalofríos eran el orgasmo de que Elvira hablaba, y seguramente Luis lo creía también. Se le agitaba la respiración, sí, y se estremecía, pero sentía alivio cuando la lamprea se encogía y volvía a su madriguera. Después del ángel supo que el placer era otra cosa. Con el ángel todo había sido distinto. El vello de su cuerpo era de oro bajo el sol, y sus ojos, azules como el cielo que ella veía, tumbada en la cubierta del velero.	
458.	[CUERPO]	98	Ella había sentido su calor penetrando en su cuerpo, hundiéndose hasta lo más hondo de sus entrañas, abrasándola en un ardor suavísimo y dulcísimo, y cuando él se retiraba ella sentía que la vida se le iba con él y lo apretaba dentro de sí, y ceñía su cuerpo con el suyo para retenerlo, y entonces él volvía y ella gemía de placer, y gemía de dolor al sentir que se iba. Y así una y otra vez, confundida toda ella en aquel calor y aquella suavidad y aquella dulzura, hasta perder los contornos, los límites de su cuerpo y del cuerpo del ángel, y todo era ya luz dorada y azul, y un dardo de fuego y oro uniendo los dos cuerpos, fundiéndolos con la	Contar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			inmensidad del mar y del cielo. [Muy poético, había dicho Elvira, lo cuentas que pareces Santa Teresa.]	
459.	[CUERPO]	99	[Ena se sienta en las escaleras y enfoca el velero que aparece por detrás de la isla.] Con la vela recogida, como casi todos. Para qué diablos querrán un velero. [Estaba segura de que lo reconocería aunque hubiese cambiado de barco,] porque hay una forma de navegar como hay una forma de andar, su padre lo decía: puedes cambiar de barco, pero no de estilo. Y eso se podía aplicar a todo, desde la casa en donde vives, al barco en que navegas y a la forma en que haces el amor. Luis no hacía el amor, Luis follaba. Elvira tenía a veces ideas geniales y en eso había estado acertadísima. Quizá se había acostado con Luis y por eso lo sabía, pero mejor no hablar de ello; hay cosas de las que es difícil hablar, aunque sea con tu mejor amiga y aunque no te importe demasiado que se haya acostado alguna vez con tu marido.	Estar segura
460.	[CUERPO]	100	[Sin guardaplayas y con bandera amarilla, piensa Ena, lo más prudente sería no salir, pero le apetece nadar y no estar allí, recordando y mirando todos los veleros que pasan, siempre desde entonces, qué locura, por si él volviese, en el fondo era eso. Suspira.] El páter tenía razón, se parecía a la vieja del chiste, que se confiesa una y otra vez de un único pecado carnal de juventud.	Pensar
461.	[CUERPO]	101	[Cuando Xío está en su silla se saludan de catalejo a prismático. Él sabe que sale a nadar a esa hora y que antes mira la bandera.] Cuando él está allí se siente más segura, incluso con la bandera verde; lo de Tiburón y las diez millas ha pasado a la historia y ahora se limita a nadar de la casa a la playa, lo más cerca posible de la costa, porque se cansa, sólo con que haya dormido mal o por cualquier pequeñez, se cansa. Aquella tarde del ángel no estaba cansada, ni se había asustado al ver las olas de resaca en la isla, hubiera podido volver a casa sin necesidad de descansar, dosificando el esfuerzo. Se había subido al velero porque le habían gustado desde el primer momento los dos, el ángel rubio y el barco tan bonito, tan manejable. Y había pasado lo que había pasado porque ella quiso, porque le gustaban sus ojos y su forma de mirarla, y su sonrisa tímida. Era tímido y cariñoso, se le notaba. Cómo puede una entenderse tan bien con alguien con quien hablas por señas y con dibujos: que su madre le llamaba ángel, que estaba divorciado, no viudo, el gesto de arrojar al mar un anillo no dejaba dudas; y él había entendido perfectamente que ella tenía cinco hijos, dos chicas y tres varones, dos de ellos gemelos, y que en la pandilla, de pequeña, la llamaban Tiburón por su forma de nadar.	
462.	[CUERPO]	102	[Ena se ajusta el gorro elástico, se zambulle de un salto y nada con brazadas enérgicas mar adentro.] Hay un poco de marejada, en efecto, y puede que mar de fondo. Tendría gracia que Xío tuviese que salir a buscarla. Seguro que está lucíéndose por la playa con	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			alguna turista recién llegada y sin enterarse de que ella está allí y que ya no son los tiempos en que nadaba diez millas. Si había de pasarle algo qué día mejor, recién confesada y los chicos ya colocados. Era una buena manera de morir, aunque no conseguía verse ahogada [...]	
463.	[CUERPO]	102	[Ena saca la cabeza del agua y mira alrededor.] Se ha alejado de la costa más que otras veces. La marejada, seguro, [pero no se inquieta. Mira hacia la isla y entonces ve el velero. Se queda flotando, observándolo.] El mismo barco, el mismo estilo y la misma forma de navegar. ¿Cuántas veces ha creído verlo?	Mirar / observar
464.	[CUERPO]	103	[En lugar de girar hacia la playa, Ena nada hacia la isla. Hay marejada y eso la ayuda a avanzar más de prisa.] A ese ritmo, antes de que el velero doble el cabo podrá ver de cerca al hombre rubio que va al timón. O quizá no pueda ver nada porque ya no es la de antes. Acabará agotándose, persiguiendo una quimera, mientras Xío se liga a la turista de turno, sin acordarse de que a aquella hora una abuela de buen ver se empeña en no reconocer que ya no está para trotes.	
465.	[CUERPO]	104	¡Pero cómo va a ahogarse! ¡Una tía que ha nadado toda la vida diez millas! O en su juventud, qué más da. Cuando conoció al noruego andaba por los treinta y cinco, y seguía nadando ¿cómo se va a ahogar ahora? Y con el Xío ojo avizor, porque ése sabe que puede ser su madre, pero que está aún buenísima y que caerá un día u otro.	
466.	[CUERPO]	104	Sí, Xío le gusta, pero lo ve demasiado joven y presumido. Y también le gustaba su marido y fue un fracaso. Y a Kostka le tiene cariño y se entiende bien con él, pero no le gusta físicamente. De quien está enamorada es del noruego, ése es el que ella quiere. [Así que se queda flotando hasta que aparece el guardaplayas y no se enrolla con él.]	
467.	[CUERPO]	135	[Desde mi primera juventud, mi madre ejerce sobre mí un curioso y eficaz chantaje, basado en el hecho de que ella se casó, abandonando una prometedor carrera de cantante de ópera, para no hacer de mí un niño sin padre, circunstancia que «en aquellos tiempos», hace más de medio siglo, era hartamente penosa para una criatura, sobre todo del sexo femenino.] Y, como entonces no se podía saber si lo que venía era macho o hembra, mi madre había tomado la generosa y dolorosa decisión de dar un hogar burgués a lo que naciese, o sea, a mí, que a la postre salí varón.	Ejercer chantaje
468.	[CUERPO]	142	[Para mi madre se trataba sin ningún género de dudas de un caso de adopción y se compadecía de antemano de las calamidades que se avecinaban a la familia: Acuérdate -me dijo- de los tíos de Alvarito Castro...] Los tíos de Alvarito Castro no tenían hijos y	Decir / Concluir

			habían recogido a un niño del hospicio, loable acción que sin embargo no cayó bien a la familia, por cuestiones de herencia y porque un niño que no se sabe de quién es, pues eso, y para colmo al año siguiente, la mujer se quedó embarazada y tuvo una niña. Como ya se habían encariñado con el chico les dio pena devolverlo y decidieron adoptarlo, y fue una desgracia, porque los hermanos se enamoraron y se casaron durante la República, pero al acabar la guerra el matrimonio no era válido y ellos se fueron de España, no se sabe adónde, nunca más se supo de ellos, y los padres murieron solos después de tantos desvelos y sinsabores, y ni siquiera Alvarito disfrutó de la herencia, que pasó íntegra al convento de las clarisas. [Las adopciones son algo muy delicado y si son chico y chica peor, concluyó mi madre [...]]	
469.	[CUERPO]	151	Aquello empezaba a parecerse a una tortura. Era una desconsideración, aparte de una manifiesta incompetencia. [Tamborileó impaciente con los dedos sobre la escayola. Le picaba todo, desde el cuero cabelludo a las puntas de los pies. Se sentía sudoroso, pegajoso y sucio.] ¿Cuándo llegaría la maldita enfermera? La culpa era de Alfredo que había dejado desmandarse a aquellas golfas; se creían las reinas del hospital. Y Edelmira, la emperatriz.	
470.	[CUERPO]	151	[Respiró hondo y se preguntó qué habría hecho él si fuera Alfredo quien hubiera caído del caballo y estuviera inmovilizado por aquella masa de yeso, rabiando de calambres y con el pito más insensible que el de Ramsés IV]. Para empezar no tomárselo a broma y después ponerle remedio. Claro que él nunca se habría dedicado a algo tan tosco como Traumatología.	Preguntarse
471.	[CUERPO]	152	Había que agradecerse al destino, desde luego. [No negaba que en los primeros momentos ésa había sido su mayor preocupación, pero ahora le gustaría agradecer también que el más estimado de sus miembros recobrarla la movilidad.] ¿Por qué no hacían nada? Él, si su amigo de infancia y compañero de Facultad yaciese en un lecho de hospital, atormentado por el angustioso temor a quedarse impotente, habría puesto todos los medios para resolverle el problema. No se habría limitado a decirle: Da gracias a Dios de no haber quedado tetrapléjico. Él habría buscado a la persona adecuada: un fisioterapeuta, un masajista, ¡una puta!: una profesional, que supiese lo que tenía entre manos. Y nunca mejor dicho. Cualquier cosa menos recomendar paciencia. ¡Dos meses de paciencia! ¿Para qué? Si no tenía arreglo, cuanto antes lo supiese mejor.	
472.	[CUERPO]	152	[Siempre había pensado como Belmonte: "El día que no pueda con un toro o con una mujer...".] Un accidente con un arma de caza y a otra cosa mariposa. El día que no pueda... No hay que engañarse: es una lucha en la que no existe compasión para el enemigo vencido. Y si no, que se lo pregunten al ejército de enfermeras que	Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			invade a diario su cuarto. Un regimiento de arpías, pertrechadas de cuñas, palanganas y unas malditas cafeteras con las que lanzan un chorro de agua casi helada sobre su exhausto pene, aplastándolo, ahogándolo, arrugándolo y reduciéndolo a la condición de piltrafa miserable, que después va a ser espachurrada, refregada y zarandeada entre la áspera tela de la toalla, y que se deja caer al fin displicentemente, como quien arroja la flácida piel de un plátano al cubo de la basura.	
473.	[CUERPO]	153	¿Cuánto tiempo hacía que se había acostado con Queti? Al menos diez años. ¿Y con Edelmira? ¿Veinte?, ¿veinticinco? [En medio de su irritación sentía una inquietud creciente e indefinible.] ¿De qué tenía que sentirse halagado? ¿Halagado de que una legión de adefesios apareciesen con la regadera como si fuesen a una fiesta? ¡Halagado! Se sentía acosado, vejado, abochornado, ¡exhibido como un monstruo de feria!	Sentir
474.	[CUERPO]	155	[Suspira hondo para aliviar la ansiedad.] La enfermera de noche tendría que haber llegado ya, aunque mejor que no viniese. [Siente que el calmante empieza a hacer su efecto:] los picores son menos intensos, más soportables y los calambres ceden también. Pero vendrá, seguro, y si se duerme lo despertará, para espabilado, para torturarlo de nuevo con teteras y miradas. Hace diez largos minutos que debería estar allí, pero es inútil quejarse o protestar.	Suspirar / Sentir
475.	[CUERPO]	155	[Se sentía incapaz de discernir lo que había de verdad y lo que había de burla, o, aún peor, de compasión en sus palabras. Lo atormentaban los picores, los calambres y más aún el temor a haberse quedado impotente.] ¿No le parecía a la todopoderosa jefa de enfermeras que aquello era motivo suficiente para que lo tomasen a uno en serio?	Sentirse
476.	[CUERPO]	156	¿Por qué le había sonado a consuelo? [Estaba seguro de que si lo hubiese encontrado empalmado no habría dicho aquello.] Había algo que sonaba a piedad ante el enemigo vencido. ¿Vencido o muerto?	Estar seguro
477.	[CUERPO]	156	¿Quién le había hablado a Edelmira de Belmonte? Sólo Alfredo sabía... [Tuvo la impresión de una conjura, de que algo serio estaba pasando y nadie quería decírselo...]	Tener la impresión
478.	[CUERPO]	157	El doctor Campomanes nunca calificaría de excelente profesional a una persona que llegaba tarde a su trabajo. Sería y tranquila. Ya se vería. [Le pesaban los párpados.] Sólo faltaba que se le ocurriese despertarlo si llegaba a dormirse. ¿Se oían risas? Alguien hablaba a la puerta de su habitación, ¿o era en la de aliado? [Alargó el brazo hacia el timbre y lo dejó caer de nuevo.] No se oía nada.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

479.	[CUERPO]	157	[Cerró los ojos.] Por lo menos Edelmira había accedido a aumentar la dosis de calmante. [En el fondo no era mala chica, pensó , mientras acomodaba la cabeza en la almohada, o quizá era sólo compasión ante el enemigo vencido.] Vencido o muerto...	Pensar
480.	[CUERPO]	169	[Antes de que él añadiese sin perder la sonrisa: Me envía la agencia, Teresa empezó a temer lo sin acabar de creérselo todavía.] ¡Un negro! ¡Le habían enviado un negro! [Dijo: Yo, me temo que...]	Temer(se)
481.	[CUERPO]	169	[...]Teresa se apartó y lo dejó pasar con la sensación de derrota que en los últimos años era ya habitual en ella.] Le pagaría el desplazamiento y el tiempo empleado y se iría sola a la fiesta de Carmela. Se tomaría dos copas de champagne y procuraría sonreír con naturalidad cuando Javier apareciese con la jovencita despampanante de turno o con la elegantísima señora a quien había rehabilitado el palacio de la familia.	
482.	[CUERPO]	170	[Teresa recordó que había pedido un hombre guapo, con buena facha y culto.] Casi seguro en orden inverso: culto, de buena facha y guapo. No se había hablado para nada del color. Ni se le había ocurrido. Había mencionado la fiesta, una reunión con gente del mundo de la cultura: escritores, pintores, arquitectos, por supuesto. Carmela le había dicho: Tráete a alguien; me fastidia que él venga siempre acompañado, y tú no.	Recordar
483.	[CUERPO]	170	[El negro dijo algo sobre prejuicios racistas y Teresa se apresuró a negar lo;] no se trataba de que ella tuviese nada en contra de la gente de color, ni tampoco la persona a cuya fiesta pensaba acudir, sino, sencillamente, que había pensado en alguien más, menos, ¿cómo diría...?	Negar
484.	[CUERPO]	172	[Preguntó si podía sentarse y aseguró que era la primera vez que se ponía en cuestión su competencia profesional.] Ella había pedido un acompañante culto. Él era licenciado en Psicología por la Sorbona. Estaba en Madrid haciendo un doctorado en Filología Hispánica. Hablaba inglés y español además de francés. Podía mantener una conversación sobre cualquier tema de cultura o política internacional. ¿Es que acaso se trataba de un prejuicio racista? [Teresa pensó que lo mejor sería decirle que sí; que, aunque se esfuerza en luchar contra ello, tiene prejuicios, y también la gente con quien va a encontrarse...]	Asegurar / Pensar
485.	[CUERPO]	173	[Mientras toman una segunda copa se siente obligada a explicarle que no trabaja por necesidad de dinero, le cuenta la historia de aquellos terrenos de su madrina reconvertidos de la noche a la mañana de rústicos en urbanos, y el cambio que eso supuso en su vida.] Contrariamente a lo que pudiera imaginarse, la tranquilidad económica había aumentado su desasosiego espiritual, y el trabajo le había servido para llenar el vacío que le había dejado la ruptura	Contar

			de un largo matrimonio y la ausencia de sus hijas, ya casadas. [Él sugiere la posibilidad de psicoterapia y ella le habla de su psicoanalista [...]]	
486.	[CUERPO]	180	[Ésa fue una de las múltiples razones que la llevaron a proponerle a Pierre que dejase la agencia y aceptase un préstamo sin intereses y sin plazos, a devolver cuando él estuviese en su país dando clases en la Universidad.] Su estrategia con Javier perdería eficacia si se enteraba de la situación profesional del hombre que había despertado sus celos. Estaba además la cuestión de que, echando cuentas como su padre la había acostumbrado a hacer, ella era deudora, según las tarifas de la agencia, de una cantidad equivalente a la cuantía total de la beca que Pierre había recibido. Aun contando con que le hiciesen rebaja por cliente asidua y con que él recibía sólo una parte del dinero de las clientas, era evidente que sus visitas privadas lo habían perjudicado económicamente. Y una cosa era hacer un buen negocio y otra quedar como una negrera explotadora. Estaba, por último, la cuestión de la tesis: ¿qué pasaría si algún miembro del tribunal se enteraba de sus actividades extra académicas? Y algo más que no le dijo: el regalo de cumpleaños de Marlén.	
487.	[CUERPO]	182	[Teresa pensaba que lo que sentía por Pierre no era amor.] Ella quería a su marido; nunca lo había olvidado y siempre había mantenido la esperanza de que volvería con ella. Así que no era amor. ¡Pero se sintió tan orgullosa de él cuando, puesto en pie, recibió la nota de su tesis doctoral!	Pensar
488.	[CUERPO]	182	[Otras veces pensaba que sí era amor lo que sentía por Pierre, aunque un amor imposible que su sentido práctico la llevaba a desechar. Por eso se le saltaron las lágrimas cuando él dijo: <i>Siempre me faltarás, siempre habrá un hueco en mi vida que sólo tú podrías llenar.</i>] Eso era justamente lo que ella sentía. Nadie lo habría formulado mejor. [Teresa pensó que Pierre era muy inteligente y que había mejorado mucho su español; había usado una frase perfectamente construida, con aquel futuro tan rotundo, y el condicional, que indicaba las posibilidades que no iban a realizarse nunca.] El dinero de tía Evangelina le permitiría mantener a quien ella quisiese, desde luego, pero Pierre no se dejaba mantener, y eso era en parte una desgracia y en parte una suerte. Si se dejase, no tendría aquellos cuatro hijos, ni una mujer tan católica, ni aquel deseo de ganarse la vida miserablemente en una universidad de un país subdesarrollado; si se dejase, ella habría desaprovechado su oportunidad de recuperar a un hombre de talento, un arquitecto famoso que para hacer el amor se quitaba antes que nada los pantalones y después el calzoncillo, y se quedaba con los faldones de la camisa flotando en torno a algo que apenas se entreveía, sobre unas piernas magras y blancas, más blancas aún por el contraste con los calcetines negros, y así se	Pensar / Pensar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			iba a la cama, con los calcetines y la camisa, y en invierno con una chaqueta de lana, que solía ponerse en cuanto llegaba a casa.	
489.	[CUERPO]	188	[Don Wenceslao había repasado su propia declaración para comprobar que él la había tratado de usted y de señorita Alvear, y había llegado a la conclusión de que las mujeres eran seres desconcertantes y misteriosos, idea en la que se había ratificado varias veces a lo largo de su vida con Alicia.] Pero aquello no había sido un obstáculo para que fuesen un matrimonio feliz a lo largo de cincuenta años.	Llegar a la conclusión
490.	[CUERPO]	190	[Don Wenceslao había tomado entonces la firme decisión de conquistar aquella sonrisa y no dejársela arrebatarse, porque la necesitaba para llevar a buen término todo lo que quería hacer en la vida.] Así lo había hecho y no va a tirar ahora la toalla. Las cosas hay que acabarlas bien.	Tomar una decisión
491.	[CUERPO]	190	[Don Wenceslao coge una bandeja del aparador y coloca sobre ella la botella de agua fría y un vaso. Se siente cansado y le gustaría entrar en el cuarto de Alicia y comentar con ella los incidentes del día; como antes, como tantas veces a lo largo de los años.] Pero lo más seguro es que Alicia se niegue a que la acompañe.	
492.	[CUERPO]	190	[La primera vez que ella dejó de reconocerlo, don Wenceslao reaccionó con una indignación que ahora le parece irracional, aunque comprensible.] Que olvidase a los amigos, que confundiese a los hijos unos con otros o con los abuelos tenía incluso cierta lógica: Alfonso, el primogénito, se parecía cada vez más a su abuelo materno, tanto en lo físico como en la forma de pensar y actuar. Cuando Alicia le llamó "papá" y con todo respeto le pidió permiso para ir al concierto, estaba manifestando, aunque de forma exagerada, algo que ellos dos habían comentado a solas. Y Elisa, la mediana, era el vivo retrato de su tía Emilia, incluso en la soltería. Pero que lo borrara a él de su vida era ilógico, no tenía ninguna explicación, y además era injusto: los hijos se alejan, los amigos van y vienen, [pero él llevaba cincuenta años a su lado, día a día, noche a noche, y cuando Alicia le dijo: "Caballero, haga usted el favor de salir de mi cuarto", don Wenceslao perdió los estribos.]	Parecer
493.	[CUERPO]	191	[Pero don Wenceslao había recuperado enseguida las riendas de la situación.] No era difícil. Con la ayuda de la enfermera durante el día se arreglaba bien, porque Alicia seguía siendo en su enfermedad la persona dulce, alegre y de buen conformar que siempre había sido. Aunque en los últimos tiempos algo que no podía comentar con nadie añadía amargura al dolor de don Wenceslao: la duda de si Alicia había sido realmente feliz con él, si en el fondo no había deseado a otros hombres y otra forma de vivir.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

494.	[CUERPO]	191	[Don Wenceslao levanta el vaso en el aire y lo mira al trasluz. De un cajón saca una servilleta pequeña y la coloca también en la bandeja tras pasarla de forma maquinal por el borde del vaso.] Era absurdo que la desconfianza y los celos amargasen sus últimos días con Alicia, pero no podía evitarlo. Y no eran celos infundados. Alicia había afirmado con toda seriedad que estaba casada con Federico Monterroso. Sin nombrarlo, pero no había duda de que se refería a él.	
495.	[CUERPO]	192	[Don Wenceslao había saltado sin poder contenerse: ¡Tu marido ese cretino de Federico Monterroso...! Y Alicia, indignada, lo había defendido con calor: ¡Salga inmediatamente de mi casa! Mi marido es un hombre maravilloso y lo que usted tiene es envidia...] ¡Envidia de aquel vago que no había hecho otra cosa en la vida que montar a caballo y gastar la fortuna de su familia! [Alicia se ponía muy nerviosa si se le llevaba la contraria, [...]]	Defender
496.	[CUERPO]	193	[Don Wenceslao pudo comprobar con cierta decepción que la excepcionalidad, que él creía exclusiva suya, Alicia la aplicaba a los otros supuestos maridos.] El pintor, además, era sensible, refinado, un verdadero artista. ¿Sería el que le había hecho el retrato del salón? Obviamente habían pasado juntos muchas horas mientras ella posaba, y Alicia era entonces muy joven. ¿O sería aquel italiano que había expuesto en el Círculo de Bellas Artes y que le había regalado un boceto de su perfil?	
497.	[CUERPO]	195	Pero cada vez es más difícil que Alicia regrese a la realidad de los otros, o, al menos, que esté tranquila en su propio mundo. [Don Wenceslao respira hondo antes de entreabrir con cuidado la puerta del dormitorio.] Si al menos hoy lo reconociese. [Hace días que no se levanta de la cama y está tan fatigada y tan débil que teme sobresaltarla.]	Temer
498.	[CUERPO]	196	[Don Wenceslao duda .] Quizá debería llamarlos. Alicia tiene muy mal aspecto esta noche. Pero ellos no saben tratarla; lo único que se les ocurre es llevarla al hospital, sin darse cuenta de que eso es lo que más la trastorna. Pero nunca la ha visto tan abatida y a un tiempo tan inquieta. [Don Wenceslao no sabe qué hacer.]	Dudar
499.	[CUERPO]	198	[Don Wenceslao se aleja de ella y empieza a hablar al tiempo que se va retirando.] Nunca le han fallado sus recursos oratorios y la vejez no le ha hecho perder facultades. No puede fallar ahora. Se trata de repetirlo una y otra vez, con pequeñas variaciones, despacio, con su voz más persuasiva.	
500.	[CUERPO]	204	¿Y para qué querrá el Midas la casa del indiano, aquel caserón desmesurado donde el abuelo enterró el poco dinero que había ganado en Cuba? ¡Villa Dorada! Cientos de cristales que debían reflejar el sol desde el alba hasta el ocaso. ¿Quién dice aún alba y ocaso? La del alba sería... No se habla así. No se escribe así. Ahora	

			se dice, por ejemplo: ¡Corta, tronco, ábrete, qué tía más varas...! ¿Para qué querrá el Midas la casa del indiano, con las galerías y los miradores rotos por el granizo y las pedradas de los niños? ¿Es que quiere comprar el pueblo entero...?	
501.	[CUERPO]	204	[La maestra intervino: -El rey Midas fue castigado por su codicia, Pablo, ¿no te das cuenta?] La que no se daba cuenta era ella; pensaba que Midas era tonto. Con ponerse unos guantes ya estaba, unos guantes de malla, como los de don Pedro Pardo de Cela, pero de oro.	
502.	[CUERPO]	205	[-Hasta para morir hay que tener hoy cuartos.] ¿Por qué habla de morir? ¿Acaso...? [-Tú fuiste lo único que yo no conseguí.] ¿Ha dicho no conseguí o no pude conseguir? No conseguí. Lo único. ¿Quiere decir que lo intentó? ¿Es eso lo que te está diciendo? Cuando se escribe hay siempre una palabra que expresa justamente lo que quieres decir. A veces cuesta dar con ella, pero ésa es la tarea del escritor, encontrar las palabras, las que reflejan tu mundo. Pero al hablar...	
503.	[MELOCOTONES]	13	[El abuelo le había dicho que en la casa encontraría habitaciones de sobra: una de la tarde donde dormir, y otra pequeñita y cuadrada, que la había librado de los útiles de planchar para que la en pelear como estudio.] Si Elsa grande se asomaba a la ventana vería hileras de tejados con veletas; la calle era estrecha, y podía controlar sin esfuerzo lo que ocurría en las ventanas del edificio de enfrente.	Decir
504.	[MELOCOTONES]	18	[El abuelo fingió olvidar sus vitaminas, pero la tata colocó los dos botecitos sobre la mesa y le vigiló por el rabillo del ojo mientras levantaba la mesa:] las fresas en su cajoncito, el vaso de leche vacío, el palato con dos canutillos. Los comía ella. El abuelo no era goloso, y aunque de vez en cuando picaba alguna rosca, o una pasta, no sentía especial aprecio por los canutillos. [La tata pensaba que se trataba de los recuerdos.] Cada vez que el abuelo se llevara un dulce a la boca regresarían a él los tiempos de la pastelería, cuando aún vivían su mujer y la niña, cuando no resultaba necesario consultar las esquelas, porque no había muerto nadie importante, y el interés se centraba en los vivos, y él se llamaba Esteban, y ni siquiera dedicaba un pensamiento a sus invisibles nietos, los nietos que estaban por venir.	Vigilar / Pensar
505.	[MELOCOTONES]	20	[César no rechistaba y ni siquiera le hubiera pasado por la mente la idea de cobrarle los pasteles.] Por muchos años que transcurrieran, la pastelería sería suya: se había resignado a ello. Además, de un modo u otro, siempre supo buscar cómo vengarse de la familia.	Pasar por la mente
506.	[MELOCOTONES]	26	[Como el asunto no se repitió, ella no le dio mayor importancia, y apartó de su mente la idea de que alguien la espía y depositaba	Recordar

			en su buzón inquietantes mensajes en blanco. Más tarde, cuando recordó que realmente sabían dónde vivía, su portal, su piso y su buzón, le entró miedo, y se descorazonó ante lo inasible de la amenaza.] Aunque hubiera conservado los sobres, no tenía nada que presentar, tan sólo tres etiquetas con su nombre y tres folios vírgenes.	
507.	[MELOCOTONES]	27	[Hubo un silencio. Luego, colgaron. Elsa colgó también, pero no alejó el teléfono.] La llamada podría proceder de una cabina demasiado voraz que se hubiera tragado una moneda antes de tiempo. Giró la cabeza en dirección al sol y se retiró el pelo de la frente.	
508.	[MELOCOTONES]	29	[Dos meses antes, Elsa grande había expuesto en la galería del Museo. Era un buen momento para las artes plásticas. Si se sabían mover los resortes, no resultaba muy complicado lograr un hueco y, si uno no olvidaba invitar a la gente adecuada, podía dar en breve el salto a una galería particular; [varios compañeros de Elsa lo habían conseguido, y se fraguaban ahora cierto nombre.]	
509.	[MELOCOTONES]	29	[Pero no fue así: uno de los retratos gustó especialmente a Ramiro Espinosa, el crítico de arte más influyente desde hacía varios años, que alabó con generosidad a Elsa.] Pincelada minuciosa, admirable introspección y profundidad psicológica.	Alabar
510.	[MELOCOTONES]	43	[No llevaría mucho peso en esa ocasión porque había pensado marcharse a Duino en autobús. La aterraba que la siguieran si alguien la llevaba en coche, y ella no sabía conducir. -No te preocupes. Te enviaremos lo que necesites en cuanto nos lo pidas. Y dentro de dos semanas iré a verte. Ahora coge sólo lo esencial. -Ya llevo sólo lo esencial. Era difícil decidir qué resultaba imprescindible y qué no.] Su ropa vieja, la que empleaba para sentirse cómoda en casa, las horquillas nuevas con las que se sujetaba el pelo, unos tiestos esmaltados que había llenado de plantas. Podría comprar nuevos tiestos allí. En realidad, podría comprar de todo en Duino. Pero en su piso cerrado quedaban las otras cosas imprescindibles: cuadros sin terminar, libros, fotos, un paquete de arroz a medias. Los objetos que hasta entonces habían conformado su vida se alejaban, y quedaban sueltos, sin nombre, flotando en la memoria.	Decidir
511.	[MELOCOTONES]	45	[Esa tarde Elsa había acudido a la residencia de ancianos en la que trabajaba como voluntaria de vez en cuando. Hacía compañía a algunos de los internos, y sobre todo, los escuchaba. Recordaba la temporada en la que había dado clases jubilados en el centro social como una pesadilla, sin embargo, le gustaba ir a la residencia.] Era un edificio amplio, con unos jardines muy cuidados: un hogar exclusivo, con mensualidades altísimas. La mayor parte de los ancianos habían sido personas de cierto	Recordar

			abolengo, y la edad había dulcificado su altivez y la había transformado en dignidad.	
512.	[MELOCOTONES]	47	[Elsa grande no encontró nada más que hacer allí. Se sentía tan furiosa que le hubiera estampado contra la pared. Bajó la escalera y se marchó sin despedirse de los tres ancianos con los que tenía más trato: María Segura, Juan Bastián y Melchor Arana.] No hubiera soportado que ellos también la acusaran de abandonarlos. Como si ella tuviera la culpa. Como si la culpa no fuera de la irresponsable, la cabeza loca, la caprichosa y consentida de Elsa pequeña, quejamás, en toda su vida, había pensado en algo que no fuera ella misma.	Sentirse
513.	[MELOCOTONES]	53	[La modesta venganza, de su madre alcanzó tarde a Elsa grande y a Antonio, a los que ya no abandonaría la idea de la riqueza de sus tíos. Incluso cuando supieron que la prima Elsa trabajaba de cajera en un supermercado, y que el puesto del tío Carlos dentro de la compañía no era tan gran cosa como les había hecho creer, la impresión continuó .] A ellos les tocaba luchar y permanecer todo año en la tienda, mientras sus tíos veraneaban en su casita junto al mar. Ellos eran los culpables de que mamá tuviera que vestirse con harapos, mientras la tía vestía como una duquesa. En algún lugar, por mucho que trataran de ocultarlo, los tíos debían de guardar enterrado un cofre con monedas de oro.	Continuar la impresión
514.	[MELOCOTONES]	57	[Elsa sabía que los pasteles de la abuela habían sido muy apreciados en su tiempo, pero los tarjetones parecían anteriores;] tal vez la abuela Antonia los hubiera tomado como referencia para componer sus propios platos, o tal vez fueran fiestas a las que asistió después de la guerra, cuando aún mantenía sus antiguas amistades de altos vuelos.	Parecer
515.	[MELOCOTONES]	58	[Desplegó otra carta: [...] Consomé Salmón a la parrilla con mantequilla y finas hierbas Tomates en guarnición Medallones de rape en aroma de trufa Verduras de temporada en guarnición Solomillo Besra con salsa Victoria Guisantes del país en guarnición Melocotones helados Tarta milhojas Delicias de almíbar Café y copa] Solomillo Besra. Salsa Victoria. Medallones de rape. Los lujos de aquellos años, los únicos permitidos después de la guerra. Delicias de almíbar, tarta remigada. Melocotones helados.	

516.	[MELOCOTONES]	58	[Suponía que si la situación se repitiera, surgirían hombres que actuarían del mismo modo que ellos habían hecho: con docilidad, sin convicción, con un vago orgullo por cumplir con lo que se esperaba de ellos y un miedo feroz que paralizaba las piernas y los dedos.] Había salido con bien de la empresa. No había muerto, ni siquiera resultó herido; aprendió grandes lecciones sobre el valor y la ruindad, [y en su mente se abrió paso, inquebrantable, la certeza de que nada podría ser peor que aquello.]	Suponer
517.	[MELOCOTONES]	62	[Luego echó a correr escaleras arriba. Esteban dudó durante todo el día si aparecer por la casa o no.] Algo no le cuadraba: o la chica no era lo que él había supuesto, o realmente la guerra trastornaba las mentes y las costumbres.	Dudar
518.	[MELOCOTONES]	66	La muerte jugaba al escondite, y aunque llegara a esquivarla, aunque la guerra terminara y le permitiera escabullirse por esa vez, con la paz llegaría el orden establecido: deseaba regresar a su vida, al trabajo monótono pero seguro de representante de tejidos, conseguir una maletita idéntica a la que le acompañaba en sus viajes y descansar tranquilo por las noches. Pero tal vez, si deseara casarse, si el desorden hubiera irrumpido con tanta fuerza en la existencia que nada pudiera ser ya igual, la suave Antonia fuera un cauce tranquilo por donde navegar.	
519.	[MELOCOTONES]	75	[En una silla baja, junto a la ventana, una muchacha se abrazaba las rodillas. Tenía el cabello rubio, casi blanco, muy largo y liso, y miraba a través de la ventana sin ocuparse de nada más. Rosa pidió disculpas y se acercó a la cocina a lavarse la cara. Esteban dio unos pasos hacia la muchacha por hacer algo;] vestía una combinación vieja, con unas puntillas rosas muy gastadas. De vez en cuando se acercaba un tirante a la boca y lo mordía.	
520.	[MELOCOTONES]	75	[No llegó a saber la diferencia de edad entre Silvia y su madre,] pero debían de ser menos de quince años. Los rasgos aniñados y finos de Silvia habían perdido firmeza en el rostro de Rosa, hasta emborronarlos, pero algunas veces, cuando la chica se levantaba cansada, o cuando la atacaba súbitamente la melancolía, algún domingo ocioso y lento, el semblante de Rosa, el fantasma de los años venideros, aparecía en su piel.	Saber
521.	[MELOCOTONES]	77-78	[Esteban se retiró de la ventana y volvió su mirada al interior del café;] no sabía qué hacer, si debía regresar a su división o marcharse sin pensar hacia su antigua vida. Faltaba mucho por hacer: las fábricas estaban cerradas, los obreros habían muerto. En poco tiempo nacerían muchos niños, y la gente necesitaba ropa, comida, nuevas casas. Cuando todas esas cosas se necesitaran, él estaría allí para conseguirlas. En su ciudad, en Duino, con Antonia, no en la hostil y fría Desrein.	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

522.	[MELOCOTONES]	85	[Se sentía capaz de cualquier cosa, y cuando pensaba en el café levantado de la nada suspiraba, satisfecho.] A él le debían dinero, protección, el creciente prestigio. Al secretario del embajador, nada. [Además, pensaba él con rabia, en poco tiempo Arana cambiaría de destino, y se pudriría en una república sureña cargada de mosquitos y aguas insalubres, mientras él continuaría cerca, como bastión de apoyo.] Y las Kodama comprenderían que no era a alguien como al otro a quien necesitaban, una mariposa de vuelo rápido y fugaz recuerdo, sino la firme estabilidad y el aliento de Esteban.	Sentirse / Pensar
523.	[MELOCOTONES]	86	[Quedaron claras, en otras noches con menos café y más quebrantos, las intimidades de Rosa y el secretario; y no tardaron en seguir otros juegos con la hija en el saloncito abigarrado de botones de capitoné y de forros rojos, en las noches que Silvia le negaba a Esteban. Él los escuchaba.] Los ruidos animales del amor, la respiración agotada y el grito sofocado de Arana. Ni siquiera con la puerta cerrada, con el auxilio de las mantas sobre la cabeza, podía dejar de oírlos.	Escuchar
524.	[MELOCOTONES]	87	[En varias ocasiones, Esteban pensó en coger su fusil, que no había entregado tras la guerra, y descargarlo en la cabeza al fatuo diplomático.] Ahogar definitivamente su grito. Si no con balas, podía emplearlo como maza, y destrozar de un golpe al amigo y al rival. [Le contenía la misma prudente desidia, la cobardía paralizante que le había impedido, al principio de la guerra, escapar de una situación que conocía de antemano.]	Pensar
525.	[MELOCOTONES]	88	[Creía a Rosa enamorada de Melchor, y supuso que tal vez los celos la llevaran a vengarse de esa manera.] Él se consideraba un buen mozo, y no veía qué tenía Arana que no tuviera él. Tal vez Rosa se hubiera enamorado de él desde el principio, pero no había querido entrometerse en el camino de su hija. [Pensó en todas las posibilidades menos en la verdadera.]	Suponer / Pensar
526.	[MELOCOTONES]	89	[Olvidar a Silvia le recordaba a Antonia.] Antonia no le recordaba a nada, trabajo de largas horas, la calidez de un abrazo suave, de una tristeza muy menuda pero siempre presente, una melancolía con nombre, un nombre que buscaron varios días por los alrededores de Virto; no iba más allá. También él, su padre, había olvidado a la niña Elsa.	Recordar
527.	[MELOCOTONES]	91	[Antonia estaba segura de que su hija no había corrido esa suerte, sino que se la habían raptado para entregársela a otros padres. Había leído hasta la saciedad casos similares en las novelas; imaginaba a Elsitita asustada, en la verja de una mansión blanca y dorada, donde la esperaban una legión de sirvientes y una habitación con cortinas y alfombras rosas.] Era una niña muy linda, con el pelo rubio, aún más rubio porque ella se lo aclaraba al sol	Imaginar

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			con manzanilla, y unos ojos enormes que debieron de ser azules, manitas pequeñas y piernas delgadas.	
528.	[MELOCOTONES]	92	[Prefería que se la hubieran llevado, antes de imaginar a la nena herida y muerta de hambre en cualquier recodo del monte.] Era remilgada y mala comedora, y no soportaba bien el frío. Una princesita. Aunque no volviera a verla más, confesaba entre lágrimas, prefería pensar que estaba bien cuidada.	Imaginar
529.	[MELOCOTONES]	101	Con Virto establecería la tata firmes vínculos, hasta que llegaron a considerarla, y a considerarse ella misma, más del pueblo que los nacidos allí. Entregó todo lo que sabía dar: una lealtad furiosa, su trabajo y su cariño. No sabía querer de otra manera. De Antonia y de su madre aprendió una rigidez de espíritu, una altivez que se extendía a su alrededor como un aliento helado. [Tampoco ella recordaba los años anteriores a la guerra, en los que era aún niña, y el dinero de la familia alcanzaba para mantener varias casas abiertas y veraneos junto al mar.] Desarraigada de la ciudad como estaba, el único orgullo que para ella resultaba válido era el de Virto. Los hijos de Esteban y Antonia podrían haber emigrado, o incluso naufragado en la miseria. Para la tata, la auténtica nobleza radicaba en pertenecer a Virto, y entre los notables del pueblo, sus señores, su familia, eran los más notables. Llevaban una seña, un sello en la frente, contra el que no había nada que hacer.	Recordar
530.	[MELOCOTONES]	107	[Tiempo de soñar despierta. Tiempos de leer poemas en las revistas femeninas, que indicaban cómo colocarse los aderezos de novia, y hablaban de las visitas a hospicios de la reina, y de los vestidos, siempre bordados, siempre cuajados de cintas, de las princesitas. Antonia se acercaba la revista a los ojos, y copiaba en un cuaderno los modelos, al menos, en las ocasiones en las que el retocador no se había ensañado con la foto y se apreciaban en detalle las ropitas reales. Tiempo de bautizar a sus hijas no nacidas,] que serían tres, como las princesas, con nombres de novela: Elsa, Astrid, Victoria. No pensaba tener hijos. Los varones no eran cariñosos, no se quedaban junto a la madre. Y además, ¿cómo los vestiría? Conocía poco de los hombres, y lo que había visto de ellos no le interesaba. Algún día aparecía un caballero y, sin ni siquiera mirarla, la elegiría. [A veces pensaba que sería un poeta lánguido con melena ensortijada y barbita cuidada, como los que causaban estragos entre sus amigas. O un militar.] Los de Marina eran los preferidos, porque el uniforme dorado y blanco lucía al sol en los paseos de verano. O, en sus días más fantasiosos, un conde extranjero. ¿Por qué no? Una amiga de su madre lo había logrado. Ciertamente era que entonces corrían otros tiempos, y que si ahora aparecía un conde por Duino, así fuera calvo y regordete, iba a haber bofetadas, y ya podían todos los poetas y los tenientes del mundo darse con un canto en los dientes. Pero ¿quién sabía? Ése era el tiempo.	Soñar / Pensar

531.	[MELOCOTONES]	108	[De modo que cuando Esteban, tan trajeado en comparación con los otros hombres, regresó a ella lo tomó como una bendición.] Ya no sería, como se había temido, una novia de guerra, ya no cultivaría la melancolía por un novio muerto ni se escondería del resto del mundo para llorar. Había sido afortunada. Muy afortunada. Además, la idea de comenzar una vida con un nuevo amado, un hombre de aquellos de después de la guerra que habían surgido de la nada, no le resultaba agradable.	
532.	[MELOCOTONES]	112	Aún faltaba para que se cumplieran sus objetivos: quería ganar espacio al obrador y meter en el hueco cinco o seis mesitas. Quería colgar luna arala con arabescos complicados, ahora que había logrado convencer a Esteban y cubrir el techo con una moldura con flores y vegetales. Quería comprar manteles de hilo y una cubertería con las iniciales de la familia, y colocar vitrinas por todas partes, para que los bombones envueltos en cajas con flores de papel y churriguerías lucieran como joyas. Y, sobre todas las cosas, quería que una de las princesas, a las que había seguido en las revistas desde niñas, entrara en su confitería, probara uno de los pasteles y la felicitara; a ella. Ya que los demás no lo hacían.	
533.	[MELOCOTONES]	122	[Al contrario que otros en su misma situación, recordaba con agrado los años pasados en el seminario, y sabía contar a los niños las historias de la Biblia como si fueran ocurrencias graciosas.] Los judíos del Nuevo Testamento tenían enormes narices y barbas de cabra, y andaban siempre tramando maldades y frotándose las manos. Los del Antiguo Testamento, en cambio, poseían actitudes dignas, cientos de hijos, cabras y camellos, y eran otra cosa.	Recordar
534.	[MELOCOTONES]	123	[Allí leyó que las grandes princesas de sangre real de los tiempos legendarios recibían como regalo de nacimiento una cadenita de oro que usaban cuando comenzaban a caminar.] Al llegar a los nueve o diez años la cadena no se ensanchaba más. Así las jóvenes se acostumbraban a caminar con elegancia y mesura y mientras permanecieran solteras no se libraban de la cadenita que, además, era garantía de que preservaban su pureza.	Leer
535.	[MELOCOTONES]	127-128	[Miguel y Carlos continuaban cuidándola, pero como se consideraban ya mayores para jugar con una nena, se limitaban a echarle una ojeada de vez en cuando y a que no se alejara mucho de ellos; el sol invitaba a abandonar los libros, y Elsitita salía a la plaza a probar suerte.] Si se lo pedía con educación, con buenos modales, como decía su madre, tal vez Patria le permitiera entrar en el juego de la comba.	
536.	[MELOCOTONES]	130	[A veces César no tenía nada que hacer y jugaba al escondite con Elsitita, o le enseñaba cómo hacer bailar una moneda sobre el suelo durante mucho tiempo. Otras, César andaba atareado, avivando el fuego de los hornos, y la niña Elsa se quedaba sola. Se sentaba a	Pensar

			leer, se ataba las piernas o, sencillamente, pensaba que el día se había enfurruñado.] Menos mal que tenía a los amigos invisibles.	
537.	[MELOCOTONES]	131	[Para sus adentros, Esteban temblaba al imaginarse a su mujer al frente del negocio.] Poseía tanto sentido común como una oveja.	Imaginarse
538.	[MELOCOTONES]	133	[Y la niña, que iba conociendo la importancia de que papá no supiera nada en determinados casos, callaba, y se prometía ser más vigilante.] Menudos eran los amigos invisibles, que no la ponían en alerta sobre esas cosas.	Prometerse
539.	[MELOCOTONES]	135	Había también otro amigo invisible, pero se negaba a revelar su nombre. Vivía en casa, en el horno, aunque estuviera encendido, y era un hombre bajito y malhumorado con barba. A veces se sentaba en el rincón de la leña. Elsitita le tenía un poco de miedo, y procuraba no molestarle. Hubiera preferido encontrarse con otro tipo de amigo invisible pero así eran las cosas. No eran muchos, sólo tres, pero que Elsitita supiera, era la única niña del pueblo que los tenía. Debía de ser algo parecido a la medalla de oro, o a la promesa del reloj del bachillerato. Ella no decidía sobre aquellos asuntos, ni sabía quién ordenaba a un amigo invisible ser amable o arisco. Había que aceptarlos, como a sus hermanos, o como a la compañera de mesa que le asignaran en el colegio. Además, era mejor que el amigo del horno no se enterara de su antipatía.	
540.	[MELOCOTONES]	139	[Cuando Antonia murió y, unos días después del entierro, los hijos también se fueron, Esteban se sentó en su sillón, en el piso de Duino, y pensó en ella.] Salvo la pastelería, no había poseído nada propio; ni siquiera una opinión. Era él quien se las dictaba. Hubiera debido hacerle más caso, haberse preocupado, al menos mínimamente, por lo que ella deseaba. Le pesaban las medias que no le había comprado, las horquillas que ella echó de menos y que él se había negado a buscar en las tiendas.	Pensar
541.	[MELOCOTONES]	139	[Sintió que su entereza flaqueaba y se repuso.] Al fin y al cabo, Antonia había sido feliz con aquella vida sumisa, y una esposa así, sumisa pero feliz, era lo que él había deseado. [Después de abandonar a Silvia y a Rosa Kodama, se había jurado que jamás tendría nada con una mujer que supiera lo que quisiera.]	Sentir / Jurarse
542.	[MELOCOTONES]	143	Antonia se ocupaba cada vez de más cosas, de más trabajo. Había envejecido menos, relativamente menos de lo que envejeció después de la desaparición de la niña. Conservaba sus esperanzas, su mundo. A diferencia de su marido, añoraba poco a los hijos. Su niña la señorita maestra, vivía perdida por esos mundos de Dios en una mansión lujosa, y estaba segura de que algún día la encontrarían de nuevo, crecida y hermosa. Su hijo, el señor médico, no sería ya médico, pero hallaría el modo de enriquecerse. El otro hijo, que no regentaría ya el negocio seguiría	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			sus pasos. Eran listos, eran jóvenes. ¿Qué importaba? La vida daba con una mano lo que robaba con la otra.	
543.	[MELOCOTONES]	145	[Todo su amor por el negocio, las horas en vela cosiendo mantelitos para las mesas y buscando una lámpara en condiciones la atacaron de pronto y le provocaron un asco sin límites.] Quería marcharse de allí, quería regresar a la ciudad, su ciudad, y no mover un dedo para trabajar jamás.	
544.	[MELOCOTONES]	146	[Deshacerse de la pastelería tampoco les resultó fácil. En el último momento, Antonia recordó de otra manera, con más aprecio, los malos momentos, y a Esteban le invadió el temor de haber sido muy despreocupado, de haber calculado con demasiada alegría el dinero para el porvenir.] Tal vez las rentas no les dieran lo suficiente.	Recordar / Invadir el temor
545.	[MELOCOTONES]	153	[Le gustaba también mirar a las parejas del pueblo, y era quien conocía todos los escondrijos habituales de los amantes. Varios padres celosos de su honra hubieran dado casi cualquier cosa por esos informes, pero César se sentía mejor callando los secretos más oscuros y guardados.] Nunca se sabía para qué podían servir.	Sentirse
546.	[MELOCOTONES]	155	[Les impresionaba la gran cantidad de mendigos que había por las calles.] No se veían pobres en Virto, salvo algún vagabundo de paso que pedía el favor de algo de comer. En Duino las esquinas estaban ocupadas por mujeres con niños sucios y viejos derrotados y llenos de piojos. Mendigaban con la mano extendida y una expresión quejumbrosa que los niños no tardaban en imitar.	Impresionar
547.	[MELOCOTONES]	157	A veces dos de ellos se encaprichaban de la misma chica. No había problemas. Se jugaban al cara o cruz quién iba antes. La patrona se recostaba contra la cortina que hacía las veces de biombo y suspiraba, satisfecha. Si todos los clientes fueran así, la vida resultaría mucho más sencilla. Para todos. Pero siempre llegaba el dinero a complicarlo todo. O el alcohol. O el amor.	
548.	[MELOCOTONES]	161	[Al final, con el paso de los años, le pudo la certeza de que ella habría cambiado.] Se habría convertido en Rosa, el rostro ajado y con el óvalo perdido. Y él, eso no le cabía duda, había cambiado también.	Poder la certeza
549.	[MELOCOTONES]	161	[Le costaba creer que él, el honrado padre de familia, el avisado comerciante, había conocido otra existencia.] Tratos con hombres enloquecidos por la guerra, que se reían cuando mataban a alguien en la calle, y se vanagloriaban de que nadie se les ponía por delante. La suave perfidia de Melchor Arana. Un local al que no había vuelto, que se levantó de la nada, con licor conseguido de contrabando, muchas sonrisas falsas y trabajo, siempre trabajo. Había compartido con otro hombre una madre y una hija. Y no hacía tanto tiempo.	Creer

550.	[MELOCOTONES]	162	[Volvió la cabeza; el teatro continuaba con todas las luces encendidas, y era imposible figurarse dónde quedarían los camerinos.] Y Silvia en ellos, medio desnuda, envuelta en plumas, en joyas o flores de admiradores.	Figurarse
551.	[MELOCOTONES]	165	[La sorprendía lo mucho que podía cambiar una persona en tan poco tiempo, con apenas unas ideas nuevas y la orientación adecuada.] Como su Guía, una persona amable, una cara dulce.	
552.	[MELOCOTONES]	166	[Y todos reían, atónitos, ante tal desvergüenza.] ¿Acaso no cuidaba la orden de todos ellos? ¿Acaso no les indicaban el mejor modo de invertir su dinero, acaso no llegaban a indicarles su manera de hablar, de moverse, de vestirse?	Reír
553.	[MELOCOTONES]	170	[Durante algunas semanas acudió a las clases de meditación, pero encontró ridículos algunos ceremoniales. No conocía el significado de la cruz templaria, ni los preceptos en los que la Orden se inspiraba, y pese a su espíritu tolerante, le costaba contener la risa ante algunas personas que se presentaban vestidas con atavíos medievales. Los locales, sin embargo, le gustaban.] Espaciosos, llenos de luz, con un zócalo de azulejos celestes que le hacían sentirse en una piscina, y una moqueta mullida que permitía caminar descalza sin temores.	
554.	[MELOCOTONES]	173	[La niña Elsa, recordaba César, cuando la veía de nuevo en la imaginación correr por las calles, era rubia, pero no ojigarza.] Antonio, el único varón entre los nietos, debía todo a otra rama familiar: moreno, fornido, con unos dientes de animal salvaje y dos cabezas más alto que su hermana.	Recordar
555.	[MELOCOTONES]	175	[Pensaba , aun sin darse cuenta, en Rodrigo. Algunas tardes Carlos controlaba, desde el interior de la estación de autobuses, las idas y venidas del novio de su sobrina.] Le cogió afecto al muchacho, con el que no había hablado en la vida. Patecía alguien serio, un buen chico de corbata y gemelos, y si no hubiera sido por un inaprensible sentido del ridículo, hubiese averiguado más sobre él. Le hubiera sido fácil; el edificio acristalado en que trabajaba quedaba justo enfrente de la estación. No albergaba sentimientos contrarios hacia sus sobrinos, y le hubiera alegrado que a la chica le fueran bien las cosas; y así sería, a menos que bajo la fachada pulcra y convencional el joven de la corbata escondiera a un jugador, a un borracho, a una mala bestia. Si su hija... si su hija... Pero su hija había escogido ya y los hombres que la rodeaban tenían cabeza. Demasiada cabeza, y un cuidadoso programa fiscal. Con un buen grupo de asesores financieros.	Pensar
556.	[MELOCOTONES]	176	[Y Elsa pequeña descubrió que su abuela estaba equivocada cuando, tantos años antes, hablaba de los castigos divinos.]	Descubrir

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			Los castigos de Dios existían. A veces, en mitad de la noche, cuando se encontraban en el campo, en los distintos niveles de la Purificación, aparecían Caballeros con capas rojas y negras, y escogían a las mujeres que más les gustaban. No debían resistirse. Aquellos hombres habían alcanzado un grado de pureza mucho mayor que la suya. Se les permitía que disfrutaran del sexo como les parecía, y ellas debían sentirse honradas si las elegían como compañeras.	
557.	[MELOCOTONES]	177	Si hubiera podido elegir, se hubiese limitado a caminar durante días con sus vestidos largos primorosamente confeccionados, el corpiño floreado, la falda que cumplía las normas más severas de la Orden, y las manos atadas. Árboles, montañas, quizá algunas flores que colocar, en un jarrón o en el pelo... Ningún compromiso, ni pasado, ni miedos al futuro. Tan sólo caminar, un largo paseo en soledad.	
558.	[MELOCOTONES]	178	[Y ella misma comenzaba a pensar a veces que no existía. Abandonó su trabajo.] No lo necesitaba; sus compañeros en la Orden cuidaban de ella. [Una vez al mes llamaba a sus padres, siempre ante el oído atento del Guía.]	Pensar
559.	[MELOCOTONES]	181	[Sentía que no podía controlar su mente. Que sus pensamientos ya no le pertenecían.] Sin duda, eso significaba alcanzar el Grial.	Sentir
560.	[MELOCOTONES]	182	[Pensó que era la niña Elsa ya crecida, que regresaba. Luego las fechas dejaron de bailarle, recordó que él era ya viejo que todo había ocurrido hacía mucho tiempo y que nadie, salvo él, se acordaba ya de aquella niña.] Entonces ¿quién era aquélla? ¿Quién era?	Pensar
561.	[MELOCOTONES]	192	[Elsa pequeña se tomó todo el proceso con filosofía. La aterraba pensar que sus padres pudieran estar allí, en primera fila, escuchando sus penas.] Su madre, con las lágrimas prontas. Su padre, los ojos azules fijos en ella. Como cuando era pequeña y se debía enfrentar a alguna trastada, a la consecuencia de algún capricho. [Se sintió mejor arropada por las familias de las otras víctimas.]	Pensar / Sentirse
562.	[MELOCOTONES]	194	[No le pareció adecuado decirles que le importaba poco que fueran sus padres.] No los había elegido, no sabía cuándo se había sentido alejada de ellos por primera vez. Desde pequeña, rodeada de juguetes, con una madre joven y elegante y un padre que la llevaba en palmitas, sólo había vivido la soledad.	Parecer
563.	[MELOCOTONES]	195	Una pregunta muy apropiada y sensata; pero si se hubiera topado con él no hubiera tenido el coraje de preguntar nada. Se hubiera encogido, como un caracolillo, o se hubiera arrojado sobre él como una tigresa. Los otros dos Guías que declaraban se parecían. Eran	

			escurridizos, balbucentes, inseguros. Tal vez todos los guías del mundo se parecieran. Las víctimas, sin embargo, tenían su propia historia.	
564.	[MELOCOTONES]	197	[Los ataba el convencimiento de que las desgracias, aun las más peregrinas, los acechaban tras cualquier mal paso, y que nada de lo que hicieran para prevenirlas sería poco. Cuando en su banco trasladaron a Rodrigo al departamento de seguros, su precaución se vio recompensada.] ¿Sabían los otros, los despreocupados, que un meteorito, un incendio, una cosa tan tonta como un tiesto de petunias en la cabeza, podría...?	Atar el convencimiento
565.	[MELOCOTONES]	198	[Elsa grande concentraba su atención en cubrir las escamitas plateadas con harina y callaba.] Adoraban a Blanca. Sus padres la querían porque era cariñosa y divertida, tuteaba a la madre y mostraba un respeto sólo a medias burlesco con el padre. La querían porque, a diferencia de cuando Rodrigo iba por casa, escuchaban las risas en la habitación cuando las dos se juntaban, y porque durante años ni siquiera había avisado cuando venía a comer. La querían porque, pese a provenir de una familia acomodada, prefería a Elsa antes que a cualquier otra amiga. La querían porque había compartido con su hija regalos y situaciones que, de otro modo, hubieran estado fuera de sus posibilidades. La querían porque a veces se refería a ellos como sus otros padres, y porque siempre, incluso cuando ya habían montado el negocio juntas, y sus vidas tenían poco que ver con las de las niñas que fueron, Blanca continuaba abandonando la casa de mala gana, y se despedía con besos de todos.	Concentrar la atención
566.	[MELOCOTONES]	201	Sin embargo, faltaban los olores verdaderos del barrio del abuelo: el de las almendras garrapiñadas de la churrería, que se extendía, espeso como una mancha visible, por los pisos altos; el de la parrillada de los domingos del restaurante más próximo; el olor yodado, femenino, de la mejor marisquería de la ciudad, que ostentaba sus langostas vivas y amordazadas en grandes tanques de agua ante el escaparate.	
567.	[MELOCOTONES]	205	[Le había cortado de raíz la atracción y el respeto que sentía por las personas mayores. Se dejó a propósito los apuntes que había tomado de sus ancianos, a los que hacía compañía.] Los rostros estaban cuarteados, y mostraban la vida, el poder, las decisiones erróneas que aquellos hombres habían tomado.	
568.	[MELOCOTONES]	206	Entonces, como si le hubieran dado una cuchillada, recordaba. Cartas en blanco, llamadas, miedo, Elsa pequeña, muerte, lejanía, miedo, Rodrigo, lejos, sin nada, sin nadie, miedo, tristeza, el calor agobiante, las miradas, los cuadros, retratos, rostros, ancianos, miedo, miedo...	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

569.	[MELOCOTONES]	206	[Sentía que llegaba el momento de una nueva etapa, una fase que estaría presidida por el colorido, y que había iniciado con un extraño cuadrito, muy inquietante, en tonos verdes.] Era un retrato diminuto, una prueba que la había animado a continuar por ese camino. Se apartaba del realismo extremo, que había sido su preocupación hasta ese momento, y trataba de reflejar personalidad y carácter mediante combinaciones cromáticas. Pero aún no se sentía muy segura.	Sentir
570.	[MELOCOTONES]	209-210	El retrato verdoso reflejaba a Blanca, una Blanca torturada y lejana, con grandes ojos almendrados, un vestido que parecía compuesto de escamas, un tono de piel que remitía a la idea de una ahogada, una Blanca rescatada después de varios días de vagar en la corriente del río. Llevaba un collar violeta, y el fondo se iluminaba apenas con un resplandor anaranjado, o más bien dorado. [Blanca observó en silencio durante algún tiempo, y luego devolvió el cuadro al caballete.]	Observar
571.	[MELOCOTONES]	210	[Elsa grande no dijo nada.] No distinguía la verdad de la mentira en las palabras de Blanca. Nadie mentía como ella, nadie poseía el don de convertir en fascinante una historia con la habilidad con la que ella lo hacía. Cualquier cosa, la que fuera, se convertía en nueva en sus labios. Sabía pedir prendas y buenos precios a cambio de las historias, y las empleaba con destreza como armas desedución. A lo largo de los años había padecido sus efectos; había disfrutado de ellos también.	No decir
572.	[MELOCOTONES]	212	Blanca no murió. [Se lo comunicó un médico maduro que no parecía muy interesado en lo que decía.]	Comunicar
573.	[MELOCOTONES]	217	[Y sabía que sólo el trabajo, aquel puesto mediocre, le ataba allí.] Si hubiese pedido opinión al resto de sus amigos sobre su decisión de permanecer en Lorda, la mayoría le habría contestado que estaba desperdiciando el tiempo.	Saber
574.	[MELOCOTONES]	217	[Se había inscrito en ese módulo arrastrada por Elsa pero lo consideraba una pérdida de tiempo y de dinero.] Si alguien sabía contar una historia, era ella.	Considerar
575.	[MELOCOTONES]	220	[Por primera vez, se sintió inseguro, forastero en un país extraño.] Hubiera preferido tener la piel más oscura, los ojos endrinos, que no hallaran resto de acento en su hablar.	Sentirse
576.	[MELOCOTONES]	223	[Dedicó el domingo a planear estrategias y a derrumbarlas luego:] no debía permitirle contar otro cuento, ni atraer la atención de la clase al menos hasta los últimos días del curso. O quizá, por el contrario, halagarla con su interés. Tal vez fuera sensato ganarse antes a su amiga. Aunque eso quizá la enfureciera. ¿Debía proponerle algo? Pudiera ser que no resultara descabellado	Planear

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			invitarla a tomar un café, por la tarde, después de las clases. ¿Qué hacer, qué hacer? ¿Mostrar indiferencia? ¿Invitarla y hablar?	
577.	[MELOCOTONES]	225	[Con el estómago encogido, pensó en todos los peligros.] Sus certificados, los que acreditarían su estancia en el curso, no serían válidos. [- ¿Y si te quedas embarazada?] Sus padres las matarían, especialmente a ella, que los había convencido. Tal vez eso les impidiera la entrada en la universidad. Respecto a John, podría perder su puesto. Podrían acusarle de abusos a menores. Podrían expulsarle del país.	Pensar
578.	[MELOCOTONES]	227	[Le escribió varias cartas, ya de vuelta a su país. Ocultó las razones de su marcha, un poco avergonzado, y sólo dejó entrever una oportunidad única que no podía desechar, cosa que tampoco se alejaba demasiado de la realidad, porque sus padres acababan de formar una productora, y querían que trabajara con ellos.] En unos días alquilarían los locales, y en cuanto Blanca lo deseara, podría entrar como guionista. Como cámara. Como lo que fuera.	Escribir
579.	[MELOCOTONES]	228	[Con Elsa grande no sabía hablar de otra cosa, y analizaba hasta el hastío su comportamiento.] ¿Se había dejado llevar por la pasión, o había podido el afán de derrotarle en el campo que Blanca mejor conocía? ¿Sería él sincero en sus últimas palabras de amor? ¿Perdería el interés si Blanca hacía lo posible por continuar la relación?	Analizar
580.	[MELOCOTONES]	229	[Cuando no pudo más, fue a comprobar si le habían llegado cartas al piso de estudiantes. Habían llegado. Eran doce, y una postal, cubiertas de una letra inclinada, pequeña; hablaban de su devoción, y recordaban aquellos días con una precisión mayor que sus charlas con Elsa.] El granizado de café, las historias que Blanca contaba, los lunares que le salpicaban los hombros, la brusquedad que ella demostraba cuando abandonaba la cama y se daba cuenta de que se había hecho tarde. La pulsera de hilo.	Recordar
581.	[MELOCOTONES]	231	[Elsa grande logró durante meses ocultar su pena, y sólo se la reveló , años más tarde, a Rodrigo, pero se sintió directamente responsable del accidente.] Si no hubiera accedido a mentir, si no hubiera obligado a Blanca a acudir a aquel módulo, si hubiera porfiado más para alejarlos, si al menos ella hubiera mantenido el contacto con el adorable profesor. Si le hubiera dicho que él no la amaba.	Revelar
582.	[MELOCOTONES]	232	No había manera de describir el dolor. Ni siquiera cuando no era tan intenso, cuando algo divertido o amable ocurría en su vida, se sentía capaz de verterlo en palabras. Tenía colores, una consistencia especial que lo alejaba del resto del sufrimiento, del mal humor, de todos los padecimientos del mundo que no fueran aquel dolor. [Durante años, Blanca había intentado liberarse de él,	

Corpus de Estilo Indirecto Libre en Español (CEILE)

			pero ya se había rendido.] No hubiera podido cortarse una pierna; no podía cambiar a esas alturas su manera de ser.	
583.	[MELOCOTONES]	235	[Muy a menudo, sobre todo desde que vivía en Duino, debía hacer un esfuerzo para recordar que le amaba.] No era que el sentimiento se hubiera diluido con la distancia, ni siquiera con los años de noviazgo. No sentía dudas. Prácticamente. Quería a Rodrigo. La rutina había variado; si antes los días se amoldaban para dejar un espacio para Rodrigo, para los paseos con Rodrigo, las charlas con Rodrigo, esas horas se llenaban ahora en solitario. Rodrigo, sus cautos consejos, su voz suave se renovaban todas las noches en las conversaciones telefónicas que mantenían.	Recordar
584.	[MELOCOTONES]	238	Ellos, los hombres, mentían, qué duda cabía de ello. [De esas mentiras hablaban menos.]	Hablar
585.	[MELOCOTONES]	239	Así era más fácil. De otro modo no hubieran soportado la certeza de ser utilizadas del mismo modo en que ellas pretendían utilizar a los hombres. Esa desesperada sensación de no ser amadas, de no significar nada más que un cuerpo y una noche para la otra persona. <i>Nunca te he visto por aquí, sabes que eres preciosa, no tengo novia en este momento, eres una mujer impresionante. No busco nada serio, sólo pasar un buen rato.</i> Sí, definitivamente, así era mucho más fácil.	
586.	[MELOCOTONES]	244	[Había ahogado otras palabras. <i>Vete donde mis tíos, pregunta por mi prima, entérate de si esta bien, intenta averiguar si ya saben su paradero o si la mantienen oculta.</i>] Le pudo la indecisión, y el miedo a la reacción de Blanca. Blanca, que estaba enferma, a quien no debía colocar en ese compromiso. Pero, por otro lado, nadie más podría hacerle el favor. No se atrevía a pedírselo a su madre. Con su padre no había ni que contar.	
587.	[MELOCOTONES]	244	[Esa tarde, junto con el boceto de su novio, había encontrado un autorretrato trazado a toda prisa en los días de las llamadas desconcertantes. Lo dejó sobre la cama, y se inclinó para observarlo.] La Elsa del papel estaba asustada, y no era ella, Elsa, la artista, la pintora, Elsa grande, la nieta mimada. Tal vez su pelo, su mandíbula más dulce fueran las suyas, pero la mirada, los ojos dilatados y llenos de pavor no le pertenecían. En su propio retrato asomaba Elsa pequeña, aquella prima desconcertante y lejana. Que había traicionado a la Orden del Grial. Que había desaparecido luego en el aire, sin nadie detrás, padres, amigos, nadie que presenciara su huida. Que la había llevado a ella a Duino, a la ciudad llena de azulejos y colores, y lejanía y ausencia.	Observar
588.	[MELOCOTONES]	245	[Por primera vez Elsa grande se olvidó de su desgracia y pensó en la otra.] Hacía mucho tiempo que no la veía, dos años, pudiera ser que más; desde su época de cajera en un supermercado, o incluso	Pensar

			antes, cuando era camarera en una disco. Se la había encontrado en el médico.	
589.	[MELOCOTONES]	255	[Lo creía de veras.] Si hicieran daño a Elsa, si mataran a Elsa como habían hecho con John, la muerte se habría burlado de ella, llevándose a su amiga después de hacerle a ella tantas promesas. La había acariciado tanto tiempo, sin atreverse a dar el paso final... Y desde hacía muchos años, desde poco después de que se iniciara su angustia, la muerte era una de las pocas cosas en las que tenía confianza.	Creer
590.	[MELOCOTONES]	257	Aquella maldita mesa mal pintada. Toda una vida mal pintada, mal cubierta con barnices. [Quiso gritar. Se ahogaba ante el teléfono.] Estaba obrando de manera inadecuada. Rodrigo se preocuparía, se volvería loco de inquietud. Y sin poder hacer nada. Estaba lejos, atado por el trabajo. No podía hacer nada.	
591.	[MELOCOTONES]	259	[Se sentía sola y aturdida. Y también, entre los escombros que de ella quedaban, hormigueaba un sentimiento de culpa;] no debía haber dejado solo al abuelo.	Sentirse
592.	[MELOCOTONES]	266	[Rodrigo inspeccionaba con curiosidad la pensión vacía.] El papel de las paredes, con grandes dibujos granates, estaba pasado de moda, y sólo quedaban unos pocos muebles cubiertos con sábanas viejas. Algunos bultos tenían formas curiosas: un espejo medio derrumbado, que comenzaba a picarse; una alfombra enrollada y atada con dos cuerdas; una jaula vacía en el balcón, junto a los dos tiestos; un bicho que parecía una garduña disecada; varias estampas sentimentales enmarcadas en las paredes. Restos de un naufragio.	Inspeccionar
593.	[MELOCOTONES]	268	[Rodrigo regresó con un agotamiento enorme, como si hubiera terminado una expedición terrible a algún continente desconocido.] Se había olvidado de muchas cosas. No le había dado recuerdos de Blanca, no le había dicho que había hablado con Antonio hacía unos días... No le había pedido que se casara con él.	
594.	[MELOCOTONES]	269	[Elsa grande le retuvo hasta el último momento. Estaba casi segura de que se lo pediría.] Conocía bien a Rodrigo, su manera de callar las cosas y dar tantas otras por supuestas, y creía que en esta ocasión dejaría de ocultar sus sentimientos y se dejaría llevar por la pena. La pediría en matrimonio. Si no, el aire de precariedad que ella se había preocupado tanto por lograr no serviría de nada.	Estar segura
595.	[MELOCOTONES]	269	[Estaba segura de haberse equivocado.] No era sensible. Era un monstruo frío y calculador, tal y como sus palabras le habían dicho durante tanto tiempo.	Estar segura

596.	[MELOCOTONES]	272	[Dos chicos jóvenes trabajaban para él, y en los últimos tiempos se preguntaba si no le saldría más rentable comprarse una aquellas que fermentaban y cocían el pan y avisaban cuando estaba listo.] El se había ganado ya el derecho a descansar.	Preguntarse
597.	[MELOCOTONES]	272	[Muchos de los del pueblo le llevaban periódicos y cartones para que quemara. Una vez cada quince días prendía una hoguera en la parte de atrás de la pastelería, contra el muro, y allí iba arrojando los periódicos, las revistas, los cuadernos viejos.] Se llegaba a averiguar muchas cosas sobre la gente por las cosas que leían. [César se enteraba con un poco de retraso de las noticias del mundo, pero como pocas de ellas le interesaban, le daba más o menos igual.]	Enterarse
598.	[MELOCOTONES]	273	Tampoco él dejaba gran cosa detrás. La casa de Virto sería para la tata. Le parecía justo, después de tantos años de abnegación y cuidados. Ella no lo sospechaba, y por eso a Esteban le conmovía aún más el esmero con que se encargaba de todo. A los hijos les quedaba el piso en el que vivían; el de la pensión, que después de unas reformas valdría más que el otro, y una discreta cantidad de dinero, que quería repartir a partes iguales entre los nietos.	
599.	[MELOCOTONES]	274	Eso, tras su muerte. En vida le quedaba el piso de la pensión, con sus macetas viejas, al otro lado de la calle. Y el otro piso cuadrado y estéril, compartido con una mujer joven a la que no conocía y una vieja a la que conocía demasiado, y un montón de granos de arena que iban menguando en un reloj.	
600.	[MELOCOTONES]	277	[Por las noches, el resplandor de un letrero de neón de una tienda de televisores y electrodomésticos pequeños no la dejaba dormir.] No era una casa bonita, pero estaba a su disposición. Le bastaba. Se hubiera conformado con menos.	
601.	[MELOCOTONES]	285	[Elsita, la niña que nunca dejaría de serlo, conocía bien esos retorcimientos de su hermano y los disculpaba.] Eran los mismos que le impulsaban a matar ratas, y babosas, y conejos, a pellizcarla a ella cuando era un bebé o a arrojarse contra el mayor para destrozarlo. Carlos no había tenido nunca otra salida. Era como Patria, no la mujerona que había terminado siendo alcaldesa, sino aquella Patria adolescente violenta y ruin que había torturado su niñez; niños sin suerte, sin defensores, sin nada más que sus recursos para afrontar la vida. Habían hecho lo que habían podido. Como Miguel. Pero para Miguel los problemas habían sido menores, como les ocurre a los elegidos de la fortuna. Las desgracias de la familia, esas de las que no se libraba ninguna cepa, le habían rozado, sin darle de lleno. Al fin y al cabo, él no había visto muerta a Elsita ni había cargado con la responsabilidad de enterrarla y callar. Su hija no había tenido que huir porque hubiera cometido ningún delito, sino por culpa de otros. Le	Conocer

			quedaba ese consuelo: todo lo malo que le había ocurrido, todo ello, no había dependido jamás de él. Otros habían sido los culpables.	
602.	[MELOCOTONES]	289	[Esperó un instante, aguardando la respuesta de Silvia. No la hubo. Continuaba inmóvil, fundida contra la ventana. Estaba seguro de que si se marchaba, Silvia le seguiría.] Estaba resentida, o sería uno más de sus caprichos.	Estar seguro
603.	[MELOCOTONES]	293	[Esteban pegó la oreja a la puerta. Escuchó.] Hablaban de él. De Melchor Arana. De un plan que había dado resultado. Silvia ya no lloraba. Al contrario, parecía muy satisfecha, orgullosa ante las alabanzas de su madre.	Escuchar
604.	[MELOCOTONES]	293	[La mano de Silvia surgió bajo la colcha y tanteó en busca de la pera de la luz. Durante un momento, Esteban vio que el anillo que le había regalado, el coqueto anillo con la perlita blanca, había desaparecido.] En el dedo índice llevaba una sortija nueva, un enorme anillo con una esmeralda. Ya no era suya. Estaba marcada, como una vaca. Ahora pertenecía a Melchor Arana.	Ver
605.	[MELOCOTONES]	298	[Luego se enfureció. En seguida llegaron otros niños, y tuvo con quién jugar, pero aquello no le consoló.] Cuando Elsita y Miguel aparecieran, se iban a enterar de lo que significaba dejarle tirado. A él.	